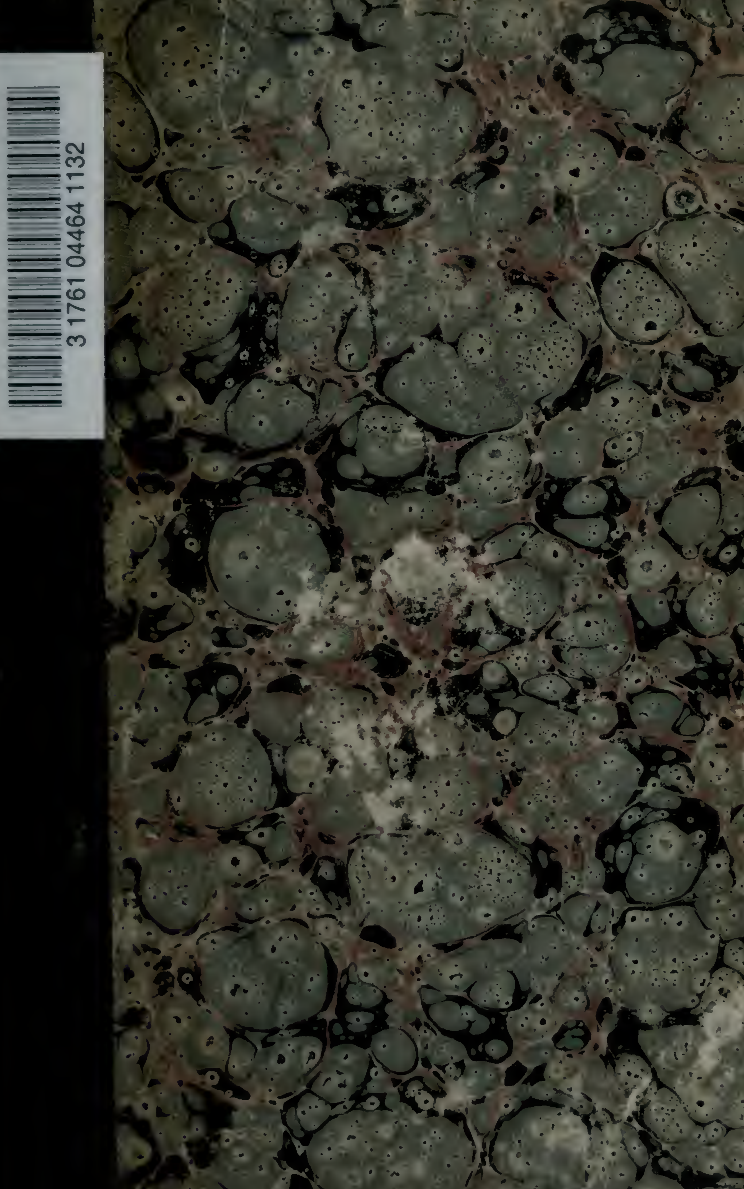

3 1761 04464 1132

6.000

Źvolt

OBRAS

DE MORATIN.

OBRAS

DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

DE

D. Leandro Fernandez de Moratin.

NUEVA EDICION.

TOMO I.

MADRID 1844:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,

DE D. FRANCISCO DE P. MELLADO.


LIBRARY
JUN
5

LA DERROTA
DE LOS PEDANTES.

Estábase Apolo durmiendo la siesta á mas y mejor en un mullido catre de pluma: un mosquitero verde le defendia de pelusa y moscas: la alcoba tenebrosa y fresca: el palacio en profundo silencio; y el dios bien comido, mejor bebido, y nada cuidadoso. Roncaba pues su reluciente magestad haciendo retumbar las bóvedas; y Mercurio que se habia quedado traspuesto en un chiribitil cercano, dábase á Pluton, por no darse al diablo, viendo que los bufidos de su hermano no le dejaban pegar los ojos.

En esto se ocupaban las dos referidas deidades, cuando de repente se levantó tal estruendo

en los patios, corredores y portalon del palacio, que parecia hundirse aquella soberbia máquina. Alteróse Mercurio: dió un salto de la cama al suelo, y hubo de perder el juicio hallándose á pié, esto es, sin talares, porque madama Terpsícore, la mas juguetona y revoltosa de todas las nueve, habia ido poco antes á la cama pasito á pasito, y se los habia quitado por hacerle rabiar. Afligióse sobremanera, y á tientas se puso los gregüescos, la chupa y la camisa; porque es fama que el tal dios no puede dormir en verano, si no depone todos los trastos, quedándose á la ligera como su madre le parió.

Ya que se halló decente el correveídile de los dioses, salió en pernetas con su caducéo en la mano, y en la cabeza el acostumbrado sombrerillo. Iba corriendo á averiguar la causa del alboroto; y al atravesar un corredor vió venir un burujon de gente que luego conoció ser de los de casa. Bernardo de Balbuena, y el buen Ercilla conducian á Clio desmayada y casi moribunda, el peinado deshecho, el brial roto, y las narices hinchadas y sangrientas. ¿Qué es esto, dijo el dios al ver aquel lastimoso espectáculo; qué es esto? ¿Qué ha de ser? respondió Juan de la Cueva, que venia haciendo aire á la desmayada con un cuaderno de minuetes; ¿qué ha de ser? sino que toda la comarca está en arma, el palacio lleno de enemigos, las musas cuál mas cuál menos estropeadas, y Apolo, nuestro señor, muy á pique de quedar por puertas si duerme cuatro minutos mas. ¿Pero no sabremos..? No hay mas que saber, añadió Ercilla, sino buscar á Apolo, darle parte de lo que pasa y acudir todos á la defensa, sin an-

darse en aqui me la puse, ni en tú te la tienes, Pedro.

¡Cáspita, dijo Mercurio, y en qué lindo dia me he venido á comer á esta maldita casa! Bien hacia yo en no querer admitir el convite por mas que mi hermano me molia á recados todos los domingos: mi padre come mucho mejor que él, y mas me gustan dos tragos de nectar que tres pucheros de agua fresca de Aganipe: no, si yo no fuera tonto, no me sucederia esto. Majadero de mí que podria estar ahora en el Olimpo, mientras mi madrastra duerme la siesta, jugando con Hebe á la pizpirigaña y al salta tú, y no que ahora el diantre sabe lo que me aguarda. ¡Voto va mi fortuna!

Esto decia Mercurio lleno de indignacion; y mientras unos llevaban á acostar á la triste Clio, y otros buscaban á Esculapio que estaba hervorizando en un tejado húmedo, y otros corrian desatinados de una parte á otra, él marchó en diligencia á la alcoba de Apolo, que muy ageno de lo que pasaba, roncaba todavia como un provincial.

Dióle un pellizco, y otro y otro, y ni por esas podia dispertarle; de manera que irritado de la poltronería, alzó el palitroque de las serpientes, y le dió con él tan desmesurado masculillo, que á darle otro, no lo hubiera contado por gracia el señor Timbreo. Desenvolvióse de las colchas medio aturdido, y á pocas razones que entre los dos pasaron, los interrumpieron Erato y Polimnia que entraron en el dormitorio dando alaridos, y remesándose los pelos como unas desesperadas.

¿Qué haces, hermano? le decian á Apolo: apri-

sa, corre, vuela, vete por la puerta de la bodega, que ya las Horas han ensillado y enfrenado á Flegon para que montes en él y escapes. Corre, y avisa á nuestro padre Júpiter para que á fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitran y ruedas de molino, ataje si puede nuestra desgracia. Ay! y dirásle que no se descuide, que no es esta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahí los que tiene que despachurrar y hacer gigote, sino un ejército el mas formidable que se habrá visto desde que, para oprobio de la humanidad, se estilan ejércitos en el mundo.

Vamos, dijo Apolo, vamos á ver qué es ello, que ni yo os entiendo, ni puedo adivinar á qué viene toda esta bulla, y á buena cuenta ya estoy medio descalabrado, y cuanto he comido se me ha revuelto en el estómago con el susto. Ay hijo mio: ¿descalabrado estás? dijo Erato: pues qué, ¿te has hallado ya en la refriega? ¿te ha herido alguno de aquellos poetas descomunales? No sé quién me ha herido, dijo Apolo; pero ¿qué dices de poetas? ¿Qué? Los que asisten en palacio, y son mis cortesanos y amigos, han podido mover alguna sedicion? No son esos, replicó Polimnia: ni ¿cómo era posible caber en ellos tal iniquidad? Ni son los que conocemos, ni son poetas, ni sábios, ni cosa que lo valga: son unas cuantas docenas de docenas de pedantones, copleros ridículos, literatos presumidos, críticos ignorantes, autores de tanta traduccion galicada, tanto compendio superficial, tantos versecitos infelices que ni hemos inspirado ni hemos visto. Son de aquellos que de todo tratan, y todo lo embrollan, para quienes no hay conocimiento ni facultad peregri-

na: unos, que hacen tráfico del talento ageno, y le machacan, y le filtran, y le revuelven, y le venden al público dividido en tomas: otros, que no habiendo saludado jamás los preceptos de las artes, y careciendo de aquella sensibilidad, don del cielo, que es sola capaz de dar el gusto fino y exacto que se necesita para juzgarlas, se atreven á decidir con aire magistral de todo lo que no es suyo; persiguen y ahogan los mejores ingenios con sátiras tan mordaces como desatinadas, y aspiran por medios viles á levantar su gloria sobre la ruina de los demas. Otros y estos, estos son los mas en número y los mas insolentes, que pasan la vida atando en insufribles versos una polilla asquerosa, que embadurnan y apestan el teatro con unas cosas que llaman comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aquí y de allá, atestadas de mas defectos que los originales que copian y sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan ó hacen olvidar los errores de las antiguas. Estos son los que por tanto tiempo han tenido y tienen tiranizado el teatro español, estos los que empuercan diariamente los papeles públicos, y estos, en fin, los que haciéndose intérpretes de la nacion que los tolera, se han atrevido al son de zambombas, chiflatos y cencerros, á llorar las desgracias de la patria en la pérdida de sus amados príncipes, y á interrumpir con desapacibles graznidos el comun quebranto, cuando la muerte arrebató al cielo al mas piadoso de sus reyes, para levantar sobre el trono español al mas grande de todos ellos. Estos son los que acaudillan y dan atrevimiento á los demas. ¿Pero qué me detengo...? ¡mísera! Corre, y verás por tí mismo lo que

es ocioso referir: el riesgo es inminente; y si tu presencia no le aparta, se perdió el Parnaso; tu soberanía y el esplendor de las musas castellanas se perdieron para siempre.

En efecto, Apolo echó á correr como un gamo, y Mercurio jadeando detras de él se despepitaba por la pérdida de sus talares. De esta manera iban que volaban á puto el postre; y el estruendo militar crecia por instantes. Abrió Apolo una ventana que daba al patio del alcázar, y vió el mas tremendo espectáculo que pudiera creerse. Dos ejércitos (porque segun su número no parecian otra cosa) se combatian furiosamente al pie de la escalera principal; el uno defendiendo el paso de ella; y el otro que ocupaba todo el portalon y gran parte de las galerias bajas, obstinado en abrirse camino y ganar los puestos que se le defendian. El ejército amigo se componia de las guardias y dependientes del palacio, y de los poetas comensales de Apolo, que capitaneaban las tropas y resistian con vigor los ataques del enemigo, en tanto que las Musas, esto es, siete de las nueve, porque Calíope y Clio estaban ya á componer, acompañadas de varias ninfas subalternas y de las criadas, se ocupaban en conducir al puesto armas y pertrechos para los que combatian en defensa de su titubeante honor. El ejército contrario era una turba confusa de diversas gentes que habia unido por casualidad el furor, y peleaban sin órden ni disciplina, ni gefes que los gobernasen; pero con tal ímpetu y desesperado arrojo, que entrambos dioses recelaron mucho del éxito que podria tener aquella tremenda pelea.

Apolo se rebujó en una capa astrosa que al paso

le prestó un proyectista, y se caló hasta las cejas un bonete de doctor para no ser de nadie conocido. Echó á andar siguiéndole su hermano, y á breve rato se hallaron en lo alto de la escalera. Mercurio quiso informarse del estado de las cosas, y volvió diciendo que por parte de los suyos se hacian prodigios de valor; pero que era tal la fuerza contraria, que temian verse precisados á retirarse á las eminencias para desde allí ofender con mas ventaja, aunque en menos terreno, á los sitiadores.

Malas nuevas fueron estas para el dios de los tabardillos, tanto, que al escucharlas comenzó á temblar de pié y de mano como los que tienen mucho miedo; el cual miedo se le aumentó sobremanera, viendo subir á Terpsícore muy llorosa y cariacontecida, con un diente en la mano, y apretándose con toda su fuerza un chichon que llevaba en la frente tamaño como un huevo; y entre suspiros y sollozos y gemidos tristísimos, ¡ay hermanos! dijo, que esto va de mal en peor: los nuestros ya desfallecen: Quevedo, y Cervantes, ¡mi querido Cervantes! están heridos, y se han retirado de los puestos que guardaban: los enemigos se aumentan sucesivamente: no hay remedio, cedamos á tanta desventura.

¿Y mis zapatos? dijo Mercurio, ¿qué hiciste de ellos? ¿en dónde me los has puesto, picarona? Ahí los tienes, respondió la Musa sacándolos de la faltriquera, póntelos aprisa, que para escaparte son que ni pintados. ¿Qué es eso de escapar? replicó Mercurio puesto ya en cuclillas y atándose á toda prisa las correhuelas de los escarpines alígeros: ¿yo escapar? no en mis dias: ahora sí, es-

capar : dejadme á mí , y vereis quién es Calleja.

Dicho esto se disparó por los aires adelante como un cohete ; y encaramándose á las bovedillas sobre el campo de batalla , empezó á gritar con voz de trueno ó estampido de cañonazo á aquellos desesperados combatientes. ¡Ah de abajo! decia, ¿qué tremolina es esta? ¿qué locura se os ha metido en los cascos? ¿Asi se profana el alcázar de mi hermano? ¿Estamos en algun bodegon? Canalla soez , ¿qué es esto?

Oyendo tan halagüeñas razones , paró algun tanto la pelea: alzaron todos la vista, y viendo en el aire aquel espantajo voceador, no pudieron menos de maravillarse ; y él valiéndose de la turbacion que su presencia les habia causado , prosiguió diciendo : mi hermano Apolo quiere que dejeis las armas por una y otra parte : y á vosotros, quien quiera que seais , hombres desconocidos y revoltosos , os ordena que si alguna pretension tuviéreis , me la digais al instante, sin andaros en ambages ni tranquillas, que como ella sea justa, desde luego quedareis servidos; porque de no hacerlo asi, por el alma de mi madre os juro que yo os daré á conocer del modo con se debe tratar á los dioses.

Separáronse en efecto las dos cuadrillas: los de casa volvieron á ocupar la escalera, y los intrusos recogiendo algunos heridos , se hicieron un peloton. Mercurio entonces volvió á preguntar la causa de aquella barahunda ; pero como no habia entre los contrarios caudillo alguno que llevára la voz , fueron tantas las que dieron por querer responderle todos á la par, que aunque se desgañifaba diciéndoles que callasen y uno solo hablára

por ellos, no lo pudo conseguir en manera alguna.

Irritado, pues, de ver que nada podia lograrse de bien á bien con aquella gente vocinglera y atolondrada, batió los talones, echóse encima de la turba, y agarrando del pescuezo al primero que le vino á mano, voló con él otra vez al techo, y desde allí les dijo: puesto que no es posible haya union en vosotros para que un comisionado vaya á dar cuenta á mi hermano de lo que solicitais, he pillado á este para que hable por todos, y nos informe de lo que hasta ahora no habeis querido decir; pero entretanto que le llevo y os le traigo, haya un armisticio general para que no pasen los estragos adelante, y se componga todo á pedir de boca. Los nuestros no saldrán un solo dedo del último escalon de esa escalera, ni vosotros pasareis tampoco de la línea de estos arcos: nadie se atreva á insultar á otro: no hagan gestos, ni se tiren chinarritos, ni se escupan, ni se oiga una pulla ni mala razon, y cuenta con ella: porque si hasta ahora he usado de medios suaves para conteneros, si llegais á enfadarme, vibraré contra vosotros los rayos de mi padre Júpiter, que los tenemos apilados en la armería, muchos en número, recien buhidos, y todos ellos sin estrenar. Esto decia el dios del babeo únicamente para atemorizarlos: porque segun se supo despues, no habia en toda la casa mas instrumentos bélicos que un puñal sin punta y mohoso de la señora Melpomene.

Lo cierto es que con esta diligencia cesó el combate: las tropas se retiraron á los parages señalados; y el dios, satisfecho de aquella obediencia, marchó con el perillan que habia pescado,

asiéndole fuertemente de las agallas, que no le dejaba gañir.

Quiso ante todas cosas dar cuenta á Apolo de lo ocurrido; y abriendo un camaranchon súcio que habia servido muchos años de carbonera, metió en él su presa: torció la llave, colgósela del dedo meñique, y en un santiamen buscó á su hermano que estaba hojeando á toda prisa *El Arte de la guerra del filósofo de Sans-Souci*, y disponiendo un plan de fortificacion y defensa, le dió buenas esperanzas, y le contó ni mas ni menos cuanto se acaba de referir.

Holgóse en estremo el dios intonso con las noticias que le dió Mercurio: tratóse de lo que en el caso convenia, y resolvieron que Apolo recibiese la embajada con toda ceremonia para dar á la pompa y aparato un remusguido de amenaza: que se oyese con benignidad al enviado, ó por mejor decir al traido, y que aunque fuese necesario ceder un poco á las circunstancias, se procurase no exasperar á unas gentes demasiado dispuestas á cometer cualquier esceso; y en fin, que mientras durase la grave escena, Mercurio desgastára los talones en ir y venir, y volver y tornar para lo que ocurriese en una y otra parte.

Hecho esto, mientras Apolo se fué á vestir de gala y alheñarse la cabellera, su hermano marchó á buscar el preso: asomóse de camino á un agujero que caia al portalon, y vió que estaban todos quietecitos como unos muertos, sin chistar ni mistar, ni decirse los unos á los otros una mala desvergüenza. Alegróse mucho de ver aquella tranquilidad, y se fué en derechura á la carbonera donde estaba su hombre: escuchó un poco por la

cerradura y parecióle que estaba recitando versos, y así era la verdad, porque en menos de un cuarto de hora que llevaba de encierro habia ya compuesto dos ovillejos, un madrigal y tres sonetos caudatos quejándose de su mala suerte, y llorando su prision como pudiera el mismo Macías.

¡Cuerpo de tal conmigo, dijo Mercurio, y qué pájaro tenemos en la jaula! Para mis barbas si no es este el peor de su rebaño. ¡Haya picaruelo! ¿No ha nada que entró en el cisquero, y ya tenemos coplillas de pié quebrado, y estrambotes, y mariposilla incauta, y arroyuelo murmurador? Por mi vida que el tal improvisante debe de tener manejo y vena.

En esto le abrió la puerta del cochiril diciéndole muy halagüeño: salga acá fuera, señor galan, salga acá afuera, que ya he llegado á entender su habilidad: salga y véngase conmigo, que mi hermano Apolo está deseoso de conocerle.

¡Oh favor! esclamó el de los ovillejos, ¡oh favor! y tendiéndose en el suelo cuan largo era, agarró de las piernas á Mercurio y le besó los pies una y muchas veces. El dios se resistia; pero no lo pudo evitar: levantóle con mucho agasajo, y el poeta sin curarse de limpiar el cisco y telarañas que tenia en el rostro, manos y vestido, siguió á Mercurio haciéndole mil reverencias, quitándole con ridícula oficiosidad las pelusitas que llevaba en la ropa, y adelantándose á espantar con un pañuelo asqueroso las moscas para que no ofendiesen á la deidad, que al ver aquellos obsequios apenas podia contener la risa.

¡Qué, es posible, decia, arqueando las cejas y dándose palmadas en la frente, qué es posible que

Apolo, el rubicundo Delio, el claro Cintio, el Patáreo numen desea verme, solicita conocerme y tratarme! ¡Oh favor! ¿Pero es cierto, soberano Alípede, es verdad, ó ilusion dulce de mi deseo? ¿Es realidad física, ó estravío de la imaginacion férvida? ¿Es soporoso nocturno rapto, que en la atezada calígine.... No es calígina, ni rapto atezado, ni cosa alguna de las que habeis dicho, replicó Mercurio: mi hermano os quiere ver, y á eso vamos allá; pero os advierto en caridad que trateis de no hablarle en culto, ni le jugueis del vocablo, ni le digais quisicosas ni garambainas, porque os mandará tirar de un balcon y le obedecerán al punto.

¿Qué decis, ínclito nuncio del Tonante? replicó el del cisco: ¿tanta cólera podrá caber en los celestes númenes? No, facundo nieto de Atlante, no lo hallo posible. Si es posible ó no, añadió Mercurio, veréislo despues; y vuelvo á avisaros que si no dejais esas gallardías de estilo, lo habreis de pasar muy mal, señor repentista. *Sileo libenter*, dijo el poeta; y en estas y otras razones se hallaron en una pieza inmediata al salon de audiencia. Asomóse Mercurio y vió que aun no habia venido Apolo; y no hallando á quien poder confiar la guardia del coplero, tuvo que detenerse con él, mal de su grado.

El otro se paseaba por la sala á grandes trancos, haciendo una reverencia profundísima siempre que atravesaba delante de Mercurio, y esto lo repetia tantas veces que el dios le encargó que no lo hiciera, porque no gustaba de cumplimientos.

¡Qué variedad! ¡qué diferencia! ¡qué opuestos polos! esclamó entonces con voz recalcada y na-

sal: aquí desprecia un dios lo que en el mundo, en las cortes, en los palacios exigen los hombres de los otros hombres: ¡qué variedad! Y si fuera decir que por esto se consigue alguna cosa, vaya con mil demonios, *transeat*, todo pudiera tolerarse; pero ¿quién dirá que un hombre como yo, de tan esquisito mérito, de tan gigantes prendas, se ve menospreciado, burlado, desamparado, hambriento y obscurecido entre el vulgo, *profanum vulgus*, sin que un *Mœcenas atavis*, magnánimo y liberal le haga surgir del abismo de miserias en que desgraciadamente yace? Yo he tratado con próceres, potentados, ministros y magnates de primera magnitud; ¿y qué he conseguido? ¡Animas benditas! ¿qué he conseguido? Díganlo tantos preciosos opúsculos que existen arratonados en mi guardilla, que jamás verán la luz pública: ¿y por qué? por la pobreza de su autor. ¡Oh pobreza! *Pauperiem pati*, que dijo el anónimo: esto es, *pauperiem*, la pobreza, *pati*, sea para tí que yo no la quiero: tan odiosa es la pobreza, que aun de los varones mas doctos es abominada.

¿Y qué obras son estas que conservo? ¿qué felices partos? ¡Ahí es nada! ¡ahí es un grano de anís lo que tengo escrito! Figúrese vuestra serenidad de primera entrada veinte y tres comedias, nueve follas, cinco tragedias, dos loas, cincuenta y dos sainetes tabernarios... ¿Qué tal? digo, *quid tibi videtur*? Y esto únicamente por lo que toca al género bucólico: vamos ahora por lo lírico, épico, dramático, elegiaco, satírico, epigramático, didascálico y mixto.

Primeramente tres epopeyas concluidas y puestas en limpio, con su dedicatoria hecha á preven-

cion, de á veinte y cuatro cantos por barba; esto es las epopeyas, no las dedicatorias, que juro por el nombre que tengo, que cada una, esto es, no las dedicatorias, sino las epopeyas, se puede reputar por una enciclopedia metódica, porque de todo tratan *usque ad satietatem*, y nada dejan al lector amantísimo que desear.

¿Y qué diré de mis piezas fugitivas? ¿qué diré sino que pasan de cuatrocientos mis sonetos, sin contar algunos que se me han escabullido por mor de no estar siempre mis faltriqueras bien acondicionadas, ni incluir tampoco los que acabo de hacer alusivos á mi prision, á la obscuridad de la carbonera, y á los cendales aráchneos que me cubrian? ¡Pero qué sonetos! ¡qué madrigales! ¡qué romances! ¡qué estrambotes! ¡qué enigmas amorosos! Todos ellos ó la mayor parte, ya se ve, era preciso, son alabanzas, quejas, favores, celos de mi Nise; y esta Nise, bendígala Dios, es una dama ideal, compuesta de retazos, en la cual he querido epilogar y unir cuantas perfecciones repartió en las demas la naturaleza.... ¡Ay mi dulce Nise! ¡ay idolatrada señora mia! Esta, pues, Nise predilecta (de la cual ya tengo sucesion, segun consta en el madrigal doscientos y cuatro de mi coleccion manuscrita), esta es la que encendió mi númen tímido, la que me ha inspirado, la que ha dictado modulaciones á mi ebúrnea cítara por espacio de cuarenta y cinco años; porque yo tendria diez y ocho y la mamada cuando resolví enamorarme de ella, y si mal no me acuerdo, voy á cumplir sesenta y cuatro para las vendimias.

Pero no siempre amarrado á la coyunda de amor, del crudo amor, que como llevo dicho vul-

neró mi corazon en los adolescentes años, he llórado desvíos, he manifestado inquietudes, he cantado sus breves y apetecidas victorias: no, que tal vez levantando mi voz á mayores objetos, al pulsar la acorde lira, alma del viento, me atreví á interrumpir la siempre acorde revolucion de los orbes celestes, causando universal trastorno en la naturaleza; y vez aquí, si quereis la prueba, unos cuatrocientos endecasílabos que compuse á la proclamacion de nuestro soberano: dicen así ni mas ni menos, *favete linguis*:

El dia diez y siete del corriente,
A cosa de las nueve ó nueve y cuarto,
De la mañana, se juntaron todos
Los señores que estaban convidados.
Y como era preciso, cada uno
Llevó á la fiesta su mejor caballo;
De manera que cosa mas lucida
Ni se ha visto jamás ni se ha pensado.
Todos iban de gala, como digo,
Con vestidos muy ricos, bien cortados,
Los mas con bordadura, y los restantes
A cada cual mejor (si no me engaño).
Pues como llevo dicho, se dispuso
La cabalgata, y luego muy despacio
Cogieron y se fueron á la villa,
Segun estaba ya determinado.
Y al llegar á la puerta....

Basta, basta, dijo Mercurio, no me reciteis mas versos, que esos pocos me han parecido detestables, y me sospecho que los demas no serán mejores: callad por Dios, que tengo ya atolondrada la cabeza de oiros.

Atolondrado me vea yo á garrotazos, prosiguió

el poeta, si esta composicion pindárica no es la mas acabada pieza que ha salido jamás de cabeza humana; pero ni el público la ha gozado hasta ahora, *proh dolor*! ni sé cuando me veré con dinero para imprimirla. ¡Oh livor! ¡oh ignorancia! ¡oh siglo calamitoso y fatal á los alumnos de las musas! ¡Yo sin capa! ¡yo sin haber almorzado todavia! ¡yo debiendo cincuenta reales al P. Procurador del Cármen por los alquileres de mi desvan! ¡yo que he puesto en verso el *Flos Sanctorum de Villegas*, el *Roselli* y el *Sanchez de Matrimonio*! ¡yo que he escrito un curso completo de artes y ciencias que puede ir en carta! ¡yo que he comentado los *Comentarios de Góngora*, y he traducido al castellano los *Prólogos de Huerta*, y me muero de necesidad! ¿Quién ha sido el coco de Madrid y sus literatos de muchos años á esta parte? ¿quién ha hecho callar á tanto hombron erudito, á tanto sonoro cisne, á tanto Anfion harmónico? Si señor, debajo de mi cama tengo muchas obras de crítica, que aun manuscritas han dado terror al orbe; ¿qué sería, ¡oh Cilenio raudo! si hubieran sudado los tórculos para publicarlas? ¿Pero qué me canso en manifestar mi insuficiencia exótica, si el mismo Apolo... El mismo infierno con todas sus furias desatadas debeis de tener en esa boca, hermano, dijo Mercurio: ¿Qué esto? ¿No os he dicho que calleis? ¿Os estareis hablando hasta mañana, parlanchin ridículo? Por vida de Júpiter, que si descoseis los labios para decirme una sola palabra, os desuelle vivo á latigazos. ¡Cáscaras, y qué pesado es el pedanton, y qué insolente!

Parce domine, respondió el coplero; y no bien habia abierto la boca para decirlo, cuando el Alí-

pede alzó el puño en ademan de descargar sobre su coronilla tal cachete, que él solo hubiera dado fin á tantas locuras; pero lo estorbó un guardia que salió á dar la noticia de que ya Apolo esperaba al embajador.

Entraron pues en un salon magnífico y espacioso: el pavimento y las paredes eran de esquisitos mármoles, la decoracion corintia, las basas y capiteles de sus columnas de oro purísimo, como tambien los adornos del cornisamento y zócalo, y en las bóvedas apuró la pintura todos los encantos de la ficcion.

Allí se veian los orígenes de las artes y los progresos del talento humano, muda historia, capaz de encender el ánimo y arrebatarle á la contemplacion de los objetos mas sublimes. En una parte se veia á los hombres fabricar chozas de troncos y ramas, de donde la arquitectura tomó las formas que dió despues á materias mas durables, variando segun la mayor ó menor consistencia de ellas la proporcion de sus edificios. A otro lado los egipcios daban principio á la geometría, señalando sus campos con términos de piedras hacinadas, para que el Nilo en sus inundaciones no alterase los conocidos límites. Otros señalaban en el suelo los contornos de la sombra, de donde tomó su orígen la pintura, perfeccionándose despues lentamente con la invencion casual de los colores y la perspectiva, que apenas conoció la antigüedad. Otros cortaban la corriente de un rio fiados á un tronco mal seguro; una gran multitud admiraba desde la opuesta orilla el temerario atrevimiento, y las madres tímidas apretaban al pecho sus pequeñuelos hijos. Los árabes y caldeos

observaban el aparente giro del sol, y en las serenas noches al planeta que recibe su luz, y los demas astros que la distancia nos amenora ó nos oculta. La escultura en otra parte ponia sobre las aras bultos informes que adoraba supersticioso el temor, y mas allá los Fidias, Lisipos y Praxiteles daban á los mármoles y bronces tan elegante forma, que en algun modo parece que el arte disculpaba la idolatría. Allí Orfeo reducia á los hombres en vida social, les daba leyes y les persuadia la necesidad de un culto religioso. Confucio enseñaba virtudes morales á los remotos chinos. Eaco, Radamanto, Minos, Solon, Licurgo y Numa establecian leyes, gobernando en justicia y paz nuevas repúblicas; y á mas distancia se veian florecer las ciencias y las artes á la sombra de la libertad. Allí estaba representado el padre Homero, á quien rodeaban con admiracion los poetas de todas las naciones y todos los siglos. Pindaro al son de la lira celebraba con sublime verso las victorias istmias y olímpicas, y eternizaba el nombre de Hieron. Simónides cantaba tiernas elegías. Alceo de Lesbos, añadiendo nuevos sonidos á las cuerdas griegas, hacia aborrecible entre los hombres el despotismo de los tiranos. Safo, desgraciada en amor, se precipitaba del promontorio de Leucate al mar, y repetia muriendo el nombre de su ingrato Faon; en tanto que Anacreon de Teos, coronado de pámpanos, con la copa en la mano, danzaba alegre al son de las flautas entre las Gracias y los Amores. Allí acudia la juventud de Grecia á escuchar en las academias, el Licéo y el Pórtico, las austeras lecciones de la moral; y no muy lejos se levantaban teatros magníficos

para declamar con el auxilio de la música las grandes obras de Eschilo, Sófocles y Eurípides, que alternaban con las del atrevido Aristófanes, á quien Menandro siguió despues para obscurecer la gloria de cuantos le habian precedido. En otra parte Demócrito y el divino Hipócrates reclinados junto á un sepulcro ya destruido, conversaban profundamente á la sombra de unos cipreses mústios sobre la física del cuerpo animal, la brevedad de la vida, los acerbos males que la rodean, y los cortos y falaces medios que ofrece el arte para dilatar su fin; y mas allá Demóstenes desde la tribuna de las arengas conmovia al pueblo ateniense, le persuadia por algunos instantes á sacudir el yugo macedónico; escitaba en él estímulos de valor, recordándole las épocas gloriosas de sus triunfos, los nombres santos de Milciades, Conon, Cimon y el justo Arístides; y oponiéndose por una parte á todo el poder de Filipo, y por otra á la envidia, la calumnia atroz y la inconstancia de un vulgo corrompido é ingrato, veía á pesar de su elocuencia irresistible perecer para siempre la libertad de su pais, y perecia con ella.

En el testero del salon habia un trono riquísimo, y en él estaba Apolo: siete de las musas le acompañaban inmediatas al sólio, y los mas célebres poetas españoles, segun la edad en que florecieron, asi ocupaban por su órden las sillas.

Si mucho se admiró el coplero de aquel aparato y magnificencia, no menos se admiraron todos los demas al ver su figura ridícula, porque era el hombre la mas triste vision que imaginarse puede: reviejuelo, arrugadito, moreno, remellado, tuerto de un ojo, romo, calvo, algo tiñoso, chi-

quirritillo y contrahecho; si bien es verdad que le desfiguraban en parte las barbas, el sudor negro, el polvo, el cisco y las telarañas que le cubrian el rostro. Revolvíase en unas bayetas pardas, raidas y llenas de chorreaduras de aceite y caldo, con un ribete de arambeles por las orillas á modo de randas ó cucharetero; sus movimientos eran mas vivos de lo que su edad prometia, la accion teatral, y la voz gangosa, chillona y desapacible.

Este es, dijo Mercurio á su hermano, el que he podido agarrar entre aquella turba: él te dirá lo que deseas saber. Y acercándose á él le dijo al oido: mirad, señor, que aqui no os sufrirán disparates; decid claramente quiénes son los del portal, y á qué es su buena venida, sin andarnos en mas repulgos, porque si así no lo hiciéreis, témome mucho que mi hermano os mande freir y echar á los perros, segun le he visto de mal humor esta tarde: y habiendo dicho esto, se fué volando á observar lo que pasaba en la escalera.

El poetastro, encarándose con Apolo, le hizo tres grandes cortesías, y quedó aguardando el permiso de hablar. Dióselo Apolo y él comenzó á delirar de esta manera:

Reverberante Numen, que del Istro
Al Marañon sublimas con tu zurda,
Al que en ritmo dulcísono te urda
Elogio al son del címbalo y del sistro:
Si la alígera prole de Caistro
Blandos ministra acentos á mi burda
Armónica pasion, ¡ay! no te aturda
Ver rompo de tu tímpano el teristro.
La nubígena Dea en alto plaustro,
Ungiendo el nervio de oloroso electro,

Me lleva en alas del Ouest y el Austro.
  Y hurtando á las Memnósides el plectro,
Hoy me intromito en el fulgente cláustro,
Obstupefacto, á venerar tu espectro.

Reventaba Apolo entre la indignacion y la risa: las musas se tendian por los suelos dando exhorbitantes carcajadas: los poetas se miraban unos á otros sin saber lo que les sucedia, y el badulaque muy satisfecho se disponia á proseguir disparatando en culto; pero Francisco de Rioja que estaba inmediato, le dijo: ved, señor enviado, que Apolo nuestro amo no os llama aquí para que le declameis versos tenebrosos; lo que únicamente quiere es.... ¡Ah! dijo el de las sopalandas, ya sé lo que quiere, no hay para qué decírmelo, que ya lo he comprendido; lo que quiere es otro soneto con los mismos consonantes: pues allá vá, hijo de Latona, escuchadme benévolo:

  Dios rutilante, que del Ebro al Istro
Proteges, honras al que versos urda,
Rauca mi lira atiende tosca y burda,
Simil no mucho á resonante sistro.
  Que si tal vez alado el de Caistro
Pájaro dulce en la ribera zurda,
Hace canoro que fugaz aturda
Su voz, rompiendo el diáfano teristro;
  No ya disimil yo, si el Indio electro
Prestarme gustas, que veloz al Austro
Sones encarga de curvado plectro,
  Métricos mucho al eminente cláustro
Llevaré ritmos ¡oh divino espectro!
Que el zenit giras en ebúrneo plaustro.

Ola, ministros, dijo Apolo, al instante coged

á ese hombre, atadle y enviádsele á Pluton con un recado mio, para que se le entregue á los génios tartáreos y le atormenten con los suplicios mas atroces. ¡Qué desvergüenza venir á hacer burla de mí! Llevadle, digo, no quiero verle.

Esto decia el dios bermejo con tales ademanes, que manifestaban demasiado su cólera; pero las musas, compadecidas de aquel infeliz, ó sintiendo se malograse el fin á que era traido, ó deseosas de divertirse oyendo sus desbarros, intercedieron por él con el mayor empeño.

Costó mucha dificultad aplacar á Apolo; pero al fin se moderó algun tanto, habiéndole prometido todos en nombre del tuerto, que no volveria á decir mas versos, sino que en prosa llana y pedestre relataria cuanto era menester; y él mientras esto sucedia, estaba abocinado en el suelo hecho un ovillo, sin rebullirse ni alentar siquiera, imaginándose ya arrebatado á los infiernos, y dando hervores en las calderas de pez, alcrebite y plomo, donde se rehogan los comerciantes por menor, las viejecitas que azuzan, y los administradores que desuellan. Ya llevaba compuestas dos estancias de una cancion estigia que pensaba recitar á Tesifone, luego que llegase, en que la alababa de linda, y de la mas jovencita y agraciada de todas las furias; pero á este tiempo le levantaron entre Figueroa y don Juan de Jáuregui, los cuales volvieron á predicarle de nuevo lo que debia hacer para no incurrir en la indignacion de Apolo.

Haré cuanto me decís, respondió despues de haberse compuesto los hábitos, haré cuanto Febo ordena, y omitiré los episodios y partes de ador-

no, usando en mi narracion un estilo medio, ya que el sublime ha merecido tan equívoco aplauso. Soberano Delio, Titan radiante, prodigio délfico, deidad esmintea, el suceso es este.

Yo, aunque indigno, y mis compañeros los del zagüan, somos alumnos vuestros: la divina Poesis fué nuestra delicia desde los años infantes: hemos elaborado opúsculos admirables, tremendos, hijos al fin de vuestra sacra inspiracion, basta esto, *suffiicit*, para noticia preliminar; pero reflexionemos.

¿Qué es poética? El arte de hacer coplas. ¿Qué son coplas? Unos montoncitos de líneas desiguales, llamadas versos. ¿Qué es un verso? Un número determinado de sílabas. ¿Qué dificultad ofrece su composicion? Los consonantes. ¿Cómo se adquieren estos consonantes? Comprando un Rengifo por tres pesetas. ¿Qué otra cosa es necesaria ademas de esto para hacer cualquier obra poética digna de la luz pública? Un poco de práctica, y otro poco de poca vergüenza.

Pues ahora bien: supuesto que nosotros sabemos hacer coplas en verso aconsonantado, que tenemos cada cual nuestro Rengifo, que hemos pasado toda la vida en esta ocupacion, y que altamente persuadidos del mérito de nuestras obras, no dudaremos ofrecerlas por modelo al orbe que las admira, y á las generaciones futuras que han de anonadarse al verlas; ¿qué nos falta para llamarnos alumnos vuestros? ¿Quién nos disputará este honor? *Dicite Pierides*, en tanto que yo prosigo hilvanando premisas y consecuencias.

Siendo poetas, como lo somos, sin remedio, ¿cuál debe ser nuestro ejercicio? ¿Tejer esteras?

¿coser zapatos? ¿alquilar camas? ¿vender achicorias? Claro es que no: claro es que son indignas ocupaciones de los grandes genios aquellas que por útiles y honestas están reservadas al ignorante vulgo: así pues, siendo poetas, debemos poetizar y no otra cosa: debemos ilustrar á la nacion, y ella debe coronar nuestras fatigas con premio digno, dándonos la mitad en aplausos, y la mitad en pesos duros.

Pero esta nacion ingrata, ni nos dá de comer ni nos aplaude, mientras nosotros procurando su felicidad y su gloria la enriquecemos diariamente, semanalmente, mensualmente, continuamente de conocimientos profundos; sin los cuales la racionalidad hubiera dado en España un estallido segun la hemos visto decadente y mal parada.

Nosotros, en fin, hemos sostenido el honor de la lira (*barbitos polycordos*, que dijo el griego) cantando y llorando (*canentes et flentes*, que hubiera dicho el latino) en todas las ocasiones en que el hado, ya favorable, ya protervo, envió á la patria prosperidades ó desdichas.

Se ajustó la paz, coplas á la paz: nacen los gemelos, coplas á los gemelos: nace nuestro príncipe Fernando, coplas á don Fernando: se hace el bombardeo de Argel, coplas á las bombas; en una palabra, casamientos, nacimientos, muertes, entierros, proclamaciones, paces, guerras, todo, todo ha sido asunto digno de nuestra cítara.

¡Pero con qué novedad, con qué acierto lo hemos sabido desempeñar! ¡Qué felices invenciones las nuestras! ¡oh qué felices! ¡oh huevos de Leda, huevos benéficos y de inestimable valor! ¡Oh Jacob y Esau! ¡oh Rómulo y Remo! ¡Con qué

oportunidad la Providencia os hizo nacer de una ventregada! ¡Y con qué gracia nosotros, sin reparar en frioleras, parangonizamos mellizos á mellizos, haciendo saber al mundo que nuestra princesa habia dado á luz un Esau brutal, un Rómulo fratricida, y lo que es mas lindo (porque al fin todo iba dentro del par de huevos mitológicos), una Clitemnestra y una Helena disolutas, pérfidas y crueles, que todo esto dijimos, muy arropados con nuestra licencia pcética, en elogio de los dos malogrados infantes, *infandum Regina jubes*, como dijo allá el filósofo.

¿Y qué diré del sutil arbitrio que discurrimos para formar las fábulas de nuestros poemitas? Arbitrio que pareció tan cómodo, que todo poeta de bien y timorato le ha escogido para sí, y trazas llevan de no soltarle hasta la consumacion de los siglos. ¡Soberano arbitrio que ahorra mucho tiempo, y muchos polvos de tabaco, y mucha torcida al candil! Arbitrio con el cual se forma en un guiñar de ojos cualquier poema, pues á todos viene como llovido: ¿se trata por ejemplo de alabar algo, de profetizar algo, de llorar algo, de referir algo? El poeta no tiene mas que acostarse y apagar la luz. A media noche se le aparece un trasgo, una ninfa ó cualquiera otro personage alegórico, con gran concurso de geniezuelos alrededor; y este tal personage reprende el vate su modorra y su pigricia, le manda que se levante inmediatamente y que escriba esto, y aquello, y lo de mas allá, y de este modo le informa de cuanto hay que saber en el caso; de suerte que desaparecer la fantasma, despedirse el poeta del lector pio, y acabarse el poema, todo es á un tiempo.

Sobre este molde de aparicion hemos compuesto de once años á esta parte cuantas obras se han necesitado para el surtido de las esquinas; con la sola diferencia de que á un poeta le pilló la vision acostado y sin cenar, al otro paseándose á la orilla del rio, al otro cogiendo el sol en un cerro; pero siendo el fondo de la ficcion el mismo, siempre es el mérito igual, y el artificio de la fábula siempre maravilloso y sutil.

¿Y el estilo? ¿y la versificacion? ¿y el estro poético que resplandece en aquellas composiciones? ¿no es particular? ¿no es admirable? Desde el ovillejo mas diminuto y vil, á las octavas mas retumbantes y pomposas, ¿no se descubren bellezas incomparables que darán fama inmortal á las recalientes seseras que las produjeron? ¿No es cierto, señor, que con esta irrupcion de coplas, con este chorroborro perenne de versos hemos llevado al mas alto punto de perfeccion el buen gusto y la elegancia poética, dando cordelejo á los mas célebres autores de la edad vetusta, y revolviendo el Parnaso castellano patas arriba? ¿No es cierto?

Asi nos lo persuadíamos, con este fin trabajábamos, con el fin de asegurarnos un taburete en el templo de la inmortalidad, y ganar el pan por medios honrados en esta vida transitoria. *Pan curat oves*, *oviumque magistros*, como dijo Gronovio muy á mi intento.

¿Pero qué sucedió? ¡oh iniquidad! ¡oh livor! ¡oh influjo adverso! ¿Qué sucedió? Que asi como el murciélago torpe (*vespertilio* le llamó el doctísimo Requejo, y con él Calepino, Facciolati y otros), que asi como el murciélago torpe que bus-

ca las tinieblas pavorosas del angosto mechinal, aborreciendo la claridad diurna, si tal vez la atrevida mano pueril asiéndole una de sus aurículas, le estrajo con violencia de su lobreguez apetecida, no pudiendo con cecuciente párpado sufrir los rayos de luz que iluminan al orbe, forceja, y se resiste, y bate las alas membranáceas y se desespera, y chilla, y muerde, y araña la mano que le tiene asido; de la propia manera no pudiendo algunos zoilos malévolos resistir la esplendorosidad de nuestras obras, á la que en vano se oponia la opacidad de su insipiencia, comenzaron á gritar contra nosotros, nos desacreditaron enteramente, nos adjetivaron del modo mas cruel.

Este fué el galardon, esta la gloria que nos resultó de nuestros afanes literarios: despues de habernos recocido los sesos en amontonar erudicion gentílica, histórica y dogmática; en rehenchir versos, ajustar cadencias y cazar figuras, en cuya desastrada ocupacion ganábamos por la mano al lucero matutino, negando el tributo á Morfeo que nos hallaba en vela todas las noches, *Bella per Emaihios plus quam civilia campos*, como dijo no sé quién, en no sé qué libro.

Pero como por especial favor de la Providencia asi somos estupendos poetas como filólogos incomparables, discurrimos no ceñirnos á una sola cosa, sino abrazar todos los ramos de la literatura, dividiéndonos en pelotones y cuadrillas. Unos á quien vuestro celeste incendio mas inmediatamente retuesta y asura, se hicieron sectarios de la exactitud, economía y correccion, que algunos invidos traducen frialdad, pobreza, languidez, y echaron á volar unos poemas tan exactos, tan ecó-

nomos y correctos, labrados á compas, nivel y escuadra, que nada se puede en ellos quitar, mudar ni añadir. Otros se dieron á estractar, compilar, abreviar y reducir en pequeños papelitos el árido y dilatado estudio de las ciencias, para que todas ellas las pueda aprender como un papagayo cualquier curioso, mientras el peluquero le ata la bolsa. Otros se dieron á la jocosidad festiva, y regalaron á la nacion gran cantidad de epígramas, díchicos, anécdotas, chufletas, quisicosuelas y acertijos; en una palabra, aspiramos por todos medios á hacernos los dispensadores de la ilustracion pública. ¡Oh cómo regurgitamos ciencia por todas partes! ¡oh qué traducciones hicimos tan agraciadas! traducciones que no las distinguirá de sus originales el mas pintado. ¡Y qué comedias á la antigua! esto es, á nuestro modo; quiero decir, sin esto que llaman arte, gusto y verosimilitud; ¡y qué apologías del teatro! digo de nuestro teatro, del teatro que nosotros nos hemos hecho; y en esto solo, si he de hablar en puridad, en esto solo hemos triunfado impunemente de nuestros enemigos. El teatro nos ha ofrecido un desquite, un consuelo de todos los sinsabores que padecemos continuamente; bien es verdad que segun él está arreglado, parece que se hizo ex-profeso para que yo y mis compañeros le proveyéramos con nuestras obras admirables; así lo hacemos todavia, allí retumbamos, y ¡oh, nunca la suerte enemiga nos prive de su pacífica posesion!

¿Y qué diré de tantas eruditas disertaciones sobre el lujo, sobre la inoculacion, sobre hacer feliz al reino con una hipótesis, dos ilaciones y un cálculo, sobre la escelente moral de los cari-

bes y hotentotes, sobre hacer pan de avellanas en los años malos, sobre la mejor de las repúblicas posibles, sobre aumentar prodigiosamente la agricultura á fuerza de ruedas, tubos, émbolos, piñones y cilindros, sobre la tolerancia, sobre la tortura, sobre el patriotismo, sobre las chinches. ¡Oh Dios omnipotente y máximo, que tan hábiles y tan eximios nos hiciste! ¿Por qué asi como somos universales en la ciencia, no somos universalmente venerados? ¿Por qué siendo tan desaforadamente instruidos, nos llaman pedantes? ¡Pedantes! Anatema cruel que nos sigue por todas partes, y nos estremece y horripila.

Ya en algun modo hemos procurado oponer las artimañas á la fuerza, y viendo cuan pocos elogios hemos merecido á la ingrata patria, que paga en desprecio y pullas nuestras vigilias, hemos dado en la flor de alabarnos los unos á los otros, tratándonos mútuamente de científicos y preclaros varones, por aquello de *asinus asinum fricat*, que quiere decir: el sapiente aplaude al sapiente. Pero esto dura ocho dias, el público, ó nosotros por un quítame allá esas pajas nos estropeamos á garrotazos en un portal, y la discordia que volvió en cenizas los soberbios muros de Ilion, nos conduce al hospicio, ó nos reduce á la sopa de un convento.

Pero en el *hit et nunc*, en qué tímidos y vacilantes juzgábamos irremediable nuestra desgracia, cuando circuidos de horrores y faltos de consejo, hollábamos caliginoso pavor, y palpábamos atezadas lobreguecces, *ecce Corinna venit*, *ecce* benigna rutilante estrella que aparece á nuestra vista para serenar tan deshechas tempestades. Asturias

va á tener un príncipe, la nacion le jurará sucesor al trono de su padre, Madrid previene regocijos, y esta es precisamente la época de nuestra gloria, el feliz instante de nuestra resurreccion.

Queremos cantar, si señor, queremos cantar como si empezáramos de nuevo; queremos aplaudir la jura del príncipe don Fernando con la misma gracia con que desempeñamos los asuntos anteriores; queremos celebrar las felices invenciones en los adornos de la carrera; y no ha de haber espejo ni pedazo de holandilla sobre que no arrojemos décimas y octavas como el puño. Volveremos á estasiarnos y á dormirnos; y cruzarán por esos aires á media noche, al son de los chirriones de la limpieza, tantas ninfas, tantas matronas alegóricas, tanta hermosa vision desprendida del Olimpo á nuestras guardillas, para mandarnos escribir cantos heróicos y romanzones, que será una confusion.

¿Y los toros? ¡Oh mi Dios! ¡Los toros! ¡Qué de conceptos hemos prevenido para la fiesta! ¡Qué ocurrencias esquisitas estamos almacenando para los caballeros que se caigan, para los que no se caigan, para los que corran, y para los que no puedan correr! ¡Y qué de cosas tenemos discurridas para las lunadas fieras, y qué lindas comparaciones en que saldrán á lucirlo los toros de Colcos, los toros de Guisando; los toros del Sol, el toro de Creta, el toro de Falaris, el toro de San Marcos, el toro de Europa, y el *toro pater*!

Queremos, pues, con motivo tan plausible, fatigar las prensas: no ha de haber poste, ni esquinazo, ni guardaruedas, ni registro de cañería, ni bola de puente que no engrudemos de alto abajo

con cartelones inarrancables y eternos, llenos de letras gordas y provocativas; ni habrá Diario, ni Gaceta, ni biblioteca mensual que no salga atiborrada de nuestras obras.... Pero ¡ay cirreo Numen! ¡ay, reverendo Citarista fúlgido! ¡Cómo nos ilude con halagüeñas imposibilidades el deseo!

¿Qué haremos desamparados é inermes contra la osadía de tantos críticos que acaso estarán ya aguardando nuestras producciones, *productiur actu*, para despedazarlas con viperino diente? Aquí, *hic jacet*, aquí se necesita todo vuestro favor, ¡oh deidad crinada y arcitenente! aquí imploramos toda vuestra beneficencia para podernos llamar verdaderamente afortunados, *fortunam Priami cantabo*, que dijo el mitólogo.

Ni es imposible, señor, ni temeraria la pretension que nos ha conducido á vuestro portal augusto; antes en su pequeñez hemos fundado la confianza de conseguirla. Mis compañeros y yo no deseamos otra cosa sino que vuestra rubicunda celsitud nos dé una patente firmada y sellada segun estilo, en la cual se esprese que nuestras obritas, las ya publicadas, y las que vamos á publicar; de las cuales y de sus autores han dicho y dirán los envidiosos críticos tantas perrerías, son elegantes, doctísimas, incomparables, y de aquí arriba lo que pareciese conveniente añadir en su elogio. Direis ademas, que nosotros los que tales obritas hicimos y haremos, no somos poetillas hueros, trasgos ridículos, ni cuervos raucos; sino filomenas dulcísonas y sirenas machos, que con vuestro influjo y aprobacion hemos cantado, cantamos y cantaremos hasta soltar la piel. Direis, que para que la nacion acabe de iluminarse, es

necesario que el ramo de literatura se estanque como los naipes y el aguardiente, siendo nosotros los administradores que podamos impunemente dar lecciones al público, ya en papelillos sueltos, ya en tomos de tres puentes, ya de viva voz en las tabernas honradas de la córte; en sus librerías y concurrencias, ó ya remitiendo nuestros áureos dramas al gran teatro. Direis que en materias de buen gusto, de lógica, de erudicion, de racionalidad, de talento, nadie chiste contra nosotros, nadie nos inquiete; advirtiendo que de hoy en adelante á todo crítico se le llamará envidioso, á toda prueba calumnia, á toda censura libelo, y á todo raciocinio personalidad é insulto. Y que por último, vuestra luminosidad muy resplandeciente, amonesta, y en caso necesario manda, y condena á todo erudito que sepa deletrear á que luego que los carteles, los ciegos y la trompa de la fama anuncien la irrupcion poly-metri-encomiástica que tenemos prevenida á la jura del nuevo príncipe, acudan á las librerías acostumbradas, y cada cual se provea á lo menos de un ejemplar de cada obrita; para que por este medio, al paso que ellos se orientan y se instruyen, podamos nosotros subvenir á nuestras urgentes necesidades.

Tal es, señor, nuestra pretension: con este deseo abandonamos nuestros tugurios, y esta mañana entre diez y once nos hallamos á la falda de ese bifronte cerro: comenzamos á gatear con harta fatiga por escabrosidades y derrumbaderos inícuos; pero apenas hubimos salido de los pasos mas peligrosos, cuando hallamos nuevas dificultades. En una floresta sombría que el abril pavimentó de colores alegres, donde batiendo lascivo

el zéfiro las alas sutiles ungidas en aromas índicos.... pero en vuestro ceño, radiante Numen, advierto no sé qué displicencia que me obliga á omitir la pintura de las flores, los favonios, las avecillas canoras y los arroyuelos: sigo pues adelante.

En esta, como dije, deliciosa mansion de Flora descubrimos un edificio, del cual salieron al acercarnos seis ó siete hombres no nada inermes, y mucho menos que nada tácitos y tranquilos, comenzaron con grandes ululatos á decir que nos detuviéramos. Hicímoslo así: nos preguntaron ¿quiénes éramos, y á qué veníamos? respondimos á todo; y sacando el que parecia gefe de los demas un volúmen membranáceo, leyó en él no sé qué índices ó apuntaciones; y al acabar nos dió por respuesta, ¡oh respuesta amarga, mas que las adelfas y el absintio póntico! nos respondió que nosotros no estábamos reconocidos por sonoros elocuentes vates, sinó por copleros adocenados y misérrimos: que nuestras obras se habian examinado en el Parnaso, y que todas ellas estaban destinadas al quemadero: que Apolo nos habia maldecido solemnemente en pleno consistorio hasta unas cuatro docenas de veces; y que seria ofenderle el dar un solo paso adelante.

Esto nos dijo Luzan, que así parece que se llamaba: si fué lacrimable y acerba esta noticia para nosotros, consideradlo, reluciente farol del dia, consideradlo mientras lo restante patentizo.

Replicámosle como era razon: sacamos para su desengaño nuestros manuscritos: no quiso verlos; y tapándose á toda prisa las narices, gritaba que nos fuésemos inmediatamente. Representa-

mos humildes: negóse díscolo; y encendido en cólera fulminó dicterios y amenazas. Ya era justísima la vindicta: arremetimos intrépidos: dimos con él en tierra: acudieron gentes en su ayuda: trabóse bélica porfia, y fluctuamos en incierto Marte, hasta que el cielo declaró por nosotros el honor triunfal, *io triumphe,* quedando en el campo casi difunto el gefe, y los mas de sus atrevidos secuaces ó contusionados, ó vulnerados, ó mútilos.

Seguimos adelante; y si bien advertimos que nuestra victoria habia alarmado todos estos horizontes, fiados en la benevolencia vuestra, proseguimos deambulando impertérritos hasta llegar á las puertas de este eminente alcázar, que naciendo laberinto de piedra, se eleva portento, y nube desaparece.

Quisieron estorbar el ingreso cuadrupedantes turmas; pero fué vana su pretension: llegamos á los umbrales venerandos, que saludamos humildes, y al pisar los átrios magníficos vimos unidas pedestres haces que comenzaron á disputarnos el paso. Quisimos manifestar nuestra inocuidad, nuestro mérito y el motivo que nos traía; pero interrumpiendo gárrulos el apologético discurso, fundibularon sobre nuestras vértices ponderosas lápides, á cuya ruptura hostil siguió el combate mas desesperado y sangriento.

Ya comenzaban por todas partes la viperina Aleto, la atroz Megera, la letífera Tesífone á esparcir terrores bélicos, á exasperar truculentos ánimos. Ululando tétricos los opuestos mílites, daban al Bóreas fragoso estrépito, que en cabernas lóbregas, Eco llorosa y húmida, dolorosa y confusamente repercutia. El Númen belígero, em-

brazando el égida sobre cruento plaustro, vagaba iracundo fatigando los ejes férvidos, y agitando flagelífero cuádriga indómita. No de otra manera fulgurando el eter, se precipita rápido....

Calla, calla, maldita criatura, dijo Apolo, calla y no abuses mas de mi paciencia: vete, y dí á esos hombres que huyan presto, que se oculten en donde yo jamás los vea, si no quieren que en un solo momento los aniquile. ¡Ellos creerse poetas, llamarse doctos, é insultar de esa manera á los verdaderamente sábios, á su nacion y á mí, que los he despreciado siempre por no destruirlos!

¿Qué enjambre es este de copleros y charlatanes que inunda vuestra península? ¿qué enjambre pestilencial que por todas partes se derrama y cunde? ¿Y en dónde están aquellos pocos que deberian oponer sus doctas óbras al torrente desatado de tanto papel ridículo que dictó la envidia, la demencia, ó el interés abatido y sórdido? ¿En dónde están?

Cierto es que en todos los paises, á la sombra de los grandes ingenios, bulle un número infinito de autores pedantes, serviles imitadores, cuyas obras nacen, mueren y se olvidan en pocos momentos: este daño es inevitable, y aun conveniente en la república de las letras, si á beneficio de la general libertad, unos y otros emplean todo su esfuerzo, animados de los dos grandes estímulos que mueven al hombre, el premio decoroso y el aplauso. Entonces los talentos sublimes se levantan sobre los demas, y uno, uno solo basta para hacer gloriosa á la nacion que le produjo.

¿Pero qué especie de fatalidad domina hoy en la literatura española? ¿Por qué los que debian

escribir callan, cuando los que aun no saben leer escriben? ¿Qué? ¿Tan grande será la tiranía de la ignorancia, tan comun será ya la superfluidad y el pedantismo, que no se atrevan los que lloran en silencio esta general corrupcion, á declamar altamente contra ella? ¿Se verá siempre salir de las escuelas esa juventud determinada, que habiendo recibido apenas unas ideas escasas de buen gusto y sana doctrina, no hallando proporcion para seguir una de las carreras en que el mérito se corona, y desdeñando los egercicios útiles, se abandona instigada de la necesidad á tratar materias científicas que enteramente desconoce?

¿Vacilareis siempre entre las contradicciones mas absurdas, queriendo sostener por una parte que la cultura nacional nada necesita mendigar de los estrangeros, probándolo con sofismas y comparaciones injustas, y sacando consecuencias nacidas de la mas crasa ignorancia, ó de la mas frenética parcialidad; cuando por otra parte no hay apenas libro inútil, dañoso ó ridículo en las otras lenguas que no traduzcais á la vuestra, dejando en su original las obras útiles que no os atreveis á tocar, porque habeis reducido todas las ciencias á una superficie engañosa, sin profundidad ni solidez?

¡Y qué traducciones! hechas casi todas sin conocimiento de la materia que en ellas se trata, sin poseer bastantemente ninguno de los dos idiomas, y en donde se ve estropeada hasta el esceso el habla castellana, enervando su robustez, y afeando con aliños que no la pertenecen su gracia y hermosura natural!

¿Llegará el dia en que se aprenda por princi-

pios? ¿en que se estudien los grandes modelos de la antigüedad? ¿en que sepais conocer los que dejaron los autores de vuestro siglo de oro? ¿aquellos que trayendo entre los despojos de las conquistas las ciencias y las artes que hallaron florecientes en la vencida Italia, las cultivaron despues en su pais, haciendo gloriosa entre las demas por su sabiduria á aquella misma nacion que dió leyes al mundo por su política y sus victorias?

Entonces no se instruian los españoles en compendios y polianteas: no era tan universal su literatura, porque era menos pedantesca, menos frívola: los grandes hombres que ha producido España, entonces los produjo: las obras de mérito que tiene la nacion, entonces se escribieron; estudiadlas.

Su lectura os dará á conocer cuales fueron los principios de la renovacion de las letras en España, cuales las causas de su esplendor y las de su decadencia: vereis tambien lo que debeis tomar necesariamente de los estrangeros, y lo que teneis en vuestro suelo digno de imitarse con incesante afan.

Sí, de imitarse: porque sería indecoroso ademas, y fuera de propósito, que el obstinado empeño de adquirir todos los conocimientos científicos en los autores de otras naciones, hiciese olvidar á los de la vuestra el estudio de los buenos originales que en algun tiempo ha producido: seria indecoroso á un escritor, á un orador ó á un poeta, carecer de las prendas de estilo, lenguage, versificacion é inteligencia del génio y costumbres dominantes en su patria, en la cual y para la cual escribe; y estas prendas (tan dificiles de poseer

unidas con otras, como necesarias) ni en los escritores franceses, ni en los de Italia, ni en los de la antigua Roma, ni en los de Grecia pueden adquirirse.

Entonces se estinguirá quizás aquel espíritu de partido tan funesto á la sabiduria como á las costumbres, aquel espíritu de partido que hace creer á algunos que nada hay bueno en su nacion, admirando con vergonzosa ignorancia cuanto fuera de ella se produce: y á otros por el estremo opuesto los empeña en defensas absurdas cuando se trata de manifestar con rectitud y desinterés el mérito de estas ó aquellas obras. Defensas que casi siempre son malas, porque todo se quiere defender en ellas, porque falta inteligencia, gusto, y sobre todo, exactitud y buena fé en los que las hacen. Defensas en que los hechos se confunden, las épocas se alteran, se arrastran ó se fingen á placer las autoridades; el mérito se abulta ó se deprime segun al autor le conviene para sus ideas; se callan ó ciegamente se disculpan unos defectos, y se exageran otros; se comparan los objetos mas discordes entre sí, y repitiendo muchas veces el nombre santo de patriotismo, la ignorancia y la parcialidad hacen aparecer como escelente lo menos digno, y el vulgo de los necios aplaude.

Tal es el medio que algunos eligen para evitar los tiros de la sátira y la calumnia que siempre amenazan al que no sabe halagar los errores de su nacion; pero el verdadero patriotismo, virtud privativa de las almas grandes, no dicta á un escritor ingénuo tales artificios: la verdad, por mas que se presente desaliñada y adusta, la verdad es el lenguage de un buen ciudadano, y el

que no la lleva en la boca como la concibe en el entendimiento, es indigno de vivir entre los hombres.

Por estos principios conocereis cuán despreciables han sido vuestras fatigas, y cuánto os habeis apartado de la verdad cuando mas habeis querido demostrarla: vereis tambien que no son doctos, ni jamás han merecido nombre de tales, los que uniendo ideas inconexas, especies vagas, raciocinios mal entendidos ó mal aplicados, abultan obrillas fútiles no solo dañosas á quien las lea porque en ellas malogra su tiempo, sino tambien porque escitando en el público el prurito de saber á poco trabajo, le apartan con tedio de los buenos libros en que se debiera instruir, propagándose por este medio la falsa sabiduría, mas funesta mil veces que la total ignorancia.

Cesará entonces esta guerra continua que manteneis unos con otros sobre la observancia del arte en las obras de ingenio; porque la razon sola os enseñará que no es dado á la mas fecunda fantasía hacer nada perfecto, si las reglas, las abominadas reglas, no la señalan los debidos límites; y que igualmente yerran los que graduan el mérito de sus producciones por los defectos que evitan, y la escrupulosa nimiedad en la observancia de los preceptos, cuando falta en ellas la invencion, el talento peculiar de cada género, y aquel fuego celestial que debe animarlas.

Ilustrado el público por estas verdades irresistibles, sabrá aplaudir con mas justicia el sólido mérito, y no llamará poetas á aquellos que como vosotros, sin disposicion natural para ello, sin arte, sin estudio, sin saber persuadir, sentir

ni pintar, pasan los años haciendo coplas infelices; que ni instruyen ni deleitan, ni pueden escitar en cualquiera lector juicioso mas que el desprecio, la compasion ó el asco.

¿Y son estos, son estos los que esperan mi aprobacion para cantar con ahullido disonante las felicidades de la nacion española en la jura de su querido príncipe? Tan grande asunto, digno de mi cítara, digno de que todo el coro de las Musas le celebre, ¿habrá de caer en manos de esta turba infeliz? No, no lo pretendan; y si es la lealtad y el amor quien los estimula á hacerlo, unan sus votos á los de toda la monarquía. Rueguen al cielo que dilate y prospere la vida de Fernando, precioso vástago del tronco ilustre de Borbon: delicias de su madre augusta, sucesor digno de tantos héroes. Rueguen al cielo que uniendo la piedad de su abuelo á la justicia, á la fortaleza, á la grande alma de su generoso padre, aprenda á su lado el arte de hacer felices á los hombres, y reconozca por los altos egemplos que de él reciba, que ni la magestad ni el cetro son comparables á la virtud; que ella sola es el apoyo firmísimo del trono, que ella sola hace á los reyes imágenes de divinidad en la tierra, que ella sola une en durables vínculos al vasallo con el monarca, y que sin ella los estados mas poderosos se trastornan, se destruyen con ruina espantosa, y apenas dejan á la posteridad la memoria de que existieron. Rueguen al cielo que al tiempo mismo que el jóven príncipe se instruya en la escuela del valor, la paz, la amiga paz, le halague con ósculo dulce, y en torno le sigan las ciencias y las artes todas que moderan la natural ferocidad del corazon hu-

mano, para que á su vista conozca cuanto es mas dichosa una nacion por ellas que por el temido honor de sus armas, por los estragos de sus victorias: mal necesario tal vez y siempre funesto á los vencidos y á los vencedores. ¡Oh! ilustren tales máximas su ánimo real, para que el mundo goce lo que de él espera, cuando despues de largos y felices dias, pasando á sus manos el cetro español, vea dilatar el poder, la gloria, la beneficencia de tan digno príncipe, aun mas allá de los límites de su grande imperio.

Estos son los deseos de la patria: tales son sus votos, y la dulce esperanza de que han de cumplirse es lo que hoy causa la mayor de sus alegrias, y no os pide en tal ocasion elogios insulsos ni versos ridículos y despreciables, que para ser buenos ciudadanos no es menester ser malos poetas; pues si fuera posible celebrar dignamente á los semidioses de la tierra, ingenios hay peregrinos que pudieran hacerlo, ingenios que yo conozco, que yo favorezco é inspiro; cuyas obras no bien conocidas todavía en un pais en que la frivolidad y el pedantismo insultan impunemente al verdadero mérito, triunfarán al fin de la envidia y las pequeñas pasiones que aspiran á oscurecerlas, y llevarán su nombre á la edad futura, para honor inmortal de su nacion y de su siglo.

Pero ¡vosotros, y tú mas que todos ellos odioso é insufrible, vosotros insultarme de esa manera!... Vete, y dí á los tuyos que todo mi enojo, que todo mi poder amenaza su vida: que se retiren, y que si es posible enmendar de algun modo los desaciertos que han cometido, solo será ca-

llando, y callando eternamente: que no menor reparacion exigen su ignorancia, su locura y su atrevimiento. Llevadle.

No bien hubo dicho *llevadle*, cuando entre siete ú ocho cargaron con el desventurado tuerto, y le llevaron en volandas hasta unas barandillas que daban á la escalera principal; de allí le dejaron caer sobre los de abajo, y estos viéndole venir se previnieron de suerte, que caer y empezar á voltear como una rehilandera entre aquella turba, todo fué á un tiempo. Era de ver como iba revoloteando por el aire de fila en fila, con tanta alegria y satisfaccion de todo el concurso, que no se juzgaba feliz el que no lograba asegurarle un pellizco, darle un capon ó asestarle un gargajazo. Con este obsequio se celebró la venida del culto; hasta que cansados de divertirse le tiraron al monton enemigo, con la misma facilidad y ligereza que si arrojáran una pelota.

Pero volvamos la mal tajada péñola á referir lo que Mercurio hizo mientras duró la embajada. Parecióle conveniente no descuidarse ni fiar á la fortuna el éxito de aquella empresa: habia llegado á entender, aunque confusamente la pretension estrafalaria de los filólogos; y conociendo que Apolo no podia concederles nada, pensó sériamente en hacer preparativos para la defensa, persuadido de que solo á garrotazos se podria concluir tan enrevesado asunto.

Llamó á consejo á los poetas que imaginó mas inteligentes y acostumbrados á tales peleonas; tratóse el caso con la madurez que requeria, y se acordó por último que se hiciera provision de armas ofensivas, acudiendo al repuesto de los ma-

los libros que estaban en las inmediaciones de la cocina, destinados á socarrar pollos y envolver especias, y que ademas se recogiesen cuantos trastos semovientes hubiera en la casa, y pudieran ser útiles para convertirlos en armas arrojadizas, ó en parapetos y trincheras.

Tratóse despues del órden que se debia guardar en los ataques, y resolvieron que para lograr alguna ventaja era necesario salir de la escalera, obligando á los eruditos á que dejando el portalon pasáran al patio, creyendo todos que allí se les podria combatir mas á placer, ya fuese en batalla campal, ó ya arrojando sobre ellos desde las ventanas que habia alrededor cuanto pudiera ofenderlos y destruirlos.

Aprobado este plan, se dispuso que Garcilaso de la Vega, por estar herido Cervantes, mandase al ala derecha: la izquierda don Diego de Mendoza: el centro don Alonso de Ercilla; y el cuerpo de reserva, que debia acudir adonde la necesidad lo pidiese, se encargó al conde de Rebolledo, acompañado de Lope de Vega, Cristobal de Virues, y otros sugetos de acreditado valor y esperiencia militar.

Despues de ventilados estos puntos, se ocuparon en conducir hácia la escalera cuanto hallaron que podia ser útil para un caso de rompimiento: acudieron luego al repuesto de los malos libros, y llevaron infinitos volúmenes antiguos y modernos que hasta entonces no habian servido de gloria á sus autores, ni de utilidad alguna al género humano, y en aquel dia se hicieron apreciables; porque no hay duda en que un mal libro por malo que sea, siempre sirve, y mas si es de

buen tomo, para descalabrar con él á cualquiera cuando no hay á mano abundante provision de cachiporras ó peladillas de Torote.

Hecho, pues, todo lo que va referido, sucedió la bajada y volteo del culterano; y conociendo Mercurio que era ya inevitable volver á la zurra, fuése volando á decir á su hermano cuanto habia dispuesto. Hallóle que bajaba ya la escalera con ánimo de presentarse á los enemigos, creyendo que á sus razones y autoridad, ni debian, ni podian oponerse. Dudó mucho Mercurio si aquella cuadrilla desvergonzada guardaria respeto y moderacion, hallándose ya obstinaba en conseguir por fuerza lo que pretendia; pero hubo de ceder mal de su grado á las instancias de Apolo, y dejándole en la escalera, se remontó al techo para anunciar su venida.

A este tiempo empezó á notarse un rumor y conmocion general en el bando contrario, mal satisfecho del suceso que habia tenido la erudita oracion de su embajador; pero dando Mercurio un grande ahullido desde allá arriba, les hizo callar y atender. Díjoles que Apolo iba á presentarse; que venerasen en él al grande hijo de Júpiter, y que pues se llamaban alumnos suyos, no le diesen enojo en cosa alguna, y adorasen humildes sus soberanos preceptos.

Apolo entonces levantado en hombros de los mas robustos, se dejó ver de aquella amotinada gente. Comenzó con semblante pacífico y agradable á persuadirlos que dejando las armas se volviesen á sus casas á cuidar de sus mugeres é hijos si los tenian. Que no creyesen que la nacion perderia nada perdiéndolos á ellos, pues no solo

la harian una gran merced en quemar todos sus papeles, y no volver á escribir jamás ni aun la cuenta de la ropa, si no que por otra parte, olvidando con un verdadero arrepentimiento las travesuras pasadas, podian dedicarse á varios ejercicios honestos, y adquirir por ellos una subsistencia segura, como buenos ciudadanos y gente de juicio. Díjoles tambien que los hombres habian nacido para trabajar, y muy pocos entre ellos para saber; porque ciertamente aquellos pocos, siendo buenos, bastan para ilustrar á todos los demas con su sabiduria. Que esto de ser doctos no era cosa tan acedera y trivial como se habian imaginado, pues cualquiera ciencia ó facultad necesita todo un hombre, toda una vida, y tal reunion de circunstancias, que rara vez llega á verificarse; y aun por eso siendo tantos los que siguen la carrera de las letras, son tan pocos los que han llegado a poseerlas en grado sobresaliente, y á merecer el aprecio público por sus escritos. Que dejasen el encargo de sostener el honor de la literatura nacional á otros talentos muy superiores, sin comparacion á los suyos. Que abandonasen para siempre la negra erudicion enciclopédica que tanto les habia trastornado la racionalidad, y tan ridículo papel les habia hecho hacer en estos últimos años á los ojos de la Europa culta, y que sobre todo abjurasen de buena fé el error de haberse creido poetas. Que no envidiasen esta gloria á los que realmente lo son ; gloria mezclada siempre de sinsabores los mas amargos: gloria funesta, que casi nunca ha concedido el mundo á los que viviendo pudieran gozarla, porque la reserva el cruel para las cenizas de los que ya no existen.

Mas iba á decirles; pero fueron tales los berridos que resonaron en el zagüan, los gritos y amenazas, que Apolo temiendo algun insulto de parte de aquel populacho feroz, se bajó á toda prisa del trono racional en que estaba encaramado, y comenzó á echar tacos y reniegos por aquella boca, que Dios nos libre.

Seguia entretanto la gritería y tumulto de los enemigos, y el endiablado tuerto corria de un lado á otro atizando el fuego de la discordia, ponderando el mal tratamiento que Apolo le habia hecho, y el poco aprecio que le merecian las doctas fatigas de tantos sabios: ellos que no necesitaban espuelas, se enfurecieron de tal modo, que no es posible ponderar á que estremo llegó entonces su frenesí. No es ese, decian, no es ese Apolo: á ese no le conocemos, y estos son ardides de Mercurio, que piensa burlarse de nosotros tomándolo á fiesta y tararira: que venga el hijo de Latona, que venga, él nos conocerá, y nosotros le adoraremos como hijos obedientes suyos.

Medrados estamos, dijo Mercurio, con lo que nos salen ahora estos malditos. Si es imposible que no se hayan desatado del infierno para darnos guerra. ¿Se habrá visto tal invencion? Pero yo les juro por la asquerosa Estigia qne no se han de reir de mí: no, sino haceos de miel y paparos han moscas: para ellos no sirven razones; lo que no les duele no les persuade; pues que la paguen, mal haya su casta, que la paguen, y acabemos de una vez con ellos.

Dicho esto, se metió entre los suyos: repitió los órdenes: previno los acasos, y sin que diera la señal de combatir el estruendo de trompetas ni

atambores, se comenzó la batalla, poniendo en uso los de Apolo las nuevas armas de que se habian prevenido.

Llovian librotes sobre los literatos intrusos, unos viejos, súcios y despilfarrados, y otros nuevecitos y en pasta, y en papel de Holanda, y con láminas y elogios ultramontanos, y notas y animadversiones. Esta descarga desordenó las primeras filas enemigas, no sin pérdida de sus gentes, pues aseguran algunos sugetos fidedignos, apoyados en relaciones auténticas, que pasaron de veinte los que cayeron derrengados, cinco tuertos, descalabrados nueve, y trece ó catorce contusionados ó aturdidos.

Con esta perdida se notó algun desfallecimiento en aquellas tropas, y nuevo espíritu en los de Apolo, que no dudaban ya combatir cuerpo á cuerpo para concluir de una vez aquella empresa; bien que los gefes procuraban contenerlos conociendo cuan cerca está de ser temeridad el valor, si la prudencia y el arte no le dirigen.

Pero á este tiempo ocurrió un accidente que puso á los de la escalera en grave peligro de perderse; porque acabada que fué la primera descarga, vieron venir de retorno por el aire el tenebroso *Machâbeo de Silveira*, que arrojado de robusta mano parecia una bala de cañon segun el ímpetu que traia: hirió de paso, aunque levemente, á Luis Barahona de Soto; y volviendo de rebote dió tal golpe en el pecho al tierno Garcilaso, que sin ser poderoso á resistirle, cayó aturdido sobre las gradas, y tuvieron que retirarle inmediatamente.

Lupercio de Argensola que se hallaba cerca, lleno de indignacion y dolor por la desgracia de

su dulce Laso, agarró seis ó siete tomos que vió á sus pies, y con no vista fuerza los lanzó al enemigo. No bien llegaron allá los *Comentos de Góngora*, que esta era la gracia de los tales volúmenes, cuando se conoció el horrible estrago que habian hecho en el cuerno izquierdo de los contrarios, lo que advertido por los de Apolo se adelantaron algunos á querer seguir hácia aquella parte la derrota; pero así que se alejaron de los demas se vieron rodeados de enemigos y cortado el paso á la escalera: dieron y recibieron golpes crueles, y con no poco trabajo pudieron volverse á incorporar en sus líneas, sufriendo mucho en la retirada, que tuvo todas las apariencias de fuga.

Ercilla mandó á Cristóbal de Virues que pasase á gobernar el ala derecha, y remediado con prontitud el desórden, prosiguió el combate. Mercurio, sostenido en sus borceguíes, observaba desde allá arriba lo que pasaba en ambos ejércitos; y vió que del contrario se retiraban muchos hácia el patio asaz dolientes y mal feridos: otros se ocupaban en conducir á algunos á quienes ya se les iba introduciendo la forma cadavérica por las narices adelante; y otros muy diligentes ejercitaban su caridad é inteligencia médica en dar alivio á los lastimados. Limpiábanles las heridas, les apretaban los chichones con cuartos segovianos, colocaban por su órden los dientes y muelas que habian perdido su primer asiento, y usaban varios remedios, ni muy costosos, ni muy eficaces, que se reducian á gran cantidad de telas de araña, pegotes de lodo y de pan mascado, yeso, tabaco, pedacitos de oblea, saliva, orines, y buenas razones.

Observado esto, partió hácia la escalera para dar aviso y ordenar lo que convenia: preguntó por su hermano, y le dijeron que habia desaparecido con las musas y todas las demas mugeres. Esta fuga dió que sospechar á Mercurio; pero á breve rato quedó satisfecho de la inocentísima conducta de Apolo; porque uno de los poetas que habia ido á rebusca de libros, vino diciendo que en la cocina se estaba guisando una gran porcion de mixtos, y que el dios imberbe tenia recogidas tantas y tales armas, que si llegaba el caso de poder encarrilar al patio á los pedantes, era indubilitable su destruccion.

Que me place, dijo Mercurio; y ahora mismo se ha de hacer el último esfuerzo para conseguirlo: Mendoza que manda el ala izquierda sostenido por el conde de Rebolledo, avanzará á viva fuerza sobre la opuesta de los enemigos á fin de amontonarlos por aquella parte, y marchará en buen órden siempre hácia el patio describiendo un cuarto de círculo, para que en llegándolos á sacar del portal, se les vuelva á presentar por frente toda la línea. Mientras esto se verifica, el centro y el ala derecha se mantendran sobre la defensiva, y avanzarán ó se detendrán segun vieren que el ala izquierda se detiene ó avanza.

Así se empezó á ejecutar, cargando don Diego de Mendoza y Rebolledo sobre la derecha de los enemigos, que los recibieron sin mostrar flaqueza ni temor; y como ya la refriega no era de burlillas sino muy á toca ropa, no dejaron de padecer bastante algunos de los de Apolo. Bartolomé Leonardo cayó al suelo sin sentido de un golpazo que le dieron con los *Reyes nuevos* del famoso *Lozano*:

Quevedo, que aunque ya estaba herido quiso volver á hallarse en la lid, tuvo que retirarse mas que de prisa con la cabeza llena de tolondrones y un arañazo en el rostro que le hacia derramar no poca sangre; y el mismo Mendoza aunque peleaba valerosamente, no dejaba de resentirse de un latigazo que le habia sacudido en la pierna izquierda un poeta ridículo, autor de siete comedias góticas, todas aplaudidas en el teatro, todas detestables á no poder mas, y todas impresas por suscricion, con dedicatoria y prólogo.

Pero á pesar de estos accidentes inevitables, vió Mercurio la ventaja que llevaban los suyos; y pareciéndole ocasion, hizo una señal, que al observarla don Alonso de Ercilla gritó en alta voz: *Hijos, ya es tiempo; descarga, y al patio.*

Corrió la órden, y al repetir la línea, *descarga y al patio*, comenzó á caer tal granizo de libros sobre los pedantes, que desde luego los menos locos reconocieron ser inevitable su ruina.

¿Y cómo la podrian evitar, si al rumor confuso de los alaridos, al estremecimiento horrible que causaba en los postes del portalon la batería incesante de libros, parecia que el palacio y el cielo mismo se desplomaban sobre aquella gente? Allí volaban á docenas, á cientos, enormes cuerpos de medicina bañados en sangre, allí las Historias sacro-profanas de imágenes aparecidas: allí tomos gigantescos de filosofía, esparciendo el hedor del ya vacilante peripato, se rompian en el aire contra otros no menos disformes de sermonarios, crónicas de religiones, y disputas ridículas en las que se veia embrollada hasta el último punto la mas breve, la mas clara, la mas santa de

todas las doctrinas, y unos y otros caian despues con espantoso estruendo, aplastando cuanto debajo de sí encontraban: allí entre los pesados é indigestos genealogistas cruzaban los comentadores, glosadores é intérpretes del Derecho, con sus tratados, autoridades y escolios llenos de obscuridad y confusion babilónica: y allí por último, salieron á volar las producciones del ingenio, las fatigas deliciosas de los humanistas y poetas. Las coplas del célebre *Leon Marchante*, dulce estudio de los barberos: las del *Cura de Fruime*, *Gerardo Lobo*, *la Madre Ceo*, *Boscan y Garcilaso á lo divino*, *Jacinto Polo*, *Cancer*, *Benegasi*, *Villamediana*, *Bocangel*, *Tafalla*, *Zabaleta*, *Montoro* y *Salas Barbadillo*, con el *Arte de Gracian*, y las comedias, silvas y romances de *Henriquez Gomez*; allí el *Don Quijote de Avellaneda* hizo oficio de bala, habiendo antes servido de pelota en los infiernos; y las *Comedias de Cervantes* revoloteaban tambien con risa de su autor inmortal, y á pesar del erudito y ágrio Nasarre. Siguieron á estas las de *don Tomás de Añorbe y Corregel*, con su miserable *Paulino* entre ellas: las de *Bazo*, *Cuadrado*, *Guerrero*, *Sedano*, *Ibañez*, y las de muchos de los que tan dignamente les han sucedido en el abasto del teatro. Pero luego cayeron sobre los enemigos con mayor violencia las dos *Caróleas*, *Cárlos famoso*, la *Hesperoida*, las *traducciones de Ariosto*, el *poema de San Rafael*, la *Mejicana de Gabriel Laso*, la *Conquista de Sevilla* en cuartetas, el *César Africano*, la *Nueva Méjico* de *Villagran*, la *Argentina* de *Centenera*, *Sagunto* y *Cartago*, el *Alfonso*, el *Nuevo Mundo*, la *Hernandía*, los *Amantes de Teruel* del insipidísimo *Juan de Yagüe*, y el mas que

todos ellos fastidioso poema de los *Inventores de las cosas*; siguiendo á este turbion la espesa metralla de misceláneas, novelas, famas póstumas, justas poéticas, coronaciones, entradas, beatificaciones, loas, certámenes de escuela, autos sacramentales, autos al nacimiento, funerales, villancicos, motetes, follas, y una pestilente multitud de tonadillas modernas, bien frias, bien necias, bien escandalosas y despreciables.

No hubo resistencia: los eruditos huyeron al patio no hallando salida por otra parte; y Mercurio alegre en estremo de ver ya logradas sus ideas comenzó á revolar sobre ellos como un milano hambriento encima de la miserable turba de polluelos tímidos.

Parecióle ser ya tiempo oportuno de poner en práctica una picardía que tenia consultada con Apolo, y se habia aprobado de comun acuerdo; para lo cual, dirigiendo su discurso á los pedantes, que hallándose encerrados en el patio peleaban desesperados por salir de él, les dijo de esta manera:

Señores eruditos, ya me parece que es tontería tanto chillar, tanto berrear, tanto embestirse, retirarse, dar y recibir gaznatazos y mogicones, que hace dos horas largas de talle que estamos con esta misma cancion, y hasta ahora nada bueno se ha conseguido. Yo no sé ciertamente, donde se habrá visto estarse aporreando de esa manera, sin qué ni para qué. ¡Y entre literatos! ¡entre humanistas! ¡entre poetas, gentes de suyo muelle y regalona, y dada á la quietud y al regodeo! ¿Y por qué? Si fuera decir habia motivos para ello, vaya en gracia; pero si todo el caso viene á redu-

cirse á una friolera que no vale un pito; si el asunto no es mas, segun he llegado á entender, que venir á presentar un memorial en que no se piden ningunos disparates, ¿quién se persuadirá que esto haya sido causa de tan furiosa tremolina? El daño estuvo, señores pretendientes, en que no habiendo querido vuesarcedes enviar un diputado á mi hermano para que en nombre de todos le dijese vuestra solicitud, me ví en la precision de llevar el primero que me vino á las uñas; pero este, por desgracia vuestra, nos salió tan ruin criatura, tan presumido y fastidioso que habiendo enojado á mi hermano, os le hubimos de volver de la manera que ya visteis.

Yo, la verdad sea dicha, no gusto ni he gustado nunca de estas pélamelas, y mucho menos entre gentes de suposicion y buena crianza: he hablado á Apolo; y convencido de mis razones á favor vuestro, dice que siempre que se le pidiera una cosa justa y con el buen modito que corresponde, no es ningun vinagre que se hubiera de negar á complaceros: asi que, señores mios, lo que debeis hacer es esto, y sin tardanzas, antes que mi hermano determine otra cosa. Escoged entre vosotros el mas ducho, el mas idóneo para el caso, un hombre bien nacido y de carácter, que no sea ningun chisgaravís, sino un erudito de representacion, conocido ya de mi hermano por la escelencia de sus obras, que tenga en su favor el buen concepto de todos vosotros y la general estimacion del público. Este se encargará de vuestra pretension; y perderia yo una oreja y aun las dos que tengo, si escogiéndole y enviándole, y hablando él, y respondiéndole Apolo, no volviese

muy presto con la noticia de haberos otorgado cuanto querais pedirle. Y esto se hace con paz y quietud como buenos hermanos, sin andarse en mas puerca es ella, ni quien es él, ni primero soy yo, ni otras niñerías que en vez de adelantar algo, pondrán de peor condicion el asunto: conque así no hay sino hacer lo que os digo, y manos á la eleccion, que se pasa el tiempo.

Esta zalagarda surtió todo el efecto deseado, porque empezando á disputar entre ellos quién debia ser el elegido, todos querian para sí aquel honor: repetian las palabras de Mercurio en que pedia un literato de representacion, idóneo, bien nacido, estimado de los inteligentes. ¿Y quién era entre ellos el que no se juzgaba mas idóneo, mas ilustre, mas benemérito que todos los otros juntos? De esta presuncion nació su ruina. Empelasgáronse unos con otros: cada cual se alababa á sí propio con admirable satisfaccion y engreimiento: oíanse pullas y desvergüenzas, y dicterios sin número; salieron á plaza las faltas mas ocultas; y últimamente pasando la cólera de la lengua á los puños, comenzaron la mas desesperada refriega que jamás se ha visto.

Allí se manifestó cuán poco duran unidos aquellos que amontona el delito ó el error, y que solo entre los que siguen el recto camino, ya de la virtud, ya de la sabiduría, puede hallarse durable paz y amistad verdadera. Era de ver la obstinacion con que peleaban; ni pensaban en otra cosa que en destruirse enteramente, por conservar cada cual la opinion de docto y único en su línea, y esto lo probaban con golpes crueles, tirándose al degüello como gen-

te desesperada que solo aspira á morir matando.

Mercurio se descalzaba de risa al ver lograda su maldita intencion; y advirtiendo que Apolo con toda la gente de casa ocupaba ya las ventanas y galerías del patio, trató con él que se pusieran en uso las armas prevenidas, para dar gloriosa cima y remate á aquella aventura.

Asi se dispuso, y cuando todavía proseguian los literatos en hacerse añicos, comenzaron á bajar con ruido espantable infinitos muebles y utensilios que hicieron efectos de artillería, bombas y catapultas; tiraban los de arriba á los de abajo, para ponerlos en paz, mesas, fregaderos, cofres, tajos, sillas, barreños, armarios, platos, cantarillas y todo género de vasijas: las musas, las señoras musas, llenas de colerilla y deseos de venganza, eran las mas diligentes en procurar la destruccion de la infeliz gavilla de los autorcillos. Ellos viendo encima de sí aquella tempestad, corrian desatinados de una á otra parte sin poder valerse; pero cayó segundo diluvio que los puso en mayor conflicto. Comenzaron á tirarles grandes ollas de agua hirviendo, espuertas de ceniza, basura, cantos, tronchos, arena de fregar, tejas, ladrillos, leños encendidos, agua fuerte, polvos de juanes, pajuelas ardiendo, aceite frito, trementina caliente, pez y rescoldo. No era facil resistir á tan horrible fuerza; dieron á huir hácia la puerta, pues la necesidad no permitia otra cosa: el ejército de Apolo se abrió en dos columnas para que dejándoles la salida libre, y asegurado el palacio, se les pudiese cargar despues en la retirada; y asi que los vieron fuera, salieron detrás el conde de Rebolledo y don Diego de Mendoza con

una partida ligera á seguir el alcance, y otros cuerpos pequeños se iban apostando por todos los caminos y sendas del Parnaso, que absolutamente ignoraban los enemigos.

En estas y estotras ya era de noche: la obscuridad, el cansancio, los golpes recibidos, el miedo, la prisa que llevaban, y sobre todo, el no tener conocimiento alguno del terreno por donde iban, eran todas circunstancias fatales que aumentaban la desgracia de los fugitivos.

Mercurio y los suyos les decian que se rindiesen como algunos de ellos lo habian hecho (incluso el embajador tuerto que le acababan de sacar medio descaderado de una zanja), porque si adelante seguian, perecerian todos sin remedio. Pero si, ya estaban ellos en estado de venirse á buenas: correr que te correrás como galgos, saltar peñascos, atravancar malezas, y no dar oidos á cuanto les decian, esto fué lo que hicieron; hasta que llegándose á encarrilar la mayor parte de ellos por unas breñas escarpadas y altísimas, á breve rato comenzaron á rodar por ellas, agarrados unos á otros, y dando ahullidos se precipitaron en una gran laguna que está al pié de aquellos peñascos, y se forma de las vertientes de Castalia.

Los pocos que andaban descarriados por varios andurriales libraron mejor, porque cayeron en manos de los de Apolo, recibieron todo agasajo y buena asistencia: se les cataron las feridas, y fueron tratados con mas amor que su ignorancia y soberbia merecieron.

Apolo, Mercurio, las musas, los poetas buenos, y todos los de casa, no se hartaban de dar gracias al cielo por tan feliz victoria: despachá-

ronse estraordinarios á todas partes con aviso de lo ocurrido en aquel tremendo dia; y en ocho que duraron las fiestas, quedó Timbreo casi pereciendo, porque el gasto de bollos, vizcochos, conservas, bebidas heladas y chocolate, ascendió á mas de lo que puede sufrir el bolsillo de un dios que protege la buena poesía.

Despues de pasado el turbion de visitas y enhorabuenas, se trató de lo que convendria hacer con los vencidos. Cascales, Cervantes y Luzan se encargaron de examinarlos separadamente para ver á cuantas estaban de locura; y en vista del informe que presentaron estos jueces, se mandó que algunos de ellos, despues de habérseles dado una buena reprimenda, se restituyesen á sus casas, con pasaporte para todos los registros del Parnaso, y sendas cestillas en que se les puso su racion de pan, queso y pasas; y á los mas contritos por via de ayuda de costa repartieron las mas caritativas musas de propio caudal unos cuantos maravedises.

A los restantes (incluso el tuerto), que á juicio de los examinadores eran incurables, los encerraron en las jaulas de los locos, donde hoy se hallan, tan en cueros como siempre, y tan sabios como su madre los parió.

LA TOMA DE GRANADA.

ROMANCE ENDECASÍLABO.

Era la noche, y el comun sosiego
Por las opacas sombras se estendia,
Y en medroso silencio los mortales
Con el sueño olvidaban las fatigas.
En la hermosa ciudad que Jenil baña,
Y el Darro con sus aguas fertiliza,
Matizando sus cármenes de flores,
De frescas flores que el abril envia,
Yace soberbio alcázar, cuya cumbre
Del aire ocupa la region vacía,
Palacio un tiempo del monarca moro,
Que el régio trono granadino pisa.
Este, olvidando con descanso dulce
Cuidados que al espíritu fatigan,
Tranquilo ocupa de su alcázar régio
Oculta estancia en que el primor lucia.

Alta cornisa del metal precioso
Que el claro Tajo en sus arenas cria,
Robustas cimbrias y estucados techos,
Follajes varios y labores ricas.
Por el salon á trechos se miraban
Mudas historias que el pincel dió vida,
Sucesos grandes, célebres victorias,
Claros héroes, hazañas inauditas.
En pedestales del mosáico estilo,
Que adornó singular mazonería,
Formó diestro cincel del bando moro
Los reyes, capitanes y califas.
De Osman y Alí, terror del Oriente,
El mármol muestra la presencia misma,
Del fuerte Ulit y el valeroso Muza,
Y el gran conquistador de Palestina.
Sobre los otros elevado estaba
Con régio ornato y magestad debida
El mentido profeta, á quien Arabia
Ciega venera, y en su fé confia.
Este miraba el rey, cuando cubierto
De asombro y miedo, vió que descendia
Del alto asiento, y á su lecho llega
De Mahomet la estátua muda y fria.
Tiembla, y al verla con airados ojos,
Ni á hablar acierta, ni callar podia:
Tres veces quiso huir de su presencia,
Tres veces lo estorbó fuerza divina.
¿Dónde vas? dijo: ¿dónde, desgraciado
Monarca, evitarás la saña mia,
Huyendo del que nunca desampara
A los creyentes que en su amor se fian?
Detente, y en el lecho á quien adornan
Ricas alhombras, turcas alcatifas

Reposa, y con el ócio entorpecido
Las aflicciones de tu reino olvida.
¿Qué importa que al furor del Nazareno
Destrozadas se miren tus provincias,
Tus vasallos ó muertos ó rendidos,
Y la ciudad en bandos dividida?
Mientras Fernando tus castillos toma,
Las vegas tala, arrasa las campiñas,
Gustosos juegan Mazas y Gomeles
En Bibarrambla cañas y sortija.
¿No bastan tantos golpes desgraciados,
Tantas ciudades presas y vencidas,
Tantos fuertes ejércitos desechos
Al furor de las huestes enemigas?
El que tuvo valor para oponerse
En Lucena á sus gentes atrevidas,
Haciendo ver cuanto á Castilla cuesta
Humillar la potencia granadina,
¿Hoy fuerzas no tendrá, viéndose libre
De la cadena que arrastró algun dia,
Para vengar su afrenta, derramando
Del cristiano la sangre aborrecida?
Si la fuerza y las armas no sostienen
La patria que á su estrago se avecina,
¿De qué ha servido quebrantar los tratos,
Negar los pactos, y la fé rompida?
Borra, borra el baldon de haber firmado
Las paces que detesto, envilecidas:
Niegue el valor, y el pundonor anule
Lo que otorgó la voluntad cautiva.
De tu resolucion el universo,
Está pendiente, y en tu ardor confia:
Por él su libertad espera el mundo,
Y si no le defiendes, se arruina.

Pues el fiero español, si de este imperio
Se apodera (¡oh Allah, no lo permitas!)
Cuál rápido torrente que del monte
Con ímpetu veloz se precipita,
Así, rompiendo de Tarif la puerta,
Llegará audaz hasta la ardiente Libia,
El gran sepulcro librará de Cristo,
Cautivando quizá la tumba mia.
Méjico la opulenta, recelando
Su estrago, al cielo súplicas envia;
Y el Cuzco teme que cruzando el golfo,
Pase tal vez á encadenar sus Incas.
¿Y tú darás lugar para que logre
Los triunfos que soberbio premedita,
Viendo las barras de Aragon triunfantes
En los blancos pendones de Castilla?
Cuando medroso en tu ciudad te encierras,
Temiendo el golpe de su diestra invicta,
Él atrevido á vista de tus muros
Otra ciudad levanta ¡qué ignominia!
Ya los Abencerrages, que otro tiempo
En bandos á la corte dividian,
No existen, ni tu padre te da enojos,
Ni arma Muley traiciones á tu vida.
Persigue al que sacrílego persigue
La verdadera ley, santa y divina:
Nada receles, la victoria es tuya,
Que el profeta de Dios te alumbra y guia.
Yo haré que al ver tus fuertes escuadrones
La espalda vuelva en la marcial porfía,
Y amontonando triunfos y despojos,
Su vano orgullo aniquilar consigas:
Y pasando del Tajo la corriente,
En la corte imperial fijes tu silla,

Despues de haber deshecho en las Asturias
La turba de sus gentes fugitiva.
Un nuevo Abderramen, y un nuevo Muza
Vendrá, que fiero su altivez oprima,
Y otro Almanzor del templo de Santiago
Renovará el incendio y la ruina.
La mezquita famosa toledana
Mi indignacion reducirá en cenizas,
Y en la noble imperial Cesaraugusta
La imágen venerada de María.
El Coran se verá reverenciado
Y la ley sacrosanta que predica,
Desde Gijon á la distante Goa,
Y de la Zeca á la feliz Medina.
Esto será, que así te lo promete
El que pisa del sol la lumbre viva,
A quien los Querubines acompañan
Y las Dominaciones se humillan:
Que ocupando ante Dios glorioso asiento,
Los claros astros á su planta mira,
Y adornando la luna su turbante,
Los luceros se apagan á su vista.
Dijo: y al ir el rey á responderle,
Veloz de entre sus brazos se retira,
Y á ocupar vuelve la animada estátua
El pedestal robusto que oprimia.
Mientras en Santa Fe mira Fernando,
Vistoso alarde haciendo, su milicia
Al son de los clarines y atambores,
Los caballos marchar é infanteria,
Cuando del claro sol lucientes rayos
A los objetos su color volvian,
Dorando en los soberbios pabellones
Las banderas que el céfiro movia,

:

Bajo un rico dosel con perlas y oro,
Que del Oriente empobreció las minas,
Fernando é Isabel el trono ocupan ,
Alto campeon, castísima heroína.
En tanto que en el templo de la Fama,
Venciendo á las edades fugitivas,
Vuestros nombres en mármoles escritos
Causen al orbe admiracion y envidia,
Yo haré, á pesar del tiempo y del olvido,
Que su trompa sonante los repita,
Y vuestras merecidas alabanzas
Las hijas de Menmósine divinas.
Muéstranse alrededor del alto asiento
Los príncipes y grandes de Castilla,
Los Ponces de Leon y los Mendozas,
Portocarreros, Laras y Mejías ;
El que de Alhama el defendido muro
Guardó á pesar de la morisma impía,
Y con débil defensa reparado,
Burló su muchedumbre descreida.
Pacheco y el Guzman van á sus lados,
Que dos robustos potros oprimian,
Mostrando el noble varonil semblante,
Alzada la luciente sobrevista.
Del jóven de Alba la tristeza muestran
Las pabonadas armas que vestia:
Negro el plumaje sobre el alto almete,
Peto y escudo, cinturon y hebillas.
El que escalando de Guadix el muro
Horror y asombro fué de la morisma,
Y el que llegando hasta Granada, puso
El *Ave* de Gabriel en su mezquita.
Cárdenas y Alburquerque, y el famoso
Córdoba, lustre de la patria mia,

Terror del moro, de la Italia espanto,
Estrago de las gentes enemigas:
  Lujan se ofrece á la dudosa empresa
Con doscientos ginetes que acaudilla,
Que el Manzanares entre musgo y alga
Miró nacer en la feliz orilla.
  ¡Oh patrio suelo! si al acento mio
Prestar Apolo quiere melodía,
Y se digna tal vez al rudo canto
Dar nuevo ardor, dulcísona armonía,
  Yo sabré levantar el nombre tuyo
A la esfera que Venus ilumina,
Ensalzando mi voz no disonante
Tus blasones y glorias inauditas,
  Pues para trono del mayor Monarca
La suma Omnipotencia te destina,
Y el sol para alumbrar tu vasto imperio
A Eton fogoso y á Flegon fatiga.
  El valiente doncel, que en tiernos años
Venció del moro la arrogancia impía,
Colocando en su escudo por trofeo
El nombre que ultrajaba de María,
  Del gallardo Aguilar ocupa el lado:
Aguilar, cuya espada vengativa
Del infiel Mahandon traspasó el pecho,
Librando la inocencia perseguida.
  Hacen-Benel Farax Abencerrage
Lucida escuadra de su gente guia
En tordas yeguas que produce el Bétis,
Y á su veloz corriente desafian.
  Blancos bonetes con azules plumas,
En las adargas la comun divisa,
Corvos alfanges, largos alquiceles,
Robusto aspecto, y la color cetrina.

El fuerte capitan, que de Lucena
Defendió la muralla combatida,
Derramando al impulso de su diestra
La sangre del infiel Ismaelita,
Muestra en su escudo entre cadenas preso
Al monarca que audaz le resistia,
Y los nueve estandartes matizados
Con caractéres árabes y cifras.
¡Cuántos esclarecidos capitanes,
Que ganaron victorias inauditas,
Delante de Fernando se presentan!
Cántalos tú, Parnáside divina:
Su nombre ensalza, su valor y esfuerzo,
Por quien se vieron rotas y vencidas
Las escuadras de Agar, que el dogma siguen
Del fementido esposo de Cadiga.
Fernando al verlos: Claros campeones,
Dice, blason de la corona mia,
Por cuya diestra las cristianas cruces
Sobre el Alhambra se verán tendidas,
Ya llegó el tiempo en que mireis cercana
De esa ciudad rebelde la ruina,
Y en premio de fatigas tan dichosas
Laurel eterno vuestra frente ciña.
Desde que en Zahara combatiendo el muro
Rompió Muley Hacen la union amiga,
Hasta que Boabdelí preso y rendido
Firmó la paz, que hoy niega su osadía,
¡Cuántas veces, dudosa la victoria,
Espusísteis por ella hacienda y vida,
Ya combatiendo en Baza las almenas,
O en el alto peñon de la Axarquía!
Málaga os vió con ánimo invencible
Contrastar al feroz Abenconixa:

Y Dordux, recelando el golpe duro,
Os entregó su fuerza destruida.
Muley Abohardil, tirano injusto,
Desamparó á Guadix con Almeria,
Y de Huescar á Ronda vuestra espada
Estrago fué y horror de la morisma.
Aun hay mas que vencer: á vuestro brio
Es corto triunfo esa ciudad vecina:
Mas es fuerza juzgar su rendimiento
Como principio de mayores dichas.
Desde que Febo, visitando el Toro,
Volvió á los campos la estacion florida,
Hasta que en Capricornio retirado
Iluminó desconocido clima,
Sufre Granada el dilatado cerco,
De fuerzas y poder destituida:
Mas ¡oh cuán presto la hollará mi planta
Si ayuda vuestro ardor la intencion mia!
De hoy mas vuelva á sufrir nuevos afanes,
Nuestros ginetes talen sus campiñas,
Y la sangre de Sarra se derrame
En las escaramuzas repetidas:
Que el cielo, que hasta aquí miró propicio
El éxito feliz de su conquista,
Verá gustoso fenecer el nombre
Del que tanto ofendió su ley divina.
Dios, sí, Dios mismo de rigor armado
A nuestros brazos servirá de guia,
Porque ganando su sepulcro santo,
Se mire el Asia á nuestro pie cautiva.
Dijo, y sordo rumor el campo ocupa,
Que el nombre de Fernando repetia:
Todos al duro asedio se aperciben,
Acusando las horas de prolijas.

Suena confuso estrépito : el soldado
Se viste el espaldar y la loriga ,
Y al apretar las cinchas el ginete ,
El caballo belígero relincha.
Ya corren por la vega dilatada ,
Que el Jenil baña con corriente fria :
Los campos queman , roban el ganado ,
Huye el pastor á la contraria orilla.
Tristes gemidos é incesante lloro
En la infeliz ciudad el aire hendian :
El vulgo corre temeroso y ciego :
Deja el muro y ocupa la mezquita.
Asi venciendo Vespasiano y Tito.
Los fuertes muros de la sacra Elía ,
Esta lloró su mísera desgracia
Con hambre y fuego y muerte destruida.
Boabdelí , de valor y fuerzas falto ,
Al Albaicin medroso se retira :
Dudoso al escuchar consejos varios ,
Entre opuestos dictámenes vacila.
Quien le aconseja que la gente anime ,
Tienda al aire las árabes insignias ,
Salga á campaña , y en batalla dura
Al enemigo intrépido resista.
Quien pretende , primero que rendirse ,
Que en llamas arda la ciudad querida ,
Dando la vida al tósigo y al hierro ,
Cual los de Astapa ó la Sagunto antigua.
Cuando Zelim-Hamet, gallardo moro,
Que el sesto lustro de su edad cumplia ,
Arabe en patria , Aldoradin en sangre ,
Hijo de Abenhucen y Geloira :
Negra la barba y el color tostado ,
Sangrientos ojos de espantable vista

Robustos miembros, corto de razones,
Diestro en el arco, cimitarra y pica:
Locura es, dijo, en pareceres varios
Perder el tiempo, que veloz camina,
No habiendo fuerzas, ni ocasion, ni gente
Para librar la patria que peligra.
¿Espondremos acaso á una batalla
La feliz libertad que tanto estima,
Cuando de España la potencia junta
Procura con teson nuestra ruina?
No, no es justo, ni en este medio solo
La pública salud se encierra y cifra:
Una astucia rompió de Troya el muro,
No Agamenon ni Aquiles de Larisa.
Yo ofrezco, apenas el luciente Apolo
Huya las sombras de la noche fria,
Hacer que el campo del contrario fiero
Con incendio voraz vuele en cenizas.
La confusion, el sobresalto y miedo,
El sueño, que los miembros debilita,
Las llamas y la noche harán felice
La heróica accion, si Boabdelí la anima.
Sí, yo la apruebo, dijo, y de los hombros
En muestra de su amor al punto quita
El precioso alquicel, que el moro admite,
Doblando reverente la rodilla.
Vístese al punto las lucientes armas,
Que el oro y el cincel enriquecian,
En quien mostró su perfeccion el arte,
Que á Gradivo tal vez dieran envidia.
En el turbante el acerado casco
Al herirle la luz rayos envia,
Luna pequeña y afolladas tocas,
Con un penacho verdegay encima.

El dilatado borceguí guarnecen
Dorados lazos y labores ricas,
Y el alquicel en el siniestro lado
Con plata y borlas resplandece y brilla.
Del ancho tahalí se vé pendiente
La cimitarra fuerte damasquina,
Que ciñó al lado Abenhozmin su abuelo
Cuando á servir á Soliman partía.
La istriada lanza acomodó en la cuja,
Que cual un mimbre el bárbaro blandia,
A cuyo golpe en desigual pelea
Felipe de Aragon perdió la vida.
Pintó en la adarga de Azamor el moro
Herido un corazon que en fuego ardia,
Y en campo azul alrededor escrito:
Si mas pudiera dar, mas te daria.
La rica manga adorna el diestro lado,
Que de aljofar bordó y argentería
Con cifras de su nombre Zelidora,
Que ausente dél en Tremecen vivia.
De un tostado alazan oprime el lomo
De largas crines y cabeza erguida,
Pecho espacioso y espumante boca,
Y docil á la rienda que le guia.
Parte su dueño en la callada noche
De la famosa Ilíberis antigua,
Sus muros deja atrás y capiteles,
Y al enemigo campo se avecina.
Hórridas sombras, ocupando el suelo,
Al intento mejor favorecian:
Muda quietud al sueño convidaba,
Y el Darro suspendió la clara linfa.
Cuando al atravesar raudal pequeño,
Que del vecino monte descendia,

Sintió pisadas, y de rato en rato
Templadas armas que al mover crujian.
  Refrena el paso el arrogante moro,
El freno y el aliento detenia,
Al ver ya cerca un caballero armado,
Que en ligero tropel tras él venia,
  Sale á encontrarle, y previniendo el asta,
¿Quién eres? dijo, ¿dónde te encaminas?
Di si eres granadino ó castellano,
Y cuál es el intento que te guia.
  Soy granadino, respondió; y si acaso
De tu amor y tu sangre no te olvidas,
Tu primo Zuleman es quien te sigue,
Y la justa venganza quien le anima.
  Tú sabes bien que en la pasada luna
Mató á mi hermano en esta vega misma
La dura lanza del Guzman valiente,
Impío verdugo de agarenas vidas.
  Sabes que era mi hermano malogrado
La esperanza y blason de la morisma,
Señor de Alhora, de Carthama alcaide,
Caudillo y Alhagib de su milicia.
  Sabes cuanto lloré la injusta muerte,
Sabes cuanto perdió la patria mia,
Y que del homicida la cabeza
Prometí presentar á Belerifa.
  Tres veces ciento alárabes ginetes
El bosque oculta, que á la seña misma
Intrépidos cercando los reales,
La accion acabarán que determinas.
  Contigo vengo á que morir me veas
A manos del que causa mi desdicha,
O á que, logrando la venganza, vuelva
A consolar la pena que origina.

Abrázale Zelim estrechamente,
Y defendidos de la sombra amiga,
Este se acerca al campo y pabellones,
Y aquel la retirada prevenia.
Introducido por oculta senda,
Calada cuerda al pabellon aplica
Do reposa Isabel, y al verle ardiendo
Con voraz llama, el moro se retira.
No de otra suerte los soberbios muros
Quemó de Troya la maldad argiva.
Ni menos confusion causó el estrago
Que en el campo cristiano se estendia.
Bajan ardiendo de la escelsa cumbre
Ardientes leños, máquinas erguidas,
Cual en las altas escarpadas breñas,
A quien el Tajo aurifero salpica,
Al fiero impulso de huracan horrendo
De uno en otro peñon se precipitan
Rudos peñascos, y al terrible golpe
Huyen al centro temerosas ninfas.
Salta del lecho intrépido Fernando:
Su presencia á los débiles anima:
Manda al de Cádiz que al encuentro salga,
Por si alguna traicion se prevenia.
Suelta la crencha dilatada de oro,
Que un matizado trancelin prendia,
Cruza Isabel armados escuadrones,
Cuya industria apagó la llama activa.
Zuleman, que advirtió salir armada
La gente que el de Cádiz acaudilla,
Vuelve la rienda y hácia el bosque parte
A prevenirlo al comenzar el dia.
El Ponce de Leon, que desde lejos
Las armas vió reverberar bruñidas,

BIBLIOTECA

POPULAR ECONOMICA.

A LOS SUSCRITORES.

Constantes en nuestro propósito de ofrecer á los suscritores de la **BIBLIOTECA**, cuantas ventajas sean compatibles con nuestros intereses, hemos resuelto dar grabados para el **Gil Blas de Santillana**, que segun lo ofrecido, debemos repartir inmediatamente despues de las **Obras de Moratin**, que se están imprimiendo. Estos grabados serán en número de **ciento**, cincuenta para cada uno de los dos tomos de que constará nuestra edicion: todos ellos originales, están encomendados á nuestros mas acreditados artistas, y como el que acompaña á este anuncio sirve para dar una idea exacta del tamaño y ejecucion, nos abstenemos de encomiar su mérito que el público puede apreciar asi mas fácilmente.

Ya dijimos con motivo de las láminas del **Quijote**, y repetimos ahora, que el precio de dos cuartos á que damos cada pliego impreso de la **BIBLIOTECA** no puede sufragar los gastos de la ilustracion de las obras y sobre esto no juzgamos necesario insistir para que se nos crea; asi pues, ahora como entonces los que quieran láminas para el **Gil Blas**, habrán de pagarlas aparte, y de este modo sin alterar las bases de nuestra empresa, los suscritores pueden obtar por lo que mas les convenga. El precio de las **cien** láminas que ofrecemos para los dos tomos será el de **veinte rs.** y basta decirlo para probar que no nos guia ningun objeto de especulacion, sino el deseo de complacer á los que nos favorecen, proporcionándoles los medios de que por una insignificante suma tengan ilustrada una obra que de suyo lo requiere, y que no podrian adquirir en iguales términos sino á costa de un gran sacrificio. **Veinte rs.** por cien láminas, es poco mas de 6 mrs. por cada una, y si se considera que con tan mezquina cantidad han de costearse los gastos de dibujo, grabado, estampacion, tinta, papel y satinacion, se comprenderá bien nuestro desinterés en este asunto. Solo la confianza que tenemos en nuestros suscritores podria decidirnos á adoptar una resolucion de esta especie que lleva consigo la necesidad de grandes desembolsos, con la esposicion de quedar sin recompensa, porque únicamente siendo muchísimos los suscritores que quieran las láminas podemos aspirar á in-

demnizarnos del coste de ellas. Sin embargo, estamos tranquilos porque creemos que el público hará justicia á nuestra sinceridad, y porque son tales y tantas las ventajas, y tan escesiva la economía, que no podemos imaginar que haya uno solo que prefiera tener la obra sin grabados pudiendo adquirirlos por tan insignificante suma. **Veinte rs.** sobre el módico precio á que ha de salirles nuestra edicion á los suscritores, es menos de la tercera parte de lo que cuesta cualquiera de las ediciones ilustradas que se han hecho hasta ahora del **Gil Blas**.

Los señores suscritores que quieran recibir la obra con láminas, se servirán acudir inmediatamente á hacer el abono de los **20 rs.** á los respectivos comisionados de las provincias, y en el **Gabinete literario** en Madrid, á fin de que sabiendo el número de ejemplares que se necesitan pueda procederse desde luego á la estampacion y no haya retraso despues en la remesa de los tomos.

Madrid 25 de agosto de 1844.

Bases generales de publicacion.

La Biblioteca popular públíca un pliego todos los dias, y cada pliego cuesta por suscricion **dos cuartos** en Madrid, y **tres** en las provincias, remitiéndose por el correo franco el porte. Tanto en Madrid como en provincia los suscritores pueden recibir las obras en tomos encuadernados á la rústica, en vez de los pliegos sueltos, sin aumento de precio.—La suscricion se hace por pliegos, pagando por lo menos 17 de una vez en Madrid, que forman una peseta; y 34 en provincia cuyo valor es 12 rs.—La suscricion puede empezarse á contar desde cualquiera de las obras que se anuncien anticipadamente, pero una vez principiada, los suscritores reciben correlativamente los pliegos que hayan pagado, sin poder saltar de una obra á otra, porque esto originaria tal confusion que seria imposible entenderse. La Biblioteca se puede considerar como un periódico: la sola diferencia está en que la suscricion de los periódicos se hace por meses, y la de la Biblioteca por pliegos.—La estraordinaria baratura de esta publicacion es un privilegio establecido en favor de los suscritores constantes; los que quieran tomar unas obras y dejar otras, les será mas fácil comprarlas al precio de venta, es decir un tercio mas caras que hayan costado á los suscritores.

OBRAS PUBLICADAS. Semana santa en castellano; segunda edicion, recopilada de los mejores libros devotos, con grabados; un tomo.—**Don Quijote de la Mancha,** por Cervantes. Dos tomos de mas de 600 páginas cada uno, con láminas y sin ellas.—**Historia de la Revolucion de Inglaterra,** por Mr. Guizot. Un tomo de 624 páginas.

EN PRENSA.—***Obras de Moratin.***

Se suscribe en Madrid en el Gabinete literario, calle del Príncipe. En las provincias en todas las librerias del reino y administraciones de correos corresponsales del Sr. **Mellado** editor de esta publicacion.


ZARZA



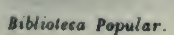
Y el ancho escudo del gallardo moro,
Parte á alcanzarle y al caballo pica.
Mas viendo la distancia, alta la diestra
Con impulso feliz la lanza tira,
Que por el viento rechinando cruza,
Cual flecha de la cuerda despedida.
Vuelve el moro veloz mirando cerca
El duro hierro que hácia sí venia:
¿Mas quién pudo borrar de las estrellas
El influjo fatal que le domina?
Quiso evitar el golpe; mas rompiendo
El fresno herrado la coraza fina,
De roja sangre matizó las flores,
Cayó en la yerba la color perdida.
No de otra suerte á su galan Adonis
Miró difunto Venus Ericina,
Cuando en Chipre su muerte lamentaron
De sus bosques las bellas hamadrías.
Cual blanco azar, ó débil azucena,
Que del tronco apartó mano lasciva,
Que poco á poco la hermosura pierde,
El cuello tuerce, y el frescor marchita;
Asi, exhalando el último suspiro,
Los ojos cierra en tristes agonías:
Revuélcase muriendo, y se estremece,
Y el alma baja á la tartárea orilla.
Hamet, que viendo el caso lastimoso,
Batió la espuela y aflojó las bridas,
En venganza y furor y saña ardiendo
Con ronca voz: cristiano, le decia,
Si juzgas que la sangre de mi primo
En tiernos años sin piedad vertida,
Con la tuya, á pesar del universo,
No la podré vengar, mal imaginas.

Y arremetiendo cual ardiente rayo,
La peligrosa lid acabaria,
Si en menos fuerte escudo diera el golpe
Que atronó las cavernas convecinas.
Rota la lanza, con la espada embiste:
Ciego de enojo el moro combatia,
El alquicel arrastra por la arena,
Que el potro al revolver desgarra y pisa.
Cual en el ancho circo matritense
Con medrosa atencion la plebe admira
Robusta fiera que bebió el Jarama,
Que el jóven andaluz acosa y lidia;
Asi burlando al moro granadino
El cristiano sus golpes detenia:
Aquel le sigue, y este levantando
La poderosa espada vengativa,
Tal golpe descargó con brazo fuerte
Sobre las plumas y cimera altiva,
Que juntas se estamparon en la arena
Penacho verdegay, bonete y cintas.
No vuelve mas veloz manchada tigre
Al flechazo que el árabe le tira,
Que el moro al golpe, del pavés cubierto,
Alta la diestra, en roja sangre tinta.
Quiso al contrario dividir de un golpe:
Llega, dá, hiere: y en la lid reñida
Ninguno de los dos fuertes soldados
A su enemigo superior se mira.
Mas viendo el Ponce á un lado ya cercana
La mora gente, y bárbaras insignias,
Y al otro en las banderas sus leones,
Señales de su tercio conocidas,
De punta á puño le metió la espada,
Que al querer su enemigo resistirla,

Cayó difunto del arzon al suelo,
Abierto el pecho en penetrante herida.
No de otra suerte Encelado arrogante
Del rayo herido de la luz divina,
Precipitándose de monte en monte,
Cayó oprimiendo el suelo que cubria.
Ya de añafiles y atabales roncos
Confuso estruendo militar se oia,
Y en lid sangrienta entrambos escuadrones
Por su ley y su patria combatian.
Rodrigo parte, y en la turba mora
Tal estrago ocasiona su cuchilla,
Cual entre simples tímidas palomas
Garra y pico voraz de águila altiva.
Los fuertes capitanes granadinos,
Que en la vega mostraron algun dia
Su esfuerzo, hoy dejan con la muerte suya
Su patria opresa, y su nacion cautiva.
Unos con otros en atroz desórden
El tremendo combate sostenian,
Causando á un tiempo en una y otra parte
Con igual confusion muertes distintas.
Mas embistiendo por el diestro lado
Nuevo socorro que Fernando envia,
El Darro en sangre coloró sus aguas,
Marlotas y almayzares revolvia.
Ya la escuadra de Agar la espalda vuelve
Precipitada con veloz huida,
Dejando el campo de despojos lleno,
Que bárbaros cadáveres cubrian.
Boabdelí, que advirtió destrozó tanto,
Sus huestes ahuyentadas y vencidas,
El enemigo cerca de los muros,
Y sin defensa la ciudad querida,

Maldice airado del Profeta suyo
Las promesas, que ya fallidas mira,
Viendo á Fernando que triunfante llega,
Y el dificil asalto premedita.
La cristiana amazona que le sigue,
Su intento aprueba, y á su gente anima:
Corona el muro desarmada gente
Y al cielo sube inmensa vocería.
Suena el clarin belígero, y apenas
Las tropas á embestir se prevenian,
Blanca bandera el Albaicin tremola,
Las puertas abre la ciudad vencida.
Entre las armas el monarca moro
Busca á Fernando, y á sus pies se humilla.
Cidi, venciste, reverente dice:
Tuyo es mi reino ya, tuya es mi vida.
Alza, le dijo: en mi bondad piadosa
Perdon hallar podrá tu rebeldía:
Vivirás como rey y amigo mio,
Pues supiste aplacar todas mis iras.
Marcha á Granada el campo: el bando moro
Lágrimas derramando de alegria,
El nombre de Isabel y de Fernando
Levanta al cielo en repetidos vivas.
En pebeteros del Oriente humea
Fragante incienso que la Arabia cria:
Cubren las calles y edificios altos
Tapetes persas con alhombras chinas.
El sucesor invicto de Pelayo
Y la escelsa matrona de Castilla,
Triunfantes entran, la cerviz pisando
Del bárbaro poder y la heregía.
La fé y la religion iban delante,
Que dirigieron la feliz conquista,

Arrollando moriscos estandartes,
Y eclipsando las lunas enemigas....
  Cante otro lo demas, si á objeto tanto
Menos puede bastar que voz divina,
Pues fatigada del asunto heróico,
Enmudece esta vez la trompa mia.



LECCION POÉTICA.

SÁTIRA

contra los vicios introducidos en la poesía castellana.

Apenas, Fabio, lo que dices creo (1),
Y leyendo tu carta cada dia,
Mas me confunde cuanto mas la leo.

¿Piensas que esto que llaman poesia,
Cuyos primores se encarecen tanto,
Es cosa de juguete ó fruslería?

¿O que puede adquirirse el númen santo
Del dios de Delo á modo de escalada,
O por combinacion ó por encanto?

Si en las escuelas no aprendiste nada,
Si en poder de aquel dómine pedante
Tu banda siempre fué la desgraciada,

¿Por qué seguir procuras adelante?
Un arado, una azada, un escardillo,
Para quien eres tú, fuera bastante.

De cólera te pones amarillo:
Las verdades te amargan; ya lo advierto.
No quieres consultor franco y sencillo.

Pues hablemos en paz, que es desacierto
Desengañar al que el error desea,
Vaya por donde va, derecho ó tuerto.

Dígote, en fin, que es admirable idea
En tu edad cana acariciar las musas,
Y trepar á la fuente Pegasea.

Pues si el aceite y la labor no escusas,
Y prosigues intrépido y constante,
En tí sus gracias lloverán infusas.

Los conceptillos te andarán delante,
Versos arrojarás á borbotones,
Tendrás en el tintero el consonante.

¡Qué romances harás y qué canciones!
¡Y qué asuntos tan lindos me prometo
Que para tus opúsculos dispones!

¡Qué gracioso ha de estar, y qué discreto
Un soneto al bostezo de Belisa,
Al resbalon de Inés otro soneto!

Una dama tendrás, cosa es precisa:
Bellísima ha de ser, no tiene quite,
Y llamarásla Filis ó Marfisa.

Dila que es nieve, cuando mas te irrite;
Nieve que todo el corazon te abrasa,
Y el fuego de tu amor no la derrite.

Y si tal vez en el afecto escasa,
Pronuncia con desdén sonoro hielo (*);
Breve disgusto, que incomoda y pasa:

Dirás que el encendido Mongibelo
De tu pecho, entre llamas y cenizas,
Corusca crepitante y llega al cielo.

Si tu pasion amante solemnizas,
No olvides redes, lazos y prisiones,
En donde voluntario te esclavizas.

Pues si el cabello á celebrar te pones,
Mas que los rayos de Titan hermoso,
¡Qué mérito hallarás, que perfecciones!

Dila que el alma, agena de reposo,
Nada golfos de luz ardiente y pura,
En crespa tempestad del oro undoso (**)

Llama á su frente espléndida llanura,
Corvo luto sus cejas, ó suaves
Arcos, que flecha te clavaron dura.

Cuando las luces de su Olimpo alabes,
Apura, por tu vida, en el asunto
Las travesuras métricas que sabes.

(*) Quevedo. (**) Quevedo.

Dí que su cielo, del cenít trasunto,
Dos soles ostentó por darte en ojos,
Que si se ponen quedarás difunto,

Y al aumentar tu vida sus despojos,
Se lava el corazon, y el agua arroja
Por los tersos balcones de los ojos (*).

Y tu amor, que en el llanto se remoja,
En él se anega, y sufre inusitados
Males muriendo, y líquida congoja.

Dí que es pensil su bulto de mezclados
Clavel y azahar, y abeja revolante
Tú, que libas sus cálices pintados.

La boca celestial, que enciende amante
Relámpagos de risa carmesíes (**),
Alto asunto al poeta que la cante,

Hará que en su alabanza desvaríes,
Llamándola de amor ponzoña breve,
Ó madreperla hermosa de rubíes.

Al pecho, inquieta desazon de nieve,
Blanco, porque Cupido el blanco puso
En él, y en blanco te dejó el aleve.

Y dí que venga un literato al uso,
Con su Luzan y el viejo Estagirita,
Llamándote ridículo y confuso:

(*) Gerardo Lobo. (**) Quevedo.

Que yo sabré con férula erudita
Hacerle que enmudezca arrepentido,
Por sectario de escuela tan maldita.

Asi tambien hubiéramos vencido
El venusto rigor de esta tirana:
Tigre, de rosa y alhelí vestido.

Mas quiero suponer que la inhumana
Rasgó tus ovillejos y canciones,
Y todas las tiró por la ventana:

No importa, asi va bien. Luego compones
Diez ó doce lloronas elegías,
Llenándola de oprobios y baldones.

No te puedo prestar ningunas mias:
Pero tres me dará cierto poeta,
Largas, eternas, y sin arte y frias.

Dirás que tanto la pasion te aprieta,
Que mueres infeliz y desdeñado.
¡Inexorable amor! ¡fatal saeta!

El cuerpo dejarás al verde prado,
El alma al cielo de tu dama hermosa
Y serás en su olvido sepultado.

Y en lugar de escribir: «Aquí reposa
«Fabio, que se murió de mal de amores,
«Culpa de una muchacha melindrosa,»

Detendrás á las ninfas y pastores,
Para que una razon prolija lean
De todas tus angustias y dolores.

Bien que los sabios, si adquirir desean
Fama y nombre inmortal, no solamente
En un sugeto su labor emplean.

Olvida, amigo, esa pasion doliente:
Hartas quejas oyó, que murmuraba
Con lengua de cristal pícara fuente.

No siempre el alma ha de gemir esclava:
Déjate ya de celos y rigores,
Y el grande empeño que elegiste acaba.

Que ya te ofrecen mil aparadores,
Transformadas las salas en bodega,
Espíritus, aceites y licores.

Suena algazara: cada cual despega
Un frasco y otro, la embriagada gente
Empieza á improvisar... ¿Y quién se niega?

¿Qué vale componer divinamente
Con largo estudio, en retirada estancia,
Si delirar no sabes de repente?

Cruzan las copas, y entre la abundancia
De los brindis alegres de Lieo,
Se espera de tu musa la elegancia.

Mira á Camilo, desgreñado y feo,
Ronca la voz, la ropa desceñida,
Lleno de vino y de furor pimpleo,

Como anima el festin, y la avenida
De coplas suyas con estruendo suena,
De todos los oyentes aplaudida.

La quintilla acabó : los vasos llena
Fiel asistente de licor precioso:
Vuelve á beber, y á desatar la vena.

Bomba, bomba, repite el bullicioso
Concurso, y cuatro décimas vomita
Con pié forzado el bacanal furioso.

¿Y qué, tu callarás? ¿Nada te escita
Á mostrar de tu númen la afluencia,
Cuando la turba improvisante grita?

¿Temes? Vano temor. La competencia
No te desmaye, y las profundas tazas
Desocupa y escurre con frecuencia.

Ya te miro suspenso, ya adelgazas
El ingenio, y buscando consonante,
En hallarle adecuado te embarazas.

¿A qué fin? Con medir en un instante,
Aunque no digan nada, cuatro versos
Mezclados entre sí, será bastante.

¿Juzgas acaso que saldrán diversos
De los que dieron á Camilo fama,
Ó mas duros tal vez, ó mas perversos?

No porque alguno Píndaro le llama,
Oyendo su incesante tarabilla,
Pienses que númen superior le inflama.

Los muchachos le siguen en cuadrilla,
Pues su musa pedestre y juguetona
Es entretenimiento de la villa.

Si arrebatarle quieres la corona
Y hacer que calle, escucha mis ideas,
Y estimarás al doble tu persona.

Chocarrero y bufon quiero que seas,
Cantor de cascabel y de botarga:
Verás que aplauso en Avapies grangeas.

Con tal autoridad, luego descarga
Retruécanos, equívocos, bajezas,
Y en ellas mezclarás sátira amarga.

Refranes usarás y sutilezas
En tus versillos, bufonadas frias,
Y mil profanaciones y torpezas.

Y esta compilacion de boberías
Al público darás de tomo en tomo,
Que ansioso comprará lo que le envias.

Porque el ingenio mas agreste y romo
Con obras de esta especie se recrea,
Como tú con las gracias de Geromo.

Mas si tu orgullo obscurecer desea
Al lírico famoso venusino,
Con quien tu preceptista me marea,

Aparta de sus huellas el camino,
Huye su estilo atado de pedante,
Que inimitable llaman y divino.

Canta en idioma enfático-crispante
De las deidades chismes celebrados,
Sin perdonar la barba del tonante.

Pinta en Fenicia los alegres prados,
La niña de Agenor y sus doncellas
Los nítidos cabellos destrenzados,

Que, dando flores al abril sus huellas,
La orilla que de líquido circunda
Argento Doris, van pisando bellas.

Al motor de la máquina rotunda,
Que enamorado pace entre el armento
La yerba, de que opaca selva abunda.

La ninfa al verle, agena de espavento,
Orna los cuernos y la espalda preme,
Sin recelar lascivo tradimento.

Ya los recibe el mar: la vírgen treme,
Y al juvenco los álgidos, undosos
Piélagos, hace duro amor que reme.

Ella los astros ambos lacrimosos,
Reciprocando aspectos cintilantes (*)
Prorrumpe en ululatos dolorosos;

Cuyas quejas entorno redundantes,
De flébiles ancilas repetidas (**),
Los antros duplicaron circunstantes.

Mas Creta ofrece playas estendidas,
Prónuba al dulce amplexo apetecido,
Pudicicias inermes ya vencidas.

(*) Silveira. (**) Villamediana.

Huye gozoso Amor, y agradecido
Jove, fecunda sóbole promete
Que imperio ha de regir muy estendido.

Apolo, antojadizo mozalvete,
Asunto digno de tu canto sea,
Cuando trás Dafne intrépido arremete.

La locura tambien faëtontea
Celebrarás, y el piélago combusto
Que en flagrantes incendios centellea.

Y muera de livor el Zoilo adusto,
Al notar de estas obras los primores,
La diccion bella, el delicado gusto.

Al ver llamar estrellas á las flores,
Líquido plectro á la risueña fuente,
Y á los gilgueros prados voladores.

Vejetal esmeralda floreciente
Al fresco valle, y al undoso rio
Sierpe sonora de cristal luciente.

Pero si has de llamarte alumno mio,
Despreciando de Laso la cultura,
Con ceño magistral y agrio desvio,

Habla herizada gerigonza obscura;
Y en gálica sintásis mezcla voces
De añeja y desusada catadura,

Copiando de las obras que conoces
Aquella molestísima reata
De frases y metáforas feroces.

Con ella se confunde y desbarata
La hispana lengua, rica y elegante,
Y á Benengeli el mas cerril maltrata.

Cualquiera escritorcillo petulante
Licencia tiene, sin saber el nuestro,
De inventar un idioma á su talante

Que él solo entiende; y ensartando diestro
Sílabas, ya es autor y gran poeta,
Y de alumnos estúpidos maestro.

Mas ya te llama el son de la trompeta,
De nuestros Cides los heróicos hechos,
Tanta nacion á su valor sujeta.

Rompe, amigo, los vínculos estrechos,
Las duras reglas atropella osado,
Vencidos sus estorbos y deshechos.

Y el númen lleno de furor sagrado:
«Canto, dirás, el héroe furibundo,
«A dominar imperios enseñado,

«Que, dando ley al báratro profundo
«Su fuerte brazo, sujetó invencible
«La dilatada redondez del mundo.»

Principio tan altísono y horrible,
Proposicion tan hueca y espantosa,
Que deje de agradar es imposible.

No como aquel que dijo: *Canta, Diosa,*
La cólera de Aquiles de Peleo,
A infinitos aquivos dolorosa:

Porque el estilo inflado y giganteo,
Dejando á los lectores atronados,
Causa mudo estupor, llena el deseo.

Dos caminos te ofrezco, practicados
Ya por algunos admirablemente:
Escoge, que los dos son estremados.

Sigue la historia religiosamente,
Y conociendo á la verdad por guia,
Cosa no has de decir que ella no cuente.

No finjas, no, que es grande picardía:
Refiere sin doblez lo que ha pasado,
Con nimiedad escrupulosa y pía.

Y en todo cuanto escribas ten cuidado
De no olvidar las fechas y las datas:
Que así lo debe hacer un hombre honrado.

Si el canto frigidísimo rematas,
Despediráste del lector prudente
Que te sufrió, con espresiones gratas.

Para que de tu libro se contente,
Y aguarde el fin del lánguido suceso,
De canto en canto, el mísero paciente.

Mas no imagines, Fabio, que por eso
Te aplaudirán tus versos desdichados;
Crítica sufrirán, zurra y proceso.

Dirán que los asuntos adornados
Con episodios y ficcion divina,
Se ven de tu epopeya desterrados.

Que es una historia insípida y mezquina,
Sin interés, sin fábula, sin arte;
Que el menos entendido la abomina.

Pero yo sé un ardid para salvarte,
Dejándolos á todos aturdidos:
Oye, que el nuevo plan voy á esplicarte.

Despues que entre centellas y estampidos
Feroz descargues tempestad sonora,
Y anuncies hechos ciertos ó fingidos,

Exagera el volcan que te devora,
Que ceñirse del alma no consiente (*),
É invoca á una deidad tu protectora.

Luego amontonarás confusamente
Cuanto pueda hacinar tu fantasía,
En concebir delirios eminente:

Botánica, blason, cosmogonía,
Náutica, bellas artes, oratoria,
Y toda la gentil mitología;

Sacra, profana, universal historia,
Y en esto, amigo, no andarás escaso,
Fatigando al lector vista y memoria.

Batallas pintarás á cada paso
Entre despechadísimos guerreros
Que jamás de la vida hicieron caso:

(*) Candamo.

Mandobles ha de haber y golpes fieros,
Tripas colgando, sesos palpitantes,
Y muchos derrengados caballeros;

Desaforadas mazas de gigantes,
Deshechas puentes, armas encantadas,
Amazonas bellísimas errantes.

A espuertas verterás, á carretadas
Descripciones de todo lo criado,
Inútiles, continuas y pesadas.

¡Oh como espero que mi alumno amado
Ha de lucir el singular talento,
Febo, que á tu pesar ha cultivado!

¡Cuánta aventura, y cuanto encantamiento!
¡Cuántos enamorados campeones!
¡Cuánto jardin y alcázar opulento!

Pondrás los episodios á millones;
Y el héroe miserable no parece,
Que no le encontrarán ni con hurones.

Pero, ¿cómo ha de ser, si le acontece,
Que un mago en una nube le arrebata,
Y con él por los aires desparece?

En un valle obscurísimo remata
El viejo endemoniado su carrera,
Y al huésped á cumplidos le maltrata.

Baja á una gruta inhabitable y fiera,

Sepulcro de los tiempos que han pasado (*),
Y le entretiene allí, quiera ó no quiera.

¡Cuánta vasija y unto preparado
Tiene! ¡cuánto ingrediente venenoso,
Que al triste que lo vé deja admirado!

Allí le enseña en un artificioso
Cristal la descendencia dilatada,
Que el nombre suyo ha de ilustrar famoso.

Y mira una ficcion adecuada;
Pues aunque algun censor la culparia
De impertinente, absurda y dislocada,

Siempre logras con esta fechoría
El linage ensalzar de tu Mecenas,
Que no te faltará, por vida mia.

Y si tales patrañas son agenas
De su alcurnia ¿qué importa? Si conviene,
Con Héctor el troyano la encadenas:

Porque un poeta facultades tiene
Sin límites ni cotos, escribiendo
Todo cuanto á la pluma se le viene.

Pero ya me parece que estoy viendo
Sobre un carro de fuego remontados,
Los dos amigos que la van corriendo.

¡Válame Dios, ý qué regocijados,
Gentes, ciudades, reinos populosos
Examinan, y climas ignorados!

(*) Quevedo.

De Libia los desiertos arenosos;
El hondo mar que hinchado se alborota,
Montes nevados, prados olorosos.

De la septentrional playa remota,
Al cabo que dobló Vasco de Gama,
El sábio Tragasmon registra y nota.

Vuelve despues donde la ardiente llama
Del sol se oculta, al espirar el dia,
Dándole Tetis hospedage y cama.

Y en su precipitada correria,
Al huésped volador hace patente
Cuanto de Europa el ancho mar desvia.

Muda el auriga hácia el rosado oriente
El rumbo, y á los reinos de la aurora
Los lleva el carro de pyropo ardiente....

Pero de un criticon me acuerdo ahora,
Grave, tenaz, ridículo, pedante,
Que vierte hiel su lengua detractora.

¡Cómo salta de cólera al instante
Con estas invenciones! ¡Cual blasfema!
Si se llega á irritar, no hay quien le aguante.

No quiere que haya encantos ¡linda tema!
Ni vestiglos, ni estátuas habladoras,
Y el libro en que lo halló desgarra y quema.

Si al héroe por acaso le enamoras
De una beldad que yace encastillada,
Guardándola un dragon á todas horas,

Y el caballero de una cuchillada,
Al escamoso culebron degüella,
Mi crítico infernal luego se enfada.

Ni hay que decirle, que la tal doncella
Es hermana del sábio Malambruno,
El cual su doncellez asi atropella;

Que á dura cárcel, soledad y ayuno
Por un chisme no mas la ha reducido,
Sin que sepa sus lástimas ninguno.

No señor, nada basta: enfurecido,
Contra el mísero autor se despepita,
Y en nada el inocente le ha ofendido.

«¡Abundancia infeliz! ¡vena maldita!»
Dice en horrenda voz, «que impetuosa
«Como turbio raudal se precipita.

«El gusto y la razon, en verso, en prosa,
«La invencion rectifiquen; que sin ésto,
«Jamás se acertará ninguna cosa.

«Mi patria llora el ejemplar funesto:
«Su teatro en errores sepultado,
«A la verdad y á la belleza opuesto,

«Muestra lo que produce el estragado
«Talento, que sin luz se descamina,
«De la docta eleccion abandonado.

«Nuevo rumbo siguió, nueva doctrina
«La hispana musa, y desdeñó arrogante
«La humilde sencillez griega y latina.

«Dió á la comedia estilo retumbante,
«Figurado, sutil ó tenebroso,
«De la debida propiedad distante.

«Halló en la escena el vulgo clamoroso
«Pintadas y aplaudidas las acciones
«A que le inclina su vivir vicioso.

«Y en vez de dar freno á sus pasiones
«En la enseñanza de verdades puras,
«Mezcladas entre honestas invenciones,

«Oye solo mentiras y locuras,
«Celebra y paga enormes desaciertos,
«Y de juicio y moral se queda á obscuras.

«¡Qué es ver saltar entre hacinados muertos,
«Hecha la escena campo de batalla,
«A un paladin, enderezando tuertos!

«¡Qué es ver, cubierta de loriga y malla,
«Blandir el asta á una muger guerrera,
«Y hacer estragos en la infiel canalla!

«A cada instante hay duelos y quimeras,
«Sueños terribles que se ven cumplidos,
«Fatídico puñal, fantasma fiera,

«Desfloradas princesas, aturdidos
«Enamorados, ronda, galanteo,
«Jardin, escala y celos repetidos.

«Esclava fiel, astuta en el empleo
«De enredar una trama delincuente,
«Y conducir amantes al careo.

:

«Allí se ven salir confusamente
«Damas, emperadores, cardenales,
«Y algun bufon pesado é insolente.

«Y aunque son á su estado desiguales,
«Con todos trata, le celebran todos,
«Y se mezcla en asuntos principales.

«Allí se ven nuestros abuelos godos,
«Sus costumbres, su heróica bizarría,
«Desfiguradas de diversos modos.

«Todo arrogancia y falsa valentía:
«Todos jaques, ninguno caballero,
«Como mi patria los miró algun dia.

«No es mas que un mentecato pendenciero
»El gran Cortés, y el hijo de Jimena
«Un baladron de charpas y gifero.

«Cinco siglos y mas, y una docena
«De acciones junta el númen ignorante
«Que á tanto delirar se desenfrena.

«Ya veis los muros de Florencia ó Gante·
«Ya el son del pito los transforma al punto
«En los desiertos que corona Atlante.

«Luego aparece amontonado y junto,
«(Así lo quiere mágico embolismo)
«Dublin y Atenas, Memfis y Sagunto.

«Pero ¿qué mucho, si en el drama mismo
«Se ven patentes las eternas penas,
«Y el ignorado centro del abismo,

«Las llamas, pinchos, garfios y cadenas,
«Repitiéndose mísero lamento
«Por las estancias de dolores llenas?

«¡Oh que abominacion!» dice el sangriento
Censor injusto, y dando manotadas,
Se levanta furioso del asiento.

Estas críticas, Fábio, son dictadas
Por envidia y no mas, si bien lo miras,
Y no deben de tí ser escuchadas.

Las que repasas sin cesar y admiras
Insignes obras, á pesar de ingratos,
Te llevarán al término á que aspiras.

Mas te prometo: los alegres ratos
Que te visite el apolíneo coro,
No los has de vender nada baratos.

Pues aunque el tema popular no ignoro,
De que Cintio corona las poetas
De verde lauro, y no de perlas y oro,

Las mas descabelladas é indiscretas
Farsas te llenarán de patacones
Los desollados cofres y gavetas.

Sí, Fabio: las obrillas que dispones
Las hemos de vender todas al peso;
Y algo me tocará por mis lecciones.

Tu vena redundante hasta el esceso,
Que no conoce reglas ni camino,
Es lo que se requiere para eso.

Suelta toda la presa del molino:
Haz comedias sin número, te ruego,
Y vaya en cada frase un desatino.

Escribe dos, y luego siete, y luego
Imprime quince, y trama diez y nueve,
Y á tu musa venal no des sosiego.

Harás que horrendos fabulones lleve
Cada comedia y casos prodigiosos;
Que asi el humano corazon se mueve.

Salga el carro del sol, y los fogosos
Flegon y Etonte, salga Citerea
Mayando en estribillos enfadosos.

Diversa accion cada jornada sea,
Con su galan, su dama y un criado,
Que en dislates insípidos se emplea.

Echa vanos escrúpulos á un lado,
Llena de anacronismos y mentiras
El suceso que nadie habrá ignorado.

Y si á agradar al auditorio aspiras,
Y que sonando alegres risotadas
Él te celebre, cuando tú deliras,

Del muro arrojen á las estacadas
Moros de paja, si el asalto ordenas,
Y en ellos el gracioso dé lanzadas.

Si del todo la pluma desenfrenas,
Date á la mágia, forja encantamentos,
Y salgan los diablillos á docenas.

Aquí un palacio vuele por los vientos,
Allí un vejete se transforme en rana:
Todo asombro ha de ser, todo portentos.

De la historia oriental, griega y romana
Copiarás los varones celebrados,
Que el pueblo admitirá de buena gana.

Hector, Ciro, Caton, y los soldados
Fuertes de Anibal, con su gefe adusto,
Todos los pintarás enamorados.

Verás que diversion, verás que gusto,
Cuando lloren de Fátima el desvío
Tarif, ó Muza, ó Alcaman robusto,

Que ciegos de amoroso desvarío,
La llaman en octavas y tercetos
Mi bien, mi vida, encanto dulce mio.

Tus galanes serán todos discretos,
Y la dama, no menos bachillera,
Metáforas derrame y epitetos.

¡Qué gracia, verla hablar como si fuera
Un doctor *in utroque*! Ciertamente
Que esto es un pasmo, es una borrachera.

Ni busques lo moral y lo decente
Para tus dramas, ni tras ello sudes;
Que allí todo se pasa y se consiente.

Todo se desfigura; no lo dudes,
Allí es heroicidad la altanería,
Y las debilidades son virtudes.

Y lo que Poncio alguna vez decia ;
De que el pudor se ofende y el recato....
Pero ¡qué! si es aquello su mania.

Mil lances ha de haber por un retrato,
Una banda, una joya, un ramillete;
Con lo de infiel, traidor, aleve, ingrato.

La dama ha de esconder en su retrete
A dos ó tres galanes rondadores,
Preciado cada cual de matasiete.

Riñen, y salta por los corredores
El uno de ellos al jardin vecino;
Y encuentra allí peligros no menores.

El padre, oyendo cuchilladas, vino,
Y aunque es un tanto cuanto malicioso,
Traga el enredo que Chichon previno.

Pero un primo frenético y celoso
Lo vuelve á trabucar, de tal manera,
Que el viejo está de cólera furioso.

Salen todos los yernos allí fuera:
La dama escoge el suyo, y la segunda
Se casa de rondon con un cualquiera.

¡Oh vena sin igual, rara y fecunda,
La que tales primores recopila,
Y en lances tan recónditos abunda!

Esto debes hacer, esto se estila;
Y váyase Terencio á los orates,
Con Baquis, Menedemo y Antifila:

Que por él y otros pocos botarates,
Cobra la osada juventud espanto.
Y se malogran furibundos vates.

Tú, dichoso mortal, prepara en tanto,
Para ser celebérrimo poeta,
El númen y las silabas al canto.

La cítara sonante, la trompeta,
Y la cómica máscara bufona,
Llena de variedad y chanzoneta,

Te alzarán á la cumbre de Helicona,
Donde cercado de las nueve hermanas
Luces despide el hijo de Latona.

Mas cuando con sus manos soberanas
De laurel te corone, ten sabido,
Fabio, á quien debes el honor que ganas,
Y agradécelo á mí que te he instruido.

EPISTOLAS.

A don Simon Rodriguez Laso, rector del colegio de San Clemente de Bolonia.

Laso, el instante que llamamos vida,
¿Es poco breve, dí, que el hombre deba
Su fin apresurar? O los que al mundo
Naturaleza dió males crueles,
¿Tan pocos fueron, que el error disculpen
Con que aspiramos á crecer la suma?

¿Ves afanarse en modos mil, buscando
Riquezas, fama, autoridad y honores,
La humana multitud ciega y perdida?
Oye el lamento universal. Ninguno
Verás que á la deidad con atrevidos
Votos no canse y otra suerte envidie.
Todos, desde la choza mal cubierta

De rudos troncos, al robusto alcázar
De los tiranos donde truena el bronce,
Infelices se llaman. ¡Ay! y acaso
Todos lo son: que de un afecto en otro,
De una esperanza y otra y mil crecidos,
Hallan, huyendo el bien, fatiga y muerte.
Así buscando el navegante asturo
La playa austral que en vano solicita
Si vé, muriendo el sol, nube distante,
Allá dirije las hinchadas lonas.
Su error conoce al fin; pero distingue
Monte de hielo entre la niebla obscura,
Y á esperar vuelve, y otra vez se engaña;
Hasta que horrible tempestad le cerca,
Braman las ondas, y Aquilon sañudo
El fragil leño en remolinos hunde,
O yerto escollo de coral le rompe.

La paz del corazon, única y sola
Delicia del mortal, no la consigue
Sin que el furor de su ambicion reprima,
Sin que del vicio la coyunda logre
Intrépido romper. Ni hallarle espere
En la estrechez de sórdida pobreza,
Que las pálidas fiebres acompañan
La desesperacion y los delitos,
Ni los metales que á mi rey tributa
Lima opulenta poseyendo. El vulgo
Vano, sin luz, de la fortuna adora
El ídolo engañoso; la prudente
Moderacion es la virtud del sábio.
Feliz aquel que en aurea mediania,
Ambos estremos evitando, abraza
Ignorada quietud. Ni el bien ageno

Su paz turbó , ni de insolente orgullo
Las iras teme, ni el favor procura:
Suena en su labio la verdad , detesta
Al vicio, aunque del orbe el cetro empuñe
Y envilecida multitud le adore.
Libre, inocente, obscuro, alegre vive,
A nadie superior , de nadie esclavo.

¿Pero cuál frenesí la mente ocupa
Del hombre, y llena su existencia breve
De angustias y dolor? Tú, si en las horas
De largo estudio el corazon humano
Supiste conocer , ó en los famosos
Palacios donde la opulencia habita ,
La astucia y corrupcion, ¿hallaste alguno
De los que el aura del favor sustenta,
Y martiriza aspera sed de imperio ,
Que un placer guste, que una vez descanse?
¡Y como burla su esperanza, y postra
La suerte su ambicion ! Los sube en alto,
Para que al suelo con mayor ruina
Se precipiten. Como en noche obscura
Centella artificial los aires rompe ;
La plebe admira el esplendor mentido
De su rápida luz : retumba y muere.
¿Ves, adornado con diamantes y oro ,
De vestiduras séricas cubierto
Y púrpuras del sur que arrastra y pisa,
Al poderoso audaz? ¿La numerosa
Turba no ves que le saluda humilde,
Ocupando los pórticos sonoros
De la fábrica inmensa , que olvidado
De morir , ya decrépito levanta?
¡Ay! no le envidies, que en su pecho anidan

Tristes afanes. La brillante pompa,
Esclavitud magnífica, los humos
De adulacion servil, las militares
Puntas que en torno á defenderle asisten
Ni los tesoros que avariento oculta,
Ni cien provincias á su ley sujetas,
Alivio le darán. Y en vano al sueño
Invoca en pavorosa y luenga noche;
Busca reposo en vano, y por las altas
Bóvedas de marfil vuela el suspiro.

Oh tú, del Arlas vagaroso humilde
Orilla, rica de la mies de Ceres,
De pámpanos y olivos! ¡Verde prado
Que pasta mudo el ganadillo errante,
Áspero monte, opaca selva y fria!
¿Cuándo será que habitador dichoso
De cómodo rural, pequeño albergue,
Templo de la amistad y de las Musas,
Al cielo grato y á los hombres, vea
En deliciosa paz los años mios
Volar fugaces? Parca mesa, ameno
Jardin, de frutos abundante y flores,
Que yo cultivaré, sonoras aguas
Que de la altura al valle se desliccn,
Y lentas formen transparente lago
A los cisnes de Venus, escondida
Gruta de musgo y de laurel cubierta,
Aves canoras, revolando alegres
Y libres como yo, rumor suave
Que en torno zumbe del panal hibleo,
Y leves auras espirando olores;
Esto á mi corazon le basta.... Y cuando
Llegue el silencio de la noche eterna,

Descansaré, sombra feliz, si algunas
Lágrimas tristes mi sepulcro bañan.

A don Gaspar de Jovellanos.

Sí: la pura amistad, que en dulce nudo (2)
Nuestras almas unió, durable existe,
Jovino ilustre; y ni la ausencia larga,
Ni la distancia, ni interpuestos montes
Y proceloso mar que suena ronco,
De mi memoria apartarán tu idea.
Duro silencio á mi cariño impuso
El son de Marte, que suspende ahora
La paz, la dulce paz. Sé que en obscura,
Deliciosa quietud, contento vives:
Siempre animado de incansable celo
Por el público bien, de las virtudes
Y del talento protector y amigo.

Estos que formo de primor desnudos,
No castigados de tu docta lima,
Fáciles versos, la verdad te anuncien
De mi constante fé; y el cielo en tanto
Vuélvame presto la ocasion de verte
Y renovar en familiar discurso
Cuanto á mi vista presentó del orbe
La varia escena. De mi patria orilla
A las que el Sena turbulento baña,
Teñido en sangre, del audaz britano
Dueño del mar al aterido belga.
Del Rhin profundo á las nevadas cumbres
Del Apenino, y la que en humo ardiente

Cubre y ceniza á Nápoles canora,
Pueblos, naciones visité distintas;
Util ciencia adquirí, que nunca enseña
Docta leccion en retirada estancia,
Que allí no ves la diferencia suma
Que el clima, el culto, la opinion, las artes,
Las leyes causan. Hallarásla solo,
Si al hombre estudias en el hombre mismo

Ya el crudo invierno que aumentó las ondas
Del Tibre, en sus orillas me detiene,
De Roma habitador. ¡Fuéseme dado
Vagar por ella, y de su gloria antigua
Contigo examinar los admirables
Restos que el tiempo, á cuya fuerza nada
Resiste, quiso perdonar! Alumno
Tú de las musas y las artes bellas,
Oráculo veraz de la alma historia,
¡Cuánta doctrina al afluente labio
Dieras, y cuántas, inflamado el numen,
Imágenes sublimes hallarias
En los destrozos del mayor imperio!

Cayó la gran ciudad que las naciones
Mas belicosas dominó, y con ella
Acabó el nombre y el valor latino;
Y la que osada desde el Nilo al Betis,
Sus águilas llevó, prole de Marte,
Adornando de bárbaros trofeos
El Capitolio, conduciendo atados
Al carro de marfil reyes adustos
Entre el sonido de torcidas trompas
Y el ronco aplauso de los anchos foros,
La que dió leyes á la tierra, horrible

Noche la cubre, pereció. Ni esperes
En la que existe descendencia obscura,
Torpe, abatida, del honor primero,
De la antigua virtud hallar señales.

Estos desmoronados edificios,
Informes masas que el arado rompe,
Circos un tiempo, alcázares, teatros,
Termas, soberbios arcos y sepulcros,
Donde (fama es comun) tal vez se escucha
En el silencio de la sombra triste
Lamento funeral, la gloria acuerdan
Del pueblo ilustre de Quirino, y solo
Esto conserva á las futuras gentes
La señora del mundo, ínclita Roma.
¿Esto, y no mas, de su poder temido,
De sus artes quedó? Qué, ¿no pudieron
Ni su virtud, ni su saber, ni unida
Tanta opulencia mitigar del hado
La ley tremenda, ó dilatar el golpe?
Ay! si todo es mortal, si al tiempo ceden
Como la debil flor los fuertes muros,
Si los bronces y pórfidos quebranta,
Y los destruye, y los sepulta en polvo,
¿Para quién guarda su tesoro intacto
El avaro infeliz? ¿A quién promete
Nombre inmortal la adulacion traidora,
Que la violencia ensalza y los delitos?
¿Por qué á la tumba presurosa corre
La humana estirpe, vengativa, airada,
Envidiosa.... ¿De qué, si cuanto existe
Y cuanto el hombre vé, todo es ruinas?

Todo: que á no volver huyen las horas

Precipitadas, y á su fin conducen
De los altos imperios de la tierra
El caduco esplendor. Solo el oculto
Numen que anima el universo, eterno
Vive, y él solo es poderoso y grande.

A la marquesa de Villafranca.

CON MOTIVO DEL NACIMIENTO DE SU HIJO PRIMOGÉNITO EL CONDE DE NIEBLA.

Faltó mi anuncio, y generoso el cielo,
Mas que yo pude prevenir, destina
Felicidades á tu casa ilustre,
Cuando de tu cariño el digno fruto,
Señora, al mundo das. Juzgué que vieras
Tu sexo y gracias repetirse, y toda
Tu hermosura gentil en la querida
Prenda que dulce ya te mira y rie.
¡Oh vana prediccion! Mayor cuidado
Merece al númen que sustenta el orbe
De los Toledos la prosapia escelsa:
Premios mas altos la virtud merece,
El tierno y casto amor, la no manchada
Pureza conyugal. Mira cumplidos
Los votos ya de tu feliz esposo,
Y los tuyos tambien, y los de tantos
Pueblos que ven en tí su señora y madre.

Ese que aduermes en ebúrnea cuna
Pequeño infante, es un Guzman; de aquella
Estirpe clara sucesor, que un dia
Fué de la patria impenetrable escudo,

Y en su defensa derramó inflexible
La propia sangre. De Tarifa el alto
Muro, sitiado de agarenas huestes,
Supo guardar su generoso abuelo.
Vió de cadenas sin piedad ceñido
El jóven infeliz, oyó sus voces,
Y el ruego y llanto de doliente esposa,
Y supo ser leal. Le ofrece el moro
Pactos indignos, y amenaza al cuello
Del inocente, si Guzman resiste;
Él se desciñe la temida espada,
La tira al campo, y sino quieres, dijo,
La tuya ensangrentar, esa es la mia.
¡Oh constancia! ¡oh valor! Vive, precioso
Niño, y el claro ejemplo que los tuyos
Te dan, imita. Vive, si de tanta
Ilustre accion te ha de inflamar la gloria.
Que ya del vicio y corrupcion infame
Harto el estrago se difunde y crece.
La disciplina militar, el celo
Por el público bien, costumbres puras
Faltaron... Vive: que la patria nuestra
Honor, virtud, Guzmanes necesita.

Al príncipe de la Paz,

DEDICÁNDOLE LA COMEDIA DE LA MOGIGATA.

Esta que me inspiró fácil Talía
Moral ficcion, y aguarda numeroso
Pueblo qne ocupe la española escena,
Voz adquiriendo, movimiento y formas,
Hoy te presento con afecto puro

De gratitud y amor: que en vano aspiro
Por otra senda á la difícil cumbre
Subir del Pindo, en vano; y muchas veces
Lloré burlado el atrevido intento.
¡Cuántas, pulsando las aónias cuerdas,
Quise prendar con números suaves
La esquiva hermosa, que en silencio adoro,
Y la voz imitar y la armonía
Que un tiempo el eco en la floresta verde
Repitió del Zurguén! Quise, animado
De mas sublime ardor, sonando Clio
La trompa que marcial ira difunde,
De España celebrar los altos triunfos.
Del cuello altivo sacudiendo rota
La bárbara coyunda; en las arenas
De Libia ardiente el vencedor vencido;
Numancia satisfecha en el estrago
De la soberbia Roma, abandonada
Al espantoso militar desórden;
Dueño Cortés del estandarte de oro
En los valles de Otumba, y á sus plantas
El cetro occidental. Pero ofendida
Culpó mi error la musa de Menandro,
Y la cítara y flautas pastoriles
Quitóme airada, y el clarin de Marte.

Sigue, me dijo, por el rumbo solo
Que te indica mi voz, si honor procuras
Que á pesar del silencio de la muerte
Haga tu nombre eterno. Yo amorosa
Una y mil veces en tu labio infante
Dulce beso imprimí, y al repetido
Celeste arrullo que entoné, dormias.
Tú mi delicia y mi cuidado fuiste,

Y en tí los que vertió propicios dones
Naturaleza, cultivar me plugo.
Ya con festiva aclamacion sonando
La patria escena, en su alabanza justa
Tu gloria afirma. Sigue, y en la cumbre
Del sagrado Helicon, que Cintio baña
Con su luz inmortal, las musas bellas
De hiedra y lauros te darán corona.

No te ofenda, señor, si tan humilde
Tributo te consagro; ¿y cuál seria
De la grandeza de tu nombre digno?
Limitado es el don, rico el deseo;
Y no bastando á mas la vena estéril,
Cuanto puedo te doy. Asi postrado
Ante las aras que levanta rudas,
Suele el cultor acumular los frutos
Sencillos de su campo, y los ofrece
Al alto númen tutelar que adora,
Y aromas vierte agradecido, y flores.

Al mismo.

Buscando alivio á mi salud endeble,
Me vine á guarecer en la aspereza
De estos peñascos, del ardor estivo
Que hoy enciende á Madrid. Quietud, silencio,
Paz en el alma, soledad queria,
Frescura y sombras. Encerré con llave
Los doctos libros, que el talento ilustran,
Y el vigor al estómago destruyen.
Holgar quise y vivir; y apenas llego
A las orillas que fecunda el Arlas,

Coronada la sien de humildes juncos,
Inesperada pesadumbre altera
Mis honrados propósitos. ¿Adónde
Sabré ocultarme, si habitando ahora
Rústico albergue, defendido en torno
De precipicios y fragosas cumbres,
Aquí me induce á traducir mi estrella?

Pero en vano será. Como sucede
Una vez y otras muchas al cuitado
Que no tiene comercio, hacienda, casa,
Ni oficio, ni pension, ni renta, y vive
Tranquilo; en tanto que la numerosa
Turba á quien debe el aire que respira,
Se afana en perseguirle. El escribano
Le cita, el alguacil le acecha y busca,
Manda Marquina que sus deudas pague,
Y no las paga: al soberano acuden,
Manda que pague, y su pobreza estrema
Privilegio le dá seguro y cierto
De no pagar jamás. Yo así, fiado
De la ignorancia que padezco y lloro,
Venerando el precepto que me impone
Mi generoso protector; me eximo
De obedecerle. Si entender pudiese
Lengua que no aprendí, traduciria
En culta frase de Leon y Herrera,
Los garabatos que del norte frio
Vienen al Tajo mendigando ahora
Glosa y comentador. Ó si aspirase
Á conseguir, sin merecerle, el nombre
De poligloto y helenista insigne,
Amigos tengo, y con agenas plumas
Me presentára intrépido y soberbio,

Y la alquilada erudicion pudiera
Valerme aplauso entre la plebe osada
De los pedantes, cuya ciencia es solo
Mentir doctrina, aparentar estudios.

Nunca, señor, de la impostura el arte
Supe adquirir. Mucho talento anuncia,
Mucha constancia y direccion prudente
El acercarse de Minerva al templo.
La vida es breve: el límite se ignora
Que debió á su Hacedor la siempre varia
Robusta en producir naturaleza.
Las artes que la imitan, aspirando
A conseguir la perfeccion, desisten
A su vista confusas y cobardes
Del atrevido intento. Un primor solo,
Una sola verdad, á sus alumnos
Cuesta prolijo afan, y aquel que logra
Adelantarse en la difícil via
A los que siguen con incierta planta
El mismo generoso intento, adquiere
Ilustre honor que en las edades vive.
Sabio le llama el mundo, porque en una
Ciencia alcanzó lo que anhelaron muchos;
No porque en ella al término llegase,
Que inaccesible de los hombres huye.
Solo el pedante vocinglero, hinchado
De vanidad y ponzoñosa envidia,
Todo lo sabe. En el café gobierna
Los imperios del orbe, y mientras bebe
Diez copas de licor, sorprende, asalta,
Gana de Gibraltar el puerto y muro.
Consultadle, señor, vereis que pronto
Cubriendo el mar de naves españolas,

Sin fatiga, sin gasto, á Irlanda ocupa,
Y los tesoros de Jamaica os pone
En la calle Mayor. ¿Quereis oirle
Por tres horas no mas? Latin, tudesco,
Arabe, griego, mejicano y chino,
Cuantos idiomas hay, cuantos pudiera
Haber, los sabe. Erudicion, historia,
Náutica, esgrima, metalúrgia y leyes,
En todo es superior, único y solo.
Poco estima á Mozart: nota con ceño
Que Cimarosa en tal ó tal motivo
No estuvo muy feliz. Habla y decide
En materia de escorzos y contrastes,
Tonos de luz, degradacion de tintas,
Pliegues y grupos. Convulsion padece
Con el silabizar de Garcilaso,
¡Tan delicado tímpano es el suyo!
Las faltas vé de propiedad y estilo
En que se deslizó la mal tajada
Péñola de Cervantes.... Vive, insigne
Honor y gloria de la edad presente,
Para instruccion comun: esplendorosa
Lámpara, no te apagues. Yo, que admiro
La vasta enciclopédica doctrina
Que ostentas en banquetes clamorosos,
No te la sé envidiar: y si consigo
Que alguna vez mi rudo verso escuche
Aquel que alivia el grave peso á Cárlos
En la dominacion de tanto imperio,
A mas no aspira mi talento humilde.

Al mismo, en lenguage y verso antiguo.

A vos el apuesto complido garzon (3),
Asmándovos grato la péñola mia,
Vos faz omildosa la su cortesía
Con metros polidos vulgares en son;
Cá non era suyo latino sermon
Trobar, é con ese decirvos loores:
Calonges é prestes, que son sabidores,
La parla vos fablen de Tulio y Maron.

Por ende, si tanto la suerte me dá,
Maguer que vos diga roman paladino,
Fiducia me viene que lueñe é vecino
La gen acuciosa mi carta verá:
E vuesas faciendas que luego dirá
Gravedosa estoria por modo sotil,
Serán de Castilla mil eras é mil
Membranza placiente que non finirá.

E tanto merece falagos é amor
Aquel que alegroso nos dió bienandanza,
E al comun conorte la mucha amistanza
Ovo de don Cárlos, el nueso señor.
Sepades, le dijo, buen alcanzador
Que en todo el mi regno vos fago imperante;
A tal que del sceptro dorado, pesante,
La grave fadiga semeje menor.

Catad que mis fijos demandan de mí
De ser aducidos en sancta equidad;
A non acuitallos las mientes parad:
En algos abonden é pan otrosí;

E cuando mis tierras (que tal non creí)
Mesnadas de allende osaren correr,
Faced á los mios punar é vencer,
Cá siempre ganosos de liza los ví.

E ved non fallezcan á tal ocasion
Lorigas, paveses é todo lo al,
E mucho trotero ardido é leal
De los mas preciados que en Córdoba son,
E fustas con luengo ferrado espolon,
Guarnidas de tiros que lancen pelotas;
Non cuide aviltarnos, mandando sus flotas
Al nueso lindero la escura Albion.

E guay, non aduzga mintrosa la paz
Al valor nativo dañinos placeres,
Nin seyan sofridos los vanos saberes
Que al mundo mancillas le dieron asáz.
Allí dó pregonan olganza é solaz,
Allí rudo vulgo é sandio declina,
Divaga sañoso, virtud abomina;
Que tanto en él vale locuela sagaz.

Empero non yaga de error circuido;
La sciencia le amuestre su puro claror,
Non cure atristado ventura mayor,
En buen regimiento guardado é punido.
Ansi el caballero ruando lucido,
Acucia ó detiene la alfana que monta,
E parte, al agudo estímulo pronta,
O párase dócil, el freno sentido.

Atal platicaba la su señoría,
E cedo el magnate respuso á don rey:

Non fuera nascido de alcuña de ley
Se al vueso talante non obedescia.
Solene omenage fago é pleitesía,
(E dijol tomando la cruz del espada)
Que finque la vuesa merced acatada,
E España recabde su prez é valia.

De entonce colmalla de bienes cuidó:
La paz se posára á su lado yocunda,
La cuita fenesce, de frutos abunda
El suelo que en sangre la guerra alagó,
La su dulcedumbre temores quitó
Del home entorpido que yaz en tristura,
E quisto de buenos la su derechura
Le fiz, é al inico sañoso aterró.

E vímosle á guisa de diestro adalid,
Faciendo reseña la hueste real,
Mandar sus hileras, é á son de atabal
Poner á los ojos la marcha é la lid:
Ansi de los muros miró de Madrid
La plebe agarena venir á cercalla,
Desnuda tizona, en tren de batalla,
Al bravo cabdillo que dijeron Cid.

¡Oh fuérale dado seguir el pendon
Que bordan castillos, cruces é leones,
Romper azañoso por los escuadrones
Bárbaros, de sangre teñido el troton!
Tímidos fuyeran ginete é peon,
En llama aburando sus tiendas caidas;
E á la funerea matanza é feridas,
Cuidáran que fuese Jacobo el patron.

Devédalo empero la pro comunal,

E del alto alcázar dó tiene su silla,
Segundo en potencia le acata Castilla;
Sotil palaciano, sirviente leal:
Largosa, por ende, la mano real
Quisiera abastalle de dones subidos,
Cual nunca de alguno non fueron habidos,
Siquier home bueno, siquier principal.

E ved de cual arte ser quito pensó
El rey, que sesudo catára sus fechos:
Ayúntale dende con nudos estrechos
Al mesmo avalorio de donde nasció;
E luego é sí voceros mandó
Que cedo á la rica Toledo se vayan,
E aquesa manceba garrida le trayan,
Fija del infante que Dios perdonó.

La flor de lindeza, donaire é mesura
En ella se adunan, la bien paresciente:
De rojos corales su boca riente,
Sobrando á la nieve su tez en albura,
La luz de sus ojos espléndida é pura,
La voz falagosa, gentil su ademan:
Florinda, la causa del nueso desman,
Non ovo tal gesto, nin tal apostura.

¡Oh! vivan entramos en plácida union,
No nunca empescida de fado siniestro,
Seyendo en el siglo criminoso nuestro
De virtud ecelsa dechado é blason:
La fama, do quiera, con alto pregon,
Su prole ventura perínclita cante,
E aquisten ilustre memoria durante
Su nome, sus fechos, su clara nacion.

A un ministro, sobre la utilidad de la historia.

Ya el invierno de nubes coronado,
Detuvo en hielos su corriente al rio:
Brama el Bóreas. Felices
Campos, adios; y tú, valle sombrío,
A los placeres del amor sagrado,
Venus hoy te abandona y los amores,
Y el sol, cercano al capricornio frio,
De la noche los términos dilata.
No toleremos, no, que veladora
Asi pase la edad, si los mejores
Instantes que arrebata,
Negamos del estudio á las tareas.
Por él, mi dulce amigo,
La razon conducida,
Recibe del saber altas ideas.
En la carrera incierta de la vida
Dirigir puede al hombre, y enemigo
Del ócio torpe y la ignorancia obscura,
O le presta consuelo
En la adversa ocasion, ó le asegura
El favor de la suerte:
Justa obediencia, y justo imperio enseña.
Si á tí benigno el cielo
Miró al nacer y hoy colma de favores,
Pues no á las letras proteger desdeña
Tu mano generosa,
Ellas su ausilio deben ofrecerte.
Que no siempre de flores
La senda peligrosa
De la fortuna encontrarás cubierta:

Ni el timon abandona el marinero,
Por mas que el viento igual, propicio espire.

Docta la historia ejemplo verdadero
A tu razon presente,
De lo que habrá de ser, en lo que ha sido.
Mira en ella los pueblos mas famosos
Que redimen sus fastos del olvido,
Si políticos ya, si belicosos
A tanta gloria, á tal poder llegaron:
Si en ellos se admiraron
Justicia, humanidad, costumbres puras;
Si fué de la virtud asilo el trono;
Si la ignorancia, las venganzas duras,
El ócio corruptor, el abandono,
Dieron causa á su estrago.

Ya no existis, naciones poderosas,
Vuestra gloria acabó. Tyro opulenta,
Persépolis, y tú, fiera Cartago,
Enemiga del pueblo de Quirino,
Ya no existís. Dudoso el caminante
En hórrido desierto
Os busca, y el bramido
De las fieras le aparta. La corriente
Sigue el Éufrates que tronando suena
Y el lugar desconoce
Donde la Asiria Babilonia estuvo
Que al héroe macedon miró triunfante.
Hoy cenagosos lagos, corrompido
Vapor, caliente arena,
Aspera selva, inculta, engendradora
De mónstruos ponzoñosos,
Encuentra solo; y la ciudad que pudo

Del vencedor romano
El yugo sacudir, Palmira ilustre,
Yace desierta ahora :
Sus arcos y obeliscos suntuosos,
Montes son ya de trastornadas piedras,
Sus muros son ruinas.
Hundió del tiempo la invisible mano
Entre arbustos estériles y hiedras
Los pórticos del foro
En columnas de Paro sostenidos,
Basas robustas y techumbres de oro
Donde el arte espresó formas divinas....
¡Memorias de dolor! Allí apacienta
Su ganado el zagal, y absorto admira
Como repite el eco sus acentos,
Por las concabidades retumbando.

De tal desolacion la causa mira,
No tanto en los opuestos elementos
Embravecidos, cuando
Al austro obscuro el aquilon compite,
Y Jove en alto carro conducido,
Fulmina á los alcázares centellas;
O cuando en las cavernas oprimido
Del centro de la tierra, el fuego brama
Con rumor espantoso,
Y en su reventazon muda los montes,
Ciudades arruina,
Hierve el mar proceloso,
Y arde en sus ondas la violenta llama.
Que el hombre, el hombre mismo,
Si á la maldad declina,
Desconociendo términos, escede
A las iras del cielo y del abismo.

Triunfó insolente la impiedad, faltaron
Las leyes, el pudor, y los robustos
Imperios de la tierra
Debilitó cobarde tiranía.
Las delicias funestas enervaron
El amor de la patria, el ardimiento,
La disciplina militar, y el dia.
Llegó terrible de discordia y guerra,
Que al orgullo mortal previno el hado,
Para ejemplo á los siglos espantoso.
Y como desalado
Suele el torrente de la yerta cumbre
Bajar al valle, y resonando lleva,
Roto el márgen con ímpetu violento,
Arboles, chozas, y peñascos duros,
Rápido quebrantando y espumoso
De los puentes la grave pesadumbre,
Y la riqueza de los campos quita,
Y soberbio en el mar se precipita;
Así bárbaras gentes descendiendo
Del norte helado en multitud inmensa
Contra la invicta Roma, estrago horrendo
Muerte y esclavitud la destinaron,
Y al orbe que oprimió dieron venganza.
Así, en edad distinta,
Osado el Trace, sin hallar defensa,
Escediendo el suceso á la esperanza,
Trastornó los imperios del oriente,
El trono de los césares, la augusta
Ciudad de Constantino.
Grecia humilló su frente:
El Araxes y el Tigris proceloso,
Con el Jordan divino
Que al mar niega el tributo,

Las Arabias y Egipto fabuloso,
En servidumbre dura
Cayeron y opresion. Gimió vencida
La tierra que llenó de espanto y luto
De sus vagos ejércitos impíos
La furia poderosa.

Mas como suele en los despojos frios
Que al sepulcro voraz lleva la muerte,
Buscar alivios á la frágil vida
La física estudiosa,
Tú así, en la edad pasada examinando
De tantos pueblos la voluble suerte,
Las causas de su gloria y su ruina,
Propio escarmiento harás la culpa agena,
Esperiencia el aviso,
Y natural talento la doctrina.
Verás entonces que el que sabe impera,
Y en medio de las dichas preparando
El ánimo robusto
Contra la adversidad, ó la modera,
O la resiste intrépido. Que el mando
Es delicioso, si templado y justo
La union social mantiene,
Los intereses públicos procura,
La ley se cumple, y ceden las pasiones.
Que el poder, no en violencia se asegura,
Ni el horror del suplicio le sostiene,
Ni armados escuadrones;
Pues donde amor faltó, la fuerza es vana.

Tú lo sabes, señor, y en tus acciones
Ejemplo das. Tú la virtud obscura,
Tú la inocencia amparas. Si olvidado

El mérito se vió, tú le coronas:
Las letras á tu sombra florecieron,
El celo aplaudes, el error perdonas,
Y en premio á tus aciertos recibiste
El placer interior que el alma siente.

¡Oh! pues tan altos dones mereciste
Al númen bienhechor, que generoso
Igualó con tus prendas tu fortuna,
Roba instantes al tiempo presuroso,
Ilustrando la mente
Con nuevas luces, si te falta alguna

A Andrés.

¿Quieres casarte, Andrés? ¿O te propones (4)
A mi dictámen acceder sumiso?
¿Tan dócil es tu amor? ¿O tan dudoso
El mérito será de tu futura
Doña Gregoria, que el quererla mucho,
O no quererla, de mi voz depende?
En fin, si mi opinion saber deseas
Te la diré; pero el asunto es grave
Y toca en la moral filosofía;
No se diga de mí, que en delicadas
Materias uso de pedestre estilo
Y frase popular. Tú, que las noches
Pasas leyendo la moderna solfa
De nuestros cisnes, y por ella olvidas
De Lope y Laso la diccion, escucha,
Que en la misiva que á copiarte empiezo,
Mi dictámen te doy, no te conjuro.

«Si tus abriles, bonancibles años,
«Que meció cuna en menear dormido,
«Del bostezante sueñecito umbratil
«Huyen, y huyendo, amigo Andrés, no tornan;
«¿Qué nube de esperanzas y deseos
«Te halaga en derredor? ¡Ay! teme, teme
«Letargoso placer, velar cargoso
«Y rugosa inquietud que á par te cercan.
«Entra, amigo, en tí mismo, ó si te place
«Huye dentro de ti: consulta un rato
«La sensatez en lóbrego silencio,
«Y hondamente esclamante ella te aleje
«De la deshermandad desamistada,
«Que los cuidados cárdenos profusa.
«Presto será que el pestilente soplo
«Del ejemplo mortal de un mundo infecto,
«Arideciendo el alma infructuosa,
«Sin esperanza la semilla ahogue
«Que natura plantó: ni el freno triste,
«Ni el helado compas de la prudencia,
«Su vividor hervir harán que cese.

«Todo al tiempo sucumbe: el cedro añoso,
«La dócil caña en gratitud riendo
«Dulce, como de leve niebla umbria.
«El insensato orgullo. Infortunado
«Clima aridece ya con sus heladas,
«Crugientes pesadumbres, y fraguras,
«El númen invernal: llegan las horas
«De hielo y luto, y se empavesa el cielo.
«Salud, lúgubres dias, horrorosos
«Aquilones, salud; que ya se cubre
«Selvosa soledad de nieve fria,
«Y el alto sol mirándola se embebe.

«Ábrego silvador, cierzo bramante
«Ya la tormenta escitan borrascosa:
«Soplan el soplo de venganza, y nubes
«Obscuras en los vientos cabalgando,
«Bañan y abisman los tranquilos surcos.

«Empero ley primaveral que vuelve,
«Dócil se presta al oreante soplo
«Del aura matinal: cuanto es só el cielo
«Todo anuncia placer: la etérea playa
«Velada en esplendor, colma la selva
«De profusion fragante, los soplillos
«Del favonio y el *beé* de las simplillas
«Corderas, que yervilla pastan verde.
«¡Oh coronilla! á tí tambien te veo
«Y la sien de la espiga: aunque levante
«El abrojo su frente ignominiosa.
«Las fuentes, los arroyos saltadores,
«Sierpes de nácar, con albores giran;
«Forman torcidas calles, y jugando
«Con las flores se van. Canta el pardillo
«Y ledo mira al sol, vuela y se posa,
«O al vislumbrar de la modesta luna,
«Le responde la eco solitaria.
«La estacion estival en pós se sigue,
«Y el agosto abrasado ahoga las flores
«Con ardor descollante. Palidece
«El musgoso verdor, oigo quejarse
«En seco son el vértigo del polvo;
«Y lo que por dó quier bañado en vida
«El céfiro halagaba, estinto yace.
«El sol en su hosquedad desjuga el suelo,
«Y mientra amiga la espigosa Céres
«Con la pecha del trigo desuraña

«Al cultor fatigado; los umbrosos
«Frescores, el postrer aliento rien.

«Luego con sus guirnaldas pampanosas,
«Octubre empampanado, en calma frente,
«La alegria otoñal nos dá que vuelva:
«A la esperanza la corona el goce,
«Y la balanza justa al sol voluble
«Ya le aprisiona en sus palacios frescos.
«Cefirillo tal vez enamorado
«De alguna poma, bate el ala, y llega,
«Y la besa, y la deja, y torna, y mece
«Las hojitas, y bulle, y gira, y para,
«Y huye, y torna á mecer.... Dejad que ciña
«La temulenta sien, ¡oh! ninfas blondas!
«Mil veces Evohé.... Cien copas pido,
«Y en pós, y á par, y cabe mí colmadlas,
«Y otras cinco me dad.... Así natura,
«Las leyes no exorables acatando,
«Próvida el perenal destino sigue,
«Engranando los seres con los seres;
«Que unos de otros en pós, en rauda marcha,
«Crecen, y llegan, y los tragan, y huyen.

«¡Ay! ¡amigo hermanal! Cauto desoye,
«Luengos transportes y cobarde miedo,
«Que á la infantina juventud apena.
«Se alejan ya los intornables dias,
«Tremolando el terror. Ocia, si es dado;
«No quieras zozobrar en el arrollo,
«Con los reveses reluchando indócil.
«¿Ves la rueda insociable de fortuna
«Resaltar vacilante, en rechinido
«Y agudo reteñir? ¿y cómo torva

«La insaciabilidad del oro insomne
«La avaricia clavó dentro del pecho?
«¿Ves la envidia voraz? ¿Ves la perfidia,
«Riendo muertes, profusar protervias,
«Y el puñal del desprecio, la ponzoña
«De la doblez, los hielos del olvido,
«Que la alma fuente del sentir cegaron?
«Héme en fin junto á tí: que ya te tiendo
«Un brazo de salud. ¡Ay! no disocies
«A la fiel confianza de tu frente.
«Con el destino escuda la dureza,
«Y flecha tu interior con las memorias.
«No el díscolo interés, soplando estéril,
«Impida de tu pecho al golfo umbrío,
«Que en claridad lumbrosa se desnuble.

«El hombre es solo quien guarnece al hombre,
«Mi buen Andrés. No marques en oprobio
«Tu vivir breve: al sexual cariño
«El brutal apetito rinda el cetro,
«Y cubre con tu mano tu deshonra.
«Que en cuanto vieres navegar los astros,
«Verás, ay! ay! ay! ay! que es llanto el gozo:
«Que las pasiones para siempre yacen,
«Yacen, sí, yacen; á la tumba lleva
«El frio del no ser: entre horfandades
«Pasea en espectáculo profundo
«La muerte el carro, y propiciar no puede
«Mas al mortal que suspirar deseos.»

¿Me has entendido, Andrés? Si reconoces
Que de tan inhumana gerigonza
Nada se entiende, y te quedaste á obscuras,
Quema tus libros y renuncia al pacto,

Y hasta que aprecies el hablar castizo
De tus abuelos, solteron te queda;
Y que doña Gregoria determine
Lo que la esté mejor. Si mi discurso
Enfático-dogmático-trifauce
Te ha parecido bien, y en él admiras
Repetido el primor de tus modelos,
No te detengas: cásate esta noche,
Y larga sucesion te den las furias.

A Claudio.

EL FILOSOFASTRO.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante,
Locuaz declamador, á verme vino
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,
Sabrás que no tan solo es importuno,
Presumido embrollon, sino que á tantas
Gracias añade la de ser goloso,
Mas que el perro de Filis. No te puedo
Decir con cuantas indirectas frases,
Y tropos elegantes y floridos,
Me pidió de almorzar. Cedí al encanto
De su elocuencia, y vieras conducida
Del rústico gallego que me sirve,
Ancha bandeja con tazon chinesco
Rebosando de hirviente chocolate
(Racion cumplida para tres prelados
Benedictinos) y en cristal luciente,
Agua que serenó barro de Andujar;
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia

De leves tortas y bizcochos duros,
Que toda absorven la pocion suave
De Soconusco, y su dureza pierden.
No con tanto placer el lobo hambriento
Mira la enferma res, que en solitario
Bosque perdió el pastor, como el ayuno
Huésped el don que le presento opimo.

Antes de comenzar el gran destrozo,
Altos elogios hizo del fragante
Aroma que la taza despedia,
Del esponjoso pan, de los dorados
Bollos, del plato, del mantel, del agua;
Y empieza á devorar. Mas no presumas
Que por eso calló: diserta y come,
Engulle y grita, fatigando á un tiempo
Estómago y pulmon. ¡Qué cosas dijo!
¡Cuánta doctrina acumuló, citando
Vengan al caso ó no, godos y etruscos!
Al fin en ronca voz: ¡Oh edad nefanda,
Vicios abominables! ¡oh costumbres!
Oh corrupcion! esclama: y de camino
Dos tortas se tragó. ¡Que á tanto llegue
Nuestra depravacion, y un placer solo
Tantos afanes y dolor produzca
A la oprimida humanidad! Por este
Sorbo llenamos de miseria y luto
La América infeliz; por él Europa,
La culta Europa en el oriente usurpa
Vastas regiones, porque puso en ellas
Naturaleza el cinamomo ardiente:
Y para que mas grato el gusto adule
Este licor, en duros eslabones
Hace gemir al atezado pueblo,

Que en Africa compró, simple y desnudo.
Oh! ¡qué abominacion! Dijo, y llorando
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe
Cuanto en el hondo cangilon quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa
Llanto causa tambien, de mármol eres:
Que es mucha erudicion, celo muy puro,
Mucho prurito de censura estóica
El de mi huésped: y este celo, y esta
Comezon docta, es general locura
Del filosofador siglo presente.
Mas difíciles somos y atrevidos
Que nuestros padres, mas inovadores,
Pero mejores no. Mucha doctrina;
Poca virtud. No hay picaron tramposo,
Venal, entremetido, disoluto,
Infame delator, amigo falso,
Que ya no ejerza autoridad censoria
En la Puerta del Sol, y allí gobierne
Los estados del mundo, las costumbres,
Los ritos y las leyes mude y quite.
Próculo, que se viste y calza y come
De calumniar y de mentir, publica
Centones de moral. Névio, que puso
Pleito á su madre y la encerró por loca,
Dice que ya la autoridad paterna
Ni apoyos tiene ni vigor, y nace
La corrupcion de aquí. Zenon, que trata
De no pagar á su pupila el dote,
Habiéndola comido el patrimonio
Que en su mano rapaz la ley le entrega,
Dice que no hay justicia, y se conduele
De que la probidad es nombre vano.

Rufino, que vendió por precio infame
Las gracias de su esposa, solicita
Una insignia de honor. Camilo apunta
Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,
En ilustres garitos disipando
La sangre de sus pueblos infelices;
Y habla de patriotismo.... Claudio, todos
Predican ya virtud, como el hambriento
Don Ermeguncio cuando sorbe y llora....
Dichoso aquel que la practica y calla.

ODAS.

A la Virgen Nuestra Señora.

CON MOTIVO DE LA FIESTA SECULAR CELEBRADA EN LENDINARA (ESTADO VENECIANO) EL AÑO DE 1795.

YA los felices campos que corona (5)
Profundo el Pó, y el Atesis fecunda,
Oigo sonar con voces de alegría
Que repiten los ecos.

Llena de pueblo, Lendinara humilde,
Hoy los altares religiosa adorna
De la tierna doncella, á cuya planta
Yace el dragon temido.

Mármoles y oro que su templo visten
Fúlgidos brillan, y á los corvos techos,
Que el pincel abultó de formas bellas,
Sube el incienso en humo.

Al venerado simulacro en torno
Votos ofrecen : dulce melodía
Hiere los aires , y en acordes himnos
Alto numen adoran.

Madre piadosa, que el lamento humano
Calma, y el brazo vengador suspende,
Cuando al castigo se levanta y tiembla
De su amago el Olimpo;

Ella su pueblo cariñosa guarda:
Ella disipa los acerbos males
Que al mundo cercan, y á su imperio prontos
Los elementos ceden.

Basta su voz á conturbar los senos
Donde cercado de tiniebla eterna
Reina el tirano aborrecido , origen
De la primera culpa.

Basta su voz á serenar del hondo
Mar, que los vientos rápidos agitan,
Las crespas olas, y romper las nubes
Donde retumba el trueno.

O ya la tierra con rumor confuso
Suene, y el fuego que su centro oculta
Haga los montes vacilar , cayendo
Los alcázares altos;

O ya, sus alas sacudiendo negras ,
El austro aliento venenoso esparza ,
Y á las naciones populosas lleve
Desolacion horrible ;

Ella invocada, de el sublime asiento
Desde donde á su pies vé las estrellas,
Quietud impone al mundo y los estragos
Cesan, y huye la muerte.

Oh! celebradla: y el dichoso dia
Que nos detuvo perezoso el tiempo,
De fé, de gratitud, ejemplo sea
A los futuros siglos.

Y si no es dado que mi lengua alterne
En ritmo ausonio y sus elogios cante,
Ella comprende, aunque de voz carezca,
El idioma del alma.

Sí: tú me inspira, y en amor divino
Arda por tí mi corazon, y anhele
Solo adorarte, como los eternos
Espíritus te adoran:

Que nada estorba para serte grato,
Virgen hermosa, que en hispano verso
Rudo, sin arte, humilde te celebre,
Si religion le dicta.

En él te invoca de esperanza llena
Mi madre España, que á tu culto santo,
Hasta el vencido antípoda remoto
Aras dedica y templos.

A la muerte de Cárlos III, y advenimiento de Cárlos IV al trono.

Robo con dura mano
La parca el alto honor del patrio suelo,
Y su espacio llenó de asombro y pena:
Y al golpe absorta, procurando en vano
A su afliccion consuelo,
La madre España con la faz llorosa,
Pálida y triste, la region serena
Y el mar turbó con lúgubre gemido,
De el Africa arenosa
Al cántabro feroz nunca vencido.
Parténope su llanto
Acompañó con ecos funerales,
Que oyó doliente la ciudad de Flora.
Atrás volvió sus ondas con espanto
El Tajo, y los reales
Alcázares huyó de la opulenta
Corte de Luso, y turbulento ahora
Ve por los anchos términos que baña
Cuanto ¡oh muerte violenta!
Cuánto quitaste á la infeliz España.
Pero el cielo concede
Límite á su dolor, que nunca pudo
Al linage mortal durar eterno
El lloro ni el placer. Asi sucede
Al diciembre desnudo
La estacion bella que el abril repite;
Y el valle que cubrió rígido invierno
De nieve y hielos, produciendo flores,
Nuevo placer permite
A la madre de amor y á los amores.

Huyó con raudo vuelo
De Cárlos el espíritu dichoso
Adonde se ciñó mejor corona.
Numen es tutelar que desde el cielo
Asiste poderoso
A la nacion. Ni pudo con su vida
Su favor acabar: no la abandona,
Vive á la tierra, y de su imperio justo
La gloria repetida
Verá, reinando el heredero augusto.
Sí: que alumno constante
Del arte de reinar, oyó á su lado
Dictar al mundo las sagradas leyes,
Que adora y cumple, y vió por él triunfante
La patria, y humillado
El vicio y el error. Que asi se alcanza
Honor digno y sublime entre los reyes.
No hay gloria sin virtud. El abandono,
La impiedad, la venganza,
Tal vez convierten en afrenta el trono.
Tal vez la incorruptible
Posteridad con brazo prepotente
Los ídolos trastorna que adoraba
Sacrílego el temor, y aborrecible
Vuela de gente en gente
La memoria de un príncipe tirano.
Irrita al cielo, y su poder se acaba,
No la abominacion de sus acciones,
Que vive el inhumano
Para ejemplo y horror de las naciones.
No asi tú, que has sabido
Imitar las virtudes gloriosas
De un padre ilustre. Oh Cárlos! Cuánto espera
De tí la patria! ¡Oh cuánto ha concedido

Con manos generosas
El cielo á tu nacion! Ya se engrandece
Por tí, tu nombre aplaude y le venera,
Y alzando los pendones de Castilla,
Hoy el cetro te ofrece
De un mundo y otro que á tu pie se humilla.
El cetro que heredaste
Le mereces tambien. La paz festiva
Entre las ciencias y las artes bellas,
Que desde tu niñez remuneraste,
Ciñe de verde oliva
Tu diadema real. Edad dichosa
Darás al mundo, si prosperan ellas;
Que la ignorancia torpe en vituperio
Y ruina lastimosa
Muda la pompa del mayor imperio.
No, no acerqueis la planta
Al solio de mi rey, abominados
Mónstruos que el vicio de las córtes cria;
Calumnia atroz que la inocencia santa
Pisas, y á los malvados,
Indignos de vivir, de honores llenas;
Fanatismo cruel, licencia impía:
Y tú, nacida para oprobio eterno
Del orbe que envenenas,
Pérfida adulacion, huye al averno.
Huye, que la justicia,
La prudencia, el valor apoyo ofrecen
Y larga duracion al cetro hispano.
Ya del nuevo esplendor fueron primicia
Acciones que merecen
Alabanza inmortal; y.... oh! nunca osada
La discordia vertiendo de su mano
Escándalos, horror, luto á la tierra,

De víboras crinada,
Las puertas rompa al templo de la guerra
Que el estruendo espantoso
De Mavorte, y las trágicas victorias
En los escesos del furor violentos
Gratos no son á un ánimo piadoso.
A mas ilustres glorias
Aspira ¡oh Cárlos! mas si acaso intentan
Violando los sagrados juramentos,
Enemigas potencias ofenderte,
Fulmina el rayo, y sientan
Juntos amago y golpe y ruina y muerte.
Que asi verás temido
Tu nombre escelso. La malicia humana
Tal escarmiento á sus violencias pide.
Y depuesto el rigor, y engrandecido
De la corona hispana
El honor y el poder, si al mundo hicieres
Que el hijo de la guerra te apellide,
Haz que despues benéfico te vea
Cuando á tu reino dieres
El aureo siglo de Saturno y Rea.
¡Oh cuánto el Dios de Cinto
Me inspira! ¡Oh cuánto su furor me inflama!
Ya de los años el girar futuro
A mi vista pasó. Miro distinto
Del templo de la Fama
El alto techo y arquitrabes de oro
Que en cien columnas de diamante duro
Cargan, y escucho el gran rumor, suspenso
Que el cóncavo sonoro
Vuelve, temblando el edificio inmenso.
Allí tu nombre suena
Allí abultada en mármoles se ofrece

La serie de los ínclitos varones,
Cuya fama inmortal dos mundos llena.
Sacro laurel guarnece
Las lises de Borbon, las quinas santas,
El águila imperial y tus leones,
Y viendo allí entre todas eminente
Tu imagen, á sus plantas
Me postro humilde en pasmo reverente.
Y aquella te acompaña
Alta deidad, que en su feliz ribera
Vió nacer el Erídano sonante
A ser delicias de tu dulce España,
Que en ella considera
El don mayor que ha merecido al cielo.
¡Oh cómo la bondad en su semblante
Muestra y el claro ingenio peregrino,
Blason de nuestro suelo,
Y esfuerzo acaso del poder divino!
Festiva la rodea
Su prole hermosa, y suenan los acentos
Del pequeñuelo Cárlos y Fernando:
Fernando, en cuya vida el cielo emplea
Repetidos portentos,
Porque ha de ser en los futuros dias
De Hesperia honor, las prendas imitando
De los suyos.... ¡Oh Dios omnipotente,
Que tantas alegrías
Permites hoy á la española gente!
¡Oh Señor, si á tu oido
El ruego humano es grato, si piadoso
Miras á la nacion que fiel te adora,
Cárlos viva feliz, y su estendido
Imperio haga dichoso
Emulo de tal padre y tal maestro!

Viva de tanto bien merecedora
La Augusta, y aplaudir su nombre vea
Mientras el orbe nuestro
En torno gire de la luz Febea.
  Mas ya el rumor se estiende,
Y el júbilo comun por todas partes
El suspirado instante nos avisa:
El son de Marte las esferas hiende:
A Cárlos y Luisa
Madrid aclama, tremolando al viento
Por su nuevo Señor los estandartes,
Y ya empuñando su clarin canoro
Con presto movimiento
La Fama dilató las plumas de oro.
  Vos, ciñendo de flores
La docta frente y de laurel divino,
Pulsad la acorde cítara, poetas,
Y divulgad al mundo sus loores,
Pues si el hado previno
Honor durable al metro numeroso,
Que ¡oh tiempo raudo! en tu furor respetas
Si el vuestro ensalza de mi rey la gloria,
Nunca mas venturoso
Objeto tuvo el verso ni la historia.
  ¡Oh si mi voz pudiera
Al asunto bastar! ¡Oh si mi canto
Fuese tal como es grande mi deseo!
Yo al son del plectro conmover hiciera
Los reinos del espanto,
Y del ardor fatídico encendido
Que ya en mi mente derramó Timbreo,
Prosperidad al orbe anunciaria,
Y el sármata aterido
Y el númida feroz me escucharia.

Mas no, mi dulce musa,
No te enagene el atrevido intento,
Que no es dado á la ronca humilde lira,
Entre el aplauso popular confusa,
Alzar al firmamento
Con digno estilo y elocuente pompa
Los semidioses que la tierra admira.
Otro los cante, y de la heróica Clio
Suene á su voz la trompa,
Que no es tan grande atrevimiento el mio.

A la memoria de don Nicolás Fernandez de Moratin.

Flumisbo, el celebrado (6)
Cantor de Termodonte,
Por quien grato á las musas
Fué de Dorisa el nombre,

Ya las sombras habita
De los Elíseos bosques:
Llora, Venus hermosa,
Llorad, dulces amores.

Suelta la crencha de oro
Que el viento descompone,
La rica vestidura
Desceñida sin órden,

Erato, que suave
Le colmó de favores,
Sobre la tumba fria
Hoy se reclina inmóvil.

Del seno de su madre
El niño de los dioses
Batió veloz las alas,
Fugitivo se esconde.

Deshecho el arco inútil,
La venda airado rompe:
Ardió la corva aljaba
Y duros pasadores.

Es fama que en la selva,
Por donde lento corre
El Arlas, coronado
De olivo, yedra y flores,

Sonó lamento ronco
De mal formadas voces,
Que en ecos repitieron
Las grutas de los montes.

Ninfas, la queja es vana,
Si dió la parca el golpe:
Ni vuelve lo que usurpa
El avaro Aqueronte.

Alzad un monumento
Con mirtos de Dione,
Ornado de laureles,
Guirnaldas y festones,

Entrelazando en ellos
La trompa de Mavorte
Y la cítara dulce
Del teyo Anacreonte,

Las coronas de Clio,
De Amor venda y arpones,
Y las aves de Venus
El obelisco adornen.

Que si al asunto digno
Mi verso corresponde,
Si dá lugar el llanto
A números acordes,

De la region que tiene
Por su zenit al norte,
A la que esterilizan
Rayos abrasadores,

Flumisbo en la memoria
Durará de los hombres,
Sin que fugaz el tiempo
Su duracion estorbe.

A don Gaspar de Jovellanos.

Id en las alas del raudo céfiro (7),
Humildes versos, de las floridas
Vegas que diáfano fecunda el Arlas,
Adonde lento mi patrio rio
Ve los alcázares de Mántua escelsa.
Id, y al ilustre Jovino, tanto
De vos amigo, caro á las musas,
Para mi siempre númen benévolo,
Id, rudos versos, y veneradle,
Que nunca, ó rápidas las horas vuelen,
O en larga ausencia viva remoto,

Olvida méritos suyos Inarco.
No, que mil veces su nombre presta
Voz á mi cítara, materia al verso,
Y al númen tímido llama celeste.
Yo le celebro, y al son armónico
Toda enmudece la selva umbría,
Por donde el Tajo plácidas ondas
Vierte, del árbol sacro á Minerva
La sien ceñida, flores y pámpanos.
Tal vez sus ninfas, girando en torno,
Sonora espuma cándida rompen,
Del cuello apartan las hebras húmidas,
Y el pecho alzando de formas bellas,
Conmigo al ínclito varon aplauden,
Dando á los aires coros alegres,
Que el eco en grutas repite cóncavas.

A los colegiales de San Clemente de Bolonia.

¿Por qué con falsa risa
Me preguntais, amigos,
El número de lustros que cumplí?
¿Y en la duda indecisa
Citais para testigos,
Los que huyeron aprisa
Crespos cabellos que en mi frente ví?

Pues no los años fueron
Los que con mano dura
Me los llevaron, ni doliente ardor;
Parte al afan cedieron
Que el estudio procura,
Parte despojos dieron
A tus victorias, ceguezuelo amor.

¿Veis que en mi rostro imprima
El tiempo sus pisadas,
La lengua turbe, ó debilite el pié?
¿Veis que mi espalda oprima?
¿O de brillar cansadas,
La actividad reprima
De entrambas luces con que siempre hablé?

Pues si el ardiente brio,
Que la edad deteriora
Con su fuga veloz, existe en mí,
¿No es vano desvarío
Vuestra demanda ahora?
Si alegre canto y rio,
Soy jóven fuerte, como jóven fuí.

Lo soy, y vigoroso
Siento que late y vive
Propenso á la virtud mi corazon;
Y en placer delicioso
Afectos mil recibe:
Movimiento dichoso
Del alma, si lo templa la razon.

Tal vez Febo me envia
Entusiasmo divino,
Que á la helada vejez repugna dar:
Y la nueva armonía
De idioma peregrino,
Las náyades que cria
El Reno humilde, salen á escuchar.

Seguidme, y al umbroso
Bosque, mansion de Flora,

Que el templo cerca del Amor, venid.
Dadme, dadme oloroso
Incienso y la sonora
Cítara, y de frondoso
Mirto mis sienes cándidas ceñid.

Mancebos y doncellas
Cantan el himno sacro,
Y la pompa solemne comenzó.
¿Veis que llegaron ellas,
Y en torno al simulacro
Esparcen flores bellas,
Y el coro de los jóvenes siguió?

Yo con estos unido
Presentaré mis dones,
Cuando postrados ante el ara estén.
Del certero Cupido
Sintieron los arpones....
Ay! que en vano he querido
Burlar sus tiros, y me hirió tambien.

A Nísida.

¿Ves cuán acelerados,
Nísida, corren á su fin los dias?
¿Y los tiempos pasados,
Cuando jóven reias,
Ves que no vuelven, y en amar porfías?

Huyó la delicada
Tez, y el color purísimo de rosa,
La voz y la preciada

Melena de oro undosa:
Todo la edad se lo llevó envidiosa.

¡Ay, Nísida! ¿y procurás
Ver á tus pies un amador constante?
¿Y de otras hermosuras
El divino semblante
Censuras ó desprecias arrogante?

En vano es el adorno
Artificioso, y la oriental riqueza
Que repartida en torno
Corona tu cabeza
Si falta juventud, gracia y belleza.

Ni digas indignada
Que es indomable corazon el mio
Do amor no hizo morada,
Si á tus halagos frio,
Del ruego que me cansa me desvío.

Que Cupidillo ciego,
Hijo de Vénus, fiero me encadena:
Isaura, con el fuego
De su vista serena,
Todo me abrasa en agradable pena.

Ni permite que cante
Los lauros que Gradivo en sangre baña,
América triunfante
Con una y otra hazaña.
Y el muro de Magon abierto á España.

Amor las cuerdas de oro

Me dió y el plectro, porque cante en ellas
A la que firme adoro
Dulcísimas querellas,
Su espíritu gentil, sus formas bellas.

¡Qué amable, si el oido
Presta suspensa á mi pasion doliente!
¡O el beso apetecido
Evita brevemente
El labio muy hermoso y elocuente!

¡Ay! si benigna un dia
(Tú lo puedes hacer, madre de amores)
Cede la ninfa mia
Los últimos favores,
Tus aras cubriré de mirto y flores.

A Rosinda Histrionisa.

Cupido no permite (8)
Que mi canto celebre
Los héroes, que la fama
Coronó de laureles.

Él me inspira dulzuras
Y amores inocentes,
Olvidando de Marte
Los horrores crueles.

Tú, hermosa, si á mi verso
Agradecida vuelves
Esos ojos, incendio
De los Dioses celestes,

Premio darás que baste
A que mi voz se aliente,
Y á que solo en tu aplauso
Mi cítara se temple.

No por tal hermosura
En armados bajeles,
Llevó la Grecia á Troya
Desolacion y muertes.

¿Qué mucho que á tu vista
Rendido se confiese
El corazon, que en vano
Su libertad defiende?

Si cuando te presentas
En años florecientes
Ante el callado vulgo,
Que de tu labio pende,

Con mágico embeleso
El ánimo mas fuerte,
O en tu placer se goza,
O en tu dolor padece.

Ya la vivaz Talía
Sus fábulas te preste,
Cuando el vicio censura
Con máscaras alegres:

¡Qué honesta, si declaras
La pasion que te vence,
O imaginados celos
Tu risa desvanece!

¡Qué airada, qué terrible,
Cuando en acentos breves
Al atrevido amante
Su desatino adviertes!

La multitud escucha,
Y absorta duda y teme:
Que son, aunque fingidos,
Temidos tus desdenes.

Mas en el drama triste
Que dictó Melpomene,
Todo es angustia y lloro,
Todo afanes crueles.

¿Qué espíritu te agita?
¿Qué deidad te conmueve?
¿Quién con serenos ojos
Pudo escucharte y verte?

Si alguno dudar quiso
Cuánta ilusion adquieren
En el ancho teatro
Ficciones aparentes,

Oiga tu voz, y mire
Las lágrimas que viertes,
Y á tus pies humillado
Te dirá lo que pueden.

Vosotros, que inspirados
De las hermanas nueve,
Dais á la sien corona
De yedras y laureles,

Si dirigís el paso
A la cumbre eminente,
Por la difícil senda
Perdida tantas veces;

Si el númen vuestro aplausos
Y eternidad patente,
Los hechos admirables
De la patria celebre,

Trágico verso imite
Pasiones delincuentes,
Fortunas infelices
De naciones y reyes.

Que si la ninfa bella,
Por quien el hondo Bétis
En Hispalis soberbio
Baña su campo fértil,

Presta su voz, y anima
Los mudos caracteres,
Y lo que el arte inspira
En viva accion lo vuelve,

Vereis como por ella
El orbe os engrandece,
Y la fama poeta
Os aclama celestes.

Feliz la suerte mia,
Si merecer pudiese
Que en sus labios de rosa
Mis números resuenen.

Yo viera mis fatigas
Premiadas dignamente:
¿Ni galardon mas alto
Quién pudo merecerle?

Pero el vendado niño
Que tirano me vence,
Me permite que solo
La adore reverente.

¡Oh amor! libra mi pecho
Del afan que padece;
Ni contra mí tus viras
Voladoras aprestes.

Basta que en ella admire
Las dotes escelentes
Con que á la pátria escena
Sublima y enriquece,

Sin que la suma larga
De sus triunfos aumente,
Sin que á sus ojos muera,
Sin que muriendo pene.

Que si de sus hechizos
Libertarme pudieres,
Y el tiro que destinas
Al flechero le vuelves,

Por mí sus alabanzas
Serán cantadas siempre,
En acentos suaves
De cítara doliente.

Y cisnes mas sonoros
Ensalcen y celebren
Los héroes que la fama
Coronó de laureles.

Los dias.

¡No es completa desgracia,
Que por ser hoy mis dias,
He de verme sitiado
De incómodas visitas!

Cierra la puerta, mozo,
Que sube la vecina,
Su cuñada y sus yernos
Por la escalera arriba.

Pero ¡qué!.... No la cierres:
Si es menester abrirla:
Si ya vienen chillando
Doña Tecla y sus hijas

El coche que ha parado,
Segun lo que rechina,
Es el de Don Venancio,
¡Famoso petardista!

¡Oh! ya está aqui Don Lucas
Haciendo cortesías,
Y Don Mauro el abate,
Opositor á mitras.

Don Genaro, Don Zoylo,
Y Doña Basilisa;
Con una lechigada
De niños y de niñas.

¡Qué necios cumplimientos!
¡Qué frases repetidas!
Al monte de Torozos
Me fuera por no oirlas.

Ya todos se preparan
(Y no bastan las sillas)
Á engullirme bizcochos,
Y dulces y bebidas.

Llénanse de mugeres
Comedor y cocina,
Y de los molinillos
No cesa la armonía.

Ellas haciendo dengues
Allí y aquí pellizcan;
Todo lo gulusmean,
Y todo las fastidia.

Ellos, los hombronazos,
Piden á toda prisa
Del rancio de Canarias,
De Jeréz y Montilla.

Una, dos, tres botellas,
Cinco, nueve se chillan.
Pues, señor, ¿hay paciencia
Para tal picardía?

¿Es esto ser amigos?
¿Así el amor se esplica,
Dejando mi despensa
Asolada y vacía?

Y en tanto los chiquillos,
Canalla descreida,
Me aturden con sus golpes,
Llantos y chilladiza.

El uno acosa al gato
Debajo de las sillas:
El otro se echa acuestas
Un cangilon de almibar.

Y al otro, que jugaba
Detrás de las cortinas,
Un ojo y las narices
Le aplastó la varilla.

Ya mi baston les sirve
De caballito, y brincan:
Mi peluca y mis guantes
Al pozo me los tiran.

Mis libros no parecen,
Que todos me los pillan
Y al patio se los llevan
Para hacer torrecitas.

¡Demonios! Yo que paso
La solitaria vida,
En virginal ayuno
Abstinente eremita:

Yo, que del matrimonio
Renuncié las delicias,
Por no verme comido
De tales sabandijas,

¿He de sufrir ahora
Esta algazára y trisca?
Vamos, que mi paciencia
No ha de ser infinita.

Váyanse enhoramala:
Salgan todos aprisa:
Recojan abanicos,
Sombreros y basquiñas.

Gracias por el obsequio
Y la cordial visita,
Gracias, pero no vuelvan
Jamás á repetirla.

Y pues ya merendaron,
Que es á lo que venian,
Si quieren baile, vayan
Al soto de la villa.

Al nuevo plantío que mandó hacer en la alameda de Valencia el mariscal Suchet, año de 1812.

Ya la feliz ribera (9)
Del Edetano rio
A gozar vuelve su beldad primera,
Y los que devastó furor impío
De Gradivo sangriento,

Feraces campos gratos á Pomona,
La amiga paz corona
Con árboles umbrosos,
Y ya en su nueva pompa bulle el viento.

¡Oh! ¡prosperen dichosos!
Una edad y otra acrecentar los vea
Tronco robusto y ramas tembladoras;
Y cuando el rayo de la luz febea
En las estivas horas
El aire enciende, asilo den suaves
Y tálamo fecundo
Al coro lisongero de las aves.
Amor, el dulce amor, alma del mundo,
Aquí tendrá su imperio y monarquía,
Y los pensiles dejará de Gnido,
La mansion del Olimpo y sus centellas,
Por gozar atrevido,
En la que va á crecer floresta umbría
Los verdes ojos de sus ninfas bellas.

¿Quién de sus flechas pudo
El pecho defender? Aquí el gemido
Del amador escuchará la hermosa,
El corazon herido,
Y el lábio honesto á la respuesta mudo.
Aqui de su celosa
Pasion, las iras breves
(Que breves han de ser de amor las iras)
Tal vez exhalará con tiernas voces;
Y en tanto el son de las acordes liras,
Llevado de los céfiros veloces,
Al canto y danza animará festivo,
Mientras alta Dictina rompe el velo

Nocturno, en carro de luciente plata,
Y con él arrebata
El curso de las horas fugitivo.
Y tú que viste de tu fértil suelo
Alzarse inútil muro,
Abatir la segur antiguos troncos,
De tu corva ribera honor sagrado,
Alcázares arder y humildes techos,
Tronar los bronces de Mavorte roncos,
Envuelta en humo obscuro
Tu ciudad bella, y rotos y deshechos
Ejércitos, y en sangre amancillado
Tu raudal cristalino,
¡Oh padre Turia! si difunde el cielo
Sobre tus campos su favor divino,
De guirnaldas ornándote la frente,
Corre sobervio al mar. En raudo vuelo
Dilatará la fama
El nombre, que veneras reverente,
Del que hoy añade á tu region decoro
Y de apolinea rama
Ciñe el baston y la balanza de oro,
Digno adalid del dueño de la tierra,
De el de Vivar trasunto,
Que en paz te guarda, amenazando guerra,
Y el rayo enciende que vibró en Sagunto.

A la marquesa de Villafranca,

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU HIJO EL CONDE DE NIEBLA.

No siempre de las nubes abundante
Lluvia baña los prados,

Ni siempre altera el piélago sonante
Boreas, ni mueve los robustos pinos
Sobre los montes de Pirene helados.
A los acerbos dias
Otros siguen de paz: la luz de Apolo
Cede á las sombras frias,
Al mal sucede el bien: y en esto solo
Los aciertos divinos
El hombre vé de aquella mano eterna,
Que en órden admirable,
Todo lo muda y todo lo gobierna.

Y tú, rendida á la afliccion y el llanto,
¿Durar podrás en luto miserable,
Sensible madre, enamorada esposa?
¿Pudo en tu pecho tanto
La pérdida cruel, que á la preciosa
Víctima por la muerte arrebatada,
Otra añadir intentes?
¿Y no será que de tu ruego instada,
La prenda que llevó te restituya?
No, que la esconde en el sepulcro frio.

Esa vida fugaz no toda es tuya:
Es de un esposo, que el afan que sientes
Sufre, y el caso impío
Que de su bien le priva y su esperanza:
Es de tu prole hermosa,
Que mitigar intenta
Con oficioso amor tu amargo lloro,
Si tanto premio su fatiga alcanza.

Sube doliente á las techumbres de oro
El gemido materno,

Y en la callada noche se acrecienta.
La indócil fantasía
Te muestra al hijo tierno,
Como á tu lado le admiraste un dia,
Sensible á la amistad y al heredado
Honor: modesto en su moral austera;
Al ruego de los míseros piadoso;
De obediencia filial, de amor fraterno,
De virtud verdadera
Ejemplo no comun. Negó al reposo
Las fugitivas horas,
Y al estudio las dió: sufrió constante
Las iras de la suerte,
Cuando no usada á tolerar cadena,
La patria alzó sus cruces vencedoras.
¡Oh! si en edad mas fuerte
Se hubiese visto, y del arnés armado
En la sangrienta arena;
¡Oh! cómo hubiera dado
Castigo á la soberbia confianza
Del invasor injusto,
A su nacion laureles,
Gloria á su estirpe y á su rey venganza.

Tanto anunciaba el ánimo robusto,
Con que en el lecho de dolor postrado
Le viste padecer ansias crueles;
Cuando inútil el arte
Cedió y confuso, y le cubrió funesta
Sombra de muerte en torno. El arco duro
Armó la inexorable, al tiro presta,
Y por el viento resonando parte
La nunca incierta vira.
Él, de valor, de alta esperanza lleno,

Preciando en nada el mundo que abandona,
        Reclinado en el seno
De la inefable religion, espira.
Ya no es mortal: entre los suyos vive:
        Espléndida corona
        Le circunda la frente.
El premio de sus méritos recibe
Ante el solio del Padre omnipotente,
De espíritus angélicos cercado,
Que difunden fragancias y armonía
Por el inmenso Olimpo, luminoso.
Debajo de sus pies parece obscuro
El gran planeta que preside al dia.
        Ve el giro dilatado
Que dan los orbes por el éther puro,
En rápidos ó tardos movimientos;
Verá los siglos sucederse lentos;
        Y él, en quietud segura,
        Gozará venturoso
Del sumo bien que para siempre dura.

En nombre de unas niñas

Á LOS DIAS DE LA DUQUESA DE WERVICK Y ALBA.

Admite benigna,
Duquesa escelente,
Ofrenda que ausente
    Tus siervas te dan.
Hoy alzan humildes
Sus ojos al cielo:
Su amor y su celo
    No vanos serán.

La voz inocente
Al númen agrada,
Que vuela inspirada
De puro candor.
¡Oh! llegue á su oido
La súplica nuestra:
Prodigue su diestra
En tí su favor.

Dilate tu vida
En prósperos años:
Ni sienta los daños
Del tiempo cruel.
Cual árbol robusto
Que dura creciendo,
El aura moviendo
Las flores en él,

Amante y esposo,
Ocupe tu lado
Aquel fortunado
Mancebo gentil,
Coronen su frente
Laureles de gloria:
Fatigue á la historia
Mil años y mil.

Cercada te mires
De prole fecunda:
En ella se funda
La dicha de amor.
En ella hermanarse
Verás fortaleza,
Cordura, belleza,
Virtud y valor.

Que al nombre heredado
De ilustres abuelos
Conceden los cielos
Honor inmortal.
Conceden, que al mundo
Viviendo famosos
Tus hijos dichosos
Le adquieran igual.

Por ellos un dia
Intrépida España
Sabrá en la campaña
Lidiar y vencer.
Y alzando ofendida
Cruzados pendones,
De osadas naciones
Domar el poder

A la muerte de don José Antonio Conde,

DOCTO ANTICUARIO, HISTORIADOR Y HUMANISTA.

¡Te vas, mi dulce amigo (10),
La luz huyendo al dia!
¡Te vas, y no conmigo!
¡Y de la tumba fria
En el estrecho límite,
Mudo tu cuerpo está!

Y á mí que débil siento
El peso de los años,
Y al cielo me lamento
De ingratitud y engaños,

Para llorarte ¡mísero!
Largo vivir me dá.

Ó fuéramos unidos
Al seno delicioso,
Que en sus bosques floridos
Guarda eterno reposo.
A aquellas almas ínclitas,
Del mundo admiracion:

Ó á mí solo llevára
La muerte presurosa,
Y tu virtud gozára
Modesta, ruborosa.
Y tan ilustres méritos
Ufana tu nacion.

Al estudio ofreciste
Los años fugitivos,
Y jóven conociste
Cuánto le son nocivos
Al generoso espíritu
El ocio y el placer.

Veloz en la carrera
Al templo te adelantas
Donde Temis severa
Dicta sus leyes santas,
Y en ellas digno intérprete
Llegaste á florecer.

Ciñéronte corona
De lauros inmortales
Las nueve de Helicona;

Sus diáfanos cristales
Te dieron , y benévolas
Su lira de marfil.

Con ella, renovando
La voz de Anacreonte ,
Eco amoroso y blando
Sonó de Pindo el monte,
Y te cedió Teócrito
La caña pastoril.

Febo te dió la ciencia
De idiomas diferentes.
El ritmo y afluencia
Que usaron elocuentes
Arabia , Roma y Atica,
Supiste declarar.

Y el cántico festivo,
Que en bélica armonía
El pueblo fugitivo
Al númen dirigia,
Cuando al feroz ejército
Hundió en su centro el mar.

La historia, alzando el velo
Que lo pasado oculta,
Entregó á tu desvelo
Bronces que el arte abulta,
Y códices y mármoles
Amiga te mostró.

Y allí, de las que han sido
Ciudades poderosas ,

De cuantas dió al olvido
Acciones generosas
La edad que vuela rápida,
Memorias te dictó.

Desde que el cielo airado
Llevó á Jerez su saña,
Y al suelo derribado
Cayó el poder de España,
Subiendo al trono gótico
La prole de Ismael;

Hasta que rotas fueron
Las últimas cadenas,
Y tremoladas vieron
De Alhambra en las almenas
Los ya vencidos árabes
Las cruces de Isabel:

A tí fué concedido
Eternizar la gloria
De los que han distinguido
La paz ó la victoria,
En dilatadas épocas
Que el mundo vió pasar.

Y á tí, de dos naciones
Ilustres enemigas,
Referir los blasones,
Hazañas y fatigas,
Y de candor histórico
Dignos ejemplos dar.

Europa, que anhelaba
De tu saber el fruto,

Y ofrecerle esperaha
En aplausos tributo,
La nueva de tu pérdida
Debe primero oir.

La parca inexorable
Te arrebató á la tumba.
En eco lamentable
La bóveda retumba,
Y allá en su centro lóbrego
Sonó ronco gemir.

¡Ay! perdona, ofendido
Espíritu, perdona.
Si en la region de olvido
Ciñes aurea corona,
Y tus virtudes sólidas
Tienen ya galardon

No de una madre ingrata
El duro ceño acuerdes;
Que nunca se dilata
La existencia que pierdes,
Sin que la turben pérfidas
Envidia y ambicion.

TRADUCCIONES DE HORACIO.

A Venus (*Lib. I. Oda* 30).

Deja tu Chipre amada (11),
Venus, reina de Pafos y de Gnido,
Que Glicera adornada
Estancia ha prevenido,
Y te invoca con humos que ha esparcido.

Trae al muchacho ardiente
Y las Gracias, la ropa desceñida,
Y á Mercurio elocuente,
Y de ninfas seguida
La juventud, sin tí no apetecida.

A Leucónoe (*I. y* 11).

No pretendas saber (que es imposible)
Cuál fin el cielo á tí y á mí destina,
Leucónoe, ni los números caldeos
Consultes, no; que en dulce paz cualquiera
Suerte podrás sufrir. Ó ya el Tonante
Muchos inviernos á tu vida otorgue ,

Ó ya postrero fuese el que hoy quebranta
En los peñascos las tirrenas ondas,
Tú, si prudente fueres, no rehuyas
Los brindis y el placer. Reduce á breve
Término tu esperanza. La edad nuestra
Mientras hablamos envidiosa corre.
¡Ay! goza del presente, y nunca fies,
Crédula, del futuro incierto dia.

A Iccio (*I.* 29).

¿Que al fin las riquezas
De la Arabia envidias,
Iccio, y á los reyes,
No vencidos antes,
De Sabá preparas
Guerra luctuosa,
Y al medo terrible
Pesadas cadenas?
¿Cuál servirte puede
Bárbara cautiva,
Que llore á tus manos
Su esposo difunto?
¿Cuál en régio alcázar
Llenará tus copas,
Ungido el cabello
De aromas suaves,
Mancebo ministro,
Enseñado solo
A tirar saetas
Séricas, doblando
El arco paterno?
¿Quién ya dudaria

Poder los arroyos
Subir á las cumbres,
Y el rápido Tibre
Volver á su fuente,
Si tú de Panecio
Las preciadas obras
Y las que produjo
Socrática escuela
(No á costa de leve
Afan adquiridas)
Dar quieres en cambio
De arneses iberos?
¡Tú, que prometiste
Virtudes mayores!

A Licino (*II.* 10).

Rumbo mejor, Licino,
Seguirás no engolfándote en la altura,
Ni aproximando el pino
A playa mal segura,
Por evitar la tempestad obscura.

El que la medianía
Preciosa amó, del techo quebrantado
Y pobre se desvía,
Como del envidiado
Alcázar de oro y pórfidos labrado.

Muchas veces el viento
Arboles altos rompe: levantadas
Torres con mas violento
Golpe caen arruinadas:
Hiere el rayo las cumbres elevadas.

No en la dicha confia
El varon fuerte, en la afliccion espera
Mas favorable dia:
Jove la estacion fiera
Del hielo vuelve en grata primavera.

Si mal sucede ahora,
No siempre mal será. Tal vez no escusa
Con cítara sonora
Febo animar la musa;
Tal vez el arco por los bosques usa.

En la desgracia sabe
Mostrar al riesgo el corazon valiente;
Y si el viento tu nave
Sopla serenamente,
La hinchada vela cogerás prudente.

Que la virtud nada teme. (*III. 3*).

El que inocente
La vida pasa,
No necesita
Morisca lanza,
Fusco, ni corvos
Arcos, ni aljaba
Llena de flechas
Envenenadas,
O á las regiones
Que Hidaspe baña,
O por las Sirtes
Muy abrasadas,

O por el yermo
Cáucaso vaya.

Yo la sabina
Selva cruzaba,
Cantando amores
A mi adorada
Lálage, libre
De afan el alma,
Por muy remoto
Sitio, sin armas;
Y un lobo fiero
Me ve y se aparta.
Mónstruo igual suyo
No tiene Daunia
En montes llenos
De encinas altas,
Ni los desiertos
De Mauritania,
Donde leones
Y tigres braman.

Ponme en los yertos
Campos, do el aura
No goza estiva
Ninguna planta,
Lado del mundo,
Region helada
Que infestan vientos
Y nubes pardas;
O en la que al rayo
Del sol cercana
De habitaciones
Carece y aguas;

Lálage siempre
Será mi amada,
Dulce si rie,
Dulce si canta.

A Postumo. (*II.* 14).

¡Ay, cómo fugitivos se deslizan,
Póstumo, caro Póstumo, los años!
Ni la santa virtud el paso estorba
De la vejez rugosa que se acerca,
Ni de la dura, inevitable muerte.
Y aunque á su templo dés tres hecatombes
En cada aurora, sacrificio y ruego
Pluton desprecia, á tu lamento sordo.
Él al triforme Gerion y á Ticio
Guarda, y los ciñe con estigias ondas,
Que han de pasar cuantos la tierra habitan,
Pobres y reyes. Y es en vano el crudo
Trance evitar de Marte sanguinoso,
Y las olas que en Adria el viento rompe
Con sordo estruendo; y vano, en el maligno
Otoño el cuerpo defender del Austro;
Que al fin las torpes aguas del obscuro
Cocito hemos de ver, y las infames
Bélides, y de Sísifo infelice
El tormento sin fin que le castiga.
Tu habitacion, tus campos, tu amorosa
Consorte dejarás. ¡Ay! y de cuantos
Arboles hoy cultivas, para breve
Tiempo gozarlos, el ciprés funesto
Solo te ha de seguir. Otro mas digno
Sucesor brindará del que guardaste

Con cien candados cécubo oloroso,
Bañando el suelo de licor, que nunca
Otro igual los pontífices gustaron
En aureas tazas de opulenta cena.

A Augusto. (*I.* 12).

¿De cuál varon ó semidios el canto
Previenes, alma Clio,
En corva lira ó flauta resonante?
¿De cuál deidad? ¿á cuyo nombre santo
Eco responda alegre, en el umbrío
Helicona, ó el Pindo, ó en la altura
Del Hemo helada, en que se vió vagante
Selva seguir del tracio la dulzura,
Que el curso detenia
De los torrentes rápidos, usando
Maternas artes, y al sonoro acento
De sus cuerdas los árboles movia,
Y el ímpetu veloz paró del viento?

¿A quién primero ensalzaré cantando,
Sino al gran padre, que la estirpe humana
Y la celeste rige, el mar, la tierra,
Y al variar contino
Del tiempo, anima cuanto el orbe encierra?
El es primero y solo, igual no tiene
Su esencia soberana;
Si bien segunda en el honor divino,
Inmediato lugar Palas obtiene.
Ni á ti, Baco, en batallas animoso
Callaré, ni á la vírgen cazadora,
Ni á Febo luminoso,
Diestro en herir con flecha voladora.

Tambien los triunfos cantaré de Alcides,
Y á los hijos de Leda, celebrado
Ginete el uno, y en dudosas lides
El otro vencedor; cuya luz clara,
Luego que al navegante resplandece,
Precipita del risco levantado,
La espuma resonante,
El raudo viento para,
La negra tempestad desaparece,
Y á su influjo, del mar en breve instante
Calma el furor terrible.

Dudo si aplauda al fundador Quirino
Despues de aquellos, del prudente Numa
El gobierno apacible,
Las haces justicieras de Tarquino,
O de Caton la muerte generosa,
Los Escauros, y Régulo constante;
O si de Emilio cante,
Pródigo de la vida,
La palma por Aníbal obtenida.
Curio, la cabellera mal compuesta,
Fabricio, el gran Camilo, victorioso
Adalid á quien dieron sus abuelos
Hacienda escasa y parca, la molesta
Pobreza toleró. Crece frondoso
Con una y otra edad árbol robusto;
Asi la fama crece de Marcelo:
Y vemos ya en el cielo
Brillar de Julio la divina estrella,
Cual suele entre menores
Lumbres Dictina aparecerse bella.
Jove Saturnio, tú de los mortales
Amparo y padre, á quien cedió el destino

La proteccion de Augusto,
Tú reina, y él á tí segundo sea.
O ya sobre los Partos desleales,
Que amenazan el término latino,
Adquiera triunfo justo,
O en las últimas playas del oriente
Indos y Seres humillados vea;
Él, inferior á tí, dé soberano
Leyes al mundo. Tú, de Olimpo ardiente
En grave carro oprime las alturas;
Y el rayo vengador tu fuerte mano.
Vibre, las selvas abrasando impuras.

Profecía de Nereo. (*I.* 15.)

Llevando por el mar el fementido
Pastor á Helena en sus idálias naves,
Nereo de los aires la violenta
Furia contuvo apenas, y anunciando
Hados terribles: en mal hora, esclama,
Llevas á tu ciudad á la que un dia
Ha de buscar con numerosas huestes
Grecia, obstinada en deshacer tus bodas,
Y de tus padres el antiguo imperio.
¡Cuánto al caballo y caballero espera
Sudor y afan! ¡Oh cuánto á la dardania
Gente vas á causar estrago y luto!
Ya, ya previene Palas iracunda
El almete y el égida sonante,
Y el carro volador; y aunque soberbio
Con el favor de Venus la olorosa
Melena trences, y en acorde lira,
Grato á las damas, cantes amoroso

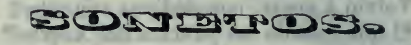
Verso, nunca será que las agudas
Flechas de Creta y las herradas lanzas,
Funestas á tu amor, huyendo evites;
Ni el militar estrépito, ni al duro
Ayax, ligero en el alcance. Tarde
Será tal vez, pero ha de ser, que en polvo
Tu cabello gentil todo se cubra.
¡Ay¡ ¿No miras al hijo de Laertes
Y Nestor el de Pilos, á los tuyos
Uno y otro fatal? No ves que osados
Ya te persiguen, Teucro en Salamina
Príncipe, y el que vence las batallas
Y diestro auriga á su placer gobierna
Los caballos, lidiando, Esteneleo?
Tiempo será que á Merïon conozcas
Y á Diomedes, mas fuerte que su padre.
¿Le ves, que ardiendo en cólera te busca,
Te sigue ya? Tú, como el ciervo suele,
Si al lobo advierte en la vecina cumbre,
El pasto abandonar, asi cobarde
Y sin aliento evitarás su golpe:
Y no, no fueron tales las promesas
Que á tu señora hiciste. La indignada
Gente que lleva Aquiles, el funesto
Hado de Troya y sus matronas puede
Un tiempo dilatar; pero cumplidos
Breves inviernos, las soberbias torres
Arderá de Ilïon la llama argiva.

Contra el lujo y avaricia de su tiempo. (*II*. 18).

No de mi casa en altos artesones
Brilla el marfil ni el oro,

Ni columnas, que corta en sus regiones
    Apartadas el moro,
Sostienen traves áticas. Ni intruso
Sucesor, el alcázar opulento
De Pérgamo ocupé. Nunca labraron
Púrpuras de Laconia para el uso
    De su señor mis siervos;
    Pero vivo contento
    De que jamás faltaron
En mi virtud y númen afluente.
Soy pobre; pero el rico á mí se inclina.
Ni pido mas á la bondad divina,
Ni para que mis fondos acreciente
Importuno al amigo generoso:
    Harto soy venturoso
    Con mis campos sabinos.
Una y otra despues arrebatadas
Huyen las horas, y de igual manera
Las nuevas lunas á morir caminan.
    Tú, cercano á la muerte,
De mármol edificas levantadas
Fábricas, olvidado de la tumba;
    Y estrecho en la ribera
De Bayas, donde el piélago retumba,
    Buscas en él cimiento.
¡Qué mucho si los términos vecinos
    Alteras avariento,
Usurpando á tus súbditos la tierra!
    Por ásperos caminos
Tímidos huyen la muger y esposo,
    Ambos al seno puestos
Sus dioses y sus hijos mal compuestos.
Pues no, no tiene el hombre poderoso
    Palacio mas seguro

Que la mansiou del Aqueronte avara:
Ella le espera habitador futuro.
¿Para qué anhelas mas? ¿si al que mendiga.
Hambriento y desvalido,
Y al sucesor del trono, igual prepara
La tierra sepultura;
Ni el audaz Prometeo el aura pura
Volvió á gozar, con dádivas vencido
El que guarda las puertas del Averno?
El aprisiona á Tántalo, y la estirpe
De Tántalo famosa:
Él de quien sufre angustia dolorosa,
(Invocado tal vez, ó aborrecido)
El llanto acalla en el horror eterno.



A la capilla del Pilar de Zaragoza.

Estos que levantó de mármol duro
Sacros altares la ciudad famosa,
A quien del Ebro la corriente undosa
Baña los campos y el soberbio muro,

Serán asombro en el girar futuro
De los siglos; basílica dichosa
Donde el Señor en magestad reposa,
Y el culto admite reverente y puro.

Don que la fé dictó, y erige eterno
Religiosa nacion á la divina
Madre que adora en simulacro santo.

Por él, vencido el odio del Averno,
Gloria inmortal el cielo la destina,
Que tan alta piedad merece tanto.

A Don Juan Bautista Conti.

Febo desde la tierna infancia mia (12)
Quiso que el plectro de marfil pulsára,
Y en las alturas de Helicon gozára
Sus verdes bosques y su fuente fria.

Mas dudosa la mente desconfia,
Conti, aspirar al premio que prepara
A solo el que mostró, con union rara,
Talento y arte en docta poesía.

Pero si tú, mi amigo generoso,
La cumbre me señalas eminente,
Y el paso incierto dirigir no escusas,

Imitando tu verso numeroso,
Veré de lauros coronar mi frente,
Suspenso al canto el coro de las musas.

A Flérida Poetisa.

Basta, Cupido, ya, que à la divina (13)
Ninfa del Turia reverente adoro:
Ni espero libertad, ni alivio imploro,
Y cedo alegre al astro que me inclina.

¿Qué nuevas armas tu rigor destina
Contra mi vida, si defensa ignoro?
Sí, ya la admiro entre el castalio coro
La cítara pulsar griega y latina.

Ya, coronada de laurel febeo,
En altos versos llenos de dulzura,
Oigo su voz, su número elegante.

Para tanto poder débil trofeo
Adquieres tú, si sola su hermosura
Bastó á rendir mi corazon amante.

Las Musas.

Sabia Polimnia en razonar sonoro
Verdadas dicta, disipando errores:
Mide Urania los cercos superiores
De los planetas y el luciente coro.

Une en la historia al interés decoro
Clio, y Euterpe canta los pastores:
Mudanzas de las suerte y sus rigores
Melpomene feroz, bañada en lloro:

Calíope victorias: danzas guia
Tersícore gentil: Erato en rosas
Cubre las flechas del amor y el arco.

Pinta vicios ridículos Talía.
En fábulas que anima deleitosas,
Y esta le inspira al español Inarco.

Junio Bruto.

Suena confuso y mísero lamento
Por la ciudad: corre la plebe al foro,

Y entre las fasces que le dan decoro
Ve al gran senado en el sublime asiento.

Los cónsules allí. Ya el instrumento
De Marte llama la atencion sonoro:
Arde el incienso en los altares de oro,
Y leve el humo se difunde al viento.

Valerio alza la diestra: en ese instante
Al uno y otro jóven infelice
Hiere el lictor, y sus cabezas toma.

Mudo terror al vulgo circunstante
Ocupa. Bruto se levanta y dice:
«Gracias, Jove inmortal: ya es libre Roma.»

Rodrigo.

Cesa en la octava noche el ronco estruendo
De la sangrienta militar porfía:
El campo godo destrozado ardia
Con llama, que descubre estrago horrendo.

Rodrigo en tanto, su peligro viendo,
Por ignorada senda se desvía,
Y muerto Orelia, entre la sombra fria,
Herido y débil se acelera huyendo.

En vano el Lete con raudal undoso
El paso estorba al príncipe, á quien ciega
De cadena ó suplicio el justo espanto.

Surca las aguas, cede al poderoso

Ímpetu, espira el infeliz, y entrega
El cuerpo al fondo, á la corriente el manto.

Cuentas de Eliodora, saltatriz.

Siete duros al mes de peluquero:
Para calzarme nueve: las criadas,
Que necesito dos, no estan pagadas,
Si no les doy cien reales en dinero.

Diez duros el bribon de mi casero:
Telas, plumas, caireles, arracadas,
Blondas, medias, hechuras y puntadas
De madama Burlet y del platero,

Noventa duros, poco mas.—Noventa,
Diez, siete, nueve, cinco.... ¿Y la comida?
—Yo la quiero pagar, y somos cuatro.

—¿Y esto en un mes?—Si á usted no le contenta.
—Sí, calla. Bien. ¡Hermosa de mi vida!...
¡Ay del que tiene amor en el teatro!

La noche de Montiel.

¿Adónde, adónde está, dice el infante,
Ese feroz tirano de Castilla?
Pedro al verle desnuda la cuchilla,
Y se presenta á su rival delante,

Ciérra con él, y en lucha vacilante
Le postra, y pone al pecho la rodilla;

Beltran (aunque sus glorias amancilla)
Trueca á los hados el temido instante.

Herido el rey por la fraterna mano,
Jóven espira con horrenda muerte,
Y el trono y los rencores abandona.

No aguarde premios en el mundo vano
La inocente virtud, si dá la suerte
Por un delito atroz una corona.

A Clori Histrionisa, en coche simon.

Esa que veis llegar máquina lenta,
De fatigados brutos arrastrada,
Que en vano, de rigor la diestra armada,
Vinoso auriga acelerar intenta,

No menos va dichosa y opulenta,
Que la de cisnes cándidos tirada
Concha de Venus, cuando en la morada
Celeste al padre ufana se presenta.

Clori es esta, mirad las poderosas
Luces, el seno de alabastro, el breve
Labio que aromas del oriente aspira

Flores al viento esparcen las hermosas
Gracias, y el virgen coro de las nueve,
Y en torno de ella Amor vuela y suspira.

A Clori, declamando en fábula trágica.

¿Qué acento de dolor el alma vino

A herir? ¿Qué funeral adorno es este?
¿Qué hay en el orbe que á tus luces cueste
El llanto que las turba cristalino?

¿Pudo esfuerzo mortal, pudo el destino
Asi ofender su espíritu celeste...?
¿O es todo engaño? ¿y quiere amor que preste
A su labio y su accion poder divino?

Quiere, que exenta del pesar que inspira,
Silencio imponga al vulgo clamoroso,
Y dócil á su voz se angustie y llore:

Que el tierno amante que la atiende y mira,
Entre el aplauso y el temor dudoso,
Tan alta perfeccion absorto adore.

Para el retrato de Felipe Blanco, primer gracioso del teatro de Barcelona.

¿Me veis qué serio estoy? Pues no os espante
La adusta gravedad de mi persona,
Que adentro tengo el alma juguetona:
Diverso de mi genio es mi semblante.

Prosa ó verso me dicten elegante
Los que suben al cerro de Helicona,
Mis gracias aseguran su corona
Cuando animo la sátira picante.

Los que quieren gemir y dar suspiros,
Y sus lágrimas compran con dinero,
Lloren, oyendo heroicidades tristes:

Mas si quereis vosotros divertiros,

Venid á mí, que el amargor severo
De la verdad os disimulo en chistes.

A la memoria de don Juan Melendez Valdés.

Ninfas, la lira es esta que algun dia
Pulsó Batilo en la ribera umbrosa
Del Tormes, cuya voz armoniosa
El curso de las ondas detenia.

Quede pendiente en esta selva fria
Del lauro mismo que la cipria diosa
Mil veces desnudó, cuando amorosa
La docta frente á su cantor ceñia.

Intacta y muda entre la pompa verde
(Solo en sus fibras resonando el viento)
El claro nombre de su dueño acuerde;

Ya que la patria, en el comun lamento,
Feroz ignora la opinion que pierde,
Negando á sus cenizas monumento.

La despedida.

Nací de honesta madre: dióme el cielo
Fácil ingenio en gracias afluente:
Dirigir supo el ánimo inocente
A la virtud el paternal desvelo.

Con sábio estudio, infatigable anhelo,
Pude adquirir coronas á mi frente:

La corva escena resonó en frecuente
Aplauso, alzando de mi nombre el vuelo.

Dócil, veraz, de muchos ofendido,
De ninguno ofensor, las musas bellas
Mi pasion fueron, el honor mi guia.

Pero si así las leyes atropellas,
Si para tí los méritos han sido
Culpas; adios, ingrata patria mia.

A la esposicion de los productos de industria y artes, hecha en el palacio del Louvre en el año de 1819.

Hoy que cerrado el templo de Belona (14)
Abre el suyo benéfica Minerva,
Y á sublimes artífices reserva
De esplendor inmortal aurea corona;

Méritos mas ilustres ambiciona
Galia en el ócio de la paz que observa,
Que cuando para hacer á Europa sierva,
Al ímpetu de Marte se abandona.

Con tales artes opulenta, fuerte
Y docta, su poder verá temido
En este y el antártico hemisferio.

Mientras su claro príncipe convierte
Las leyes santas, pues su don han sido,
A la estabilidad de tanto imperio.

A la muerte del escelente actor Isidoro Maiquez.

Tú solo el arte adivinar supiste (15)
Que los afectos acalora y calma:
Tú la virtud robustecer del alma,
Que al oro, al hierro, à la opresion resiste.

Inimitable actor, que mereciste
Entre los tuyos la primera palma,
Y amigo, alumno, y émulo de Talma,
La admiracion del mundo dividiste;

¿A quién dejaste sucesor muriendo?
¿De quién ha de esperar igual decoro
La escena, que te pierde y abandonas?

Asi dijo Melpómene, y vertiendo
Lágrimas, en la tumba de Isidoro
Cetros depone y púrpura y coronas.

Copia de un célebre cuadro de M. Guerin, que se conserva en Paris, en la galeria de Luxemburgo.

Insta Dido otra vez, Ana presente,
Al huésped frigio que en silencio adora,
A que la fuga de Sinón traidora,
Y el incendio de Pérgamo la cuente.

Él otra vez de la enemiga gente
El falso voto y los ardides llora,
La cólera de Aquiles vengadora,
Héctor sin vida y Hécuba doliente.

Pinta el horror de aquella última y triste
Noche, y en la sidonia alta princesa,
Admiracion, temor, piedad escita.

Y en tanto Amor, que á su regazo asiste,
Del dedo ebúrneo que anhelante besa,
El anillo nupcial sagaz la quita.

A don Luis de Silva, Moziño de Albuquerque, autor de las *Geórgicas Portuguesas.*

Cantó el de Mántua con sonoro acento
La cultura del campo y los pastores,
Despues empresas celebró mayores,
Y á Roma alzó durable monumento.

Tú asi, qne en el bucólico instrumento
Ensayaste del arte los primores,
Desdeñando las selvas y las flores,
Épica trompa harás sonar al viento.

Sí, que en los fuertes lusitanos dura
El mismo aliento que les dió victoria
En los opuestos límites del mundo.

Y si al valor y á la virtud procura,
Silva, tu verso inestinguible gloria,
De tu patria serás Maron segundo.

A doña Luisa Gomez Carabaño, premiada en Madrid con una corona de flores, por sus adelantamientos en la botánica.

Esa guirnalda que enlazó á tu frente,
Premio de docto afan la linda Flora,
De aplauso no mortal merecedora
Te anuncia á la futura hispana gente.

Lauros le den al adalid valiente,
Que al golpe de su espada vengadora
Triunfa; y su esfuerzo y sus hazañas llora
La humanidad, si el lloro se consiente,

En tanto que á merced de la fortuna,
Cercados de amenazas y temores,
Los reyes ciñen sus coronas de oro.

No la que obtienes hoy cede á ninguna:
Préciala en mucho, y tus humildes flores
Al suelo patrio añadirán decoro.

A la señora M. *D.*, bailarina del teatro de Burdeos, haciendo la figura de Cupido en el baile intitulado *Amor en la aldea*.

No es el Amor esa deidad hermosa
Que veis, como los céfiros, alada,
Con puntas de oro y dócil arco armada.
Y ceñida la sien de mirto y rosa.

O en breve sueño su inquietud reposa,
O el aire hiende, la prision burlada:

Dulces afectos inspirar la agrada:
Triunfa, y castiga ó premia generosa.

Esa es la ninfa, por quien hoy ufano
Garona ilustra su feliz ribera,
De pámpanos ornándose el cabello.

No es aquel ciego flechador tirano,
Que el mundo turba y la celeste esfera,
No es el Amor; que no es Amor tan bello.

ROMANCES.

A un ministro.

Ayer salí de mi casa
Muy afeitado y muy puesto
Encaminado á la vuestra,
Como de costumbre tengo,
Para anunciaros felices
Pascuas, salud y contento,
Buen remate de diciembre,
Y buen principio de enero.
Pues señor, hizo Patillas
Que me saliera al encuentro
Un hablador de los muchos
Que hay por desgracia en el pueblo,
De esos que lo saben todo,
Que de todo hacen misterio,
Que almuerzan chismes, y viven
De mentiras y embelecos;
Infatigable escritor

De arbitrios y de proyectos,
Entremetido estadista
Y, Dios nos libre, coplero.
Él al verme comenzó
A dar voces desde lejos,
Y á correr y á chichear,
Y en suma no hubo remedio,
Me abrazó, me refregó
Las manos, me dió mil besos,
Y entre los dos empezamos
Este diálogo molesto:
—Moratin, hombre, ¡qué caro
Se vende usted...! ¿Qué hay de nuevo?
Vaya, mejor que el verano
Le trata á usted el invierno.
¿Con que va bien...?—Lindamente.
—Sí, se conoce; me alegro.
Pero ¿cómo tan temprano?
—Tengo que hacer.—Ya lo entiendo:
Vaya, el barrio es achacoso,
Usted un poco travieso....
Digo, será la andaluza
De ahí abajo.—No por cierto
—¿Con qué no...?—¡Qué bobería!
Ni la conozco ni quiero:
Ni estoy de humor, ni esta cara
Es cara de galanteos.
—Pues, amigo, linda moza.
¡Cáspita! Mucho salero,
Alta, colorada, fresca,
Boca pequeña, ojos negros,
Petrimetrona.... La trajo
De Cádiz Don Hemeterio,
Y en un año le ha roido

Cinco barcos de abadejo.
¿Y qué sucede? Que acaba
De plantarle.—Buen provecho:
Pero á mas ver, porque ahora
Voy de prisa y hace fresco.
—Hombre, para ir á Palacio
Es temprano.—Estoy en eso,
Pero no voy.—¿No? ¿Pues qué
Nunca va usted?—Yo me entiendo.
—¡Ah! ya caigo; con que siempre....
Es muy justo.... ya lo veo.
Bien, muy bien. El señor conde
Le estima á usted.—A lo menos
Me tolera, disimula,
Como quien es, mis defectos,
Y suple con su bondad
Mi escaso merecimiento.
—Sí, yo se de buena tinta
Que á usted le estima. Un sugeto
Que va allí mucho.... ¿Y qué tal?
¿Con que ya no quiere versos?
¿Es verdad, eh?—No es verdad,
No Señor: si no son buenos
No los quiere, y hace bien:
Si son fáciles, ligeros,
Alegres, claros, suaves,
Y castizos madrileños,
Le gustan mucho. Los mios
Suelen tener algo de esto,
Y por eso los prefiere
Tal vez entre muchos de ellos,
Que serán casi divinos,
Pero que le agradan menos.
Ya, ya, pero usted debia

Mudar de tono....—En efecto.
Escribir disertaciones
Sobre puntos de gobierno,
Enseñar lo que no sé,
Ni he de practicar, ni quiero;
Decirle lo que se ha dicho
A todos, darle consejos
Que no me pide, y á fuerza
De alambicados conceptos,
En versos flojos y obscuros,
Y en lenguage verdinegro,
Entre gótico y francés,
Hacerle dormir despierto;
No señor, yo nunca paso
Los límites del respeto,
Y entre muchas faltas, solo
La de ser audaz no tengo.
—Bien está, pero ¿qué diantres
Se le ha de decir de nuevo,
Que le pueda contentar?
¿Siempre borrando y temiendo?
Siempre una cosa?....—Una cosa
Dicha por modos diversos
Puede agradar, y tal vez
Anuncia mayor ingenio.
Siempre le diré que admiro
Su bondad y su talento;
Que no estimo yo las bandas,
Los bordados, los empleos;
Dones que dá la fortuna,
Brillan, pero todo es viento;
Sus buenas prendas me inclinan,
Las aplaudo y las venero,
Y con ellas nada pueden

La suerte ciega ni el tiempo.
Y á Dios que es tarde.—Oiga usted.
—Que voy de prisa.—Un momento.
Mire usted... yo... la verdad....
Tambien.... ya se ve.... Yo tengo
Algo de vena; y en fin....
—¿Tiene usted vena? Me alegro.
¿De qué?—Digo que á las veces
Á mis solas me divierto,
Y escribo algunas coplillas
Tales cuales. Yo no quiero
Darlas á luz, porque...—Bien.
¡Admirable pensamiento!
—Aqui traigo unas endechas,
Un romance, dos sonetos,
Y quiero que usted me diga
En amistad, sin rodeos,
Qué tales son. Venga usted
Á aquel portal.—Nos veremos.
—Pero un instante.—Otro dia.
—Y una cancion que he compuesto
Filosófica.—Al diario.
—Y una tragedia que pienso
Acabar hoy.—Á los Caños.
—Y un arbitrio.—Á los infiernos.
Esto dicho, le dejé,
Apresuro el paso y llego,
Y llegué tarde, segun
El informe del portero.
Renegué del trapalon,
De su prosa y de sus versos,
Y de mi estrella, que siempre
Me depara majaderos.
¡Ay Señor! entre las dichas

Que para vos pido al cielo,
La de no conocer nunca
A este verdugo os deseo;
Que si una vez os alcanza,
Segun es osado y terco,
Por no verle la segunda
Os vais á habitar el yermo.

A una dama que le pidió versos.

¿Versos le pedís á un hombre
Tan cerrado de mollera?
¿Sabeis que malos los hago,
Y el trabajo que me cuestan?
¿Sabeis que para hacer uno
Suelo emporcar una resma,
Y en escribirle y borrarle
Gasto semanas enteras?
Si fuera un vecino mio
Que hace coplas á docenas,
Y con ellas se estasía,
Se enloquece y se embelesa,
Y baja al portal y á cuantos
Pasan, por ruego ó por fuerza,
Sin respirar les recita
Dos cuadernillos de endechas,
Diez sonetos, veinte y cuatro
Redondillas, tres comedias,
Cien epígramas, y nueve
Planes de nueve poemas:
Ese sí pudiera daros
Cuantos versos le pidiérais,
Ya que la suerte enemiga

Le condenó á ser poeta.
Yo no lo soy, ni lo quiero
Ser, ni nadie lo sospecha,
Ni Dios permita que nunca
A tal tentacion consienta.
Eso no, que esto que llaman
Inspiracion, influencia,
Númen, furor, los que envian
A Salanova cuartetas,
No es otra cosa que el diablo,
Que los urga y que los ciega:
El los inspira, y asi
Son tan diabólicas ellas.
Y como hay uno encargado
De los cuñados y suegras,
Alborotador de casas,
Y amigo de peloteras,
Otro diablo comilon
Que corre de mesa en mesa,
Otro vanidoso y tonto
Con bordados y veneras,
Y otro en fin, que es el que temo,
Jugueton, mala cabeza,
Que se esconde muchas veces
Entre dos pestañas negras,
Y hace con una mirada,
Con una risa alhagüeña,
Con dos lágrimas traidoras,
Que todo un hombre se pierda;
Asi tambien, ademas
De estos diablos que nos cercan,
Hay otro mas enfadoso,
Mas insolente y perrera.
Este es el que inspira tantos

Versillos de cadeneta,
Y el que regala al teatro
Mónstruos en vez de comedias.
Este el que aforra los postes
Con cartelones de á tercia,
Embadurna los diarios,
Y hace cola en las gacetas.
Este el que enseña á hacer libros
En donde todo se enseña,
Padre adoptivo de tantos
Sócrates á la violeta.
El apuntó á Valladares
Sus misiones de cuaresma,
Y al miserable Moncin
Sus nefandas Roncalesas,
A Don Bruno sus tramoyas,
A Luciano sns endechas,
Y á nuestro Plauto moderno
Sus farsas tripicalleras.
Por él en ambos corrales
La ruda plebe merienda
Del gótico Don Fermin
Las mal cocidas menestras.
Por él Zavala, execrable
Autor, fatiga las prensas,
Y el rechinante Trigueros
Aborta sus epopeyas.
Nifo, ¡oh pestilente Nifo!
Gran predicador de tiendas,
Que desde el año de seis
Disparatando voceas:
Solo este diablo te pudo
Turbar asi la cabeza,
Y por divertirse hacerte

Escritor de callejuela.
El solo dicta sus coplas,
Maldecidas de Minerva,
A Don Alvaro Guerrero,
A Don Lucas, á Cacea,
Y á tanto varon famoso
Con quien Guarinos espera
Rebutir el suplemento
De su infausta biblioteca.
Y tú, que desde tu silla
Presides á sus tareas,
Y en pérfidas impresiones
Su celebridad aumentas
Gran Salanova, que en todo
Te metes, y en todo yerras,
¿Qué cura te sacará
El diablo que te atormenta?
Si nuestra piadosa madre
Algun conjuro tuviera,
Como para las langostas,
Para los malos poetas,
Yo te aseguro, infeliz
Mitólogo de la legua,
Que á chorros de agua bendita
Y antífonas y coletas,
Bien presto libertaria
De la pícara caterva
De dioses y semidioses,
Y espectros y ninfas necias
Esa pobre criatura
Que sin cesar aporrea
El enemigo, y á eterno
Disparatar la condena.
Pero es en vano; los cielos,

Quizá ofendidos, ordenan
En pago de nuestras culpas
Tanto castigo á la tierra.
Y como suele tal vez
Ocupar una floresta
Importuna multitud
De cigarras vocingleras,
Que aqui y allá chirriando
El ronco estrépito alternan,
Cantan que rabian, y nunca
Hasta reventar lo dejan,
En tanto que al son tremendo
Huyen con alas ligeras
Las avecillas canoras,
Dulce hechizo de la selva,
Vuela de una rama en otra
Asustada Filomena,
Ni al aire su voz despide,
Ni al caro nido se acerca;
De esta suerte el numeroso
Enjambre que nos apesta
De copleros chavacanos,
Ridícula turba y necia,
Fastidiosamente ahulla.
Y al run run de sus cencerras
Las Musas desaparecen,
Febo y las Gracias con ellas.
Todo es ignorancia, y todo
Frivolidad é insolencia,
Y el Parnaso castellano
Yace morada desierta.
Ni ¿quién osará acallar
La desapacible orquesta,
Ni alternar en el solfeo

Que Salanova gobierna?
¿Y vos, señora, pedís
(Supongo que fué por fiesta)
Versos á quien de los suyos,
Si algunos hace, reniega?
Yo, que no soy embrollon,
Ni pongo mi ingenio en venta,
Ni predico en el café
Donde retumbaba Huerta;
Yo, cuando en tal ignominia
Está de Apolo la ciencia,
¿He de escribir, mientras Nifo
Escribe que se las pela:
Mientras Concha haciendo ajustes
Con Martinez y Ribera,
Ofrece dar el surtido
Necesario de comedias;
Y Moncin, para quitarle
El aplauso y las pesetas,
Hace rebajas, y el pobre
Don Bruno rabia y patea?
Mientras el doctor Guarinos
Tanto mamarracho inciensa,
Y á Trigueros le despacha
El título de poeta;
¿Yo he de escribir? No. Primero
Que tal precepto obedezca,
Guerrero y Casal me alaben,
Y á malos sonetos muera.
Tiempo vendrá, si en los hados
No existe cólera eterna,
Que el rayo puro del sol
Disipe obscuras tinieblas,
Y del olvido en que yacen

Resucitadas las letras,
De su perdido esplendor
La edad venturosa vuelva.
Yo entonces, si amor permite
Mi voz á mayor empresa,
O han muerto ya de su incendio
Las no apagadas centellas,
Tal vez de la corva lira
Pulsaré doradas cuerdas,
Entre los doctos alumnos
Que Apolo inspira y alienta;
Y cuando mi patria logre
La felicidad que espera,
Su nuevo Augusto hallará
Marones que le celebran.

Aguinaldo poético.

Ya, señor, el tiempo llega
De presentes y regalos;
Para el que ha de recibir
El mas alegre del año,
Para el que dá, tiempo triste,
Mes azaroso é infausto,
Tanto que muchos quisieran
Echarle del calendario.
Yo en este mes, como soy
Tan cumplido y tan exacto,
He dispuesto remitiros
Las pascuas y el aguinaldo.
Ello es verdad que parece
Muy estravagante y raro
Que el pobre regale al rico,

Y al provincial el donado;
Pero al fin si yo nací
De humor generoso y franco,
¿Quién me ha de quitar que tenga
El alma de un Alejandro?
Y no hay remedio, os prometo
Que me he de portar con garbo,
Que cuando dan los poetas,
Dios nos tenga de su mano.
Tal vez para su traer
No suelen tener un cuarto,
Pero para regalar
El mundo les viene escaso.
Y no espereis que os envie
Rico café veneciano,
Salchichones boloñeses,
Ni vino de Chipre en frascos,
Miel de Calábria esquisita,
De Génova dulces varios,
Lenguas de Lodi escelentes,
Bien que no las he probado,
Enormes quesos de Parma,
Que dicen que son muy caros,
Macarrones, tallarines,
Pasteles napolitanos,
No señor, porque esto al fin
En las tiendas lo encontramos,
Y si tuviese dinero,
Facil me fuera comprarlo.
La gracia está en invocar
A Apolo mi primo hermano,
Y hacerle venir de un brinco
Desde el Olimpo á mi cuarto;
Y en vez de tanta morcilla,

Y de tanta grasa y tantos
Dulces, que solo producen
Indigestiones y hartazgos,
Si quereis cosas gustosas
Que no os pueden hacer daño,
Y en su vida las han visto
Los arrieros maragatos,
Ahí está el fenix de Arabia,
Que es un manjar delicado,
Y los pabones soberbios
Que tiran de Juno el carro;
Las palomitas de Venus,
Piscis, Capricornio y Tauro
Que pace estrellas, segun
Dice un autor castellano:
Las sirenas las pondremos
En escabeche con caldo,
Que en quitándolas las colas
Son estupendo regalo:
Los tritones, las harpías,
Hipócrifos y centauros,
Unos en gigote, y otros
Fritos, y otros empanados:
Y en cuanto á vinos.... El vino
Primeramente es muy malo,
Dá cólera y convulsiones,
Y hace en la cabeza estragos:
El agua es mejor, y el agua
Que se baja despeñando
De la fuente Cabalina
Por las faldas del Parnaso,
Vale mas que los licores
De Marsella celebrados,
Rescoldo líquido ardiente,

Veneno sabroso y caro.
Pero si á fin de comida
Gustais de beber un trago,
Yo os daré el nectar que sirve
A Jove el garzon troyano.
Este presente, capaz
De templar el ceño airado
De un vista, de un relator,
De un virey americano,
Solo para vos le tengo
Prevenido y arreglado:
Buen apetito, y picar
De todo, y muérase el diablo.
Si ha de ir por tierra, Pluton,
Cibeles, Ceres y Baco
Me prestarán á porfia
Cuando los quiera sus carros.
Si ha de ir por el mar, Neptuno,
Tetis, Anfitrite y Glauco
De Génova á Barcelona
Llegan en dos latigazos.
Y si quereis que se lleve
Por el aire, y evitamos
Registro de los ingleses,
Que en todo meten el gancho,
Júpiter, Apolo y Venus
Os le llevarán volando;
Y á fé que en las aduanas
No visitarán el cargo.
Este, en lugar de cubrirle
De pañuelos valencianos,
O de conclusiones llenas
De inepcias y mamarrachos,
Le cubriremos de versos,

Puesto que siendo el regalo
Fruta del Pindo, ¿quién pone
En envoltorio prosáico?
Versos irán, que las musas,
Siendo para vos el canto,
Con su inspiracion divina
Agitan mi númen tardo.
Y veis aqui como quedo
Lucido y desempeñado,
Y el mucho favor que os debo
A costa de Ovidio os pago.

Mas vale callar.

¿Qué será que habiendo sido (16)
La musa que tanto honrais
En obedeceros pronta
Con sumisa voluntad,
Hoy tan perezosa esté,
Que no me quiere inspirar
Los versos que me pedís,
Si cuando pedís, mandais?
¿Acaso pudo el deseo
De complaceros faltar,
O acabaron los calores
Con su vena perenal?
¿O fatigada tal vez
De traducir y firmar,
Tiempo la falta y humor
Para ser original?
Y en tanto, á mí se me acusa
De indolente y holgazan,
Ella se abanica y rie,

Yo me apuro, y vos instais.
¿Qué la cuesta en libres versos
Maldecir y murmurar,
Sátiras dictando alegres,
Llenas de pimienta y sal?
¿Acaso la edad presente
Tan corta materia dá?
¿Tan leves son nuestros vicios?
¿Tan pocas locuras hay?
Si la mandáran fingir,
Y con astucia falaz
Aplaudir los desaciertos,
Los delitos adorar;
Yo el primero disculpára
Su silencio pertinaz:
Que es mejor cuando el asunto
Obliga a mentir, callar.
Pero si quereis que solo
Dicte sátira mordaz,
¿No es decirla claramente,
Musa, dinos la verdad?
¿Pues por qué de la ocasion
No se debe aprovechar,
Y dar una felpa á tanto
Literato charlatan;
Tantos eruditos hueros,
Cuyo talento venal
Nos dá en menudos las ciencias,
Que no supieron jamás;
Tanto insípido hablador,
Tanto traductor audaz,
Novelistas indecentes,
Políticos de desvan,
Discertadores eternos

De virtud y de moral,
Que por no tenerla en casa
La venden á los demas?
¿Y por qué tantos copleros,
Que en su discorde cantar
Ranas parecen, que habitan
Cenagoso charquetal,
Ha de tolerar mi musa
Que metrifiquen en paz,
Y se metan a escribir
Por no querer estudiar?
¿Ella no fué la que un dia
Dió leccion tan magistral
(Haciendo el ancho teatro
Púlpito de la verdad),
Que á todo autorcillo astroso
Llenó de terrible afan,
Creyendo cercano el punto
De su esterminio final?
¡Oh estúpidos! escribid,
Imprimid, representad;
Que el siglo de la ignorancia
Largos años durará.
Y mientras al rudo vulgo
Embobeis y corrompais
Con farsas, que Apolo al verlas
Padece gota coral,
Ni faltará quien os dé
Para vestir y mascar,
Ni habrá un cristiano que os diga:
Vencejos, no chilleis mas.
Seguid, y lluevan abates,
Moros, pillos de arrabal,
Arrieros, trongas y diablos

Con su rabillo detrás.
Y si el público se hastía
De ver tanta necedad,
Váyase á dormir tres horas
A los caños del Peral.
Pero, señor, si la musa
Se llega á determinar,
Se anima y os obedece,
Y tras todos ellos dá,
Y en justa sátira y docta
Los tonos quiere imitar
Del siempre festivo Horacio,
O el cáustico Juvenal:
¿No será de tanto mónstruo
Las cóleras provocar,
Y esponer á mil estragos
Su decoro virginal?
¿No veis que yace el Parnaso
En triste cautividad,
Y en él bárbaras catervas
Atrincheradas están?
No señor: pues siempre ha sido
Para vos fina y leal
Mi pobre musa, y os debe
Lo que no os puede pagar,
No la mandeis que de tanto
Necio se burle jamás,
Ni les riña en castellano,
Porque no la entenderán.
Sátiras no, que producen
Odio y encono mortal;
Y entre los tontos, padece
Martirio la ingenuidad.

A Geroncio.

Cosas pretenden de mí (17)
Bien opuestas en verdad
Mi médico, mis amigos,
Y los que me quieren mal.
Dice el doctor: señor mio,
Si usted ha de pelechar,
Conviene mudar de vida,
Que la que lleva es fatal.
Débiles los nervios, débil
Estómago y vientre está:
¿Pues qué piensa que resulte
De tanta debilidad?
Si come, no hay digestion;
Si ayuna, crece su mal;
A la obstruccion sigue el flato,
Y al tiriton el sudar.
Vida nueva, que si en esta
Dura dos meses no mas,
Las tres facultades juntas
No le han de saber curar.
No traduzca, no interprete,
No escriba versos jamás.
Frailes y musas le tienen
Hecho un trasgo de hospital:
Y esos papeles y libros,
Que tan mal humor le dan,
Tírelos al pozo, y vayan
Plauto y Moreto detrás.
Salga de Madrid, no esté
Metido en su mechinal,
Ni espere á que le derrita

El ardor canicular.
La distraccion, la alegría
Rústica le curarán:
Mucho burro, muchos baños,
Y mucho no trabajar.
En tanto que esta sentencia
Fulmina la facultad,
Mis amigos me las mullen
En junta particular.
Dicen: ¡Oh, si Moratín
No fuese tan haragán,
Si de su modorra eterna
Quisiera resucitar!
Él ha sabido adquirir
La estimacion general;
Aplauso y envidia escita
Cuanto llega á publicar;
Le murmuran; pero nadie
Camina por donde él vá:
Nadie acierta con aquella
Difícil facilidad;
Y si él quisiera escribir
Tres cuadernillos no mas,
¿La caterva de pedantes
Adónde fuera á parar?
¿Qué se hiciera tanto insulso
Compilador ganapan,
Que de francés en gabacho
Traducen el pliego á real?
¿Tanto hablador, que á su arbitrio
Méritos rebaja y dá,
Tiranizando las tiendas
De Perez y Mayoral?
No señor, quien ha tenido

La culpa de este desman,
Si escuchára un buen consejo,
Lo pudiera remediar.
Tomasen la providencia
De meterle en un zaguan,
Con su candil, su tintero,
Pluma y papel, y cerrar:
Y allí con racion escasa
De queso, agua fresca y pan,
Escribiese cada dia
Lo que fuera regular.
¿Emporcaste un pliegó? Lindo:
Almuerza y vuelve al telar:
Come, si llenaste cuatro;
Cena, si acabaste ya.
¿Quieres tocino? Veamos
Si está corregido el plan.
¿Quieres pesetas? Pues daca
El *Drama sentimental.*
Por cada escena, dos duros
Y un panecillo te dan,
Por cada *Pequeña pieza*
Un *Vale dinero*, y mas.
Y de este modo, en un año
Pudiéramos aumentar
De los cómicos hambrientos
El esprimido caudal.
Esto dicen mis amigos
(Reniego de su amistad):
Mi suegro, si le tuviera,
No dijera cosa igual.
Esto dicen, y en un corro
Siete varas mas allá,
Don Mauricio, don Senén,

Don Cristóbal, don Beltran,
Y otros quince literatos
Que infestan la capital,
Presumidos, ya se entiende,
Doctos á no poder mas,
Dicen: Moratin cayó,
Bien le pueden olear:
No chista ni se rebulle,
Ya nos ha dejado en paz.
Su *Baron* no vale nada;
No hay enredo allí, ni sal,
Ni caractéres, ni versos,
Ni lenguage, ni.... Es verdad,
Dice don Tiburcio: ayer
Me aseguró don Cleofás,
En casa de la condesa
Viuda de Madagascar,
Que es traduccion muy mal hecha
De un drama antiguo aleman....
—Sí, traduccion, traduccion,
Chillan todos á la par,
Traduccion.... ¿Pues él por dónde
Ha de saber inventar?
No señor, es traduccion.
Si él no tiene habilidad,
Si él no sabe, si él no ha sido
De nuestro corro jamás,
Si nunca nos ha traido
Sus piezas á examinar;
¿Qué ha de saber?—¡Pobre diablo!
Esclama don Bonifaz:
Si yo quisiera decir
Lo que.... pero bueno está.
—¡Oiga! ¿pues qué ha sido? Vaya,

Díganos usted.—No tal,
No. Yo le estimo, y no quiero
Que por mí le falte el pan.
Yo soy muy sensible : soy
Filósofo, y tengo ya
Escritos catorce tomos
Que tratan de humanidad,
Beneficencia, suaves
Vínculos de afecto y paz;
Todo almibares, y todo
Deliquios de amor social :
Pero es cierto que.... Si ustedes
Me prometieran callar,
Yo les contára.—Sí, diga
Usted, nadie lo sabrá :
Diga usted.—Pues bien : el caso
Es que ese cisne inmortal,
Ese drámático insigne
Ni es autor, ni lo será.
No sabe escribir, no sabe
Siquiera deletrear :
Imprime lo que no es suyo,
Todo es hurtado, y.... ¿Qué mas?
Sus comedias celebradas,
Que tanta guerra nos dan,
Son obra de un religioso
De aquí de la Soledad.
Dióselas para leerlas
(Nunca el fraile hiciera tal),
No se las quiso volver,
Murióse el fraile, y andar....
Digo, me esplico?—En efecto,
Grita la turba mordaz,
Son de fraile. Ratería,

Hurto, robo, claro está.
Geroncio, mira si puede
Haber confusion igual:
Ni sé qué hacer, ni confio
En lo que hiciere acertar.
Si he de seguir los consejos
Que mi curador me dá,
Si he de vivir, no conviene
Que pida á mis nervios mas.
Confundir á tanto necio
Vocinglero pertinaz,
Que en la cartilla del gusto
No pasó del *Cristus*, *a*;
Componer obras, que piden
Estudio, tranquilidad,
Robustez, y el corazon
Libre de todo pesar,
No es empresa para mí:
Tú, Geroncio, tú me das
Consejo. ¿Cómo supiste
Imponer, aturrullar,
Y adquirir fama de docto
Sin hacer nada jamás?
Tú, maldito de las musas,
Que lleno de gravedad,
De todo lo que no entiendes
Te pones á disertar;
¿Cómo sin abrir un libro,
Por esas calles te vas
Haciéndote el corifeo
De los grajos del lugar,
Y con ellos tragas, brindas
Y engordas como un bajá,
Y duermes tranquilo, y nadie

Sospecha tu necedad?
Dime si podré adquirir
Ese don particular:
Dame una leccion siquiera
De impostor y charlatan,
Y verás como al instante
Hago con todos la paz.
Y olvido lo que aprendí,
Para lucir y medrar.

EPIGRAMAS.

Para una estátua de la Farmacia.

A la ciencia de Hipócrates unida,
Dilata los instantes de la vida.

Para el sepulcro de Almanzor.

No existe ya; pero dejó en el orbe (18)
Tanta memoria de sus altos hechos,
Que podrás admirado conocerle,
Cual si le vieras hoy presente y vivo.
Tal fué, que nunca en sucesion eterna
Darán los siglos adalid segundo,
Que así, venciendo en lides, el temido
Imperio de Ismael acrezca y guarde.

Para la cortina de un teatro.

Vicios corrige la vivaz Talía
Con risa y canto y máscara engañosa,

Y el nacional adorno que se viste.
Melpómene, la faz magestuosa
Bañada en lloro, al corazon envia
Piedad, terror cuando declama triste.

Para el sepulcro de don Francisco Gregorio de Salas.

En esta venerada tumba, humilde, (19)
Yace Salicio: el ánima celeste,
Roto el nudo mortal, descansa y goza
Eterno galardon. Vivió en la tierra
Pastor sencillo, de ambicion remoto,
A el trato fácil y á la honesta risa,
Y del pudor y la inocencia amigo.
Ni envidia conoció ni orgullo insano.
Su corazon, como su lengua, puro
Amaba la virtud, amó las selvas.
Dióle su plectro, y de olorosas flores
Guirnalda le ciñó la que preside
Al canto pastoril, divina Euterpe.

Para un retrato del autor remitiéndoselo á una señora valenciana.

A la ninfa del Turia ilustre y bella,
Mi imágen doy, y el corazon con ella.

A un escritor desventurado, cuyo libro nadie quiso comprar.

En un cartelon leí,
Que tu obrilla baladí

La vende Navamorcuende....
No ha de decír que la vende,
Sino que la tiene allí.

A un niño llorando en los brazos de su madre.

TRADUCCION DEL INGLÉS.

Tú que gimes doliente,
Bañando en lloro de tu madre el seno,
Mientras que todo en torno es alegrías:
¡Oh! vive á la virtud, niño inocente:
Porque al venir la noche eterna, lleno
Lo dejes todo de dolor vehemente,
Y tú contento rias.

Irrevocable destino de un autor silvado.

Cayó á silvidos mi *Filomena.*
—Solemne tunda llevaste ayer.
—Cuando se imprima, verán que es buena.
—¿Y qué cristiano la ha de leer?

A Lesbia modista.

Lesbia, tú que á las bonitas
Añadir adornos puedes,
Como á todas las escedes,
De ninguno necesitas.

A la misma de otro modo.

En la gala y compostura
Que á nuestras jóvenes dás,

Lesbia, tu invencion se apura:
Si las dieras tu hermosura,
Nunca te pidieran mas.

A la misma de otro modo.

Cuando á nuestras damas bellas
Adorna tu docto afan,
Venus y el Amor te dan
Mas que te debieron ellas.

A un comerciante que puso en su casa una estátua de Mercurio.

Si al decorar tus salones,
Fanio, á Mercurio prefieres,
Tienes á fé mil razones;
Que es dios de los mercaderes,
Y tambien de los ladrones.

A Geroncio.

Pobre Geroncio, á mi ver
Tu locura es singular:
¿Quién te mete á censurar
Lo que no sabes leer?

A Pedancio, autor de una obra en que le ayudaban varios amigos.

Pedancio, á los botarates
Que te ayudan en tus obras,

No los mimes ni los trates:
Tú te bastas y te sobras
Para escribir disparates.

Al mismo.

Tu crítica majadera
De los dramas que escribí,
Pedancio, poco me altera:
Mas pesadumbre tuviera
Se te gustarán á tí.

A un mal bicho.

¿Veis esa repugnante criatura,
Chato, pelon, sin dientes, estevado,
Gangoso y sucio y tuerto y jorobado?
Pues lo mejor que tiene es la figura.

A una señorita francesa.

La bella que prendó con gracioso reir
Mi tierno corazon, alterando su paz,
Enemiga de amor, inconstante, fugaz,
Me inspira una pasion que no quiere sentir.

COMPOSICIONES DIVERSAS.

Los padres del Limbo.

Coro.

¡Oh cuánto padece de afanes cercada, (20)
Merced al engaño de fiero enemigo,
En largo castigo la prole de Adan!
¡Oh! vuelva á nosotros la luz deseada,
Y dé sus promesas el cielo cumplidas,
Que ya repetidas en sombras están.

VOZ 1.ª

¿Cuándo, Señor, la esclavitud y el llanto
Cesará de Israel? Llegando el dia
En que aparezca el vencedor, el santo,
El que rompa la bárbara cadena
Que en servidumbre impía
Lleva tu pueblo. El hombre inobediente

Perdió de Eden la habitacion serena:
Espada fulgente
Vibró en sus puertas Serafin airado,
Y á la inocencia sucedió el pecado.
Mas no de tus piedades
Pudo la culpa humana
El raudal estinguir, que es infinito,
Y tú, Señor, el númen poderoso
Que goza en perdonar. Tu soberana
Diestra sepulta montes y ciudades
En abismo profundo
De universal diluvio proceloso,
Que de los hombres castigó el delito:
Pero diste á la tierra Adan segundo.
Grato admitiste su obediente celo
Y sus ofrendas puras,
Y el iris de la paz brilló en el cielo.
Si en el Egipto ardiente
Padece servidumbre
La estirpe de Jacob, tú la aseguras
En la fuga que intenta portentosa,
Tú disipas la fiera muchedumbre
Que la persigue en vano.
Abre su centro el mar, y en espumosa
Tumba sepulta al pertinaz tirano,
Sus carros y caballos precipita:
Das á tu pueblo, sin lidiar, victoria,
Y al estruendo del tímpano sonante
Himnos te canta de alabanza y gloria.

VOZ 2.ª

Mucho, Señor, hiciste;
Y prometiste mas. Debe la tierra

Ver un caudillo en venturoso dia,
Que los furores de discordia y guerra
Calme, y en alegría
De amor y dulce paz domine eterno.
Las puertas del Averno
Cederán á su voz omnipotente;
Quebrantará las bóvedas obscuras,
Huyendo el mónstruo que se esconde en ellas,
Abrasada la frente
Con rayo vengador. El poderoso,
El grande, el hijo de David, las puras
Auras rompiendo, llevará sus huellas
Adonde el astro de la luz preside,
Y mas allá del sol, acompañado
De la turba de justos numerosa,
Que los caminos de virtud siguieron,
Y del primer pecado
Sufren la pena en cárcel pavorosa.

CORO.

Huyan los años en rápido vuelo,
Goce la tierra durable consuelo,
Mire á los hombres piadoso el Señor.

VOZ 3.ª

Ven, prometido
Gefe temido:
Ven, y triunfante
Lleva delante
Paz y victoria:
Llene tu gloria
De dicha el mundo.

Llega, segundo.
Legislador.

CORO.

Huyan los años con rápido vuelo,
Goce la tierra durable consuelo,
Mire á los hombres piadoso el Señor.

La Anunciacion.

VOZ 1.ª

¿Qué nuncio divino
Desciende veloz,
Moviendo las plumas
De vario color?

VOZ 2.ª

El bello semblante
En risa bañó,
Que inspira alegria,
Disipa temor.

VOZ 1.ª

El rubio cabello
Al hombro esparció:
Diadema le ciñe
De estremo valor.

VOZ 2.ª

Ropages sutiles
Adorno le son,
Y en ellos duplica
Sus luces el sol.

VOZ 1.ª

¡Feliz habitante
De la alta region!

VOZ 2.ª

¡Alado ministro
Del sumo Hacedor!

VOZ 1.ª

En hora bendita
La tierra te vió.

VOZ 2.ª

Su dicha pendiente
Está de tu voz.

VOZ 1.ª Y 2.ª

Que tú solo anuncias
Favores de Dios.

VOZ 3.ª

Lleva á la santa Nazaret su vuelo
El Angel del Señor, y resplandece
La estancia de Maria:
De fragantes aromas se enriquece
El aire en torno, y suena melodía
Igual á la del cielo.
La honesta vírgen, ruborosa y muda,
Se postra absorta al paraninfo hermoso:
Ve tanto bien, y merecerle duda.
Él, con acento grave y amoroso,
No temas, no, la dice,
De las hijas de Adan la mas felice.
Llena de gracia estás: está contigo
El Dios que adoras inefable, eterno,
Y el fruto santo que de tí se espera
Se ha de llamar Jesus. Dijo, y la esfera
Que en luces arde y arreboles de oro;
Vuelve á romper con ímpetu sonoro,
Y se estremece el enemigo infierno.

VOZ 4.ª

¡Oh instante dichoso
De amor y consuelo,
Que la tierra al cielo
Para siempre unió!

¡Y al Dios poderoso,
Que truena indignado,
Piadoso, humanado,
Sumiso le vió!

CORO.

Vírgen, madre, casta esposa,
Sola tú la venturosa,
La escogida sola fuiste,
Que en tu seno recibiste
El tesoro celestial.

Sola tú con tierna planta
Oprimiste la garganta
De la sierpe aborrecida,
Que en la humana fragil vida
Esparció dolor mortal.

Cántico á nombre de unas niñas españolas, de familia refugiada en Francia, con motivo de una peligrosa enfermedad de la marquesa de Ariza.

CORO.

Suban al cerco de Olimpo luciente,
Eco doliente, lamentos y voces:
Lleguen veloces al trono de Dios.

VOZ 1.ª

Oye, Señor, el ruego fervoroso
Que humildes dirigimos,
En afliccion y llanto.
Con alma pura y manos inocentes
Ante tus aras á implorar venimos
Favor, piedad ¡oh Númen poderoso!
Si súplica mortal merece tanto.

Por tí los orbes giran refulgentes,
Por tí naturaleza
Existe, y á tu voz la muerte dura
Contiene su fiereza.
¡Ay! no perezca la estimable vida
De la que fué nuestro comun consuelo
En la no merecida,
Constante desventura,
Que á nuestros padres á morir condena
En peregrino suelo,
Y á nosotras con ellos, desdichadas.
Ella fué nuestro amparo: ella serena
Benigna, generosa,
Lágrimas tantas veces derramadas:
En su favor nuestra niñez reposa.
Si la virtud nos guia,
Si las tinieblas del error desvía
Y aclara nuestra mente
La lumbre del saber, dádiva es suya...
Viva ¡oh gran Dios! Tu diestra omnipotente
Al mundo, á nuestro amor la restituya.

CORO.

Si la que fiel se ajusta
A tu ley soberana,
En leve sombra y vana
Se debe disipar;

Antes la parca adusta,
Que la amenaza fiera,
De crímenes pudiera
La tierra libertar.

Alocucion con que anunció su beneficio Francisco Chiner, primer galan de la compañía cómica de Barcelona, en el año de 1814.

Público ilustre, que benigno siempre
Sabes suplir la insuficiencia mia,
Perdonas el error por el deseo,
Y al mas cobarde generoso animas;

Si el don que te presento no es bastante
A igualar los afectos que le dictan,
Sé que mereces mas; pero no alcanzo
La perfeccion á que mi celo aspira.

Tiempo será que en esta escena admires
A quien mas docto y mas feliz te sirva:
Que la suerte reparte desiguales
Las gracias, los talentos y la dicha.

A mí me dió humildad: con esta solo
Esperar debo tu atencion benigna.
Damas hermosas, de vosotras fio
Que mi esperanza se verá cumplida.

Hechiceras de amor, en cuyos ojos
La libertad del corazon peligra,
Pues el don celestial de hacer felices
Es vuestra principal prerogativa,

¿Qué harán los hombres si aplaudis piadosas?
Las leyes que dictais, ellos confirman,
Y el orbe entero en voluntarios nudos
Adora vuestra dulce tiranía.

El coche en venta.

Quiero contarte
Que don Miguel,
Aquel pesado
Que viste ayer,
Me está moliendo
Mas há de un mes,
Sin ser posible
Zafarme de él,
Para que compre
(Mal haya, amen)
Sus dos candongas
Y su cupé.

Esta mañana
Salí á las diez
A ver á Clori
(No lo acerté):
Horas menguadas
Debe de haber.
Ibame aprisa
Hácia la Red,
Y en una esquina
Me le encontré.
Fueron sin duda
Cosa de ver
Las artimañas,
La pesadez,
Los argumentos
Que toleré,
El martilleo
De somaten,

Y las mentiras
De tres en tres.
—Y no hay remedio,
Ello ha de ser:
Porque, amiguito,
Mirado bien,
Sale de balde.
Parece inglés:
La caja es cosa
Digna de un rey.
¡Qué bien colgada!
¡Qué solidez!
Otra mas cuca
No la vereis.
Pues ¿y las mulas?
Yo las compré
Muy bien pagadas
En Aranjuez,
Y á los dos meses
Llegó á ofrecer
El marquesito
De Mirabel
(Sobre la suma
Que yo solté)
Catorce duros
Para beber
A un chalan cojo
Aragonés,
Que vive al lado
De la Merced.
Son dos alhajas:
No hay que temer,
Fuertes, seguras,
De buena ley.

Con que Domingo
Puede á las seis
Ir á mi casa,
Yo os dejaré
Las señas.... Pero....
¿Teneis papel?
—No tengo nada,
Ni es menester:
Dejadme vivo,
Sayon cruel.
Si ya os he dicho
Que no gasteis
Saliva y tiempo:
Si no ha de ser·
Si por no hallaros
Segunda vez,
Solo, sin capa,
Me fuera á pie
Hasta la turca
Jerusalen.
—¿Y te parece
Que le ahuyenté?
Nunca un pelmazo
Llega á entender
Lo que no cuadra
Con su interés.

Quise cansarle;
Me equivoqué.
Sigo mi trote,
Sigue tambien,
Suelto de lengua,
Agil de pies;
Siempre á la oreja

Como un lebrel.
Lloviendo estaba
Y á buen llover:
Calles y plazas
Atravesé,
Charcos, arroyos....
Voy á torcer
Por la bajada
De San Ginés:
Hallo un entierro
De mucho tren:
Muerto y parientes
Atropellé.
Él, por seguirme,
Dió tal vaiven
A un reculillo,
Que sin poder
Valerse, al suelo
Cayó con él.
Tal del fraile
La rabia fué,
Tal cachetina
Siguió despues,
Que mal ferido,
Zurrado bien,
Allí entre el lodo
Me le dejé.

Traduccion de Gregourt.

El niño ceguezuelo
Adormecióse un dia
En el recinto obscuro

De los bosques del Ida.
Venus temor concibe
Al ver que no volvia
De tan largo reposo,
Que al de la muerte imita.
Y en lágrimas hermosas
Bañando las mejillas,
Al Padre Omnipotente
Su dolor comunica.
Jove, que tanta pena
Mitigar determina,
A los dioses consulta
Que en el Olimpo habitan.
Y viendo que en opuestas
Opiniones vacilan,
Al medio menos tardo
Su decision inclina.

Manda que al bosque umbroso
Donde el Amor dormia
Vayan los celos tristes,
Y en torno de él asistan.

Parten ellos veloces,
Y al rumor que traian
De su letargo vuelve
El niño de Ericina.

¡Mas ay! que desde entonces
Perdió su paz tranquila,
Y nunca el dulce sueño
Sus párpados visita.

Traduccion de Pablo Rolli.

DIÁLOGO.

¿Quieres decirme, zagal garrido,
Si en este valle, naciendo el sol,
Viste á la hermosa Dórida mia,
Que fatigado buscando voy?
—Sí, que la he visto pasar el puente,
Y á los alcores se encaminó:
Un corderito la precedia,
Atado al cuello verde liston.
—¿Solo el cordero la acompañaba?
—Tambien con ella iba un pastor.
—¿Lícidas?—Ese: Lícidas era;
Mas ¿qué te asusta? ¿qué mal te dió?
—¡Ay vaquerillo! ¡qué feliz eres!
Pues aun ignoras lo que es amor.

Idilio á la ausencia.

Este es Guadiela, cuyas ondas puras
Van á crecer del Tajo la corriente;
Esta la selva deliciosa, donde
Gozan las horas del ardor estivo
Las bellas Hamadríades, formando
Ligeras danzas y festivos coros.
Inarco, ¡ay infeliz! ¿asi la cumbre
Vuelves á ver de aquel nuboso monte?
¿Asi á pisar esta ribera vuelves?

Prófugo, triste, en mi destino incierto,
Dejé mi choza y mis alegres campos

Y los muros de Mántua generosa,
Y al bienhadado Coridon y Aminta,
Y al constante en amor Alfesibeo;
Todo lo abandoné. Por ignorada
Senda me aparto con errante huella,
Y atrás volviendo alguna vez los ojos:
Adios mi patria, sollozando dije,
Adios praderas verdes, donde oculto
Entre juncos y débiles cañerlas,
Manzanares humilde se adormece
Sobre las urnas de oro. Adios, y acaso
Para nunca volver. A la espesura
De incultos bosques y profundo valle
La planta muevo apresuradamente;
Bien como el ciervo al conocerse herido
De enherbolado arpon las cumbres altas
Sube, desciende de la sierra al llano
Y los anchos arroyos atraviesa:
En vano ¡ay triste! en vano, que el agudo
Hierro, teñido en la caliente sangre,
Cerca del corazon lleva pendiente.

Yo asi en el pecho abrasadora llama
Siento: ni la distancia ni los dias
Alivian mi dolor: que en la memoria
Mi bella ausente y sus hechizos duran.
El donaire gentil, la risa, el canto,
El pie que mueve en agil danza, honesta,
Los dorados undívagos cabellos,
El claro resplandor de entrambas luces,
Y el alto pecho que suavemente
Se agita al suspirar: delicioso,
Cándido seno donde Amor se anida,
Disculpa de mi ciego desvarío.

Si alguna vez á mi dolor se presta
Benigno el sueño con amigas alas,
Hijo de la callada, húmida noche,
Al fatigado espíritu aparece
De mi partida el infeliz instante.
Miro los ojos de esplendor divino,
Que en lágrimas se inundan amorosas,
La trenza ondosa deslazada al viento,
Suelta la veste cándida, y escucho
La conocida voz, las dulces quejas,
Que serenar el ímpetu espantoso
Pueden del mar en tempestad obscura.
Tiemblo, y en vano la funesta imagen
Quiero de mí apartar. Ya me parece
Que con halagos de pasion nacidos
La linda Isaura mi partida estorba:
Ya, que indignada á su amador acusa
De ingrato y desleal; ya, que rendida
A su afliccion, la voz y el llanto cesan....
Yo ¡misero! ciñendo el cuello hermoso,
Y á su labio tal vez uniendo el mio,
Juro á los cielos que primero falte
Mi aliento débil, que en agenos brazos
Llegue á mirarla, que la pierda y viva,
Antes que olvide mi pasion primera.
Mas ya se acerca el trance ahorrecido:
Late oprimido el corazon.... Entonces
Al violento pesar de mí se aparta
Leve la imagen de la muerte triste,
Mas que la muerte inexorable y dura.

Venus, hija del mar, diosa de Gnido,
Y tú, ciego rapaz, que revolante
Sigues el carro de tu madre hermosa,

La aljaba de marfil pendiente al lado;
Si hay piedad en el cielo, si el humilde
Ruego de un infeliz no os ofende,
¡Oh! basten ya las padecidas penas.
Vuelva yo á ver aquel agrado honesto,
Aquel dulce reir y la suave
Voz de sirena escuche, y sus favores
Gozando, tornen las alegres horas.
Pero si acaso mi destino fuere
Tan enemigo á la ventura mia,
Que en larga ausencia padecer me manda;
Alma Citeres, flechador Cupido,
Tal rigor estorbad. Falte á mis ojos
La luz pura del sol en noche eterna,
Y del cuerpo mi espiritu desnudo,
Fugaz descienda, en vana sombra y fria,
A la morada de Pluton terrible.

Inarco asi, de la que adora ausente,
A las deidades del Olimpo sordas
Demandaba piedad. Damon en tanto,
Jóven pastor, que al valle reducia
Pobre rebaño de manchadas cabras,
Al pié de un olmo halló sobre la yerba
Al amante zagal, apenas vivo.
Le alzó del suelo con amiga mano,
Razones, no escuchadas, repitiendo,
Por si con ellas aliviar lograse
Su grave afan: piadoso le conduce
A su rústico albergue, y vagaroso
El fiel Melampo á su señor seguia.

La sombra de Nelson.

. . . . *Ite,*
Ferte citi flammas, date vela, impellite remos
VIRG. ÆNEID. IV.

Cuando al estrago de naval pelea
Cayó sin vida el adalid britano,
Fiero terror del mar, la yerta cumbre (*)
Del opulento Gerion sepulcro,
Toda en las sombras de profunda noche
Arder se vió con pálidas centellas;
Y á la dudosa lumbre, pavoroso
Espectro apareció, de sangre y humo
Y de mortal amarillez cubierto,
La frente herida, y á sus plantas rota
Naval corona y militares lauros.
  Y en voz terrible, que el estruendo pudo
Y el ímpetu calmar del espumoso
Piélago hinchado en la tartesia orilla, (**)
«Llegó, dice, ¡ay de mí! llegó el temido
«Instante que los cielos señalaron
«En su furor contra mi patria. ¡Oh, nunca

(*) Nuestros antiguos historiadores suponen que Gerion, rey de España, fué sepultado en el cabo Trafalgar.

(**) Llamóse asi toda la costa de España que cae á la parte occidental del Estrecho .por la ciudad de Tarteso, que hoy es Tarifa.

«Tanto la suerte amiga sublimára
«Tu gloria y tu poder para que fueras
«Ejemplo al mundo en la fatal ruina,
«Que ya cercana, inevitable miro,
«Ambiciosa Albion! (*) Vive, y el trono
«Ocupa que afirmó de Clodovéo (**)
«El gran caudillo, cuyo nombre adoran
«El Sena y el Tesin precipitado,
«Y dos coronas á su frente ciñe.
«Vive, y sus armas vencen, y al sonido
«De sus trompetas vuelan fugitivas
«Las águilas augustas. Inflamada
«En belicoso ardor la fuerte Hesperia, (***)
«Une á las rojas cruces de Pelayo
«El blason imperial, que en sus pendones
«Tiende el francés al aire. ¡Poderosa
«Union, que tanto aborreciste y temes!
«Tronó el cañon, y huyendo de las playas
«Corvas, al mar se entregan animosos:
«Entre enemigos vientos, niebla obscura,
«Hórrida tempestad.... Yo ví el sangriento
«Choque, el incendio y la comun ruina:
«Yo de tus armas el honor temido
«Sostuve en tanto que á la suerte plugo;
«Supe en los tuyos escitar crueles
«Alientos, supe acometer terrible,
«Y lidiar y morir. Mas ya en las grutas
«Cóncavas suena del peñasco enorme,
«Gloria de Alcides, (****) funeral lamento,

(*) Inglaterra.
(**) Primer rey católico de los franceses.
(***) España, que tambien se llamó Iberia.
(****) En opinion de los poetas, el monte de Gibraltar es una de las columnas de Hércules.

«Debido á tanto horror. Las crespas hondas
«Sacan bramando á la desierta orilla
«Los que el furor de sus voraces mónstruos
«No deformó, cadáveres desnudos;
«Las que no oculta su profundo centro,
«Naves soberbias, que á merced llevadas
«Del huracan, contra su muro embisten.
«¡Oh Calpe! (*) tú, que de esperanzas llena
«Hoy meditabas aclamar festiva
«El triunfo y dar coronas á mi frente,
«Cubre la tuya de ciprés funesto,
«Y mi cuerpo insepulto, destrozado,
«Vuelve á la patria, y para siempre llore,
«Que es justo su dolor.... No en esta sola
«Víctima, no, los hados enemigos
«A nuestra gente su rigor limitan;
«Mayor desolacion y estragos piden,
«Que al pié del solio del ibero Augusto
«Próvido asiste de la guerra el númen:
«La espada y el tridente húmido empuña,
«Y la tierra y el mar de numerosas
«Huestes se cubre, y de nadantes pinos
«Al eco de su voz.... Cede á la eterna
«Ley, Anglia (**) altiva, que en diamante duro
«Grabó el destino. Los imperios mueren,
«Su esplendor se obscurece. La fortuna
«Que los engrandeció los abandona,
«Y aun la memoria de su nombre acaba.
«Si es dado al tuyo que su fin dilate,
«No el ceño irrites del leon, que ruge
«En su caverna, y de temor desnudo

(*) Gibraltar se llamó antiguamente Calpe.
(**) Inglaterra.

«Lame las garras con tu sangre tintas,
«Divide y vencerás. Enciende el fuego
«De la discordia, y sientan las naciones
«Del oro corruptor, que los delitos
«Compra, el poder irresistible. Cerque
«Los tronos altos sedicion traidora,
«Y en ellos tiemblen los que adora el mundo.
«Rencores, tu amistad; tu paz, oculta
«Guerra ha de ser; esclavitud y afrenta
«El favor que los débiles te pidan.
«Ni guardes fé, ni los jurados pactos
«Cumplas: invade, usurpa....» Dijo: y triste
Voz sonando en el puerto de Mnesteo, (*)
A los cielos clamó: ¡*guerra y venganza*!
¡*Venganza*! repitió desde sus muros,
De bronce armados, Cádiz Eritrea, (**)
Y el Espartario (***) golfo, y la fragosa
Cumbre que cierra el seno brigantino (****)
Clamó: ¡*venganza*!..... Al gran rumor confusa
El ánima feroz, gimiendo rompe
La vestidura fúnebre, y abierto

(*) Asi se llamó el cabo y puerto de Santa Maria. El dia 5 de octubre de 1804 cometieron los ingleses en aquellas aguas el atentado abominable de la sorpresa, combate y apresamiento de cuatro fragatas españolas, que navegando con la plena seguridad que la paz inspira, fueron dolosamente atacadas, por órdenes que el gobierno inglés habia firmado, en el mismo momento en que engañosamente exigia condiciones para la prolongacion de la paz; en que se le daban todas las seguridades posibles, y en que sus mismos buques se proveian de víveres y refrescos en los puertos de España. La fragata *Mercedes* se voló durante el combate con todo su cargamento, su tripulacion y gran número de pasageros, víctimas inocentes de una política tan detestable.

(**) Llamada asi, porque segun refieren muchos historiadores, la poblaron los fenicios que vinieron de las costas del mar Eritreo.

(***) Cartagena se llamó antiguamente Espartaria.

(****) Donde hoy están los puertos de la Coruña y el Ferrol.

En ancha boca el monte hasta el profundo
Abismo, en él se precipita airada.
Carlos, la tierra que á tu pié se humilla
Pide venganza. Cumple los deseos
De los que imploran tu favor, y esperan
En nuevas lides, combatiendo audaces,
Castigar al soberbio, que tu nombre
No reverencie y tu poder insulte.....
Arma su diestra, y te darán victorias.

Al nacimiento de la actual condesa de Chinchon

¿Qué voz, hiriendo la region vacía,
Turba el silencio de las selvas, donde
Vivo feliz las fugitivas horas
Que al culto de las musas, al reposo
Dedico y al placer? La Fama es esta:
Sí, la conozco. Rápida girando
Dilata al aire las doradas plumas,
Suelto el cabello que su frente adorna,
Desceñida la túnica celeste.
Ya el son escucho de la trompa de oro,
Y absorta al gran rumor calla la tierra.
¡Qué grato anuncio el suyo! Salve, hermosa
Prole real, que del Olimpo al mundo,
Signo de paz el Hacedor envia.
¡Dos lustros de furor, en llama ardiendo
Populosas ciudades, devastada
La verde pompa de Pomona y Ceres,
Teñido en sangre el mar, rotas diademas,
Trastornados imperios!.... Ya la estirpe
Humana advierte, de lidiar rendida,
Que es tiempo cese el funeral estrago.
Ya el dulce nombre de la paz invoca:

La espera, y naces tú. Si alguna inflama
Pura centella del saber divino
A la mente mortal; si en el futuro
Girar del tiempo investigar es dado,
¡Cuántas debe gozar la patria un dia
Mercedes altas de la mano eterna,
Sí, ya depuesto el que vibró indignado
Rayo fulminador, de su inefable
Suma bondad el don primero es este!
¡Oh musas! adornad de nuevas flores
La móvil cuna, y al rumor suave
Que al aire esparcen las heridas cuerdas,
Descanse en oro y púrpura la dulce
Prenda de vuestro númen generoso.
Grato sueño inspiradla al blando arrullo
De acorde voz, sombra la cerque obscura,
Reine muda quietud, ni el viento mueva
Fugaz sus alas, ni retumbe el rio.
Viva; y en torno de ella los amores,
Las gracias puras, la inocente risa,
La virtud y el placer unidos duren.
Y al estrecharla en cariñosos nudos
La ilustre madre, repetida admire
Su imágen celestial. Vos entre tanto,
Ninfas del Pindo, á cuyo acento solo
Dado es cantar los dioses de la tierra,
Para el instante en que vigor robusto
Creciendo en ella su razon se forme,
La voz, la lira prevenid y el verso.
Sepa entonces la estirpe generosa
Que el orígen la dió. Verá empuñando
En larga edad el cetro de Castilla
A los que ya de estrellas se coronan
Abuelos suyos; sostenido el trono

Por la justicia y el valor: vengada
Con triunfos mil la afrenta de Pelayo,
Y el Salado y Genil correr sangrientos;
Africa absorta, esclava; osadas proas
Al ignorado imperio de Occidente
Culto y leyes llevar. Verá el terrible
Poder del Asia que en Lepanto espira,
Y la victoria obscurecer de Augusto;
Del hondo Betis á los campos frios
Que al mar usurpa el belga, del nevoso
Apenino á las bárbaras riberas
Que inunda el Marañon, la gente hispana
Tremolar sus pendones vencedora.
Tales memorias á imitar la esciten
Altos ejemplos de virtud, y en torno
Mire admirada en mármoles y bronces
La gloria de Borbon, á quien el cielo
Quiso el dominio conceder del mundo:
Filipo, que las cumbres de Pirene
Pasó animoso, á merecer lidiando
El reino que heredó, y uniendo apenas
Al blason español los lirios de oro,
Depone de su frente la corona.
Muerte infeliz le estorba que en suave
Quietud repose, y otra vez ocupa
El solio, y otra vez reina venciendo.
Fernando, á quien las artes reverentes
Ciñen guirnaldas de amoroso mirto
Y de olivas pacíficas; y el claro
Sucesor suyo de una y otra Hesperia
Dueño temido, soberano y padre.
Ya el cielo habita, y ya con él permite
Carlos que en urna breve los despojos
Tambien descansen de su digno hermano,

Dando piadoso á su memoria ilustre
Tardo honor funeral: que tanto pudo
Imperiosa opinion, y asi condena
Los errores de amor, si amar es culpa.
  Y vos, príncipe escelso, á quien corona
De gloria no mortal la amiga mano
De Carlos mi señor; si el peso un dia
Del áureo cetro moderar supísteis,
Y humillado á sus pies regir su imperio,
Ved ya del celo y el afan constante
La adquirida merced, y cuanta anuncian
Próspera suerte, en su natal felice,
A vuestra sucesion esclarecida
De España el númen tutelar, y aquella
Que divide con él tálamo y trono
Suprema augusta. Asi la edad remota
Verá, con nuevos timbres sublimado,
El nombre vuestro penetrar la obscura
Sombra de olvido, y á pesar del curso
De los años veloz, durar eterno.

Silva á don Francisco Goya, insigne pintor.

Quise aspirar á la segunda vida,
  Que agradecido el mundo
Al eminente mérito reserva,
  De pocos adquirida
  Entre los que siguieron
La inspiracion de Apolo y de Minerva.
  Vanos mis votos fueron,
Vano el estudio, y siempre deseada
La perfeccion, siempre la ví distante.
  Mas la amistad sagrada

Quiso dar premio á mi teson constante,
Y á tí, sublime artífice, destina
A ilustrar mi memoria,
Dándola duracion en tus pinceles,
Émulos de la fama y de la historia,
A tanto la divina
Arte que sabes poderosa alcanza,
A la muerte, quitándola trofeos.
Si en dudosa esperanza
Culpé de temerarios mis deseos,
Tú me los cumples, y en la edad futura,
Al mirar de tu mano los primores
Y en ellos mi semblante,
Voz sonará que al cielo te levante
Con debidos honores,
Venciendo de los años el desvío,
Y asociando á tu gloria el nombre mio.

Elegía á las musas.

Esta corona, adorno de mi frente,
Esta sonante lira y flautas de oro
Y máscaras alegres, que algun dia
Me dísteis, sacras musas, de mis manos
Trémulas recibid, y el canto acabe,
Que fuera osado intento repetirle.
He visto ya como la edad ligera,
Apresurando á no volver las horas,
Robó con ellas su vigor al númen.
Sé que negais vuestro favor divino
A la cansada senectud, y en vano,
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,

No me negueis que os agradezca humilde
Los bienes que os debí. Si pude un dia,
No indigno sucesor de nombre ilustre,
Dilatarle famoso, á vos fué dado
Llevar al fin mi atrevimiento. Solo
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo
A prestarme constancia en los afanes
Que turbaron mi paz, cuando insolente,
Vano saber, enconos y venganzas,
Codicia y ambicion, la patria mia
Abandonaron á civil discordia.

Yo ví del polvo levantarse audaces
A dominar y perecer, tiranos:
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.
Ví las fraternas armas nuestros muros
Bañar en sangre nuestra, combatirse,
Vencido y vencedor, hijos de España,
Y el trono desplomándose al vendido
Impetu popular. De las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gades,
A las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, uno y otro imperio,
Iras, desórden esparciendo y luto,
Comunicarse el funeral estrago.
Asi cuando en Sicilia el Etna ronco
Revienta incendios, su bifronte cima
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,
Turba el Averno sus calladas ondas:
Y allá del Tibre en la ribera etrusca
Se estremece la cúpula soberbia,
Que al Vicario de Cristo da sepulcro.

¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?
¿Quién dar al verso acordes armonías,
Oyendo resonar grito de muerte?
Tronó la tempestad: bramó iracundo
El huracan, y arrebató á los campos
Sus frutos, su matiz, la rica pompa
Destrozó de los árboles sombrío:
Todas huyeron tímidas las aves
Del blando nido, en el espanto mudas;
No mas trinos de amor. Asi agitaron
Los tardos años mi existencia, y pudo
Solo en region estraña el oprimido
Animo hallar dulce descanso y vida.
Breve será, que ya la tumba aguarda
Y sus mármoles abre á recibirme;
Ya los voy á ocupar.... Si no es eterno
El rigor de los hados, y reservan
A mi patria infeliz mayor ventura,
Dénsela presto, y mi postrer suspiro
Será por ella.... Prevenid en tanto
Flébiles tonos, enlazad coronas
De ciprés funeral, Musas celestes;
Y donde á las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos,
Ocultad entre flores mis cenizas.

COMPOSICIONES INÉDITAS.

Moratin á Floridablanca.

Musa, mañana sin falta
Has de llevar un recado;
Oye la leccion, y cuenta
Con alterar un vocablo.
Primeramente pondraste
La mantellica de trapo,
La basquiña de pedir,
Y el gesto de no hay un cuarto;
Que cuando me ha reducido
Mi desgracia, ó mis pecados
A un potage de lentejas,
Que es siempre mi estraordinario,
No es bueno que vayas tú
Muy levantada de cascos,
Crugiendo sedas, y llena
La cabeza de penachos.

Moderacion, musa mia,
La moderacion te encargo:
No valga mas que el señor
El vestido del criado,
Y diga el ilustre conde,
Al verte de punta en blanco,
Qne eres musa prostituta,
Y yo tolerante y manso.
Irás.... Pero no, que están
Los porteros conjurados,
Y... yo me entiendo, no vayas,
Que es gastar el tiempo en vano.
Vete derecha á San Gil,
Y ponte en medio del paso,
Y no te apartes de allí
Por mas que llueven venablos;
Espérate allí, y en viendo
Que la misa se ha acabado,
Ojo avizor, que ya sale,
Llegó la ocasion al caso.
Pero si, como otras veces,
Va de prisa, y no ha mirado,
O se atraviesa una viuda,
O algun soldado de antaño,
O de un coscorron te envian
Al cancel mas inmediato,
O un abad gordo se sube
Encima de tí gritando,
Y en tanto se cierra el coche,
Y va mas veloz que un rayo;
Corre, tú le alcanzarás,
Que el ayuno hace milagros;
Corre, y á pié firme espera,
En la puerta de palacio,

Que allí ha de parar y allí
Te ha de ver sino ha cegado;
Y entonces, torciendo el cuello
Como novicio descalzo,
Dile, (asi nunca tus versos
Se impriman en el diario)
Dile; señor, Moratin
Está que lo lleva el diablo,
Ni sabe que hacer, ni sabe
Como poder obligaros;
No viene en propia persona
A repetir el asalto,
Por no seros importuno,
Puesto que lo ha sido tanto,
Y asi me presento á vos
Con poderes que me ha dado
Escuchadme la embajada,
En dos puntos la despacho;
Primero, que os dá los dias
No como los dán ogaño
Por cumplimiento y por uso
Con papelitos pintados,
Sino por estimacion,
Y afecto sincero y llano,
Sin hipérboles de moda
Y palabrones hinchados,
Rogando al cielo que os dé
Mas vida que á un mentecato,
Mas robustez que á un prior,
Mas fortuna que á un bellaco;
Pero que la envidia os vea
Vivir feliz muchos años
Querido de la nacion
Y amigo siempre de Cárlos.

Esto ruega al cielo, y esto
Que os dijera, me ha mandado.
Y voy al segundo punto:
La compasion os encargo,
Dice que, pues hoy es dia
De gracias y de agasajos
El agasajo le hagais
De sacarle de trabajos:
Que el pobrecito está ya
De esperar desesperado,
Y solo vuestra palabra
La vida le va alargando.
El médico le visita,
Le manda jarabe y baños.
Caldos de pollo, sustancias,
Y medicinas, y emplastos;
Pero si vos no mandais
Hacerle beneficiado,
O una pension clerical;
Le recetais para el caso,
Ni pediluhios, ni ungüentos
Píldoras, ni electuarios,
Ni aunque se acueste con él
Todo el proto-medicato,
Bastarán para que el triste
Con la intemperie de marzo
No muera de inanicion
Como mueren los hidalgos.
¡O señor, (aqui es preciso
Musa, que esfuerces el llanto
Con aquello de ay de mí!
Y sollozos y desmayos),
O, señor, no permitais
Que se muera tan temprano.

Sino quereis que se vista
De luto todo el Parnaso:
Sois poderoso y es fuerza
Que al impulso de esa mano
La mas adversa fortuna
Mire su rigor postrado;
Que si los que adora el mundo
Tienen de divino algo,
Y es solo por hacer
Felices los desgraciados,
Pues la Europa os admira
Al pié del dosel Hispano
Regir en paz y en justicia
Imperio tan dilatado,
No diga de vos que, habiendo
Podido en la tierra tanto,
Solo un Moratin no pudo
Hacer feliz vuestro amparo.
Desmentid, señor, la errada
Opinion del vulgo vano,
Que juzgan que en el hospicio
Tiene Apolo su palacio;
Desmentidla, pues á vos
Dejó el cielo reservado
Hacer florecer las letras
Dando favor á los sabios,
Y no imagino que pueda
Mi pretension admiraros,
Pues cosa mas despreciable
¿Cuándo se ha pedido, cuando?
El no pide que le deis
La cola de un arcediano,
Ni quiere ser intendente,
Ni duque, ni veinte y cuatro;

Solo quiere ser abate,
Que pedir tan moderado
Él supo, si por ventura
El ser abate es ser algo:
Esta fué su inclinacion
Desde sus primeros años
No se lo estorbeis, que al fin
Sois católico cristiano,
Y en conciencia no podeis
Impedir á este muchacho
Que llegue á verificar
Un propósito tan santo.
No, señor, considerad
Que es el punto delicado,
Vedlo bien y si quereis
Vedlo mejor, consultadlo:
Cualquiera abate os dirá
De la capeta milagros,
Que tambien tiene indulgencias
Como los escapularios:
Si señor, tambien las tiene,
Y en un autor italiano
Consta que ha habido en Europa
Hasta cinco abates santos.
¿Y quién sabe si los cielos
A Moratin le aguardaron
Para la media docena
De estos bienaventurados?
¿Y quién sabe si algun dia
En la coleccion de un cláustro,
O en un lienzo colorido
Por los futuros Ticianos
Se verá mi santo niño
Humillado, cabizbajo,

Las rodillas en el suelo
Y juntas entrambas manos,
En chupilla y motilon
Todo pundibundizado
Recibiendo la sagrada
Capeta de vuestras manos,
Y con el hisopo y cirios
Los oficiales de estado,
Y á lo lejos Castelló
De regocijo llorando?
Esto le dirás, y espero
Las resultas del encargo
Como espera un mal poeta
Las decisiones del patio;
Porque si la suerte hiciere,
Que no es posible pensarlo,
De la bondad de mi dueño,
A quien reverencio y amo,
Que mis súplicas no hallaren
Ni indulgencia, ni despacho,
Entonces musa ya puedes
Buscar aposento y plato,
Busca algun talento chirle,
Puesto que en Madrid hay tantos,
De estos que viven zurciendo
Versecillos á destajo:
Con él puedes ajustarte
Por meses ó medios años,
O haz que cada inspiracion
Te la pague de contado,
Y apesta al público, grazna,
Engruda los esquinazos,
Y Dios te ayude y te dé
Lectores desocupados;

Que si yo me llego á ver
Una vez desesperado,
O me meto á traductor,
O me degüello, ó me caso.

HAMLET.

TRAGEDIA.

Si non erasset, fecerat ille minus.
MARTIALIS EPIGR. LIB I.

ADVERTENCIA.

La presente tragedia es una de las mejores de Guillermo Shakespeare, y la que con mas frecuencia y aplauso público se representa en los teatros de Inglaterra. Las bellezas admirables que en ella se advierten, y los defectos que manchan y obscurecen sus perfecciones, forman un todo estraordinario y monstruoso, compuesto de partes tan diferentes entre sí por su calidad y su mérito, que dificilmente se hallarán reunidas en otra composicion dramática de aquel autor ni de aquel teatro; y por consecuencia, ninguna otra hubiera sido mas á propósito para dar entre nosotros una idea del mérito poético de Shakespeare, y del gusto que reina todavia en los espectáculos de aquella nacion.

En esta obra se verá una accion grande, interesante, trágica, que desde las primeras escenas se anuncia y prepara por medios maravillosos, capaces de acalorar la fantasía y llenar el ánimo de conmocion y de terror. Unas veces procede la fábula con paso animado y rápido, y otras se debilita por medio de accidentes inoportunos y episodios mal preparados é inútiles, indignos de mezclarse entre los grandes intereses y afectos que en ella se presentan. Vuelve tal vez á levantarse, y adquiere toda la agitacion y movimiento trágico que la convienen, para caer despues y mudar repentinamente de carácter, haciendo que aquellas pasiones terribles, dignas del coturno de Sófocles, cesen y den lugar á los diálogos mas groseros, capaces solo de escitar la risa del vulgo.

Llega el desenlace, donde se complican sin necesidad los nudos, y el autor los rompe de una vez, no los desata, amontonando circunstancias inverosímiles que destruyen toda ilusion, y ya desnudo el puñal de Melpómene, le baña en sangre inocente y culpada; divide el interés y hace dudosa la existencia de una Providencia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horrenda catástrofe el amor incestuoso y el puro y filial, la amistad fiel, la tiranía, la adulacion, la perfidia y la sinceridad generosa y noble. Todo es culpa, todo se confunde en igual destrozo.

Tal es en compendio la tragedia de ***Hamlet***, y tal era el carácter dramático de Shakespeare. Si el traductor ha sabido desempeñar la obligacion que se impuso de presentarle como es en sí, no añadiéndole defectos, ni disimulando los que halló en su obra, los inteligentes deberán juzgarlo. Baste decir, que para traducirla bien, no es suficiente poseer el idioma en que se escribió, ni conocer la alteracion que en él ha causado el espacio de dos siglos, sin identificarse con la índole poética del autor, seguirle en sus raptos, precipitarse con él en sus caidas, adivinar sus misterios, dar á las voces y frases arbitrariamente combinadas por él la misma fuerza y espresion que él quiso que tuvieran, y hacer hablar en castizo español á un estrangero, cuyo estilo, unas veces fácil y suave, otras enérgico y sublime, otras desaliñado y torpe, otras obscuro, ampuloso y redundante, no parece produccion de una misma pluma; á un escritor, en fin, que ha fatigado el estudio de muchos literatos de su nacion, empeñados en ilustrar y esplicar sus obras; lo cual, en opinion de ellos mismos, no se ha logrado todavia como era menester.

Si estas consideraciones deberian haber contenido al traductor y hacerle desistir de una empresa tan superior á su talento, le animó por otra parte el deseo de presentar al público español una de las mejores piezas del mas celebrado trágico inglés, viendo que entre nosotros no se tiene todavía la menor idea de los espectáculos dramáticos de aquella nacion ni del mérito de sus autores. Otros quizás le seguirán en esta empresa, y fácilmente podrán obscurecer sus primeros ensayos; pero entretanto no desconfia de que sus defectos hallarán alguna indulgencia de parte de aquellos en quienes se reunan los conocimientos y el estudio necesarios para juzgarle.

Ni halló tampoco en las traducciones que los estrangeros han hecho de esta tragedia, el auxilio que debió esperar. Mr. Laplace imprimió en francés una traduccion de las obras de Shakespeare, que á pesar de sus defectos no dejó de merecer aceptacion; hasta que Mr. Letourneur publicó la suya, que es sin duda muy superior á la primera. Este literato poseia perfectamente el idioma inglés, y hallándose con toda la inteligencia que era menester para entender el original, pudiera haber hecho una traduccion fiel y perfecta; pero no quiso hacerlo.

Habia en su tiempo en Francia dos partidos muy poderosos, que mantenian guerra literaria y dividian las opiniones de la multitud. Voltaire, apasionado del gran mérito de Racine, profesaba su escuela: se esforzó cuanto pudo por imitarle en las muchas obras que dió al teatro, y este ilustre egemplo arrastró á muchos poetas que se llamaron Racinistas. El partido opuesto, aunque no tenia á su frente tan temible caudillo, se componia no obstante de literatos de mucho mérito, que prefiriendo lo natural á lo conveniente, lo maravilloso á lo posible, la fortaleza á la hermosura, los raptos de la fantasía á los movimientos del corazon, y el ingenio al arte; admirando los aciertos de Corneille, se desentendian de sus errores, é indicaban como segura y única la senda por donde aquel insigne poeta subió á la inmortalidad. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. La multitud de papeles que diariamente se esparcian por el público, ridiculizando la secta Racinista y apurando para ello cuantas sutilezas sugiere el ingenio y cuantos medios buscan la desesperacion y la envidia, si por un momento escitaban la risa de los lectores, caian despues en obscuridad y desprecio cuando aparecia en la escena francesa la *Fedra*, la *Ifigenia*, el *Bruto* ó el *Mahomet*. Entonces se publicó la traduccion de Letourneur, impresa por suscricion, dedicada al rey de Francia, y sostenida por el partido numeroso de aquellos á quienes la reputacion de Voltaire atropellaba y ofendia. Tratóse, pues, de exaltar el mérito de Shakespeare, y de presentarle á la Europa culta como el único talento dramático digno de su admiracion, y capaz de disputar la corona á los Eurípides y Sófocles. Asi pensaron abatir el orgullo del moderno trágico francés, y vencerle con armas auxiliares y estrangeras, sin detenerse mucho á considerar cuán po-

ca satisfaccion debia resultarles de una victoria adquirida por tales medios.

Con estos antecedentes, no será difícil adivinar lo que hizo Letourneur en su version de Shakespeare. Reunió en un discurso preliminar y en las notas y observaciones con que ilustró aquellas obras, cuanto creyó ser favorable á su causa, repitiendo las opiniones de los mas apasionados críticos ingleses en elogio de su compatriota, negándose voluntariamente á los buenos principios que dictaron la razon y el arte, y estableciendo una nueva poética, por la cual no solo quedan disculpados los estravíos de su idolatrado autor, sino que todos ellos se erigen en preceptos, recomendándolos como dignos de imitacion y aplauso.

En aquellos pasages en que Shakespeare, felizmente sostenido de su admirable ingenio, espresa con acierto las pasiones y defectos humanos, describe y pinta los objetos de la naturaleza, ó reflexiona melancólico con profunda y sólida filosofía, allí es fiel la traduccion; pero en aquellos en que se olvida de la fábula que finge, del fin que debió en ella proponerse, de la situacion en que pone á sus personages, del carácter que les dió, de lo que dijeron antes, de lo que debe suceder despues, y acalorado por una especie de frenesí no hay desacierto en que no tropiece y caiga, entonces el traductor francés le abandona, y nada omite para disimular su deformidad, suponiendo, alterando, sustituyendo ideas y palabras suyas á las que halló en el original; resultando de aqui una traduccion pérfida, ó por mejor decir, una obra compuesta de pedazos suyos y agenos, que en muchas partes no merece el nombre de traduccion.

Lejos pues de aprovecharse el traductor español de tales versiones, las ha mirado con la desconfianza que debia; y prescindiendo de ellas y de las mal fundadas opiniones de los que han querido mejorar á Shakespeare con el pretesto de interpretarle, ha formado su traduccion sobre el original mismo, coincidiendo por necesidad con los traductores franceses cuando los halló exactos, y apartándose de ellos cuando no lo son, como podrá conocerlo fácilmente cualquiera que se tome la molestia de cotejarlos.

Esto es solo cuanto quiere advertir acerca de su traduccion. Las notas que acompañan á la tragedia son obra suya; y á escep-

cion de una ú otra especie que ha tomado de los comentadores ingleses (segun lo advierte en su lugar) todo lo demas, como cosa propia lo abandona al exámen de los críticos inteligentes.

Si se ha equivocado en su modo de juzgar, ó por malos principios, ó por falta de sensibilidad, de buen gusto ó de reflexion, no será inútil impugnarle; que harto es necesario agitar cuestiones literarias relativas á esta materia, para dar á nuestros buenos ingenios ocupacion digna; si se atiende al estado lastimoso en que yace el estudio de las letras humanas, los pocos alumnos que hoy cuenta la buena poesía, y el merecido abandono y descrédito en que van cayendo las producciones modernas del teatro.

PERSONAS.

CLAUDIO, Rey........ GERTRUDIS, Reina.. HAMLET, Príncipe...	*de Dinamarca*

FORTIMBRAS. príncipe de Noruega.
La sombra del Rey HAMLET.
POLONIO, Sumiller de Corps.

OFELIA, hija... LAERTES, hijo.	*de Polonio.*

HORACIO, amigo de Hamlet.

VOLTIMAN........ CORNELIO......... RICARDO........... GUILLERMO....... ENRIQUE...........	*Cortesanos*
MARCELO......... BERNARDO........ FRANCISCO.......	*Soldados.*

REINALDO, criado de Polonio.
DOS EMBAJADORES de Inglaterra.
UN CURA.
UN CABALLERO.
UN CAPITAN.
UN GUARDIA.
UN CRIADO.
DOS MARINEROS.
DOS SEPULTUREROS.
CUATRO CÓMICOS.

Acompañamiento de Grandes, Caballeros, Damas, Soldados, Curas, Cómicos, Criados, etc.

La escena se representa en el palacio y ciudad de Elsingór, en sus cercanias, y en las fronteras de Dinamarca.

HAMLET.[1]

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Esplanada delante del palacio real de Elsingór. Noche obscura.

Francisco. Bernardo.

(Francisco estará paseándose haciendo centinela. Bernardo se va acercando hácia él. Estos personages y los de la escena siguiente estarán armados con espada y lanza.)

BERNARDO.

¿Quién está ahí?

FRANCISCO.

No: respóndame él á mí. Deténgase y diga quién es.

BERNARDO.

Viva el rey.

FRANCISCO.

¿Es Bernardo?

BERNARDO.

El mismo.

FRANCISCO.

Tú eres el mas puntual en venir á la hora.

BERNARDO.

Las doce han dado ya : bien puedes ir á recogerte.

FRANCISCO.

Te doy mil gracias por la mudanza. Hace un frio que penetra , y yo estoy delicado del pecho.

BERNARDO.

¿Has hecho tu guardia tranquilamente?

FRANCISCO.

Ni un raton se ha movido (2).

BERNARDO.

Muy bien. Buenas noches. Si encuentras á Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, diles que vengan presto.

FRANCISCO.

Me parece que los oigo. Alto ahí. Eh! Quién vá?

ESCENA II.

Horacio. Marcelo y dichos.

HORACIO.

Amigos de este pais.

MARCELO.

Y fieles vasallos del rey de Dinamarca.

FRANCISCO.

Buenas noches.

MARCELO.

¡Oh honrado soldado! Pásalo bien. ¿Quién te relevó de la centinela?

FRANCISCO.

Bernardo, que queda en mi lugar. Buenas noches.

(Vase Francisco: Marcelo y Horacio se acercan á donde está Bernardo haciendo centinela.)

MARCELO.

¡Hola, Bernardo!

BERNARDO.

¿Quién está ahí? ¿Es Horacio?

HORACIO.

Un pedazo de él.

BERNARDO.

Bien venido, Horacio: Marcelo, bien venido.

MARCELO.

¿Y qué, se ha vuelto á aparecer aquella cosa esta noche?

BERNARDO.

Yo nada he visto.

MARCELO.

Horacio dice que es aprension nuestra, y nada

quiere creer de cuanto le he dicho acerca de esa espantosa fantasma que hemos visto ya en dos ocasiones. Por eso le he rogado que se venga á la guardia con nosotros, para que si esta noche vuelve el aparecido, pueda dar crédito á nuestros ojos, y le hable si quiere

HORACIO.

¡Qué! No, no vendrá.

BERNARDO.

Sentémonos un rato, y deja que asaltemos de nuevo tus oidos con el suceso que tanto repugnan oir, y que en dos noches seguidas hemos ya presenciado nosotros.

HORACIO.

Muy bien: sentémonos y oigamos lo que Bernardo nos cuente. (*Siéntanse los tres.*)

BERNARDO.

La noche pasada, cuando esa misma estrella que está al occidente del polo habia hecho ya su carrera para iluminar aquel espacio del cielo donde ahora resplandece, Marcelo y yo, á tiempo que el reloj daba la una......

MARCELO.

Chit. Calla: mírale (3) por donde viene otra vez.

(Se aparece á un estremo del teatro la sombra del rey Hamlet armado de todas armas, con manto real, yelmo en la cabeza, y la visera alzada. Los soldados y Horacio se levantan despavoridos.)

BERNARDO.

Con la misma figura que tenia el difunto rey.

MARCELO.

Horacio, tú que eres hombre de estudios, háblale.

BERNARDO.

¿No se parece todo al rey? Mírale, Horacio.

HORACIO.

Muy parecido es.... Su vista me conturba con miedo y asombro.

BERNARDO.

Querrá que le hablen.

MARCELO.

Háblale, Horacio.

HORACIO,

(Horacio se encamina hácia donde está la sombra.)

¿Quién eres tú, que asi usurpas este tiempo á la noche, y esa presencia noble y guerrera que tuvo un dia la magestad del soberano dinamarqués que yace en el sepulcro? Habla: por el cielo te lo pido.

(Vase la sombra á paso lento.)

MARCELO.

Parece que está irritado.

BERNARDO.

Ves? se vá, como despreciándonos.

HORACIO.

Detente, habla, yo te lo mando, habla.

MARCELO.

Ya se fué. No quiere respondernos.

BERNARDO.

¿Qué tal, Horacio? Tú tiemblas y has perdido el color. ¿No es esto algo mas que aprension? ¿Qué te parece?

HORACIO.

Por Dios que nunca lo hubiera creido sin la sensible y cierta demostracion de mis propios ojos.

MARCELO.

¿No es enteramente parecido al rey?

HORACIO.

Como tú á tí mismo. Y tal era el arnés de que iba ceñido cuando peleó con el ambicioso rey de Noruega, y asi le ví arrugar ceñudo la frente cuando en una altercacion colérica hizo caer al de Polonia sobre el hielo, de un solo golpe.... ¡Estraña aparicion es esta!

MARCELO.

Pues de esa manera, y á esta misma hora de la noche, se ha paseado dos veces con ademan guerrero delante de nuestra guardia.

HORACIO.

Yo no comprendo el fin particular conque esto sucede; pero en mi ruda manera de pensar, pronostica alguna estraordinaria mudanza á nuestra nacion.

MARCELO.

Ahora bien, sentémonos (*Siéntanse.*): y decid-

me, cualquiera de vosotros que lo sepa, ¿por qué fatigan todas las noches á los vasallos con estas guardias tan penosas y vigilantes? ¿Para qué es esta fundicion de cañones de bronce y este acopio estrangero de máquinas de guerra? ¿A qué fin esa multitud de carpinteros de marina, precisados á un afan molesto, que no distingue el domingo de lo restante de la semana? ¿Qué causas puede haber para que sudando el trabajador apresurado junte las noches á los dias? ¿Quién de vosotros podrá decírmelo?

HORACIO.

Yo te lo diré, ó á lo menos los rumores que sobre esto corren. Nuestro (4) último rey (cuya imágen acaba de aparecérsenos) fué provocado á combate, como ya sabeis, por Fortimbrás (5), de Noruega, estimulado éste de la mas orgullosa emulacion. En aquel desafio, nuestro valeroso Hamlet (que tal renombre alcanzó en la parte del mundo que nos es conocida) mató á Fortimbrás, el cual por un contrato sellado y ratificado segun el fuero de las armas, cedia al vencedor (dado caso que muriese en la pelea) todos aquellos paises que estaban bajo su dominio. Nuestro rey se obligó tambien á cederle una porcion equivalente, que hubiera pasado á manos de Fortimbrás, como herencia suya, si hubiese vencido; asi como en virtud de aquel convenio y de los artículos estipulados, recayó todo en Hamlet. Ahora el jóven Fortimbrás, de un carácter fogoso, falto de esperiencia y lleno de presuncion, ha ido recogiendo de aqui y de allí por las fronteras de Noruega una turba de gente resuelta y perdida, á quien la necesidad de comer

determina á intentar empresas que piden valor; y segun claramente vemos, su fin no es otro que el de recobrar con violencia y á fuerza de armas los mencionados paises que perdió su padre. Este es, en mi dictámen el motivo principal de nuestras prevenciones, el de esta guardia que hacemos, y la verdadera causa de la agitacion y movimiento en que toda la nacion está.

BERNARDO.

Si no es esa, yo no alcanzo cuál puede ser.... Y en parte lo confirma la vision espantosa que se ha presentado armada en nuestro puesto con la figura misma del rey que fué y es todavia el autor de estas guerras.

HORACIO.

Es por cierto una mota que turba los ojos del entendimiento. En la época (6) mas gloriosa y feliz de Roma, poco antes que el poderoso César cayese, quedaron vacíos los sepulcros, y los amortajados cadáveres vagaron por las calles de la ciudad gimiendo en voz confusa; las estrellas resplandecieron con encendidas colas, cayó lluvia de sangre, se ocultó el sol entre celages funestos, y el húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno, padeció eclipse, como si el fin del mundo hubiese llegado. Hemos visto ya iguales anuncios de sucesos terribles, precursores que avisan los futuros destinos: el cielo y la tierra juntos los han manifestado á nuestro pais y á nuestra gente.... Pero.... silencio.... ¿Veis...? Allí.... Otra vez vuelve.... (*Vuelve á salir la sombra por otro lado. Se levantan los tres y echan mano á las*

lanzas. Horacio se encamina hácia la sombra: y los otros dos siguen detrás.) Aunque el terror me hiela, yo le quiero salir al encuentro. Detente, fantasma. Si puedes articular sonidos, si tienes voz, háblame. Si allá donde estás puedes recibir algun beneficio para tu descanso y mi perdon, háblame. Si sabes los hados que amenazan á tu pais, los cuales felizmente previstos puedan evitarse, ¡ay! habla.... O si acaso durante tu vida acumulaste en las entrañas de la tierra mal habidos tesoros, por lo que se dice que vosotros, infelices espíritus, despues de la muerte vagais inquietos, declára lo.... Detente y habla.... Marcelo, detenle....

(Canta un gallo á lo lejos, y empieza á retirarse la sombra: los soldados quieren detenerla haciendo uso de las lanzas; pero la sombra los evita y desaparece con prontitud.)

MARCELO.

¿Le daré con mi lanza?

HORACIO.

Sí, hiérele, si no quiere detenerse.

BERNARDO.

Aquí está.

HORACIO.

Aquí.

MARCELO.

Se ha ido. Nosotros le ofendemos, siendo él un soberano, en hacer demostraciones de violencia. Bien que, segun parece, es invulnerable como el aire, y nuestros esfuerzos vanos y cosa de burla.

BERNARDO.

Él iba ya á hablar cuando el gallo cantó. (7)

HORACIO.

Es verdad, y al punto se estremeció como el delincuente apremiado con terrible precepto. Yo he oido decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace dispertar al Dios del dia con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio todo estraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego ó el aire, huye á su centro; y la fantasma que hemos visto acaba de confirmar la certeza de esta opinion.

(Empieza á iluminarse lentamente el teatro.)

MARCELO.

En eféсto desapareció al cantar el gallo. Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche, y que entonces ningun espíritu se atreve á salir de su morada: las noches son saludables, ningun planeta influye siniestramente, ningun maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos: ¡tan sagrados son y tan felices aquellos dias!

HORACIO.

Yo tambien lo tengo entendido asi, y en parte lo creo. Pero ved como ya la mañana, cubierta con la rosada túnica, viene pisando el rocío de aquel alto monte oriental. Demos fin á la guardia, y soy de opinion que digamos al jóven Hamlet lo que hemos visto esta noche: porque yo os prome-

to que este espíritu hablará con él, aunque ha sido para nosotros mudo. ¿No os parece que le demos esta noticia, indispensable en nuestro celo y tan propia de nuestra obligacion?

MARCELO.

Sí, sí, hagámoslo. Yo sé en dónde le hallaremos esta mañana con mas seguridad.

ESCENA III.

Salon de palacio.

Claudio. Gertrudis. Hamlet. Polonio. Laertes. Voltiman. Cornelio. Caballeros. Damas y acompañamiento.

CLAUDIO.

Aunque la muerte de mi querido hermano Hamlet está todavia tan reciente en nuestra memoria, que obliga á mantener en tristeza los corazones y á que en todo el reino solo se observe la imágen del dolor; con todo eso, tanto ha combatido en mí la razon á la naturaleza, que he conservado un prudente sentimiento de su pérdida, junto con la memoria de lo que á nosotros nos debemos. A este fin he recibido por esposa á la que un tiempo fué mi hermana y hoy reina conmigo, compañera en el trono de esta belicosa nacion; si bien estas alegrías son imperfectas, pues en ellas se han unido á la felicidad las lágrimas, las fiestas á la pompa fúnebre, los cánticos de muerte á

los epitalamios de himeneo, pesados en igual balanza el placer y la afliccion. Ni hemos dejado de seguir los dictámenes de vuestra prudencia, que en esta ocasion ha procedido con absoluta libertad, de lo cual os quedo muy agradecido. Ahora falta deciros, que el jóven Fortimbrás (8), estimándome en poco, ó presumiendo que la reciente muerte de mi querido hermano habrá producido en el reino trastorno y desunion; fiado en esta soñada superioridad, no ha cesado de importunarme con mensages, pidiéndome que le restituya aquellas tierras que perdió su padre y adquirió mi valeroso hermano con todas las formalidades de la ley. Basta ya lo que de él he dicho. Por lo que á mí toca, y en cuanto al objeto que hoy nos reune, veisle aquí. Escribo al rey de Noruega, tio del jóven Fortimbrás, que doliente y postrado en el lecho apenas tiene noticia de los proyectos de su sobrino, á fin de que le impida llevarlos adelante, pues tengo ya exactos informes de la gente que levanta contra mí, su calidad, su número y fuerzas. Prudente Cornelio, y tú Voltiman, vosotros saludareis en mi nombre al anciano rey; aunque no os doy facultad personal para celebrar con él tratado alguno que esceda los límites espresados en estos artículos. (*Les dá unas cartas*). Id con Dios, y espero que manifestareis en vuestra diligencia el celo de servirme.

VOLTIMAN.

En esta y cualquiera otra comision os daremos pruebas de nuestro respeto.

CLAUDIO.

No lo dudaré. El cielo os guarde.

ESCENA IV.

Claudio. Gertrudis. Hamlet. Polonio. Laertes. Damas. Caballeros y acompañamiento.

CLAUDIO.

¿Y tú, Laertes, qué solicitas? Me has hablado de una pretension; ¿no me dirás cual sea? En cualquiera cosa justa que pidas al rey de Dinamarca, no será vano el ruego. ¿Ni qué podrás pedirme que no sea mas ofrecimiento mio, que demanda tuya? No es mas adicto á la cabeza el corazon, ni mas pronta la mano en servir á la boca, que lo es el trono de Dinamarca para con tu padre. ¿En fin, qué pretendes?

LAERTES.

Respetable soberano, solicito la gracia de vuestro permiso para volver á Francia. De allí he venido voluntariamente á Dinamarca á manifestaros mi leal afecto, con motivo de vuestra coronacion; pero ya cumplida esta deuda, fuerza es confesaros que mis ideas y mi inclinacion me llaman de nuevo á aquel pais, y espero de vuestra mucha bondad esta licencia.

CLAUDIO.

¿Has obtenido ya la de tu padre? ¿Qué dices Polonio?

POLONIO.

A fuerza de importunaciones ha logrado arran-

car mi tardío consentimiento. Al verle tan inclinado, firmé últimamente la licencia de que se vaya, aunque á pesar mio; y os ruego, señor, que se la concedais.

CLAUDIO.

Elige el tiempo que te parezca mas oportuno para salir, y haz cuanto gustes y sea mas conducente á tu felicidad. Y tú, Hamlet, mi deudo, mi hijo!

HAMLET.

Algo mas que deudo, y menos que amigo. (9)

CLAUDIO.

¿Qué sombras de tristeza te cubren siempre?

HAMLET.

Al contrario, señor, estoy demasiado á la luz.

GERTRUDIS.

Mi buen Hamlet, no así tu semblante manifieste afliccion; véase en él que eres amigo de Dinamarca: ni siempre con abatidos párpados busques entre el polvo á tu generoso padre. Tú lo sabes, comun es á todos, el que vive debe morir, pasando de la naturaleza á la eternidad.

HAMLET.

Sí señora, á todos es comun.

GERTRUDIS.

Pues si lo es, ¿por qué aparentas tan particular sentimiento?

HAMLET.

¿Aparentar? No señora, yo no sé aparentar. Ni el color negro de este manto, ni el trage acostumbrado en solemnes lutos, ni los interrumpidos sollozos, ni en los ojos un abundante rio, ni la dolorida espresion del semblante, junto con las fórmulas, los ademanes, las esterioridades de sentimiento; bastarán por sí solos, mi querida madre, á manifestar el verdadero afecto que me ocupa el ánimo. Estos signos aparentan, es verdad; pero son acciones que un hombre puede fingir.... Aquí, (*Tocándose el pecho.*) aquí dentro tengo lo que es mas que apariencia; lo restante no es otra cosa que atavíos y adornos del dolor.

CLAUDIO.

Bueno y laudable (10) es que tu corazon pague á un padre esa lúgubre deuda, Hamlet; pero no debes ignorarlo, tu padre perdió un padre tambien y aquel perdió el suyo. El que sobrevive, limita la filial obligacion de su obsequiosa tristeza á un cierto término, pero continuar en interminable desconsuelo, es una conducta de obstinacion impía. Ni es natural en el hombre tan permanente afecto; que anuncia una voluntad rebelde á los decretos de la Providencia, un corazon débil, un alma indócil, un talento limitado y falto de luces. ¿Será bien que el corazon padezca, queriendo neciamente resistir á lo que es y debe ser inevitable? ¿á lo que es tan comun como cualquiera de las cosas que mas á menudo hieren nuestros sentidos? Este es un delito contra el cielo, contra la muerte, contra la naturaleza misma; es hacer una

injuria absurda á la razon, que nos dá en la muerte de nuestros padres la mas frecuente de sus lecciones, y que nos está diciendo, desde el primero de los hombres hasta el último que hoy espira: mortales, vedaquí vuestra irrevocable suerte. Modera, pues, yo te lo ruego, esa inútil tristeza: considera que tienes un padre en mí, puesto que debe ser notorio al mundo que tú eres la persona mas inmediata á mi trono y que te amo con el afecto mas puro que puede tener á su hijo un padre. Tu resolucion de volver á los estudios de Witemberga es la mas opuesta á nuestro deseo, y antes bien te pedimos que desistas de ella; permaneciendo aquí, estimado y querido á vista nuestra, como el primero de mis cortesanos, mi pariente y mi hijo.

GERTRUDIS.

Yo te ruego, Hamlet, que no vayas á Witemberga: quédate con nosotros. No sean vanas las súplicas de tu madre.

HAMLET.

Obedeceros en todo, será siempre mi primer conato.

CLAUDIO.

Por esa afectuosa y plausible respuesta quiero que seas otro yo en el imperio danés. Venid, señora. La síncera y fiel condescendencia de Hamlet ha llenado de alegría mi corazon. En aplauso de este acontecimiento, no celebrará hoy Dinamarca festivos brindis, sin que lo anuncie á las nubes el cañon robusto, y el cielo retumbe muchas veces á las aclamaciones del rey, repitiendo el trueno de la tierra. Venid.

ESCENA V.

Hamlet.

¡Oh si esta demasiado sólida masa de carne pudiera ablandarse y liquidarse, disuelta en lluvia de lágrimas! ¡ó el Todopoderoso no asestará el cañon contra el homicida de sí mismo! ¡Oh Dios! ¡oh Dios mio! ¡cuan fatigado ya de todo, juzgo molestos, insípidos y vanos los placeres del mundo! Nada; nada quiero de él: es un campo inculto y rudo, que solo abunda en frutos groseros y amargos. ¡Qué esto haya llegado á suceder á los dos meses que él ha muerto!.... No, ni tanto: aun no ha dos meses. Aquel escelente rey, que fué comparado con éste, como con un Sátiro, Hiperion: tan amante de mi madre, que ni á los aires celestes permitia llegar atrevidos á su rostro. ¡Oh cielo y tierra!... ¿Para qué conservo la memoria? Ella, que se le mostraba tan amorosa como si en la posesion hubieran crecido sus deseos. Y no obstante, en un mes.... ¡ah! no quisiera pensar esto. ¡Fragilidad! ¡tú tienes (11) nombre de muger! En el corto espacio de un mes y aun antes de romper los zapatos (12) con que, semejante á Niobe, bañada en lágrimas, acompañó el cuerpo de mi triste padre.... sí, ella, ella misma. ¡Cielos! una fiera, incapaz de razon y discurso, hubiera mostrado afliccion mas durable. Se ha casado, en fin, con mi tio, hermano de mi padre; pero no mas parecido á él que yo lo soy á Hércules. En un mes.... enrojecidos aun los ojos con el pérfido llanto, se casó. ¡Ah, delincuente precipitacion! ir

á ocupar con tal diligencia un lecho incestuoso! Ni esto es bueno, ni puede producir bien. Pero, hazte pedazos corazon mio, que mi lengua debe reprimirse.

ESCENA VI.

Hamlet. Horacio. Bernardo. Marcelo.

HORACIO.

Buenos dias, señor.

HAMLET.

Me alegro de verte bueno.... ¿Es Horacio? ó me he olvidado de mí propio.

HORACIO.

El mismo soy, y siempre vuestro humilde criado.

HAMLET.

Mi buen amigo, yo quiero trocar contigo ese título que te das. ¿A qué has venido de Witemberga?.... ¡Ah, Marcelo!

MARCELO.

Señor.

HAMLET.

Mucho me alegro de verte con salud tambien. Pero, la verdad, á ¿qué has venido de Witemberga?

HORACIO.

Señor.... deseos de holgarme.

HAMLET.

No quisiera oir de boca de tu enemigo otro tanto: ni podrás forzar mis oidos á que admitan una disculpa que te ofende. Yo sé que no eres desaplicado. Pero, dime, ¿qué asuntos tienes (13) en Elsingór? Aquí te enseñaremos á ser gran bebedor antes que te vuelvas.

HORACIO.

He venido á ver los funerales de vuestro padre.

HAMLET.

No se burle de mí, por Dios, señor condiscípulo. Yo creo que habrás venido á las bodas de mi madre.

HORACIO.

Es verdad: como se han celebrado inmediatamente.

HAMLET.

Economía, Horacio, economía. Aun no se habian enfriado los manjares cocidos para el convite del duelo, cuando se sirvieron en las mesas de la boda.... ¡Oh! yo quisiera haberme hallado en el cielo con mi mayor enemigo, antes que haber visto aquel dia. ¡Mi padre!.... me parece que veo á mi padre.

HORACIO.

¿En dónde, señor?

HAMLET.

Con los ojos del alma, Horacio.

HORACIO.

Alguna vez le ví. Era un buen rey.

HAMLET.

Era un hombre tan cabal en todo, que no espero hallar otro semejante.

HORACIO.

Señor, yo creo que le ví anoche. (14)

HAMLET.

¿Le viste? ¿á quién?

HORACIO.

Al rey vuestro padre.

HAMLET.

¿Al rey mi padre?

HORACIO.

Prestadme oido atento, suspendiendo un rato vuestra admiracion, mientras os refiero este caso maravilloso: apoyado con el testimonio de estos caballeros.

HAMLET.

Sí, por Dios, dímelo.

HORACIO.

Estos dos señores, Marcelo y Bernardo, le habian visto dos veces hallándose de guardia, como á la mitad de la profunda noche. Una figura semejante á vuestro padre, armada segun él solia de pies á cabeza, se les puso delante: caminando grave, tardo y magestüoso por donde ellos esta-

ban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos, que oprimia el pavor, acercándose hasta donde ellos podian alcanzar con sus lanzas; pero débiles y cuasi helados con el miedo, permanecieron mudos sin osar hablarle. Diéronme parte de este secreto horrible: voime á la guardia con ellos la tercera noche, y allí encontré ser cierto cuanto me habian dicho, así en la hora, como en la forma y circunstancias de aquella aparicion. La sombra volvió en efecto. Yo conocí á vuestro padre, y es tan parecido á él, como lo son entre sí estas dos manos mias.

HAMLET.

¿Y en dónde (15) fué eso?

MARCELO.

En la muralla de palacio, donde estábamos de centinela.

HAMLET.

¿Y no le hablásteis?

HORACIO.

Si señor, yo le hablé; pero no me dió respuesta alguna. No obstante, una vez me parece que alzó la cabeza haciendo con ella un movimiento, como si fuese á hablarme; pero al mismo tiempo se oyó la aguda voz del gallo matutino y al sonido huyó con presta fuga, desapareciendo de nuestra vista.

HAMLET.

¡Es cosa bien admirable!

HORACIO.

Y tan cierta como mi propia existencia. Nosotros hemos creido que era obligacion nuestra avisaros de ello, mi venerado príncipe.

HAMLET.

Sí, amigos, sí.... pero esto me llena de turbacion. ¿Estais de centinela esta noche?

TODOS.

Si señor.

HAMLET.

¿Decís que iba armado?

TODOS.

Si señor, armado.

HAMLET

¿De la frente al pie?

TODOS.

Si señor, de pies á cabeza.

HAMLET.

Luego no le vísteis el rostro.

HORACIO.

Le vimos, porque traia la visera alzada.

HAMLET.

¿Y qué? ¿parecia que estaba irritado?

HORACIO.

Mas anunciaba su semblante el dolor que la ira.

HAMLET.

¿Palido ó encendido?

HORACIO.

No: muy pálido.

HAMLET.

¿Y fijaba la vista en vosotros?

HORACIO.

Constantemente..

HAMLET.

Yo hubiera querido hallarme allí.

HORACIO.

Mucho pavor os hubiera causado

HAMLET.

Sí, es verdad, sí.... ¿y permaneció mucho tiempo?

HORACIO.

El que puede emplearse en contar desde uno hasta ciento, con moderada diligencia.

MARCELO.

Mas, mas estuvo.

HORACIO.

Cuando yo le ví; no.

HAMLET.

¿La barba blanca, eh?

HORACIO.

Si señor, como yo se la habia visto cuando vivia, de un color ceniciento.

HAMLET.

Quiero ir esta noche con vosotros al puesto, por si acaso vuelve.

HORACIO.

¡Oh! sí volverá, yo os lo aseguro.

HAMLET.

Si él se me presenta en la figura de mi noble padre, yo le hablaré, aunque el infierno mismo abriendo sus entrañas me impusiera silencio. Yo os pido á todos que asi como hasta ahora habeis callado á los demas lo que vísteis, de hoy en adelante lo oculteis con el mayor sigilo; y sea cual fuere el suceso de esta noche, fiadlo al pensamiento, pero no á la lengua; y yo sabré remunerar vuestro celo. Dios os guarde amigos. Entre once y doce iré á buscaros á la muralla.

TODOS.

Nuestra obligacion es serviros.

HAMLET.

Sí, conservadme vuestro amor, y estad seguros del mio. Adios. (*Vanse los tres.*) El espíritu de mi padre.... con armas.... no es esto bueno. Recelo alguna maldad. ¡Oh si la noche hubiese ya llegado! Esperémosla tranquilamente, alma mia. Las malas acciones, aunque toda la tierra las oculte, se descubren al fin á la vista humana.

ESCENA VII.

Sala de la casa de Polonio.

Laertes. Ofelia.

LAERTES.

Ya tengo todo mi equipage á bordo. Adios, hermana, y cuando los vientos sean favorables y seguro el paso del mar, no te descuides en darme nuevas de tí.

OFELIA.

¿Puedes dudarlo?

LAERTES

Por lo que hace al frívolo obsequio de Hamlet, debes considerarle como una mera cortesania, un hervor de la sangre, una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza se adelanta á vivir y no permanece, hermosa, no durable; perfume de un momento y nada mas.

OFELIA.

¿Nada mas? (16)

LAERTES.

Pienso que no: porque no solo (17) en nuestra juventud se aumentan las fuerzas y tamaño del cuerpo, sino que las facultades interiores del talento y del alma crecen tambien con el templo en que ella reside. Puede ser que él te ame ahora con sinceridad, sin que manche borron alguno la pureza de su intencion; pero debes temer al considerar su grandeza, que no tiene voluntad propia,

y que vive sujeto á obrar segun á su nacimiento corresponde. Él no puede como (18) una persona vulgar elegir por sí mismo, puesto que de su eleccion depende la salud y prosperidad de todo un reino: y vé aquí porque esta eleccion debe arreglarse á la condescendencia unánime de aquel cuerpo de quien es cabeza. Asi, pues, cuando él diga que te ama, será prudencia en tí no darle crédito, reflexionando que en el alto lugar que ocupa, nada puede cumplir de lo que promete, sino aquello que obtenga el consentimiento de la parte mas principal de Dinamarca. Considera cual pérdida padeceria tu honor, si con demasiada credulidad dieras oidos á su voz lisonjera, perdiendo la libertad del corazon, ó facilitando á sus instancias impetuosas el tesoro de tu honestidad. Teme, Ofelia: teme, querida hermana: no sigas inconsiderada tu inclinacion: huye el peligro, colocándote fuera del tiro de los amorosos deseos. La doncella mas honesta es libre en esceso, si descubre su belleza al rayo de la luna. La virtud misma no puede librarse de los golpes de la calumnia. Muchas veces el insecto roe las flores hijas del verano, aun antes que su boton se rompa; y al tiempo que la aurora matutina de la juventud esparce su blando rocío, los vientos mortíferos son mas frecuentes. Conviene, pues, no omitir precaucion alguna, pues la mayor seguridad estriba en el temor prudente. La juventud (19), aun cuando nadie la combata, halla en sí misma su propio enemigo.

OFELIA.

Yo conservaré para defensa de mi corazon tus saludables máximas. Pero, mi buen hermano, mi-

ra no hagas tú lo que algunos rígidos pastores (20) hacen, mostrando áspero y espinoso el camino del cielo, mientras como impíos y abandonados disolutos pisan ellos la senda florida de los placeres, sin cuidarse de practicar su propia doctrina.

LAERTES.

¡Oh! no lo receles. Yo me detengo demasiado, pero allí viene mi padre: pues la ocasion es favorable, me despediré de él otra vez. Su bendicion repetida será un nuevo consuelo para mí.

ESCENA VIII.

Polonio. Laertes. Ofelia.

POLONIO.

¿Aun estás aquí? ¡Qué mala vergüenza! A bordo, á bordo: el viento impele ya por la popa tus velas, y á tí solo aguardan. Recibe mi bendicion y procura imprimir en la memoria estos pocos preceptos. No publiques (21) con facilidad lo que pienses, ni ejecutes cosa no bien premeditada primero. Debes ser afable, pero no vulgar en el trato. Une á tu alma con vínculos de acero aquellos amigos que adoptaste despues de examinada su conducta; pero no acaricies con mano pródiga á los que acaban de salir del cascaron y aun están sin plumas. Huye siempre de mezclarte en disputas; pero una vez metido en ellas, obra de manera que tu contrario huya de tí. Presta el oido á todos, y á pocos la voz. Oye las censuras de los demás, pero reserva tu propia opinion. Sea tu ves-

tido tan costoso cuanto tus facultades lo permitan; pero no afectado en su hechura: rico, no estravagante: porque el trage dice por lo comun quién es el sugeto, y los caballeros y principales señores franceses tienen el gusto muy delicado en esta materia. Procura no dar ni pedir prestado á nadie; porque el que presta suele perder á un tiempo el dinero y el amigo, y el que se acostumbra á pedir prestado, falta al espíritu de economía y buen órden que nos es tan útil Pero sobre todo, usa de ingenuidad contigo mismo, y no podrás ser falso con los demas: consecuencia tan necesaria como que la noche suceda al dia. A Dios, y él permita que mi bendicion haga fructificar en tí estos consejos.

LAERTES.

Humildemente os pido vuestra licencia.

(Se arrodilla y besa la mano á Polonio.)

POLONIO.

Sí, el tiempo te está convidando y tus criados esperan: vete.

LAERTES.

Adios, Ofelia (*Abrázanse Ofelia y Laertes*), y acuérdate bien de lo que te he dicho.

OFELIA.

En mi memoria queda guardado, y tú mismo tendrás la llave.

LAERTES.

Adios.

ESCENA IX.

Polonio. Ofelia.

POLONIO

¿Y qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA.

Si gustais de saberlo, cosas eran relativas al príncipe Hamlet.

POLONIO.

Bien pensado, en verdad. Me han dicho que de poco tiempo á esta parte te ha visitado varias veces privadamente, y que tú le has admitido con mucha complacencia y libertad. Si esto es asi (como me lo han asegurado, á fin de que prevenga el riesgo) debo advertirte, que no te has portado con aquella delicadeza que corresponde á una hija mia y á tu propio honor. ¿Qué es lo que ha pasado entre los dos? Dime la verdad.

OFELIA.

Ultimamente me ha declarado con mucha ternura su amor.

POLONIO.

¡Amor! ¡ah! Tú hablas como una muchacha loquilla y sin esperiencia en circunstancias tan peligrosas. ¡Ternura la llamas! ¿y tú dás crédito á esa ternura?

OFELIA.

Yo, señor, ignoro lo que debo creer.

POLONIO.

En efecto es asi, y yo quiero enseñártelo. Piensa bien que eres una niña, que has recibido por verdadera paga esas ternuras que no son moneda corriente. Estímate en mas á tí propia, pues si te aprecias en menos de lo que vales (por seguir la (22) comenzada alusion) harás que pierda el entendimiento.

OFELIA.

Él me ha requerido de amores, es verdad; pero siempre con una apariencia honesta que....

POLONIO.

Si por cierto, apariencia puedes llamarla. ¿Y bien? Prosigue

OFELIA.

Y autorizó cuanto me decia con los mas sagrados juramentos.

POLONIO.

Si, esas son redes para coger codornices. Yo sé muy bien, cuando la sangre hierve, con cuanta prodigalidad presta el alma juramentos á la lengua; pero son (23) relámpagos, hija mia, que dan mas luz que calor: estos y aquellos se apagan pronto y no debes tomarlos por fuego verdadero, ni aun en el instante mismo en que parece que sus promesas van á efectuarse. De hoy en adelante cuida de ser mas avara de tu presencia virginal: pon tu conversacion á precio mas alto, y no á la primera insinuacion admitas coloquios. Por lo que toca al príncipe, debes creer de él solamente que es un jóven, y que si una vez afloja

las riendas, pasará mas allá de lo que tú le puedes permitir. En suma, Ofelia, no creas sus palabras que son fementidas, ni es verdadero el color que aparentan; son intercesoras de profanos deseos, y si parecen sagrados y piadosos votos, es solo para engañar mejor. Por último, te digo claramente que de hoy mas no quiero que pierdas los momentos ociosos en hablar, ni mantener conversacion al príncipe. Cuidado con hacerlo asi: yo te lo mando. Vete á tu aposento.

OFELIA.

Asi lo haré, señor.

ESCENA X.

Esplanada delante del palacio. Noche obscura.

Hamlet. Horacio. Marcelo.

HAMLET.

El aire es frio y sutil en demasía.

HORACIO.

En efecto, es agudo y penetrante.

HAMLET.

¿Qué hora es ya?

HORACIO.

Me parece que aun no son las doce.

MARCELO.

No, ya han dado.

HORACIO.

No las he oido. Pues en tal caso ya está cerca el tiempo en que el muerto suele pasearse. ¿Pero qué significa este ruido, señor?

(Suena á lo lejos música de clarines y timbales.)

HAMLET.

Esta noche se huelga el rey, pasándola desvelado en un banquete con gran vocería y traspieses de embriaguez: y á cada copa del Rhin que bebe, los timbales y trompetas anuncian con estrépito sus victoriosos brindis.

HORACIO.

¿Se acostumbra eso aquí?

HAMLET.

Si, se acostumbra; pero aunque he nacido en este pais y estoy hecho á sus estilos, me parece que seria mas decoroso quebrantar esta costumbre que seguirla. Un esceso tal, que embrutece el entendimiento, nos infama á los ojos de las otras naciones desde oriente á occidente. Nos llaman ébrios: manchan nuestro nombre con este dictado afrentoso, y en verdad que él solo, por mas que poseamos en alto grado otras buenas cualidades, basta á empañar el lustre de nuestra reputacion. Asi acontece frecuentemente á los hombres. Cualquiera defecto natural en ellos, sea el de su nacimiento, del cual no son culpables (puesto que nadie puede escoger su orígen), sea cualquiera desórden ocurrido en su temperamento, que muchas veces rompe los límites y repa-

ros de la razon, ó sea cualquier hábito que se aparte demasiado de las costumbres recibidas, llevando estos hombres consigo el signo de un solo defecto que imprimió en ellos la naturaleza ó el acaso, aunque sus virtudes fuesen tantas cuantas es concedido á un mortal, y tan puras como la bondad celeste, serán no obstante amancilladas en el concepto público por aquel único vicio que las acompaña. Un solo adarme de mezcla quita el valor al mas precioso metal y le envilece.

HORACIO.

¿Veis? señor, ya viene.

(Aparécese la sombra del rey Hamlet hácia el fondo del teatro. Hamlet al verla se retira lleno de horror, y despues se encamina hácia ella.)

HAMLET.

¡Angeles (24) y ministros de piedad, defendednos! Ya seas alma dichosa ó condenada vision, traigas contigo aura celestial ó ardores del infierno, sea malvada ó benéfica intencion la tuya, en tal forma te me presentas, que es necesario que yo te hable. Si, te he de hablar.... Hamlet, mi rey, mi padre, soberano de Dinamarca... ¡Oh! respóndeme, no me atormentes con la duda. Dime, ¿por qué tus venerables huesos ya sepultados, han roto su vestidura fúnebre? ¿Por qué el sepulcro donde te dimos urna pacífica, te ha echado de sí, abriendo sus senos que cerraban pesados mármoles? ¿Cuál puede ser la causa de que tu difunto cuerpo del todo armado, vuelva otra vez á ver los rayos pálidos de la luna añadiendo á la noche horror? ¿Y qué nosotros ignorantes y

débiles por naturaleza, padezcamos agitacion espantosa con ideas que esceden á los alcances de nuestra razon? Dí, ¿por qué es esto? ¿por qué? ¿ó qué debemos hacer nosotros?

HORACIO.

Os hace señas de que le sigais, como si deseára comunicaros algo á solas.

MARCELO.

Ved con qué espresivo ademan os indica que le acompañeis á lugar mas remoto, pero no hay que ir con él.

HORACIO.

No, por ningun motivo.

HAMLET.

Sino quiere hablar, habré de seguirle.

HORACIO.

No hagais tal, señor.

HAMLET.

¿Y por qué no? ¿Qué temores debo tener? Yo no estimo la vida en nada, y á mi alma ¿qué puede él hacerla, siendo como él mismo cosa inmortal?... Otra vez me llama.... Voile á seguir.

HORACIO.

Pero señor, si os arrebata al mar (25) ó á la espantosa cima de ese monte, levantado sobre los peñascos que baten las ondas, y alli tomase alguna otra forma horrible capaz de impediros el uso de la razon y enagenarla con frenesí.... ¡Ay!

ved lo que haceis. El lugar solo inspira ideas melancólicas á cualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar, y sienta en la profundidad su bramido ronco.

HAMLET.

Todavía me llama.... Camina. Ya te sigo.

(La sombra hará los movimientos que indica el diálogo. Horacio y Marcelo quieren detener á Hamlet, y él los aparta con violencia y la sigue.).

MARCELO.

No, señor, no ireis.

HAMLET.

Dejadme.

HORACIO.

Creedme, no le sigais.

HAMLET.

Mis hados me conducen y prestan á la menor fibra de mi cuerpo la nerviosa robustez del leon de Nemea. Aun me llama.... Señores, apartad esas manos.... por Dios... ó quedara muerto á las mias el que me detenga. Otra vez te digo que andes, que voy á seguirte.

ESCENA XI.

Horacio. Marcelo.

HORACIO.

Su exaltada imaginacion le arrebata.

MARCELO.

Sigámosle, que en esto no debemos obedecerle.

HORACIO.

Sí, vamos detrás de él.... ¿Cuál será el fin de este suceso?

MARCELO.

Algun grave mal se oculta en Dinamarca.

HORACIO.

Los cielos dirigirán el éxito.

MARCELO.

Vamos, sigámosle.

ESCENA XII.

Parte remota cercana al mar. Vista á lo lejos del palacio de Elsingór.

Hamlet. La sombra del rey Hamlet.

HAMLET.

¿Adónde me quieres llevar? Habla, yo no paso de aquí.

LA SOMBRA.

Mírame.

HAMLET.

Ya te miro.

LA SOMBRA.

Casi es ya llegada la hora en que debo resti-

tuirme á las sulfúreas y atormentadoras llamas.

HAMLET.

¡Oh alma infeliz!

LA SOMBRA.

No me compadezcas: presta solo atentos oidos a lo que voy á revelarte.

HAMLET.

Habla, yo te prometo atencion.

LA SOMBRA.

Luego que me oigas, prometerás venganza.

HAMLET.

¿Por qué?

LA SOMBRA.

Yo soy el alma de tu padre, destinada por cierto tiempo á vagar de noche, y aprisionada en fuego durante el dia, hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometí en el mundo. ¡Oh! si no me fuera vedado manifestar los secretos de la prision que habito, pudiera decirte cosas que la menor de ellas bastaria á despedazar tu corazon; helar tu sangre juvenil; tus ojos, inflamados como estrellas, saltar de sus órbitas; tus anudados cabellos separarse, erizándose como las puas del colérico espin. Pero estos eternos misterios no son para los oidos humanos. Atiende, atiende, ¡ay! atiende. Si tuviste amor á tu tierno padre...

HAMLET.

¡Oh Dios!

LA SOMBRA.

Venga su muerte: venga un homicidio cruel y atroz.

HAMLET.

¿Homicidio?

LA SOMBRA.

Si, homicidio cruel, como todos lo son, pero el mas cruel y el mas injusto y el mas aleve.

HAMLET.

Refiéremelo (26) presto, para que con alas veloces como la fantasía, ó con la prontitud de los pensamientos amorosos, me precipite á la venganza.

LA SOMBRA.

Ya veo cuán dispuesto te hallas, y aunque tan insensible fueras como las malezas que se pudren incultas en las orillas del Leteo, no dejaria de conmoverte lo que voy á decir. Escúchame ahora, Hamlet. Esparcióse la voz de que estando en mi jardin dormido, me mordió una serpiente. Todos los oidos de Dinamarca fueron groseramente engañados con esta fabulosa invencion; pero tú debes saber, mancebo generoso, que la serpiente que mordió á tu padre, hoy ciñe su corona.

HAMLET.

¡Oh! présago me lo decia el corazon. ¡Mi tio!...

LA SOMBRA.

Si, aquel incestuoso, aquel mónstruo adúltero, valiéndose de su talento diabólico, valiéndose de traidoras dádivas.... (¡Oh talento y dádivas

malditas, que tal poder teneis para seducir!) supo inclinar á su deshonesto apetito la voluntad de la reina mi esposa, que yo creia tan llena de virtud. ¡Oh Hamlet, cuán grande fué su caida! Yo, cuyo amor para con ella fué tan puro.... yo, siempre tan fiel á los solemnes juramentos que en nuestro desposorio la hice, yo fuí aborrecido, y se rindió á aquel miserable, cuyas prendas eran en verdad harto inferiores á las mias. Pero asi como la virtud será incorruptible aunque la disolucion procure escitarla bajo divina forma, así la incontinencia aunque viviese unida á un ángel radiante, profanará con oprobio su tálamo celeste... Pero ya me parece que percibo el ambiente de la mañana. Debo ser breve. Dormia yo una tarde en mi jardin, segun lo acostumbraba siempre. Tu tio me sorprende en aquella hora de quietud, y trayendo consigo una ampolla de licor venenoso, derrama en mi oido su ponzoñosa destilacion, la cual de tal manera es contraria á la sangre del hombre, que semejante en la sutileza al mercurio, se dilata por todas las entradas y conductos del cuerpo, y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la mas pura y robusta sangre como la leche con las gotas ácidas. Este efecto produjo inmediatamente en mí, y el cútis hinchado comenzó á despegarse á trechos con una especie de lepra en ásperas y asquerosas costras. Asi fué que estando durmiendo perdí á manos de mi hermano mismo mi corona, mi esposa y mi vida á un tiempo. Perdí la vida cuando mi pecado estaba en todo su vigor, sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber recibido el pan eucarístico, sin haber sonado el clamor de agonía, sin lugar al reconocimiento de tanta culpa; presentado al tri-

bunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. ¡Oh maldad horrible, horrible!.... Si oyes la voz de la naturaleza, no sufras, no, que el tálamo real de Dinamarca sea el lecho de la lujuria y abominado incesto. Pero de cualquier modo que dirijas la accion, no manches con delito el alma, previniendo ofensas á tu madre. Abandona este cuidado al cielo: deja que aquellas agudas puntas que tiene fijas en su pecho, la hieran y atormenten. Adios. Ya la luciérnaga amortiguando su aparente fuego, nos anuncia la proximidad del dia. Adios. Adios. Acuérdate de mí.

ESCENA XIII.

Hamlet, y despues Horacio y Marcelo.

HAMLET.

¡Oh vosotros, ejércitos celestiales! ¡oh tierra!.... ¿y quién mas? ¿invocaré al infierno tambien?.... ¡Eh! no.... Detente, corazon mio, detente; y vos, mis nervios, no así os debiliteis en un momento, sostenedme robustos... ¡Acordarme de tí! Sí, alma infeliz, mientras haya memoria en este agitado mundo. ¡Acordarme de tí! Sí, yo me acordaré y yo borraré de mi fantasía todos los recuerdos frívolos, las sentencias de los libros, las ideas é impresiones de lo pasado que la juventud y la observacion estamparon en ella. Tu precepto solo, sin mezcla de otra cosa menos digna, vivirá escrito en el volúmen de mi entendimiento. Sí, por los cielos te lo juro.... ¡Oh muger, la mas de-

lincuente! ¡Oh malvado! ¡malvado! ¡halagüeño y execrable malvado! Conviene (27) que yo apunte en este libro.... (*Saca un libro de memorias y escribe en él.*) Sí... Que un hombre puede halagar y sonreirse, y ser un malvado; á lo menos estoy seguro de que en Dinamarca hay un hombre así, y este es mi tio... Sí, tú eres... ¡Ah! pero la espresion que debo conservar es esta. Adios, adios, acuérdate de mí. Yo he jurado acordarme.

HORACIO.

Señor, señor. (*Gritando desde adentro.*)

MARCELO.

Hamlet. (*Gritando desde adentro.*)

HORACIO.

Los cielos le asistan.

HAMLET.

¡Oh! háganlo así.

MARCELO.

¡Hola! ¡Eh! señor.

HAMLET.

¡Hola! amigos, ¡eh! venid, venid acá.
(Salen Horacio y Marcelo.)

MARCELO.

¿Qué ha sucedido?

HORACIO.

¿Qué noticias nos dais?

HAMLET.

¡Oh! maravillosas.

HORACIO.

Mi amado señor, decidlas.

HAMLET.

No, que lo revelareis.

HORACIO.

No, yo os prometo que no haré tal.

MARCELO.

Ni yo tampoco.

HAMLET.

¿Creeis vosotros que pudiese haber cabido en el corazon humano.... ¿Pero guardareis secreto?

LOS DOS.

Si señor, yo os lo juro.

HAMLET.

No existe en toda Dinamarca (28) un infame... que no sea un gran malvado.

HORACIO.

Pero no era necesario, señor, que un muerto saliera del sepulcro á persuadirnos esa verdad.

HAMLET.

Sí, cierto, teneis razon, y por eso mismo sin tratar mas del asunto, será bien despedirnos y separarnos: vosotros á donde vuestros negocios ó vuestra inclinacion os lleven.... que todos tienen

sus inclinaciones y negocios, sean los que sean, yo, ya lo sabeis, á mi triste ejercicio. A rezar.

HORACIO.

Todas esas palabras, señor, carecen de sentido y órden.

HAMLET.

Mucho me pesa de haberos ofendido con ellas: sí por cierto, me pesa en el alma.

HORACIO.

¡Oh! señor, no hay ofensa ninguna.

HAMLET.

Sí, por San Patricio (29) que si la hay, y muy grande, Horacio... En cuanto á la aparicion... Es un difunto venerable.... Sí, yo os lo aseguro...... Pero reprimid cuanto os fuese posible el deseo de saber lo que ha pasado entre él y yo. ¡Ah, mis buenos amigos! yo os pido, pues sois mis amigos y mis compañeros en el estudio y en las armas, que me concedais una corta merced.

HORACIO.

Con mucho gusto, señor: decid cual sea.

HAMLET.

Que nunca revelareis á nadie lo que habeis visto esta noche.

LOS DOS.

A nadie lo diremos.

HAMLET.

Pero es menester que lo jureis.

HORACIO.

Os doy mi palabra de no decirlo.

MARCELO.

Yo os prometo lo mismo.

HAMLET.

Sobre mi espada.

MARCELO.

Ved que ya lo hemos prometido.

HAMLET.

Sí, si, sobre mi espada. (30)

LA SOMBRA.

Juradlo.

(Se oirá la voz de la sombra, que suena á varias distancias debajo de tierra. Hamlet y los demas, horrorizados, mudan de situacion, segun lo indica el diálogo.)

HAMLET.

¡Ah! ¿eso (31) dices?... ¿Estás ahi, hombre de bien?... Vamos, ya le oís hablar en lo profundo. ¿Quereis jurar?

HORACIO.

Proponed la fórmula

HAMLET.

Que nunca direis lo que habeis visto. Juradlo por mi espada.

LA SOMBRA.

Juradlo.

HAMLET.

Hic et ubique? Mudaremos de lugar. Señores,

acercáos aquí: poned otra vez las manos en mi espada, y jurad por ella que nunca direis nada de esto que habeis oido y visto.

LA SOMBRA.

Juradlo por su espada.

HAMLET.

Bien has dicho, topo viejo, bien has dicho..... Pero ¿cómo puedes taladrar con tal prontitud los senos de la tierra, diestro minador? Mudemos otra vez de puesto, amigos.

HORACIO.

¡Oh! Dios de la luz y de las tinieblas, ¡qué estraño prodigio es este!

HAMLET.

Por eso como á un (32) estraño debeis hospedarle y tenerle oculto. Ello es, Horacio, que en el cielo y la tierra hay mas de lo qne puede soñar tu filosofía. Pero venid acá, y como antes dije, prometedme (así el cielo os haga felices) que por mas (33) singular y estraordinaria que sea de hoy mas mi conducta (puesto que acaso juzgaré á propósito afectar un proceder del todo estravagante), nunca vosotros al verme así dareis nada á entender, cruzando los brazos de esta manera, ó haciendo con la cabeza este movimiento, ó con frases equívocas como: sí, sí, nosotros sabemos: nosotros pudiéramos si quisiéramos.... si gustáramos de hablar: hay tanto que decir en eso: pudiera ser que.... ó en fin, cualquiera otra espresion ambigua, semejante á estas, por donde se infiera que vosotros

sabeis algo de mí. Juradlo: así en vuestras necesidades os asista el favor de Dios. Juradlo.

LA SOMBRA.

Jurad.

HAMLET.

Descansa, descansa, agitado espíritu. Señores, yo me recomiendo á vosotros con la mayor instancia, y creed que por mas infeliz que Hamlet se halle, Dios querrá que no falten medios para manifestaros la estimacion y amistad que os profesa. Vámonos. Poned el dedo en la boca, yo os lo ruego... La naturaleza está en desórden... ¡Iniquidad execrable! ¡Oh, nunca yo hubiera nacido para castigarla! Venid, vámonos juntos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I. (1)

Sala en casa de Polonio.

Polonio. Reynaldo.

POLONIO.

Reynaldo, entrégale este dinero y estas cartas.
(Le dá un bolsillo y unas cartas.)

REYNALDO.

Así lo haré, señor.

POLONIO.

Sería un admirable golpe (2) de prudencia, que antes de verle te informáras de su conducta.

REYNALDO.

En eso mismo estaba yo.

POLONIO.

Sí, es muy buena idea, muy buena. Mira, lo

primero has de averiguar qué dinamarqueses hay en Paris, y cómo, en qué términos, con quién, y en donde están, á quién tratan, qué gastos tienen; y sabiendo por estos rodeos y preguntas indirectas que conocen á mi hijo, entonces ve en derechura á tu objeto, encaminando á él en particular tus indagaciones. Haz como si le conocieras de lejos, diciendo: sí, conozco á su padre, y á algunos amigos suyos, y aun á él un poco.... ¿Lo has entendido?

REYNALDO.

Si señor, muy bien.

POLONIO.

Sí, le conozco un poco, pero.... (has de añadir entonces) pero no le he tratado. Si es el que yo creo, á fé que es bien calavera: inclinado á tal ó tal vicio... y luego dirás de él cuanto quieras fingir; digo, pero que no sean cosas tan fuertes que puedan deshonrarle. Cuidado con eso. Habla solo de aquellas travesuras, aquellas locuras y estravíos comunes á todos, que ya se reconocen por compañeros inseparables de la juventud y la libertad.

REYNALDO.

Como el jugar, ¿eh?

POLONIO.

Sí, el jugar, beber, esgrimir, jurar, disputar, mocear.... Hasta esto bien puedes alargarte.

REYNALDO.

Y aun con eso hay harto para quitarle el honor.

POLONIO.

No por cierto, ademas que todo depende del modo con que le acuses. No debes achacarle delitos escandalosos, ni pintarle como un jóven abandonado enteramente á la disolucion: no, no es esa mi idea. Has de insinuar sus defectos con tal arte, que parezcan nulidades producidas de falta de sujecion y no otra cosa, estravíos de una imaginacion ardiente, ímpetus nacidos de la efervescencia general de la sangre.

REYNALDO.

Pero señor.....

POLONIO.

¡Ah! tú querrás saber con qué fin debes hacer esto, ¿eh?

REYNALDO.

Gustaria de saberlo.

POLONIO.

Pues señor, mi fin es este, y creo que es proceder con mucha cordura. Cargando estas pequeñas faltas sobre mi hijo (como ligeras manchas de una obra preciosa) ganarás por medio de la conversacion la confianza de aquel á quien pretendas examinar. Si él está persuadido de que el muchacho tiene los mencionados vicios que tú le imputas, no dudes que él convenga con tu opinion, diciendo: señor mio, ó amigo; ó caballero... en fin, segun el título ó dictado de la persona ó del país.

REYNALDO.

Sí, ya estoy.

POLONIO.

Pues entonces él dice.... (3) dice.... ¿Qué iba yo á decir ahora?... algo iba yo á decir. ¿En qué estábamos?

REYNALDO.

En que él concluirá diciendo al amigo ó al caballero.

POLONIO.

Sí, concluirá diciendo. Es verdad.... así te dirá precisamente. Es verdad, yo conozco é ese mozo, ayer le ví, ó cualquier otro dia, ó en tal y tal ocasion, con este ó con aquel sugeto, y allí, como habeis dicho, le ví que jugaba, allá le encontré en una comilona, acullá en una quimera sobre el juego de pelota y.... (puede ser que añada) le he visto entrar en una casa pública, *videlicet* en un burdel, ó cosa tal. ¿Lo entiendes ahora? Con el anzuelo de la mentira pescarás la verdad: que así es como nosotros los que tenemos talento y prudencia solemos conseguir por indirectas al fin directo, usando de artificios y disimulacion. Así lo harás con mi hijo, segun la instruccion y advertencias que acabo de darte. ¿Me has entendido?

REYNALDO.

Si señor; quedo enterado.

POLONIO.

Pues adios, buen viage.

REYNALDO.

Señor.....

POLONIO

Examina por tí mismo sus inclinaciones.

REYNALDO.

Asi lo haré.

POLONIO.

Dejándole que obre libremente.

REYNALDO.

Está bien, señor.

POLONIO.

Adios.

ESCENA II.

Polonio. Ofelia.

POLONIO.

Y bien, Ofelia, ¿qué hay de nuevo?

OFELIA.

¡Ay señor, que he tenido un susto muy grande!

POLONIO.

¿Con qué motivo? Por Dios que me lo digas.

OFELIA.

Yo estaba haciendo (4) labor en mi cuarto, cuando el príncipe Hamlet, la ropa desceñida, sin sombrero en la cabeza, sucias las medias, sin atar, caidas hasta los pies, pálido como su camisa, las piernas trémulas, el semblante triste como si hubiera salido del infierno para anunciar horror... se presenta delante de mí.

POLONIO.

Loco, sin duda por tus amores, ¿eh?

OFELIA.

Yo, señor, no lo sé; pero en verdad lo temo.

POLONIO.

¿Y qué te dijo?

OFELIA.

Me asió una mano y me la apretó fuertemente. Apartóse despues á la distancia de su brazo, y poniendo, asi, la otra mano sobre su frente; fijó la vista en mi rostro recorriéndole con atencion como si hubiese de retratarle. De este modo permaneció largo rato, hasta que por último sacudiéndome ligeramente el brazo, y moviendo tres veces la cabeza abajo y arriba, exhaló un suspiro tan profundo y triste, que pareció deshacérsele en pedazos el cuerpo y dar fin á su vida. Hecho esto, me dejó, y levantada la cabeza comenzó á andar, sin valerse de los ojos para hallar el camino: salió de la puerta sin verla, y al pasar por ella fijó la vista en mí,

POLONIO.

Ven conmigo; quiero ver al rey. Ese es un verdadero éxtasis de amor, que siempre fatal á sí mismo en su esceso violento, inclina la voluntad á empresas temerarias, mas que ninguna otra pasion de cuantas debajo del cielo combaten nuestra naturaleza. Mucho siento este accidente. Pero dime, ¿le has tratado con dureza en estos últimos dias?

OFELIA.

No señor, solo en cumplimiento de lo que mandásteis, le he devuelto sus cartas, y me he negado á sus visitas.

POLONIO.

Y eso basta para haberle trastornado así. Me pesa no haber juzgado con mas acierto de su pasion. Yo temí que era solo un artificio suyo para perderte.... ¡Sospecha indigna! ¡Eh! tan (5) propio parece de la edad anciana pasar mas allá de lo justo en sus conjeturas, como lo es en la juventud la falta de prevision. Vamos, vamos á ver al rey. Conviene que lo sepa. Si le callo este amor, sería mas grande el sentimiento que pudiera causarle, teniéndole oculto, que el disgusto que recibirá al saberlo. Vamos.

ESCENA III.

Salon de palacio.

Claudio. Gertrudis. Ricardo. Guillermo. Acompañamiento.

CLAUDIO.

Bien venido, (6) Guillermo, y tú tambien, querido Ricardo. Ademas de lo mucho que se me dilataba el veros, la necesidad que tengo de vosotros me ha determinado á solicitar vuestra venida. Algo habeis oido ya de la transformacion de Hamlet. Asi puedo llamarla, puesto que ni en lo interior ni en lo esterior se parece nada al que antes era, ni llego á imaginar qué otra cosa haya podido privarle asi de la razon, si ya no es la muerte de su padre. Yo os ruego á entrambos, pues desde la primera infancia os habeis criado

con él, y existe entre vosotros aquella intimidad nacida de la igualdad en los años y en el genio, que tengais á bien deteneros en mi corte algunos dias. Acaso el trato vuestro restablecerá su alegría; y aprovechando las ocasiones que se presenten, ved cuál sea la ignorada afliccion que asi le consume, para que descubriéndola procuremos su alivio.

GERTRUDIS.

Él ha hablado mucho de vosotros, mis buenos señores, y estoy segura de que no se hallarán otros dos sugetos á quienes él profese mayor cariño. Si tanta fuese vuestra bondad, que gusteis de pasar con nosotros algun tiempo para contribuir al logro de mi esperanza, vuestra asistencia será remunerada como corresponde al agradecimiento de un rey.

RICARDO.

Vuestras magestades tienen soberana autoridad en nosotros, y en vez de rogar deben mandarnos.

GUILLERMO.

Uno y otro obedeceremos, y postramos á vuestros pies, con el mas puro afecto, el celo de serviros que nos anima.

CLAUDIO.

Muchas gracias, cortés Guillermo. Gracias, Ricardo.

GERTRUDIS.

Os quedo muy agradecida, señores, y os pido que veais cuanto antes á mi doliente hijo. (*Á los criados.*) Conduzca alguno de vosotros á estos caballeros adonde Hamlet se halle.

GUILLERMO.

Haga el cielo que nuestra compañía y nuestros conatos puedan serle agradables y útiles.

GERTRUDIS

Si. Amen.

ESCENA IV.

Claudio. Gertrudis. Polonio. Acompañamiento.

POLONIO.

Señor, los embajadores (7) enviados á Noruega han vuelto ya, en estremo contentos.

CLAUDIO.

Siempre has sido tú padre de buenas nuevas.

POLONIO.

¡Oh! sí, ¿no es verdad? Y os puedo asegurar, venerado señor, que mis acciones y mi corazon no tienen otro objeto que el servicio de Dios y el de mi rey: y si este talento mio no ha perdido enteramente aquel seguro olfato con que supo siempre rastrear asuntos políticos, pienso haber descubierto ya la verdadera causa de la locura del príncipe.

CLAUDIO.

Pues dínosla, que estoy impaciente de saberla.

POLONIO.

Será bien que deis primero audiencia á los embajadores: mi informe servirá de postres á este gran festin.

CLAUDIO.

Tú mismo puedes ir á cumplimentarlos é introducirlos. (*Vase Polonio.*) Dice que ha descubierto, amada Gertrudis, la causa verdadera de la indisposicion de tu hijo.

GERTRUDIS.

¡Ah! yo dudo que él tenga otra mayor que la muerte de su padre, y nuestro acelerado casamiento.

CLAUDIO.

Yo sabré examinarle.

ESCENA V.

Claudio. Gertrudis. Polonio. Voltiman. Cornelio. Acompañamiento.

CLAUDIO.

Bien venidos, amigos. Di, Voltiman, ¿qué respondió nuestro hermano el rey de Noruega?

VOLTIMAN.

Corresponde con la mas sincera amistad á vuestras atenciones y á vuestro ruego. Asi que llegamos, mandó suspender los armamentos que hacia su sobrino, fingiendo ser preparativos contra el polaco; pero mejor informado despues, halló ser cierto que se dirigian en ofensa vuestra. Indignado de que abusáran asi de la impotencia á que le han reducido su edad y sus males, envió estrechas órdenes á Fortimbrás, que sometiéndo-

se prontamente á las reprensiones del tio, le ha jurado por último que nunca mas tomará las armas contra vuestra magestad. Satisfecho de este procedimiento el anciano rey, le señala sesenta mil escudos anuales, y le permite emplear contra Polonia las tropas que habia levantado. A este fin os ruega concedais paso libre por vuestros estados al ejército prevenido para tal empresa, bajo las condiciones de recíproca seguridad, espresadas aquí.

(Saca unos papeles y se los dá á Claudio.)

CLAUDIO.

Está bien: leeré en tiempo mas oportuno sus proposiciones, y reflexionaré lo que debo en este caso responderle. Entretanto os doy gracias por el feliz desempeño de vuestro encargo. Descansad. A la noche sereis conmigo en el festin. Tendré gusto de veros.

ESCENA VI.

Claudio. Gertrudis. Polonio.

POLONIO.

Este asunto se ha concluido muy bien. (*Claudio hace una seña, y se retira el acompañamiento.*) Mi soberano (8), y vos, señora: esplicar lo que es la dignidad de un monarca, las obligaciones del vasallo, por qué el dia es dia, noche la noche, y tiempo el tiempo, seria gastar inútilmente el dia, la noche y el tiempo. Asi pues, como (9) quiera que la brevedad es el alma del talento, y que na-

da hay mas enfadoso que los rodeos y perífrasis... seré muy breve. Vuestro noble hijo está loco; y le llamo loco, porque, si en rigor se examina, ¿qué otra cosa es la locura sino estar uno enteramente loco? Pero dejando esto aparte....

GERTRUDIS.

Al caso, Polonio, al caso, y menos artificios.

POLONIO.

Yo os prometo, señora, que no me valgo de artificio alguno. Es cierto que él está loco. Es cierto que es lástima, y es lástima que sea cierto; pero dejemos á un lado esta pueril antítesis, que no quiero usar de artificios. Convengamos pues, en que está loco, y ahora falta descubrir la causa de este efecto, ó por mejor decir, la causa de este defecto; porque este efecto defectuoso nace de una causa, y asi resta considerar lo restante. Yo tenga una hija.... la tengo mientras es mia: que en prueba de su respeto y sumision.... notad lo que os digo... me ha entregado esta carta. (*Saca una carta y lee en ella los pedazos que indica el diálogo.*) Ahora resumid los hechos y sacareis la consecuencia. *Al ídolo celestial de mi alma, á la sin par Ofelia*.... Esta es una alta frase.... una falta de frase sin par.... Es una falta de frase, pero oid lo demas. *Estas letras destinadas á que su blanco y hermoso pecho las guarde: estas*...

GERTRUDIS.

¿Y esa carta se la ha enviado Hamlet?

POLONIO.

¡Bueno por cierto! Esperad un poco, seré muy fiel.

Duda que son de fuego las estrellas,
Duda si al sol el movimiento falta,
Duda lo cierto, admite lo dudoso;
Pero no dudes de mi amor las ansias.

Estos versos aumentan mi dolor, querida Ofelia; ni sé tampoco espresar mis penas con arte; pero cree que te amo en estremo, con el mayor estremo posible. Adios. Tuyo siempre, mi adorada niña, mientras esta máquina exista.—HAMLET.

Mi hija, en fuerza de su obediencia, me ha hecho ver esta carta, y ademas me ha contado las solicitudes del príncipe, segun han ocurrido, con todas las circunstancias del tiempo, el lugar y el modo.

CLAUDIO.

¿Y ella cómo ha recibido su amor?

POLONIO.

¿En qué opinion me teneis?

CLAUDIO.

En la de un hombre honrado y veráz.

POLONIO.

Y me complazco en probaros que lo soy. Pero ¿qué hubiérais pensado de mí, si cuando he visto que tomaba vuelo este ardiente amor... porque os puedo asegurar que aun antes que mi hija me hablase, ya lo habia yo advertido.... ¿qué hubiera

pensado de mí vuestra magestad y la reina que está presente, si hubiera tolerado este galanteo? ¿Si haciéndome violencia á mí propio hubiera permanecido silencioso y mudo, mirándolo con indiferencia? ¿Qué hubiérais pensado de mí? No señor, yo he ido en derechura al asunto; y la dije á la niña ni mas ni menos: hija, el señor Hamlet es un príncipe muy superior á tu esfera.... Esto no debe pasar adelante. Y despues la mandé que se encerrase en su estancia sin admitir recados, ni recibir presentes. Ella ha sabido aprovecharse de mis preceptos, y el príncipe.,.. (para abreviar la historia) al verse desdeñado, comenzó á padecer melancolías, despues inapetencia, despues vigilias, despues debilidad, despues aturdimiento, y despues (por una graduacion natural) la locura que le saca fuera de sí, y que todos nosotros lloramos.

CLAUDIO.

¿Creeis, señora, que esto haya pasado asi?

GERTRUDIS.

Me parece bastante probable.

POLONIO.

¿Ha sucedido alguna vez.... (tendria gusto de saberlo) que yo haya dicho positivamente, esto hay, y que haya resultado lo contrario?

CLAUDIO.

No se me acuerda.

POLONIO.

Pues separadme esta de este (*Señalando la ca-*

beza y el cuello.), si otra cosa hubiere en el asunto.... ¡Ah! por poco que las circunstancias me ayuden, yo descubriré la verdad donde quiera que se oculte, aunque el centro de la tierra la sepultára.

CLAUDIO.

¿Y cómo te parece que pudiéramos hacer nuevas indagaciones?

POLONIO.

Bien sabeis que el príncipe suele pasearse algunas veces por esa galería cuatro horas enteras.

GERTRUDIS.

Es verdad, asi suele hacerlo.

POLONIO.

Pues cuando él venga, yo haré que mi hija le salga al paso. Vos y yo nos ocultaremos detrás de los tapices, para observar lo que hace al verla. Si él no la ama y no es esta la causa de haber perdido el juicio, despedidme de vuestro lado y de vuestra córte, y enviadme á una alquería á guiar un arado.

CLAUDIO.

Sí, yo lo quiero averiguar.

GERTRUDIS.

Pero ¿veis? (10) ¡qué lástima! Leyendo viene el infeliz.

POLONIO.

Retiráos, yo os lo suplico, retiráos entrambos que le quiero hablar, si me dais licencia.

ESCENA VII.

Polonio. Hamlet.

POLONIO.

¿Cómo os va, mi buen señor?

(Hamlet sale leyendo en un libro.)

HAMLET.

Bien, á Dios gracias.

POLONIO.

¿Me conoceis?

HAMLET.

Perfectamente. Tú vendes peces

POLONIO.

¿Yo? No señor.

HAMLET.

Así fueras honrado.

POLONIO.

¿Honrado decís?

HAMLET.

Si señor que lo digo. El ser honrado segun vá el mundo, es lo mismo que ser escogido uno entre diez mil.

POLONIO.

Todo eso es verdad.

HAMLET.

Si el sol engendra (11) gusanos en un perro muerto, y aunque es un dios, alumbra benigno

con sus rayos á un cadáver corrupto.... ¿No tienes una hija?

POLONIO.

Si señor, una tengo.

HAMLET.

Pues no la dejes pasear al sol. La concepcion es una bendicion del cielo, pero no del modo en que tu hija podrá concebir. Cuida mucho de esto, amigo.

POLONIO.

Pero ¿qué quereis decir con eso? Siempre está pensando en mi hija. No obstante, al principio no me conoció... Dice que vendo peces.... ¡Está rematado, rematado...! Y en verdad que yo tambien, siendo mozo, me ví muy trastornado por el amor.... cuasi tanto como él. Quiero hablarle otra vez. ¿Qué estais leyendo?

HAMLET.

Palabras, palabras, todo palabras.

POLONIO.

¿Y de qué se trata?

HAMLET.

¿Entre quién?

POLONIO.

Digo que de qué trata el libro que leeis.

HAMLET.

De calumnias. Aqui dice (12) el malvado satírico, que los viejos tienen la barba blanca, las caras con arrugas, que vierten de sus ojos ambar

abundante y goma de ciruela, que padecen gran debilidad de piernas y mucha falta de entendimiento. Todo lo cual, señor mio, aunque yo plena y eficazmente lo creo, con todo eso no me parece bien hallarlo afirmado en tales términos; porque al fin vos seriais sin duda tan jóven como yo, si os fuera posible andar hácia atrás como el cangrejo.

POLONIO.

Aunque todo es locura, no deja de observar método en lo que dice. ¿Quereis venir, señor, á donde no os dé el aire?

HAMLET.

¿A dónde? ¿A la sepultura?

POLONIO.

Cierto, que allí no dá el aire. ¡Con qué agudeza responde siempre! Estos golpes felices son frecuentes en la locura, cuando en el estado de razon y salud tal vez no se logran. Vóile á dejar, y disponer al instante el careo entre él y mi hija. Señor, si me dais licencia de que me vaya....

HAMLET.

No me puedes pedir cosa que con mas gusto te conceda, esceptuando la vida, eso sí, esceptuando la vida.

POLONIO.

Adios, señor.

HAMLET.

¡Fastidiosos y extravagantes viejos!

POLONIO.

Si buscais al príncipe, vedle ahí.

(Dirá esto á Guillermo y Ricardo que salen por donde él se va.)

ESCENA VIII.

Hamlet. Ricardo. Guillermo.

RICARDO.

Buenos dias, señor.

GUILLERMO.

Dios guarde á vuestra alteza.

RICARDO.

Mi venerado príncipe.

HAMLET.

¡Oh buenos amigos! ¿Cómo va? ¡Guillermo, Ricardo, guapos mozos! ¿Cómo va? ¿Qué se hace de bueno?

RICARDO.

Nada, señor: pasamos una vida muy indiferente.

GUILLERMO.

Nos creemos felices en no ser demasiado felices. No, no servimos de airon al tocado de la fortuna.

HAMLET.

¿Ni de suelas á su calzado?

RICARDO.

Ni uno ni otro.

HAMLET.

En tal caso (13) estareis colocados hácia su cintura: allí es el centro de los favores.

GUILLERMO.

Cierto, como privados suyos.

HAMLET.

Pues, allí en lo mas oculto.... ¡Ah! decis bien, ella es una prostituta.... ¿Qué hay de nuevo?

RICARDO.

Nada, sino que ya los hombres van siendo buenos.

HAMLET.

Señal que el dia del juicio va á venir pronto. Pero vuestras noticias no son ciertas.... Permitid que os pregunte mas particularmente. ¿Por qué delitos os ha traido aquí vuestra mala suerte á vivir en prision?

GUILLERMO

¿En prision decis?

HAMLET.

Sí, Dinamarca es una cárcel.

RICARDO.

Tambien el mundo lo será.

HAMLET.

Y muy grande, con muchas guardas, encierros y calabozos, y Dinamarca es uno de los peores.

RICARDO.

Nosotros no éramos de esa opinion.

HAMLET.

Para vosotros podrá no serlo, porque nada hay bueno ni malo, sino en fuerza de nuestra fantasia. Para mí es una verdadera cárcel.

RICARDO.

Será vuestra ambicion la que os le figura tal: la grandeza de vuestro ánimo le hallará estrecho.

HAMLET.

¡Oh Dios mio! Yo pudiera estar encerrado en la cáscara de una nuez, y creerme soberano de un estado inmenso.... Pero estos sueños terribles me hacen infeliz.

RICARDO.

Todos esos sueños son ambicion, y todo cuanto al ambicioso le agita, no es mas que la sombra de un sueño.

HAMLET

El sueño en sí no es mas que una sombra.

RICARDO.

Ciertamente, y yo considero la ambicion por tan ligera y vana, que me parece la sombra de una sombra.

HAMLET.

De donde resulta que los mendigos son cuerpos, y los monarcas y héroes agigantados, sombras de los mendigos.... Iremos un rato á la cór-

te, señores, porque á la verdad no tengo la cabeza para discurrir.

LOS DOS.

Os iremos sirviendo.

HAMLET.

¡Oh! no se trate de eso. No os quiero confundir con mis criados, que á fé de hombre de bien me sirven indignamente. Pero decidme por nuestra amistad antigua: ¿qué haceis en Elsingór?

RICARDO.

Señor, hemos venido únicamente á veros.

HAMLET.

Tan pobre soy que aun de gracias estoy escaso: no obstante, agradezco vuestra fineza.... Bien que os puedo asegurar que mis gracias, aunque se paguen á ochavo, se pagan mucho. ¿Y quién os ha hecho venir? ¿Es libre esta visita? ¿Me la haceis por vuestro gusto propio? Vaya, habladme con franqueza: vaya, decídmelo.

GUILLERMO.

¿Y qué os hemos de decir, señor.

HAMLET.

Todo lo que haya acerca de esto. A vosotros os envian sin duda, y en vuestros ojos hallo una especie de confesion, que toda vuestra reserva no puede desmentir. Yo sé que el bueno del rey y tambien la reina os han mandado que vengais.

RICARDO.

¿Pero á qué fin?

HAMLET.

Eso es lo que debeis decirme. Pero os pido por los derechos de nuestra amistad, por la conformidad de nuestros años juveniles, por las obligaciones de nuestro no interrumpido afecto, por todo aquello, en fin, que sea para vosotros mas grato y respetable, que me digais con sencillez la verdad. ¿Os han mandado venir ó no?

RICARDO.

¿Qué dices tú? (*Mirando á Guillermo.*)

HAMLET.

Ya os he dicho que lo estoy viéndo en vuestros ojos: si me estimais de veras, no hay que desmentirlos.

GUILLERMO.

Pues señor, es cierto: nos han hecho venir.

HAMLET.

Y yo os voy á decir el motivo; asi me anticiparé á vuestra propia confesion, sin que la fidelidad que debeis al rey y á la reina quede por vosotros ofendida Yo he perdido de poco tiempo á esta parte, sin saber la causa, toda mi alegría, olvidando mis ordinarias ocupaciones; y este accidente ha sido tan funesto á mi salud, que la tierra, esa divina máquina, me parece un promontorio estéril, ese dosel magnífico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre magestuosa sembrada de doradas luces, no otra cosa me parece que una desagradable y pestífera multitud de vapores. ¡Qué admirable fá-

brica es la del hombre! ¡Qué noble su razon! ¡Qué infinitas sus facultades! ¡Qué espresivo y maravilloso en su forma y sus movimientos! ¡Qué semejante á un ángel en sus acciones! ¡Y en su espíritu qué semejante á Dios! Él es sin duda lo mas hermoso de la tierra, el mas perfecto de todos los animales. Pues no obstante, ¿qué juzgais que es en mi estimacion ese purificado polvo? El hombre no me deleita.... ni menos la muger.... bien que ya veo en vuestra sonrisa que aprobais mi opinion.

RICARDO.

En verdad, señor, que no habeis acertado mis ideas.

HAMLET.

¿Pues por qué te reias cuando dije que no me deleita el hombre?

RICARDO.

Me reí al considerar, puesto que los hombres no os deleitan, qué comidas de cuaresma dareis á los cómicos que hemos hallado en el camino, y están ahí deseando emplearse en servicio vuestro.

HAMLET.

El que hace de rey sea muy bien venido, su magestad recibirá mis obsequios como es de razon; el arrojado caballero sacará á lucir su espada y su broquel, el enamorado no suspirará de balde, el que hace de loco acabará su papel en paz, el patan dará aquellas risotadas con que sacude los pulmones áridos, y la dama espresará libremente su pasion, ó las interrupciones del verso hablarán por ella. ¿Y qué cómicos son?

RICARDO.

Los que mas os agradan regularmente. La compañía trágica de nuestra ciudad.

HAMLET.

¿Y por qué andan vagando asi? ¿No les seria mejor para su reputacion y sus intereses establecerse en alguna parte?

RICARDO.

Creo que los (14) últimos reglamentos se lo prohiben.

HAMLET.

¿Son hoy tan bien recibidos como cuando yo estuve en la ciudad? ¿Acude siempre el mismo concurso?

RICARDO.

No señor, no por cierto.

HAMLET.

¿Y en qué consiste? ¿se han echado á perder?

RICARDO.

No señor. Ellos han procurado seguir siempre su acostumbrado método, pero hay aqui una cria de (15) chiquillos, vencejos chillones, que gritando en la declamacion fuera de propósito, son por esto mismo palmoteados hasta el esceso. Esta es la diversion del dia, y tanto han denigrado los espectáculos ordinarios (como ellos los llaman) que muchos caballeros de espada en cinta, atemorizados de las plumas de ganso de este teatro, rara vez se atreven á poner el pie en los otros.

HAMLET.

¡Oiga! ¿Con que son muchachos? ¿Y quién los sostiene? ¿Qué sueldo les dan? ¿Abandonarán el ejercicio cuando pierdan la voz para cantar? Y cuando tengan que hacerse cómicos ordinarios, como parece inverosímil que suceda, si carecen de otros medios, ¿no dirán entonces que sus compositores los han perjudicado, haciéndoles declamar contra la profesion misma que han tenido que abrazar despues?

RICARDO.

Lo cierto es que han ocurrido ya muchos disgustos por ambas partes, y la nacion ve sin escrúpulo continuarse la discordia entre ellos. Ha habido tiempo en que el dinero de las piezas no se cobraba, hasta que el poeta y el cómico reñian y se hartaban de bofetones.

HAMLET.

¿Es posible?

GUILLERMO.

¡Oh sí lo es! Como que ha habido ya muchas cabezas rotas.

HAMLET.

Y qué, ¿los chicos han vencido en esas peleas?

RICARDO.

Cierto que sí, y se hubieran burlado del mismo Hércules con maza y todo.

HAMLET.

No es estraño. Ya veis mi tio rey de Dinamarca. Los que se mofaban de él mientras vivió mi

padre, ahora dan veinte, cuarenta, cincuenta y aun cien ducados por su retrato de miniatura. En esto hay algo que es mas que natural, si la filosofía pudiera descubrirlo.

GUILLERMO.

Ya están ahí los cómicos.

HAMLET.

Pues caballeros, muy bien venidos á Elsingór: acercáos aqui, dadme las manos. Las señales de una buena acogida consisten por lo comun en ceremonias y cumplimientos; pero permitid que os trate asi, porque os hago saber que yo debo recibir muy bien á los cómicos en lo esterior, y no quisiera que las distinciones que á ellos les haga, pareciesen mayores que las que os hago á vosotros. Bien venidos... Pero mi tio padre, y mi madre tia, á fé á fé que se equivocan mucho.

GUILLERMO.

¿En qué, señor?

HAMLET.

Yo no estoy loco, sino cuando sopla el nordeste; pero cuando corre el sud, distingo muy bien un huevo de una castaña.

ESCENA IX.

Polonio y dichos.

POLONIO.

Dios os guarde, señores.

HAMLET.

Oye aqui, Guillermo, y tú tambien... un oyente á cada lado. ¿Veis aquel vejestorio que acaba de entrar? Pues aun no ha salido de mantillas.

RICARDO.

O acaso habrá vuelto á ellas, porque segun se dice, la vejez es segunda infancia.

HAMLET.

Apostaré que me viene á hablar de los cómicos, tened cuidado.... Pues señor, tú tienes razon: eso fué lunes por la mañana, no hay duda.

POLONIO.

Señor, tengo que daros una noticia.

HAMLET.

Señor, tengo que daros una noticia. (*Imitando la voz de Polonio.*) Cuando Roscio era actor en Roma.....

POLONIO.

Señor, los cómicos han venido.

HAMLET.

¡Tuh! ¡tuh! ¡tuh!

POLONIO.

Como soy hombre de bien que si.

HAMLET.

Cada actor viene caballero en burro.

(**Hamlet declama este verso en tono trágico y los que dice poco despues.**)

POLONIO.

Estos son los mas escelentes actores del mundo, asi en la tragedia (16) como en la comedia, historia ó pastoral, en lo cómico-pastoral, histórico-pastoral, trágico-histórico, tragi-cómico, histórico-pastoral, escena (17) invisible, poema ilimitado.... ¡Qué! para ellos ni Séneca es demasiado grave, ni Plauto demasiado ligero, y en cuanto á las reglas de composicion y á la franqueza cómica, estos son los únicos.

HAMLET.

¡Oh Jepté, juez de Israel....

¡Qué tesoro poseiste!

POLONIO.

¿Y qué tesoro era el suyo, señor?

HAMLET.

¿Qué tesoro?

No mas que una hermosa hija
A quien amaba en estremo.

POLONIO.

Siempre pensando en mi hija.

HAMLET.

¿No tengo razon, anciano Jepté?

POLONIO

Señor, si me llamais Jepté, cierto es que tengo una hija á quien amo en estremo.

HAMLET.

¡Oh! no es eso lo que se sigue.

POLONIO.

¿Pues qué sigue, señor?

HAMLET.

Esto.

No hay mas suerte que Dios, ni mas destino.

Y luego ya sabes:

Que cuanto nos sucede él lo previno.

Lee la primera (18) línea de aquella devota cancion, y ella sola te manifestará lo demas. Pero ¿veis? Ahí vienen otros á hablar por mí.

ESCENA X.

Hamlet. Ricardo. Guillermo. Polonio y cuatro cómicos.

HAMLET.

Bien venidos, señores: me alegro de veros á todos tan buenos. Bien venidos.... ¡Oh! ¡oh camarada antiguo! mucho se te ha arrugado la cara desde la última vez que te ví. ¿Vienes á Dinamarca á hacerme parecer viejo á mi tambien? ¡Y tú, mi niña, oiga! ya eres una señorita: por la Virgen, que ya está vuesamerced una cuarta mas cerca del cielo desde que no la he visto. Dios (19) quie-

ra que tu voz, semejante á una pieza de oro falso, no se descubra al echarla en el crisol. Señores, muy bien venidos todos. Pero amigos, yo voy en derechura al caso, y corro detras del primer objeto que se me presenta, como alconero francés. Yo quiero al instante una relacion. Si, veamos alguna prueba de vuestra habilidad. Vaya un pasage afectuoso.

CÓMICO PRIMERO.

¿Y cuál quereis, señor?

HAMLET.

Me acuerdo de haberte oido en otro tiempo una relacion que nunca se ha representado al público, ó una sola vez cuando mas.... Sí, y me acuerdo tambien que no agradaba á la multitud: no era ciertamente manjar para el vulgo. Pero á mí me pareció entonces, y aun á otros cuyo dictámen vale mas que el mio, una escelente pieza, bien dispuesta la fábula, y escrita con elegancia y decoro. No faltó sin embargo quien dijo que no habia en los versos toda la sal necesaria para sazonar el asunto, y que lo insignificante del estilo anunciaba poca sensibilidad en el autor; bien que no dejaban de tenerla por obra escrita con método, instructiva y elegante, y mas brillante que delicada. Particularmente me gustó mucho en ella una recion que Eneas hace á Dido, y sobre todo cuando habla de la muerte de Priamo. Si la tienes en la memoria... empieza por aquel verso... deja, deja, veré si me acuerdo.

Pirro feroz como la Hírcana tigre....

(Todos los versos de esta escena los dicen con declamacion trágica.)

No es este, pero empieza con Pirro.... ¡ah...!

Pirro (20) feroz, con pavonadas armas,
Negras como su intento, reclinado
Dentro en los senos del caballo enorme,
A la lóbrega noche parecia.
Ya su terrible, ennegrecido aspecto
Mayor espanto dá. Todo le tiñe
De la cabeza al pié caliente sangre
De ancianos y matronas, de robustos
Mancebos y de vírgenes, que abrasa
El fuego de inflamados edificios
En confuso monton: á cuya horrenda
Luz que despiden, el caudillo insano
Muerte y estrago esparce. Ardiendo en ira,
Cubierto de cuajada sangre, vuelve
Los ojos, al carbunclo semejantes,
Y busca instado de infernal venganza,
Al viejo abuelo Priamo....

Prosigue tú.

POLONIO.

¡Muy bien declamado á fé mia! con buen acento y bella espresion.

CÓMICO PRIMERO.

Al momento
Le vé lidiando ¡resistencia breve!
Contra los griegos: su temida espada
Rebelde al brazo ya, le pesa inútil.
Pirro, de furias lleno, le provoca
A liza desigual: herirle intenta,

Y el aire solo del funesto acero
Postra al débil anciano. Y cual si fuese
A tanto golpe el Ilion sensible,
Al suelo desplomó sus techos altos,
Ardiendo en llamas, y al rumor suspenso.
Pirro.... ¿Le veis? la espada que venia
A herir del Teucro la nevada frente
Se detiene en los aires, y él inmoble,
Absorto, y mudo y sin accion su enojo,
La imagen de un tirano representa
Que figuró el pincel. Mas como suele
Tal vez el cielo en tempestad obscura
Parar su movimiento, de los aires
El ímpetu cesar, y en silenciosa
Quietud de muerte reposar el orbe,
Hasta que el trueno, con horror zumbando,
Rompe la alta region, asi un instante
Suspensa fué la cólera de Pirro,
Y asi, dispuesto á la venganza, el duro
Combate renovó. No mas tremendo
Golpe en las armas de Mavorte eternas
Dieron jamás los ciclopes tostados,
Que sobre el triste anciano la cuchilla
Sangrienta dió del sucesor de Aquiles.
¡Oh fortuna falaz...! Vos, poderosos
Dioses, quitadla su dominio injusto:
Romped los rayos de su rueda y calces,
Y el eje circular desde el Olimpo
Caiga en pedazos del abismo al centro.

POLONIO.

Es demasiado largo.

HAMLET.

Lo mismo dirá de tus barbas el barbero. Prosigue. Este solo gusta de ver bailar ó de oir cuen-

tos de alcahuetas, ó si no se duerme. Prosigue con aquello de Hécuba.

CÓMICO PRIMERO.

Pero quien viese ¡oh vista dolorosa!
La mal ceñida Reina....

HAMLET.

¡La mal ceñida reina!

POLONIO.

Eso es bueno, mal ceñida reina, ¡bueno!

CÓMICO PRIMERO.

Pero quien viese ¡oh vista dolorosa!
La mal ceñida reina, el pie desnudo,
Girar de un lado al otro, amenazando
Estinguir con sus lágrimas el fuego....
En vez de vestidura rozagante
Cubierto el seno, harto fecundo un dia,
Con las ropas del lecho arrebatadas,
(Ni á mas la dió lugar el susto horrible)
Rasgado un velo en su cabeza, donde
Antes resplandeció corona augusta....
¡Ay! quien la viese, á los supremos hados
Con lengua venenosa execraria.
Los dioses mismos, si á piedad les mueve
El linage mortal, dolor sintieran
De verla, cuando al implacable Pirro
Halló esparciendo en trozos con su espada,
Del muerto esposo los helados miembros,
Lo vé, y esclama con gemido triste,
Bastante á conturbar allá en su altura
Las deidades de Olimpo, y los brillantes
Ojos del cielo humedecer en lloro.

POLONIO.

Ved como muda de color y se le han saltado las lágrimas. No, no prosigais.

HAMLET.

Basta ya, presto me dirás lo que falta. Señor, mio, es menester hacer que estos cómicos se establezcan, ¿lo entiendes? y agasajarlos bien. Ellos son sin duda el epítome histórico de los siglos, y mas te valdrá tener despues de muerto un mal epitafio, que una mala reputacion entre ellos mientras vivas.

POLONIO.

Yo, señor, los trataré conforme á sus méritos.

HAMLET.

¡Qué cabeza esta! No señor, mucho mejor. Si á los hombres se les hubiese de tratar segun merecen, ¿quién escaparia de ser azotado? Trátalos como corresponde á tu nobleza y á tu propio honor: cuanto menor sea su mérito, mayor sea tu bondad. Acompáñalos.

POLONIO.

Venid, señores.

HAMLET.

Amigos, id con él. Mañana habrá comedia. Oye aqui tú, amigo: dime, ¿no pudiérais representar *La muerte de Gonzago*?

CÓMICO PRIMERO.

Si señor.

HAMLET.

Pues mañana á la noche quiero que se haga.

¿Y no podrias, si fuese menester, aprender de memoria unos doce ó diez y seis versos que quiero escribir é insertar en la pieza? ¿Podrás?

CÓMICO PRIMERO.

Si señor.

HAMLET.

Muy bien: pues vete con aquel caballero, y cuenta no hagais burla de él. Amigos, hasta la noche. Pasadlo bien.

RICARDO.

Señor.

HAMLET.

Id con Dios.

ESCENA XI.

Hamlet.

Ya estoy solo. ¡Qué abatido, que insensible soy! ¿No es admirable que este actor, en una fábula, en una ficcion, pueda dirigir tan á su placer el ánimo, que asi agite y desfigure el rostro en la declamacion, vertiendo de sus ojos lágrimas, débil la voz, y todas sus acciones tan acomodadas á lo que quiere espresar? Y esto por nadie: por Hécuba. ¿Y quién es Hécuba para él, ó él para ella, que asi llora sus infortunios? ¡Pues qué no haria si él tuviese los tristes motivos de dolor que yo tengo! Inundaria el teatro con su llanto, su terrible acento conturbaria á cuantos le oyesen, llenaria de desesperacion al culpado, de temor al inocente, al ignorante de confusion, y sorprenderia con

asombro la facultad de los ojos y los oidos. ¡Pero yo, miserable, sin vigor y estúpido, sueño adormecido, permanezco mudo, y miro con tal indiferencia mis agravios! ¿Qué? ¿Nada merece un rey con quien se cometió el mas atroz delito para despojarle del cetro y la vida? ¿Soy cobarde yo? Quién se (21) atreve á llamarme villano, ó á insultarme en mi presencia, arrancarme la barba, soplármela al rostro, asirme de la nariz, ó hacerme tragar legía que me llegue al pulmon? ¿Quién se atreve á tanto? ¿Seria yo capaz de sufrirlo? Sí, que no es posible, sino que yo sea como la paloma que carece de hiel, incapaz de acciones crueles; á no ser esto, ya se hubieran cebado los milanos del aire en los despojos de aquel indigno, deshonesto, homicida, pérfido seductor, feroz malvado, que vive sin remordimientos de su culpa. ¿Pero por qué he de ser tan necio? ¿Será generoso proceder el mio, que yo, hijo de un querido padre (de cuya muerte alevosa el cielo y el infierno mismo me piden venganza), afeminado y débil desahogue con palabras el corazon, prorrumpa en execraciones vanas como una prostituta (22) vil ó un pillo de cocina? ¡Ah! no, ni aun solo imaginarlo. ¡Eh...! Yo he oido que tal vez asistiendo á una representacion hombres muy culpados, han sido heridos en el alma con tal violencia por la ilusion del teatro, que á vista de todos han publicado sus delitos; que la culpa, aunque sin lengua, siempre se manifestará por medios maravillosos. Yo haré que estos actores representen delante de mi tio algun pasage que tenga semejanza con la muerte de mi padre. Yo le heriré en lo mas vivo del corazon, observaré sus miradas: si muda (23

de color, si se estremece, ya sé lo que me toca hacer. La aparicion que ví, pudiera ser un espíritu del infierno. Al demonio no le es dificil presentarse bajo la mas agradable forma; sí, y acaso como él es tan poderoso, sobre una imaginacion perturbada, valiéndose de mi propia debilidad y melancolia, me engaña para perderme. Yo voy á adquirir pruebas mas sólidas, y esta representacion ha de ser el lazo en que se enrede la conciencia del rey.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Galería de palacio.

Claudio. Gertrudis. Polonio. Ofelia. Ricardo. Guillermo.

CLAUDIO.

¿Y no os fué posible indagar en la conversacion que con él tuvísteis, de qué nace aquel desórden de espíritu que tan cruelmente altera su quietud con turbulenta y peligrosa demencia?

RICARDO.

Él mismo reconoce los estravíos de su razon, pero no ha querido manifestarnos el origen de ellos.

GUILLERMO.

Ni le hallamos en disposicion de ser examinado, porque siempre huye de la cuestion con un

rasgo de locura, cuando vé que le conducimos al punto de descubrir la verdad.

CERTRUDIS.

¿Fuísteis bien recibidos de él?

RICARDO.

Con mucha cortesía.

GUILLERMO.

Pero se le conocia una cierta sujecíon.

RICARDO.

Preguntó poco, pero respondia a todo con prontitud.

GERTRUDIS.

¿Le habeis convidado para alguna diversion?

RICARDO.

Si señora, porque casualmente habiamos encontrado una compañía de cómicos en el camino: se lo dijimos y mostró complacencia al oirlo. Están ya en la córte, y creo que tienen órden de representarle esta noche una pieza.

POLONIO.

Asi es la verdad, y me ha encargado de suplicar á vuestras magestades que asistan á verla y oirla.

CLAUDIO

Con mucho gusto: me complace en estremo saber que tiene tal inclinacion. Vosotros, señores, escitadle á ella, y aplaudid su propension á este género de placeres.

RICARDO.

Asi lo haremos.

ESCENA II.

Claudio. Gertrudis. Polonio. Ofelia.

CLAUDIO.

Tú, mi amada Gertrudis, deberás tambien retirarte, porque hemos dispuesto que Hamlet al venir aquí, como si fuera casualidad, encuentre á Ofelia. Su padre (1) y yo, testigos los mas aptos para el fin, nos colocaremos donde veamos sin ser vistos: asi podremos juzgar de lo que entre ambos pase, y en las acciones y palabras del príncipe conoceremos si es pasion de amor el mal de que adolece.

GERTRUDIS.

Voy á obedeceros, y por mi parte, Ofelia, ¡oh cuánto desearia que tu rara hermosura fuëse el dichoso orígen de la demencia de Hamlet! Entonces yo deberia esperar que tus prendas amables pudieran para vuestra mútua felicidad restituirle su salud perdida.

OFELIA.

Yo, señora, tambien quisiera que fuëse asi.

ESCENA III.

Claudio. Polonio. Ofelia.

POLONIO.

Paséate por aqui, Ofelia. Si vuestra magestad

gusta, podemos ya ocultarnos. Haz que lees en este libro (*Dándola un libro.*): esta ocupacion disculpará la soledad del sitio.... ¡Materia es por cierto en que tenemos mucho de que acusarnos! ¡Cuántas veces con el semblante de la devocion y la apariencia de acciones piadosas engañamos al diablo mismo!

CLAUDIO.

Demasiado cierto es.... (*Aparte.*) Qué cruelmente ha herido esa reflexion mi conciencia! El rostro de la meretriz, hermoseada con el arte, no es mas feo despojado de los afeites, que lo es mi delito disimulado en palabras traidoras. ¡Oh qué pesada carga me oprime!

POLONIO.

Ya le siento llegar, señor, conviene retirarnos.

ESCENA IV.

Hamlet. Ofelia.

(Hamlet dirá este monólogo, creyéndose solo. Ofelia á un estremo del teatro, lee.)

HAMLET.

Existir (2) ó no existir, esta es la cuestion. ¿Cuál es mas digna accion del ánimo, sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, ú oponer los brazos á este torrente de calamidades y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No mas? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza?.... Este es un térmi-

no que deberíamos solicitar con ánsia. Morir es dormir.... y tal vez soñar. Si, y ved aqui el grande obstáculo: porque el considerar qué sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razon harto poderosa para detenernos. Esta es la consideracion que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quién, si esto no fuese, aguantaria la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pacífico el mérito de los hombres mas indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, cuando el que esto sufre pudiera procurar su quietud con solo un puñal? ¿Quién podria tolerar tanta opresion, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta, sino fuese que el temor de que existe alguna cosa mas allá de la muerte (aquel pais desconocido, de cuyos límites ningun caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan, antes que ir á buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta prevision nos hace á todos cobardes: asi la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia, las empresas de mayor importancia por esta sola consideracion mudan camino, no se ejecutan y se reducen á designios vanos. Pero.... ¡la hermosa Ofelia! Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones.

OFELIA.

¿Cómo os habeis sentido, señor, en todos estos dias?

HAMLET.

Muchas gracias. Bien.

OFELIA.

Conservo en mi poder algunas espresiones vuestras que deseo restituiros mucho tiempo há, y os pido que ahora las tomeis.

HAMLET.

No, yo (3) nunca te dí nada.

OFELIA.

Bien sabeis, señor, que os digo verdad.... Y con ellas me disteis palabras de tan suave aliento compuestas, que aumentaron con estremo su valor; pero ya disipado aquel perfume, recibidlas, que un alma generosa considera como viles los mas opulentos dones, si llega á entibiarse el afecto de quien los dió. Vedlos aquí. (*Presentándole algunas joyas. Hamlet rehusa tomarlas*).

HAMLET.

¡Oh! ¡oh! ¿Eres honesta?

OFELIA.

Señor....

HAMLET.

¿Eres hermosa?

OFELIA.

¿Qué pretendeis decir con eso?

HAMLET.

Que si eres honesta y hermosa, no debes consentir que tu honestidad trate con tu belleza.

OFELIA.

¿Puede acaso tener la hermosura mejor compañera que la honestidad?

HAMLET.

Sin duda ninguna. El poder de la hermosura convertirá á la honestidad en una alcahueta, antes que la honestidad logre dar á la hermosura su semejanza. En otro tiempo se tenia esto por una paradoja; pero en la edad presente es cosa probada.... Yo te queria antes, Ofelia.

OFELIA.

Asi me lo dábais á entender.

HAMLET.

Y tú no debieras haberme creido, porque nunca puede la virtud ingerirse tan perfectamente en nuestro endurecido tronco, que nos quite aquel resquemo original.... Yo no te he querido nunca.

OFELIA.

Muy engañada estuve.

HAMLET.

Mira, vete á un convento: ¿para qué te has de esponer á ser madre de hijos pecadores? Yo soy medianamente bueno; pero al considerar algunas cosas de que puedo acusarme, sería mejor que mi madre no me hubiese parido. Yo soy muy soberbio, vengativo, ambicioso, con mas pecados sobre mi cabeza que pensamientos para esplicarlos, fantasia para darles forma, ni tiempo para llevarlos á ejecucion. ¿A que fin los miserables como yo han

de existir arrastrados entre el cielo y la tierra? Todos somos insignes malvados: no creas á ninguno de nosotros, vete, vete á un convento.....¿En dónde está tu padre?

OFELIA.

En casa está, señor.

HAMLET.

Si: pues que cierren bien todas las puertas, para que si quiere hacer locuras las haga dentro de su casa. Adios. (*Hace que se vá y vuelve.*)

OFELIA.

¡Oh mi buen Dios! favorecedle.

HAMLET.

Si te casas, quiero darte esta maldicion en dote. Aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve, no podrás librarte de la calumnia. Vete á un convento. Adios. Pero.... escucha: si tienes necesidad de casarte, cásate con un tonto, porque los hombres avisados saben muy bien que vosotras los convertis en fieras..... Al convento, y pronto. Adios.

(Hace qué se vá y vuelve.)

OFELIA.

¡El cielo con su poder le alivie!

HAMLET

He oido hablar mucho de vuestros afeites y embelecos. La naturaleza os dió una cara, y vosotras os haceis otra distinta. Con esos brinquillos,

ese pasito corto, ese hablar aniñado pasais por inocentes y convertis en gracia vuestros defectos mismos. Pero no hablemos mas de esta materia, que me ha hecho perder la razon... Digo solo que de hoy en adelante no habrá mas casamientos: los que ya están casados (esceptuando uno) permanecerán asi, los otros se quedarán solteros.... Vete al convento, vete.

ESCENA V.

Ofelia.

¡Oh qué trastorno ha padecido esa alma generosa! La penetracion del cortesano, la lengua del sábio, la espada del guerrero, la esperanza y delicias del estado, el espejo de la cultura, el modelo de la gentileza que estudiaban los mas advertidos, todo, todo se ha aniquilado. Y yo, la mas desconsolada é infeliz de las mugeres, que gusté algun dia la miel de sus promesas suaves, veo ahora aquel noble y sublime entendimiento desacordado, como la campana sonora que se hiende, aquella incomparable presencia, aquel semblante de florida juventud, alterado con el frenesí. ¡Oh cuánta, cuánta es mi desdicha de haber visto lo que ví, para ver ahora lo que veo!

ESCENA VI.

Claudio. Polonio. Ofelia.

CLAUDIO.

¡Amor! ¡Qué! No van por ese camino sus afec-

tos; ni en lo que ha dicho, aunque algo falto de órden, hay nada que parezca locura. Alguna idea tiene en el ánimo que cubre y fomenta su melancolía, y recelo que ha de ser un mal el fruto que produzca. A fin de prevenirlo, he resuelto que salga prontamente para Inglaterra á pedir en mi nombre los atrasados tributos. Acaso el mar y los paises diferentes podrán con la variedad de objetos alejar esta pasion que le ocupa, sea la que fuere, sobre la cual su imaginacion sin cesar golpea. ¿Qué te parece?

POLONIO.

Que asi es lo mejor. Pero yo creo no obstante, que el origen y principio de su afliccion provengan de un amor mal correspondido. Tú, Ofelia, no hay para quo nos cuentes lo que te ha dicho el Príncipe, que todo lo hemos oido.

ESCENA VII,

Claudio. Polonio.

POLONIO.

Haced lo que os parezca, señor; pero si lo juzgais á propósito, seria bien que la reina retirada a solas con él, luego que se acabe el espectáculo, le inste á que le manifieste sus penas, hablándole con entera libertad. Yo, si lo permitis, me pondré en parage de donde pueda oir toda la conversacion. Si no logra su madre descubrir este arcano, enviadle á Inglaterra, ó desterradle donde vuestra prudencia os dicte.

CLAUDIO.

Asi se hará. La locura de los poderosos debe ser examinada con escrupulosa atencion.

ESCENA VIII.

Salon de palacio.

(El salon estará iluminado: habrá asientos que formen semicírculo para el concurso que ha de asistir al espectáculo. Ha de haber en el foro una gran puerta con pabellones y cortina, por donde saldrán á su tiempo los actores que deben representar.)

Hamlet, y dos cómicos.

HAMLET.

Dirás (4) este pasage en la forma que te le he declamado yo: con soltura de lengua, no con voz desentonada como lo hacen muchos de nuestros cómicos: mas valdria entonces dar mis versos al pregonero para que los dijese. Ni manotees asi acuchillando el aire: moderacion en todo, puesto que aun en el torrente, la tempestad, y por mejor decir el huracan de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la espresion. A mí me desazona en estremo ver á un hombre muy cubierta la cabeza con su cabellera, que á fuerza de gritos estropea los afectos que quiere esprimir, y rompe y desgarra los oidos del vulgo rudo, que solo gusta de gesticulaciones insignificantes y de estrépito. Yo mandaria azotar á un energúmeno de tal especie: Herodes de farsa, mas furioso que el mismo Herodes. Evita, evita este vicio.

CÓMICO PRIMERO.

Asi os lo prometo.

HAMLET.

Ni seas tampoco demasiado frio, tu misma prudencia debe guiarte. La accion debe corresponder á la palabra, y esta á la accion, cuidando siempre de no atropellar la simplicidad de la naturaleza. No hay defecto que mas se oponga al fin de la representacion, que desde el principio hasta ahora ha sido y es ofrecer á la naturaleza un espejo en que vea la virtud su propia forma, el vicio su propia imágen, cada nacion y cada siglo sus principales caracteres. Si esta pintura se exagera ó se debilita, escitará la risa de los ignorantes; pero no puede menos de disgustar á los hombres de buena razon, cuya censura debe ser para vosotros de mas peso que la de toda la multitud que llena el teatro. Yo he visto representar á algunos cómicos, que otros aplaudian con entusiasmo por no decir con escándalo, los cuales no tenian acento ni figura de cristianos, ni de gentiles, ni de hombres: que al verlos hincharse y bramar, no los juzgué de la especie humana, sino unos simulacros rudos de hombres, hechos por algun mal aprendiz. Tan inicuamente imitaban la naturaleza.

CÓMICO PRIMERO.

Yo creo que en nuestra compañia se ha corregido bastante ese defecto.

HAMLET:

Corregidle del todo, y cuidad tambien que los que hacen (5) de payos no añadan nada á lo que

está escrito en su papel; porque algunos de ellos para hacer reir á los oyentes mas adustos, empiezan á dar risotadas, cuando el interés del drama deberia ocupar toda la atencion. Esto es indigno, y manifiesta demasiado en los necios que lo practican, el ridículo empeño de lucirlo. Id á prepararos.

ESCENA IX.

Hamlet. Polonio. Ricardo. Guillermo.

HAMLET.

¿Y bien, Polonio, gustará el rey de oir esta pieza?

POLONIO.

Si señor, al instante, y la reina tambien.

HAMLET.

Ve á decir á los cómicos que se despachen. ¿Quereis ir vosotros á darles prisa?

RICARDO.

Con mucho gusto.

ESCENA X.

Hamlet. Horacio.

HAMLET.

¿Quién és?... ¡ah! Horacio.

HORACIO.

Veisme aquí, señor, á vuestras órdenes.

HAMLET.

Tú, Horacio, eres un hombre cuyo trato me ha agradado siempre.

HORACIO.

¡Oh! señor....

HAMLET.

No creas que pretendo adularte. ¿ni qué utilidades puedo yo esperar de tí, que esceptuando tus buenas prendas, no tienes otras rentas para alimentarte y vestirte? ¿Habrá quien adule al pobre? No.... Los que tienen almibarada la lengua, vávanse á lamer con ella la grandeza estúpida, y doblen los goznes de sus rodillas donde la lisonja encuentre galardon. ¿Me has entendido? Desde que mi alma se halló capaz de conocer á los hombres y pudo elegirlos, tú fuiste el escogido y marcado para ella; porque siempre, ó desgraciado ó feliz, has recibido con igual semblante los premios y los reveses de la fortuna. Dichosos aquellos cuyo temperamento y juicio se combinan con tal acuerdo, que no son entre los dedos de la fortuna una flauta dispuesta á sonar segun ella guste. Dame un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el centro de mi corazon, como lo hago contigo. Pero yo me dilato demasiado en esto. Esta noche se representa un drama delante del rey: una de sus escenas contiene circunstancias muy parecidas á las de la muerte de mi padre, de que ya te hablé. Te encargo que cuando este paso se represente, observes á

mi tio con la mas viva atencion del alma: si al ver uno de aquellos lances, su oculto delito no se descubre por sí solo, sin duda el que hemos visto es un espíritu infernal, y son todas mis ideas mas negras que los yunques de Vulcano. Examínale cuidadosamente: yo tambien fijaré mi vista en su rostro, y despues uniremos nuestras observaciones para juzgar lo que su esterior nos anuncie.

HORACIO.

Está bien, señor; y si durante el espectáculo logra hurtar á nuestra indagacion el menor arcano, yo pago el hurto.

HAMLET.

Ya vienen á la funcion: vuélvome á hacer el loco, y tú busca asiento.

ESCENA XI.

Claudio. Gertrudis. Hamlet. Horacio. Polonio. Ofelia. Ricardo. Guillermo, y acompañamiento de damas, caballeros, pages y guardias.

(*Suena marcha dánica.*)

CLAUDIO.

¿Cómo estás, mi querido Hamlet?

HAMLET.

Muy bueno, señor; me mantengo del aire co-

mo el camaleon, engordo con esperanzas. No podreis vos cebar asi á vuestros capones

CLAUDIO.

No comprendo esa respuesta, Hamlet, ni tales razones son para mí.

HAMLET.

Ni para mí tampoco. ¿No dices tú que una vez representaste en la universidad? ¿eh?

POLONIO.

Si señor, asi es, y fuí reputado por muy buen actor.

HAMLET.

¿Y qué hiciste?

POLONIO.

El papel de Julio César. Bruto me asesinaba en el Capitolio.

HAMLET.

Muy bruto (6) fué el que cometió en el Capitolio tan capital delito. ¿Están ya prevenidos los cómicos?

RICARDO.

Si señor, y esperan solo vuestras órdenes.

GERTRUDIS.

Ven aquí, mi querido Hamlet, ponte á mi lado.

(Gertrudis y Claudio se sientan junto á la puerta por donde han de salir los actores. Siguen por su órden las damas y caballeros. Hamlet se sienta en el suelo á los pies de Ofelia.)

HAMLET.

No señora, aqui hay un iman de mas atraccion para mí.

POLONIO.

¡Ah! ¡ah! ¿habeis notado eso?

HAMLET.

¿Permitireis que me ponga sobre vuestra rodilla?

OFELIA.

No señor.

HAMLET.

Quiero decir, apoyar mi cabeza en vuestra rodilla.

OFELIA.

Si señor.

HAMLET.

¿Pensais que yo quisiera cometer alguna indecencia?

OFELIA.

No, no pienso nada de eso.

HAMLET.

Qué dulce cosa es.... (7)

OFELIA

¿Qué decis señor?

HAMLET.

Nada.

OFELIA.

Se conoce que estais de fiesta.

HAMLET.

¿Quién, yo?

OFELIA.

Si señor.

HAMLET.

Lo hago solo por divertiros. Y bien mirado, ¿qué debe hacer un hombre sino vivir alegre? Ved mi madre qué contenta está y mi padre murió ayer.

OFELIA.

¡Eh! no señor, que ya hace dos meses.

HAMLET.

¿Tanto há? ¡oh! pues quiero vestirme todo de arminios, y llévese el diablo el luto. ¡Dios mio! dos meses há que murió y todavia se acuerdan de él? De esa manera ya puede esperarse que la memoria de un grande hombre le sobreviva quizás medio año; bien que es menester que haya sido fundador de iglesias, que si no, por la Vírgen santa, no habrá nadie que de él se acuerde, como del caballo de palo, de quien dice aquel epitafio:

Ya murió el caballito de palo,
Y ya le olvidaron asi que murió.

(Suenan (8) trompetas, y se da principio á la escena muda. Salen el duque y la duquesa (que lo harán los cómicos primero y segundo), al encontrarse, se saludan y abrazan afectuosamente; ella se arrodilla, mostrando el mayor respeto, él la levanta y reclina la cabeza sobre el pecho de su esposa. Acuéstase el duque en un lecho de flores, y ella se retira al verle dormido. Sale el cómico tercero (que hace el papel de Luciano, sobrino del duque), se acerca, le quita al duque la corona, la besa, le derrama en el oido una porcion de licor que lleva en un frasco, y hecho esto se vá. Vuelve la duquesa, y hallando muerto á su marido, manifiesta gran sentimiento. Sale Luciano con dos ó tres que le acompañan,

y hace ademanes de dolor: manda retirar el cadáver, y quedando á solas con la duquesa, la solicita y la ofrece dádivas; ella resiste un poco y le desdeña, pero al fin admite su amor. Vanse.)

OFELIA.

¿Qué significa esto, señor?

HAMLET.

Eso es un asesinato oculto, y anuncia grandes maldades.

OFELIA.

Segun parece, la escena muda contiene e argumento del drama.

ESCENA XII.

Cómico cuarto y dichos.

HAMLET.

Ahora lo sabremos por lo que nos diga ese actor: los cómicos no pueden callar un secreto, todo lo cuentan.

OFELIA.

¿Nos dirá este lo que significa la escena que hemos visto?

HAMLET.

Si por cierto, y cualquiera otra escena que le hagais ver. Como no os avergonceis de representársela, él no se avergonzará de deciros lo que significa.

OFELIA.

¡Qué malo, qué malo sois! Pero dejadme atender á la pieza.

CÓMICO CUARTO.

Humildemente os pedimos
Que escucheis esta tragedia,
Disimulando las faltas
Que haya en nosotros y en ella.

HAMLET.

Es esto prólogo, ú mote de sortija?

OFELIA.

¡Qué corto ha sido!

HAMLET.

Como cariño de muger.

ESCENA XIII.

Cómico primero, cómico segundo, y dichos.

CÓMICO PRIMERO.

Ya treinta (9) vueltas dió de Febo el carro
A las ondas saladas de Nereo
Y al globo de la tierra, y treinta veces
Con luz prestada han alumbrado el suelo
Doce lunas, en giros repetidos,
Despues que el dios de amor y el himeneo
Nos enlazaron, para dicha nuestra,
En nudo santo el corazon y el cuello.

CÓMICO SEGUNDO.

Y ¡oh! quiera el cielo que otros tantos giros
A la luna y al sol, señor, contemos
Antes que el fuego de este amor se apague.
Pero es mi pena inconsolable al veros

Doliente, triste, y tan diverso ahora
De aquel que fuisteis.... Tímida recelo....
Mas toda mi afliccion nada os conturbe:
Que en pecho femenil llega al esceso
El temor y el amor. Allí residen
En igual proporcion ambos afectos,
O no existe ninguno, ó se combinan
Este y aquel con el mayor estremo.
Cuán grande es el amor que á vos me inclina,
Las pruebas lo dirán que dadas tengo;
Pues tal es mi temor. Si un fino amante,
Sin motivo tal vez, vive temiendo;
La que al veros asi toda es temores,
Muy puro amor abrigará en el pecho.

CÓMICO PRIMERO.

Si, yo debo dejarte, amada mia,
Inevitable es ya: cederán presto
A la muerte mis fuerzas fatigadas;
Tú vivirás, gozando del obsequio
Y el amor de la tierra. Acaso entonces
Un digno esposo....

CÓMICO SEGUNDO.

No, dad al silencio
Esos anuncios. ¿Yo? ¿pues no serian
Traicion culpable en mí tales afectos?
¿Yo un nuevo esposo? No, la que se entrega
Al segundo, señor, mató al primero.

HAMLET.

Esto es zumo de ajenjos.

CÓMICO SEGUNDO.

Motivos de interés tal vez inducen
A renovar los nudos de himeneo;
No motivos de amor: yo causaria

Segunda muerte á mi difunto dueño,
Cuando del nuevo esposo recibiera
En tálamo nupcial amantes besos.

CÓMICO PRIMERO.

No dudaré que el corazon te dicta
Lo que aseguras hoy: fácil creemos
Cumplir lo prometido y fácilmente
Se quebranta y se olvida. Los deseos
Del hombre á la memoria están sumisos,
Que nace activa y desfallece presto.
Asi pende (10) del ramo acerbo el fruto,
Y asi maduro, sin impulso ageno,
Se desprende despues. Dificilmente
Nos acordamos de llevar á efecto
Promesas hechas á nosotros mismos,
Que al cesar la pasion cesa el empeño.
Cuando de la afliccion y la alegria
Se moderan los ímpetus violentos,
Con ellos se disipan las ideas
A que dieron lugar, y el mas ligero
Acaso, los placeres en afanes
Muda tal vez, y en risa los lamentos.
Amor, como la suerte, es inconstante:
Que en este mundo al fin nada hay eterno,
Y aun se ignora si él manda á la fortuna
O si esta del amor cede al imperio.
Si el poderoso del lugar sublime
Se precipita, le abandonan luego
Cuantos gozaron su favor: si el pobre
Sube á prosperidad, los que le fueron
Mas enemigos su amistad procuran;
(Y el amor sigue á la fortuna en esto)
Que nunca al venturoso amigos faltan,
Ni al pobre desengaños y desprecios.
Por diferente senda se encaminan
Los destinos del hombre y sus efectos,
Y solo en él la voluntad es libre;

Mas no la ejecucion, y asi el suceso
Nuestros designios todos desvanece.
Tú me prometes no rendir á nuevo
Yugo tu libertad.... Esas ideas,
¡Ay! morirán cuando me vieres muerto.

CÓMICO SEGUNDO.

Luces me niegue el sol, frutos la tierra,
Sin descanso y placer viva muriendo,
Desesperada y en prision obscura
Su mesa envidie al heremita austero;
Cuantas penas el ánimo entristecen,
Todas turben el fin de mis deseos
Y los destruyan, ni quietud encuentre
En parte alguna con afan eterno;
Si ya difunto mi primer esposo,
Segundas bodas pérfida celebro.

HAMLET.

Si ella no cumpliese lo que promete....

CÓMICO PRIMERO.

Mucho juraste. Aquí gozar quisiera
Solitaria quietud, rendido siento
Al cansancio mi espíritu. Permite
Que alguna parte le conceda al sueño
De las molestas horas.

(Se acuesta en un lecho de flores.)

CÓMICO SEGUNDO.

El te halague
Con tranquilo descanso, y nunca el cielo
En union tan feliz pesares mezcle. (*Vase.*)

HAMLET.

¿Y bien, señora, qué tal os va pareciendo la pieza?

GERTRUDIS.

Me parece que esa muger promete demasiado.

HAMLET.

Sí, pero lo cumplirá.

CLAUDIO.

¿Te has (11) enterado bien del asunto? ¿Tiene algo que sea de mal ejemplo?

HAMLET.

No señor, no. Si todo ello es mera ficcion: un veneno.... fingido; pero mal ejemplo ¡qué! no señor.

CLAUDIO.

¿Cómo se intitula este drama?

HAMLET.

La Ratonera. Cierto que sí... es un título metafórico. En esta pieza se trata de un homicidio cometido en Viena.... el duque se llama Gonzago y su muger Baptista.... Ya, ya vereis presto.... ¡Oh! ¡es un enredo maldito! ¿Y qué importa? A vuestra magestad y á mí, que no tenemos culpado el ánimo, no nos puede incomodar: al rocin (12) que esté lleno de mataduras le hará dar coces; pero á bien que nosotros no tenemos desollado el lomo.

ESCENA XIV.

Cómico tercero y dichos.

HAMLET.

Este que sale ahora se llama Luciano, sobrino del duque.

OFELIA.

Vos suplís perfectamente la falta del coro.

HAMLET.

Y aun pudiera servir de intérprete entre vos y vuestro amante, si viese puestos en accion entrambos títeres.

OFELIA.

¡Vaya, que teneis una lengua que corta!

HAMLET.

Con un buen suspiro que deis, se la quita el filo.

OFELIA.

Eso es: siempre de mal en peor.

HAMLET.

Asi haceis vosotras en la eleccion de maridos, de mal en peor. Empieza, asesino. Déjate de poner ese gesto de condenado y empieza. Vamos.... el cuervo graznador está ya gritando venganza.

CÓMICO TERCERO.

Negros designios, brazo ya dispuesto
A ejecutarlos, tósigo oportuno,

Sitio remoto, favorable el tiempo
Y nadie que lo observe. Tú, estraido
De la profunda noche en el silencio
Atroz veneno, de mortales yerbas,
(Invocada Prosérpina) compuesto:
Infectadas tres veces y otras tantas
Esprimidas despues, sirve á mi intento;
Pues á tu actividad mágica, horrible,
La robustez vital, cede tan presto.

(Acércase adonde está durmiendo el cómico primero, destapa un frasquillo, y le echa una porcion de licor en el oido.)

HAMLET.

¿Veis? Ahora le envenena en el jardin para usurparle el cetro. El duque se llama Gonzago... Es historia cierta, y corre escrita en muy buen italiano. Presto vereis como la muger de Gonzago se enamora del matador.

(Levántase Claudio lleno de indignacion. Gertrudis, los caballeros, damas y acompañamiento hacen lo mismo, y se van segun lo indica el diálogo.)

OFELIA.

El rey se levanta.

HAMLET.

¿Qué? ¿Le atemoriza un fuego aparente?

GERTRUDIS.

¿Qué teneis, señor?

POLONIO.

No paseis adelante, dejadlo.

CLAUDIO.

Traed luces. Vamos de aquí.

TODOS.

Luces, luces.

ESCENA XV.

Hamlet. Horacio. Cómico primero, Cómico tercero.

HAMLET.

(Hamlet canta estos versos en voz baja, y representa los que siguen despues. Los cómicos primero y tercero estarán retirados á un estremo del teatro, esperando sus órdenes.)

El ciervo herido llora,
Y el corzo no tocado
De flecha voladora,
Se huelga por el prado:
Duerme aquel, y á deshora
Veis este desvelado:
Que tanto el mundo va desordenado. (13)

Y dígame, señor mio: si en adelante la fortuna me tratase mal, con esta gracia que tengo para la música, y un bosque de plumas en la cabeza, y un par de lazos provenzales en mis zapatos rayados, ¿no podria hacerme lugar entre un coro de comediantes?

HORACIO.

Mediano papel.

HAMLET.

¿Mediano? escelente.

Tú sabes, Damon querido,
Que esta nacion ha perdido
Al mismo Jove, y violento
Tirano le ha sucedido
En el trono mal habido,
Un... ¿quién diré yo? un... un sapo.

HORACIO.

Bien pudiérais haber conservado el consonante.

HAMLET.

¡Oh! mi buen Horacio: cuanto aquel espíritu dijo es demasiado cierto. ¿Lo has visto ahora?

HORACIO.

Si señor, bien lo he visto.

HAMLET.

¿Cuando se trató del veneno?

HORACIO.

Bien, bien le observé entonces.

HAMLET.

¡Ah! Quisiera algo de música (*A los cómicos*): traedme unas flautas.... Si el rey no gusta de la comedia, será sin duda porque.... porque no le gusta. Vaya un poco de música.

ESCENA XVI.

Hamlet. Horacio. Ricardo. Guillermo.

GUILLERMO.

Señor, ¿permitireis que os diga una palabra?

HAMLET.

Y una historia entera.

GUILLERMO.

El rey....

HAMLET.

Muy bien, ¿qué le sucede?

GUILLERMO.

Se ha retirado á su cuarto con mucha destemplanza?

HAMLET.

¿De vino, eh?

GUILLERMO.

No señor, de cólera.

HAMLET.

Pero ¿no seria mas acertado írselo á contar al médico? ¿No veis que si yo me meto en hacerle purgar ese humor bilioso, puede ser que se le aumente?

GUILLERMO.

¡Oh! señor, dad algun sentido á lo que hablais, sin desentenderos con tales estravagancias de lo que os vengo á decir.

HAMLET.

Estamos de acuerdo. Prosigue pues.

GUILLERMO.

La reina vuestra madre, llena de la mayor afliccion, me envia á buscaros.

HAMLET.

Seais muy bien venido.

GUILLERMO.

Esos cumplimientos no tienen nada de sinceridad. Si quereis darme una respuesta sensata, desempeñaré el encargo de la reina, sino, con pediros perdon y retirarme se acabó todo.

HAMLET.

Pues señor, no puedo.

GUILLERMO.

¿Cómo?

HAMLET.

Me pides una respuesta sensata, y mi razon está un poco achacosa: no obstante, responderé del modo que pueda á cuanto me mandes, ó por mejor decir, á lo que mi madre me manda. Con que nada hay que añadir en esto. Vamos al caso. Tú has dicho que mi madre...,.

RICARDO.

Señor, lo que dice es que vuestra conducta la ha llenado de sorpresa y admiracion.

HAMLET.

¡Oh maravilloso hijo! que asi ha podido aturdir á su madre. Pero dime, ¿esa admiracion no ha traido otra consecuencia? ¿No hay algo mas?

RICARDO.

Solo que desea hablaros en su gabinete, antes que os vais á recoger.

HAMLET.

La obedeceré, si diez veces (14) fuera mi ma-

dre. ¿Tienes algun otro negocio que tratar conmigo?

RICARDO.

Señor, yo me acuerdo de que en otro tiempo me estimábais mucho.

HAMLET.

Y ahora tambien. Te lo juro, por estas manos rateras.

RICARDO.

Pero ¿cuál puede ser el motivo de vuestra indisposicion? Eso, por cierto, es cerrar vos mismo las puertas á vuestra libertad, no queriendo comunicar con vuestros amigos los pesares que sentís.

HAMLET.

Estoy muy atrasado.

RICARDO.

¿Cómo es posible, cuando teneis el voto del rey mismo para sucederle en el trono de Dinamarca?

HAMLET.

Si, pero mientras nace la yerba.... Ya es un poco antiguo el tal refran. ¡Ah! ya están aqui las flautas.

ESCENA XVII.

Cómico tercero, y dichos.

HAMLET.

Dejadme ver una.... ¿A qué tengo de ir ahí?

(*Guillermo y Ricardo se acercan á Hamlet con ademan obsequioso, siguiéndole adonde quiera que se vuelve, hasta que viendo su enfado se apartan.*) Parece que me quieres hacer caer en alguna trampa, segun me cercas por todos lados.

GUILLERMO.

Ya veo, señor, que si el deseo de cumplir con mi obligacion me dá osadía, acaso el amor que os tengo me hace grosero tambien é importuno.

HAMLET.

No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?

GUILLERMO.

Yo no puedo, señor.

HAMLET.

Vamos.

GUILLERMO.

De veras que no puedo.

HAMLET.

Yo te lo suplico.

GUILLERM .

Pero si no sé palabra de eso.

HAMLET.

Mas fácil es que tenderse á la larga. Mira, pon el pulgar y los demas dedos segun convenga sobre estos agujeros, sopla con la boca y verás qué lindo sonido resulta. ¿Ves? Estos son los puntos.

GUILLERMO.

Bien, pero sino sé hacer uso de ellos para que produzcan armonia. Como ignoro el arte....

HAMLET.

Pues mira tú en qué opinion tan baja me tienes. Tú me quieres tocar, presumes conocer mis registros, pretendes estraer lo mas íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el mas grave al mas agudo de mis tonos; y vé aqui este pequeño órgano, capaz de escelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer sonar. ¿Y juzgas que se me tañe á mí con mas facilidad que á una flauta? No, dame el nombre del instrumento que quieras: por mas que le manejes y te fatigues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido.

ESCENA XVIII.

Polonio, y dichos.

HAMLET.

¡Oh! Dios te bendiga.

POLONIO.

Señor, la reina quisiera hablaros al instante.

HAMLET.

¿No vés allí aquella nube que parece un camello?

POLONIO.

Cierto, asi en el tamaño parece un camello.

HAMLET.

Pues ahora me parece una comadreja.

POLONIO.

No hay duda; tiene figura de comadreja.

HAMLET.

O como una ballena.

POLONIO.

Es verdad, sí, como una ballena.

HAMLET.

Pues al instante iré á ver á mi madre. Tanto harán estos que me volverán loco de veras. Iré, iré al instante.

POLONIO.

Asi se lo diré.

HAMLET.

Fácilmente se dice: al instante viene. Dejadme solo, amigos.

ESCENA XIX.

Hamlet.

Este es el espacio (15) de la noche, apto á los maleficios. Esta es la hora en que los cementerios se abren, y el infierno respira contagios al mundo. Ahora podria yo beber caliente sangre: ahora podria ejecutar tales acciones, que el dia se estremeciese al verlas. Pero vamos á ver á mi ma-

dre. ¡Oh corazon! no desconozcas la naturaleza, ni permitas que en este firme pecho se albergue la fiereza de Neron. Déjame ser (16) cruel, pero no parricida. El puñal que ha de herirla esté en mis palabras, no en mi mano: disimulen el corazon y la lengua: sean las que fueren las execraciones que contra ella pronuncie, nunca, nunca mi alma solicitará que se cumplan.

ESCENA XX.

Gabinete.

Claudio. Ricardo. Guillermo.

CLAUDIO.

No, no le quiero aqui, no conviene á nuestra seguridad dejar libre el campo á su locura. Preveníos, pues, y haré que inmediatamente se os despache para que él os acompañe á Inglaterra. El interés de mi corona no permite ya esponerme á un riesgo tan inmediato, que crece por instantes en los accesos de su demencia.

GUILLERMO.

Al momento dispondremos nuestra marcha. El mas santo y religioso temor es aquel que procura la existencia de tantos individuos, cuya vida pende de vuestra magestad.

RICARDO.

Si es obligacion en un particular defender su vida de toda ofensa, por medio de la fuerza y el

arte, ¿cuánto mas lo será conservar aquella en quien estriba la felicidad pública? Cuando llega á faltar el monarca, no muere él solo, sino que á manera de un torrente precipitado arrebata consigo cuanto le rodea. Como una gran rueda colocada en la cima del mas alto monte, á cuyos enormes rayos están asidas innumerables piezas menores, que si llega á caer no hay ninguna de ellas, por mas pequeña que sea, que no padezca igualmente en el total destrozo. Nunca el soberano exhala un suspiro, sin escitar en su nacion general lamento.

CLAUDIO.

Yo os ruego que os prevengais sin dilacion para el viage. Quiero encadenar este temor, que ahora camina demasiado libre.

LOS DOS.

Vamos á obedeceros con la mayor prontitud.

ESCENA XXI.

Claudio. Polonio.

POLONIO.

Señor, ya se ha encaminado al cuarto de su madre, voy á ocultarme detrás de los tapices para ver el suceso. Es seguro que ella le reprenderá fuertemente, y como vos mismo habeis observado muy bien, conviene que asista á oir la conversacion alguien mas que su madre, que naturalmente le ha de ser parcial, como á todas

sucede. Quedáos á Dios: yo volveré á veros antes que os recojais, para deciros lo que haya pasado.

CLAUDIO.

Gracias, querido Polonio.

ESCENA XXII.

Claudio.

¡Oh! ¡mi (17) culpa es atroz! Su hedor sube al cielo, llevando consigo la maldicion mas terrible: la muerte de un hermano. No puedo recogerme á orar, por mas que eficazmente lo procuro, que es mas fuerte que mi voluntad el delito que la destruye. Como el hombre á quien dos obligaciones llaman, me detengo á considerar por cuál empezaré primero, y no cumplo ninguna.... Pero si este brazo execrable estuviese aun mas teñido en la sangre fraterna; ¿faltará en los cielos piadosos suficiente lluvia para volverle cándido como la nieve misma? ¿De qué sirve la misericordia, si se niega á ver el rostro del pecado? ¿Qué hay en la oracion sino aquella duplicada fuerza, capaz de sotenernos al ir á caer, ó de adquirirnos el perdon habiendo caido?... Si, alzaré mis ojos al cielo, y quedará borrada mi culpa... Pero ¿qué género de oracion habré de usar? Olvida, señor, olvida el horrible homicidio que cometí.... ¡Ah! que será imposible, mientras vivo poseyendo los objetos que me determinaron á la maldad: mi ambicion, mi corona, mi esposa.... ¿Podrá merecerse el perdon cuando la ofensa existe? En este mundo estraga-

do sucede con frecuencia que la mano delincuente, derramando el oro, aleja la justicia, y corrompe con dádivas la integridad de las leyes; no asi en el cielo, que allí no hay engaños, allí comparecen las acciones humanas como ellas son, y nos vemos compelidos á manifestar nuestras faltas todas sin escusa, sin rebozo alguno... En fin, en fin, ¿qué debo hacer?.... Probemos lo que puede el arrepentimiento..... ¿y qué no podrá?..... Pero ¿qué ha de poder con quien no puede arrepentirse? ¡Oh! ¡situacion infeliz! ¡Oh consecuencia, ennegrecida con sombras de muerte! ¡Oh alma mia aprisionada! que cuanto mas te esfuerzas para ser libre, mas quedas oprimida. ¡Angeles, asistidme! Probad en mí vuestro poder. Dóblense mis rodillas tenaces; y tú, corazon mio de aceradas fibras hazte blando como los nervios del niño que acaba de nacer. Todo, todo puede enmendarse.

(Se arrodilla y apoya los brazos y la cabeza en un sillon.)

ESCENA XXIII.

Claudio. Hamlet.

HAMLET.

Esta es la ocasion propicia. Ahora está rezando, ahora le mato.... (*Saca la espada: dá algunos pasos en ademan de ir á herirle: se detiene, y se retira otra vez hácia la puerta.*) Y asi se irá al cielo.... ¿Y es esta mi venganza? No, reflexionemos. Un malvado asesina á mi padre, y yo, su hijo único, aseguro al malhechor la gloria: ¿no es esto, en vez

de castigo, premio y recompensa? Él sorprendió á mi padre, acabados los desórdenes del banquete, cubierto de mas culpas que mayo tiene flores.... ¿Quién sabe, sino Dios, la estrecha cuenta que hubo de dar? pero segun nuestra razon concibe, terrible ha sido su sentencia. ¿Y quedaré vengado dándole á este la muerte, precisamente cuando purifica su alma, cuando se dispone para la partida? No, espada mia, vuelve á tu lugar y espera ocasion de ejecutar mas tremendo golpe. Cuando esté (18) ocupado en el juego, cuando blasfeme colérico, ó duerma con la embriaguez, ó se abandone á las placeres incestuosos del lecho, ó cometa acciones contrarias á su salvacion, hiérele entonces: caiga precipitado al profundo, y su alma quede negra y maldita, como el infierno que ha de recibirle. (*Envaina la espada.*) Mi madre me espera. Malvado, esta medicina que te dilata la dolencia, no evitará tu muerte.

ESCENA XXIV.

Claudio.

Mis palabras suben al cielo, mis afectos quedan en la tierra. (*Se levanta con agitacion.*) Palabras sin afectos, nunca llegan á los oidos de Dios.

ESCENA XXV.

Cuarto de la Reina.

Gertrudis. Polonio. Hamlet.

POLONIO.

Va á venir al momento. Mostradle entereza: decidle que sus locuras han sido demasiado atrevidas é intolerables: que vuestra bondad le ha protegido, mediando entre él y la justa indignacion que escitó. Yo entretanto (19) retirado aquí, guardaré silencio. Habladle con libertad, yo os lo suplico.

HAMLET.

Madre, madre. (*Gritando desde adentro.*)

GERTRUDIS.

Asi te lo prometo: nada temo. Ya yo le siento llegar. Retírate,

(Polonio se oculta detrás de unos tapices)

ESCENA XXVI.

Gertrudis. Hamlet. Polonio.

HAMLET.

¿Qué me (20) mandais, señora?

GERTRUDIS.

Hamlet, muy ofendido tienes á tu padre.

HAMLET.

Madre, muy ofendido teneis al mio.

GERTRUDIS.

Ven, ven aquí; tú me respondes con lengua demasiado libre.

HAMLET.

Voy, voy allá.... y vos me preguntais con lengua bien perversa.

GERTRUDIS.

¿Qué es esto, Hamlet?

HAMLET.

¿Y qué es eso, madre?

GERTRUDIS.

¿Te olvidas de quien soy?

HAMLET.

No, por la cruz bendita que no me olvido. Sois la reina, casada con el hermano de vuestro primer esposo y... ojalá no fuera así... ¡Eh! sois mi madre.

GERTRUDIS.

Bien está. Yo te pondré delante de quien te haga hablar con mas acuerdo.

HAMLET.

Venid (*Hamlet, asiendo de un brazo á Gertrudis, la hace sentar.*) sentáos, y no saldreis de aqui, no os movereis, sin que os ponga un espejo delante en que veais lo mas oculto de vuestra conciencia.

GERTRUDIS.

¿Qué intentas hacer? ¿Quieres matarme?.... ¿Quién me socorre?.... ¡Cielos!

(Al ver Gertrudis la estraordinaria agitacion que Hamlet manifiesta en su semblante y acciones, teme que va á matarla, y grita despavorida pidiendo socorro. Polonio quiere salir de donde está oculto, y despues se detiene. Hamlet advierte que los tapices se mueven, sospecha que Claudio está escondido detrás de ellos, saca la espada, dá dos ó tres estocadas sobre el bulto que halla. y prosigue hablando con su madre.)

POLONIO.

Socorro pide.... ¡oh!....

HAMLET.

¿Qué es esto?.... un raton. Murió.... (21) Un ducado á que ya está muerto.

POLONIO.

¡Ay de mí!

GERTRUDIS.

¿Qué has hecho?

HAMLET.

Nada... ¿Qué se yo?. .. ¿Si seria el rey?

GERTRUDIS.

¡Qué accion tan precipitada y sangrienta!

HAMLET.

Es verdad, madre mia, accion sangrienta, y cuasi tan horrible como la de matar á un rey y casarse despues con su hermano.

GERTRUDIS.

¿Matar á un rey?

HAMLET.

Si señora, eso he dicho. (*Alza el tapiz y aparece Polonio muerto en el suelo.*) Y tú, miserable, temerario, entremetido, loco.... Adios. Yo te tomé por otra persona de mas consideracion. Mira el premio que has adquirido: ve ahí el riesgo que tiene la demasiada curiosidad.... (*Volviendo á hablar con Gertrudis, á quien hace sentar de nuevo.*) No, no os torzais las manos.... Sentáos aqui, y dejad que yo os tuerza el corazon. Asi he de hacerlo, si no le teneis formado de impenetrable pasta, si las costumbres malditas no le han convertido en un muro de bronce, opuesto á toda sensibilidad.

GERTRUDIS.

¿Qué hice yo, Hamlet, para que con tal aspereza me insultes?

HAMLET.

Una accion que mancha la tez purpúrea de la modestia, y dá nombre de hipocresía á la virtud; arrebata las flores de la frente hermosa de un inocente amor, colocando un vegigatorio en ella; que hace mas pérfidos los votos conyugales que las promesas del tahur: una accion que destruye la buena fé, alma de los contratos, y convierte la inefable religion en una compilacion frívola de palabras: una accion, en fin, capaz de inflamar en ira la faz del cielo, y trastornar con desórden horrible esta sólida y artificiosa máquina del mundo, como si se aproximára su fin temido.

GERTRUDIS.

¡Ay de mí! ¿Y qué accion es esa, que asi es-

clamas al anunciarla con espantosa voz de trueno?

HAMLET.

Veis aqui presentes en esta y esta pintura (*Señalando á dos retratos que habrá en la pared, uno del rey Hamlet, y otro de Claudio.*) los retratos de dos hermanos. ¡Ved cuánta gracia residia en aquel semblante! Los cabellos (22) del sol, la frente como la del mismo Júpiter, su vista imperiosa y amenazadora como la de Marte, su gentileza semejante á la del mensagero Mercurio cuando aparece sobre una montaña cuya cima llega á los cielos. ¡Hermosa combinacion de formas! donde cada uno de los dioses imprimió su carácter para que el mundo admirase tantas perfecciones en un hombre solo. Este fué vuestro esposo, ved ahora el que sigue. Este es vuestro esposo, que como la espiga con tizon destruye la sanidad de su hermano. ¿Lo veis bien? ¿Pudísteis abandonar las delicias de aquella colina hermosa por el cieno de ese pantano inmundo? ¡Ah! ¿lo veis bien?... Ni podeis llamarlo amor, porque en vuestra edad los hervores de la sangre están ya tibios y obedientes á la prudencia; ¿y qué prudencia descenderia desde aquel á este? Sentidos teneis, que á no ser asi no tuviérais afectos; pero esos sentidos deben de padecer letargo profundo. La demencia misma no podria incurrir en tanto error; ni el frenesí tiraniza con tal esceso las sensaciones, que no quede suficiente juicio para saber elegir entre dos objetos cuya diferencia es tan visible.... ¿Qué espíritu infernal os pudo engañar y cegar así? Los ojos sin el tacto, el tacto sin la vista, los oidos, el olfato solo, una débil porcion de cualquier sentido,

hubiera bastado á impedir tál estupidez.... ¡Oh modestia! ¿y no te sonrojas? ¡Rebelde infierno! si asi pudiste inflamar las médulas de una matrona, permite, permite que la virtud en la edad juvenil sea dócil como la cera y se liquide en sus propios fuegos; ni se invoque al pudor para resistir su violencia, puesto que el hielo mismo con tal actividad se enciende, y es ya el entendimiento el que prostituye al corazon.

GERTRUDIS.

¡Oh Hamlet! no digas mas.... Tus razones me hacen dirigir la vista á mi conciencia, y advierto allí las mas negras y groseras manchas, que acaso nunca podrán borrarse.

HAMLET.

¡Y permanecer asi entre el pestilente sudor de un lecho incestuoso, envilecida en corrupcion, prodigando caricias de amor en aquella sentina impura...!

GERTRUDIS.

No mas, no mas, que esas palabras como agudos puñales hieren mis oidos.... No mas, querido Hamlet.

HAMLET.

Un asesino..... un malvado.... vil.... inferior mil veces á vuestro difunto esposo.... escarnio de los reyes, ratero del imperio y el mando, que robó la preciosa corona, y se la guardó en el bolsillo.

GERTRUDIS.

No mas....

ESCENA XXVII.

Gertrudis. Hamlet. La sombra del rey Hamlet.

HAMLET.

Un rey de botarga.. ¡Oh espíritus (23) celestes! defendedme, cubridme con vuestras alas.... Qué quieres, venerable sombra?

GERTRUDIS.

¡Ay! que está fuera de sí.

HAMLET.

¿Vienes acaso á culpar la negligencia de tu hijo, que debilitado por la compasion y la tardanza; olvida la importante ejecucion de tu precepto terrible? Habla.

LA SOMBRA.

No lo olvides. Vengo á inflamar de nuevo tu ardor casi estinguido. Pero ¿ves? mira como has llenado de asombro á tu madre. Ponte entre ella y su alma agitada, y hallarás que la imaginacion obra con mayor violencia en los cuerpos mas débiles. Háblala, Hamlet.

HAMLET.

¿En qué pensais, señora?

GERTRUDIS.

¡Ay triste! ¿y en qué piensas tú que asi diriges la vista donde no hay nada, razonando con el

aire incorpóreo...? Toda tu alma se ha pasado á tus ojos, que se mueven horribles, y tus cabellos que pendian, adquiriendo vida y movimiento, se erizan y levantan como los soldados á quienes improviso rebato despierta. ¡Hijo de mi alma! ¡Oh! derrama sobre el ardiente fuego de tu agitacion la paciencia fria.... ¿A quién estás mirando?

HAMLET.

A él, á él.... ¿Le veis qué pálida luz despide? Su aspecto y su dolor bastarian á conmover las piedras.... ¡Ay! no me mires así, no sea que ese lastimoso semblante destruya mis designios crueles, no sea que al ejecutarlos equivoque los medios, y en vez de sangre se derramen lágrimas.

GERTRUDIS.

¿A quién dices eso?

HAMLET

¿No veis nada allí?

GERTRUDIS.

Nada, y veo todo lo que hay.

HAMLET.

¿Ni oisteis nada tampoco?

GERTRUDIS.

Nada mas que lo que nosotros hablamos.

HAMLET.

Mirad allí.... ¿le veis? Ahora se vá.... mi padre.... con el trage mismo que se vestia.... ¿Veis por dónde vá...? Ahora llega al pórtico.

ESCENA XXVIII.

Gertrudis. Hamlet.

GERTRUDIS.

Todo es efecto de la fantasía. El desórden que padece tu espíritu produce esas ilusiones vanas.

HAMLET.

¿Desórden? Mi pulso, como el vuestro, late con regular intérvalo y anuncia igual salud en sus compases.... Nada de lo que he dicho es locura. Haced la prueba, y vereis si os repito cuantas ideas y palabras acabo de proferir, y un loco no puede hacerlo. ¡Ah madre mia! en merced os pido que no apliqueis al alma esa uncion halagüeña, creyendo que es mi locura la que habla, y no vuestro delito. Con tal medicina lograreis solo irritar la parte ulcerada, aumentando la ponzoña pestífera que interiormente la corrompe.... Confesad al cielo vuestra culpa, llorad lo pasado, precaved lo futuro, y no estendais el beneficio sobre las malas yerbas, para que prosperen lozanas. Perdonad este desahogo á mi virtud, ya que en esta delincuente edad la virtud misma tiene que pedir perdon al vicio, y aun para hacerle bien, le halaga y le ruega.

GERTRUDIS.

¡Ay Hamlet! tú despedazas mi corazon.

HAMLET.

¿Sí? Pues apartad de vos aquella porcion mas

dañada, y vivid con la que resta mas inocente. Buenas noches.... Pero no volvais al lecho de mi tio. Si careceis de virtud, aparentadla al menos. La costumbre (24), aquel mónstruo que destruye las inclinaciones y afectos del alma, si en lo demas es un demonio, tal vez es un ángel cuando sabe dar á las buenas acciones una cierta facilidad, con que insensiblemente las hace parecer innatas. Conteneos por esta noche: este esfuerzo os hará mas fácil la abstinencia próxima, y la que siga despues la hallareis mas fácil todavia. La costumbre es capaz de borrar la impresion misma de la naturaleza, reprimir las malas inclinaciones y alejarlas de nosotros con maravilloso poder. Buenas noches; y cuando aspireis de veras á la bendicion del cielo, entonces yo os pediré vuestra bendicion.... La desgracia de este hombre (*Hace ademan de cargar con el cuerpo de Polonio; pero dejándole en el suelo otra vez vuelve á hablar á Gertrudis.*) me aflige en estremo; pero Dios lo ha querido asi: á él le ha castigado por mi mano, y á mí tambien precisándome á ser el instrumento de su enojo. Yo le conduciré á donde convenga, y sabré justificar la muerte que le dí. Basta. Buenas noches. Porque (25) soy piadoso, debo ser cruel, vé aqui el primer daño cometido; pero aun es mayor el que despues ha de ejecutarse.... ¡Ah! escuchad otra cosa.

GERTRUDIS.

¿Cuál es? Qué debo hacer?

HAMLET.

No hacer nada de cuanto os he dicho, nada,

Permitid que el rey, hinchado con el vino, os conduzca otra vez al lecho y allí os acaricie, apretando lascivo vuestras megillas, y os tiente el pecho con sus malditas manos y os bese con negra boca. Agradecida entonces, declaradle cuanto hay en el caso: decidle que mi locura no es verdadera, que todo es artificio.... Si, decídselo: porque ¿cómo es posible que una reina hermosa, modesta, prudente, oculte secretos de tal importancia á aquel (26) gato viejo, murciélago, sapo torpísimo? ¿Cómo seria posible callárselo? Id, y á pesar de la razon y del sigilo, abrid la jaula sobre el techo de la casa y haced que los pájaros se vuelen; y semejante al mono (tan amigo de hacer esperiencias) meted la cabeza en la trampa, á riesgo de perecer en ella misma.

GERTRUDIS.

No, no lo temas, que si las palabras se forman del aliento y éste anuncia vida, no hay vida ni aliento en mí para repetir lo que me has dicho.

HAMLET.

¿Sabeis què debo ir á Inglaterra?

GERTRUDIS.

¡Ah! yá lo habia olvidado. Sí, es cosa resuelta.

HAMLET.

He sabido que hay ciertas cartas selladas, y que mis dos condiscípulos (de quienes yo me fiaré como de una vívora ponzoñosa) van encargados de llevar el mensage, facilitarme la marcha y conducirme al precipicio. Pero yo los dejaré hacer:

que es mucho gusto ver al minador volar con su propio hornillo, y mal irán las cosas, ó yo escavaré una vara no mas debajo de sus minas, y les haré saltar hasta la luna. ¡Oh, es mucho gusto cuando un pícaro tropieza con quien se las entiende...! Este hombre me hace ahora su ganapan.... (*Quiere llevar á cuestas el cadáver, y no pudiendo hacerlo cómodamente, le ase de un pié, y se le lleva arrastrando.*) le llevaré arrastrando á la pieza inmediata. Madre, buenas noches..... Por cierto que el señor consejero (que fué en vida un hablador impertinente) es ahora bien reposado, bien sério y taciturno. Vamos, amigo, que es menester sacaros de aquí y acabar con ello. Buenas noches, madre.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

Salon de palacio.

Claudio. Gertrudis. Ricardo. Guillermo.

CLAUDIO.

Esos suspiros, esos profundos sollozos alguna causa tienen: dime cuál es: conviene que la sepa yo.... ¿En dónde está tu hijo?

GERTRUDIS.

Dejadnos solos un instante. (*Vanse Ricardo y Guillermo*) ¡Ah señor, lo que he visto esta noche!

CLAUDIO.

¿Qué ha sido, Gertrudis? ¿Qué hace Hamlet?

GERTRUDIS.

Furioso está como el mar y el viento cuando disputan entre sí cuál es mas fuerte. Turbado con

la demencia que le agita, oyó algun ruido detrás del tapiz: saca la espada; grita: un raton, un raton, y en su ilusion frenética mató al buen anciano que se hallaba oculto.

CLAUDIO.

¡Funesto accidente! Lo mismo hubiera hecho conmigo si hubiera estado allí. Ese desenfreno insolente amenaza á todos: á mí, á tí misma, á todos en fin. ¡Oh!... ¿y cómo disculparemos una accion tan sangrienta? Nos la imputarán sin duda á nosotros, porque nuestra autoridad deberia haber reprimido á ese jóven loco, poniéndole en parage donde á nadie pudiera ofender. Pero el escesivo amor qne le tenemos nos ha impedido hacer lo que mas convenia; bien asi como el que padece una enfermedad vergonzosa, que por no declararla, consiente primero que le devore la sustancia vital. ¿Y adónde ha ido?

GERTRUDIS.

A retirar de allí el difunto cuerpo, y en medio de su locura, llora el error que ha cometido. Asi el oro (1) manifiesta su pureza, aunque mezclado tal vez con metales viles.

CLAUDIO.

Vamos, Gertrudis, y apenas toque el sol la cima de los montes haré que se embarque y se vaya: en tanto será necesario emplear toda nuestra autoridad y nuestra prudencia para ocultar ó disculpar un hecho tan indigno.

ESCENA II.

Claudio. Gertrudis. Ricardo. Guillermo.

CLAUDIO.

¡Oh Guillermo, amigos! Id entrambos con alguna gente que os ayude... Hamlet, ciego de frenesí, ha muerto á Polonio y le ha sacado arrastrando del cuarto de su madre. Id á buscarle: habladle con dulzura, y haced llevar el cadáver á la capilla. No os detengais. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) Vamos, que pienso llamar á nuestros mas prudentes amigos, para darles cuenta de esta imprevista desgracia y de lo que resuelvo hacer. Acaso por este medio la calumnia (cuyo rumor ocupa la estension del orbe, y dirige sus emponzoñados tiros con la certeza que el cañon á su blanco), errando esta vez el golpe, dejará nuestro nombre ileso y herirá solo al viento insensible. ¡Oh!... Vamos de aquí.... mi alma está llena de agitacion y de terror.

ESCENA III.

Cuarto de Hamlet.

Hamlet. Ricardo. Guillermo.

HAMLET.

Colocado ya en lugar seguro... Pero ..

RICARDO.

Hamlet, señor. (*Desde adentro.*)

HAMLET.

¿Qué ruido es este? ¿Quién llama á Hamlet?... ¡Oh! ya están aquí.

(Salen Ricardo y Guillermo.)

RICARDO.

Señor, ¿qué habeis hecho del cadáver?

HAMLET.

Ya está entre el polvo, del cual es pariente cercano.

RICARDO.

Decidnos en dónde está, para que le hagamos llevar á la capilla.

HAMLET.

¡Ah!... no lo creais, no.

RICARDO.

¿Qué es lo que no debemos creer?

HAMLET.

Que yo pueda guardar vuestro secreto, y os revele el mio.... Y ademas, ¿qué ha de responder el hijo de un rey á las instancias de un entremetido palaciego?

RICARDO.

¿Entremetido me llamais?

HAMLET.

Si señor, entremetido: que como una esponja chupa del favor del rey las riquezas y la autoridad. Pero estas gentes, á lo último de su carrera, es cuando sirven mejor al príncipe: porque este, semejante al mono, se los mete en un rincon de la boca; alli los conserva, y el primero que entró es el último que se traga. Cuando el rey necesite lo que tú (que eres su esponja) le hayas chupado, te coge, te esprime, y quedas enjuto otra vez.

RICARDO.

No comprendo lo que decís.

HAMLET.

Me place en estremo. Las razones agudas son ronquidos para los oidos tontos.

RICARDO.

Señor, lo que importa es que nos digais en donde está el cuerpo, y os vengais con nosotros á ver al rey.

HAMLET.

El cuerpo (2) está con el rey; pero el rey no está con el cuerpo. El rey viene á ser una cosa, como...

GUILLERMO.

¿Qué cosa, señor?

HAMLET.

Una cosa que no vale nada.... pero, guarda Pablo.... Vamos á verle.

ESCENA IV.

Salon de palacio.

Claudio.

Le he enviado á llamar, y he mandado buscar el cadáver. ¡Qué peligroso es dejar en libertad á este mancebo! Pero no es posible tampoco ejercer sobre él la severidad de las leyes. Está muy querido de la fanática multitud, cuyos afectos se determinan por los ojos , no por la razon , y que en tales casos considera el castigo del delincuente, y no el delito. Conviene , para mantener la tranquilidad , que esta repentina ausencia de Hamlet aparezca como cosa muy de antemano meditada y resuelta. Los males desesperados , ó son incurables, ó se alivian con desesperados remedios.

ESCENA V.

Claudio. Ricardo.

CLAUDIO.

¿Qué hay, qué ha sucedido?

RICARDO.

No hemos podido lograr que nos diga adonde ha llevado el cadáver.

CLAUDIO.

Pero , él , ¿en dónde está?

RICARDO.

Afuera quedó con gente que le guarda, esperando vuestras órdenes.

CLAUDIO.

Traedle á mi presencia.

RICARDO.

Guillermo, que venga el príncipe.

ESCENA VI.

Claudio. Ricardo. Hamlet. Guillermo. Criados.

CLAUDIO.

Y bien, Hamlet, ¿en dónde está Polonio?

HAMLET.

Ha ido á cenar.

CLAUDIO.

¿A cenar? ¿Adónde?

HAMLET.

No adonde coma, sino adonde es comido, entre una numerosa congregacion de gusanos. El gusano es el monarca supremo de todos los comedores. Nosotros (3) engordamos á los demas animales para engordarnos, y engordamos para el gusanillo que nos come despues. El rey gordo y el mendigo flaco son dos platos diferentes, pero se sirven á una misma mesa. En esto pára todo.

CLAUDIO.

¡Ah!

HAMLET.

Tal vez un hombre puede pescar con el gusano que ha comido á un rey, y comerse despues el pez que se alimentó de aquel gusano.

CLAUDIO.

¿Y qué quieres decir con eso?

HAMLET.

Nada mas que manifestar como un rey puede pasar progresivamente á las tripas de un mendigo.

CLAUDIO.

¿En dónde está Polonio?

HAMLET.

En el cielo. Enviad á alguno que lo vea, y si vuestro comisionado no le encuentra allí, entonces podeis vos mismo irle á buscar á otra parte. Bien que sino le hallais en todo este mes, le olereis sin duda al subir los escalones de la galería.

CLAUDIO.

Id allá á buscarle. (*Vánse los criados.*)

HAMLET.

No, él no se moverá de allí hasta que vayan por él.

CLAUDIO.

Este suceso, Hamlet, exige que atiendas á tu propia seguridad, la cual me interesa tanto como

lo demuestra el sentimiento que me causa la accion que has hecho. Conviene que salgas de aqui con acelerada diligencia. Prepárate pues. La nave está ya prevenida, el viento es favorable, los compañeros aguardan, y todo está pronto para tu viage á Inglaterra.

HAMLET.

¿A Inglaterra?

CLAUDIO.

Si, Hamlet.

HAMLET.

Muy bien.

CLAUDIO.

Si, muy bien debe parecerte, si has comprendido el fin á que se encaminan mis deseos.

HAMLET.

Yo veo un ángel qne los ve.... Pero vamos á Inglaterra. ¡Adios, mi querida madre!

CLAUDIO.

¿Y tu padre, que te ama, Hamlet?

HAMLET.

Mi madre... Padre y madre son marido y muger: marido y muger son una carne misma, con que.... mi madre.... ¡Eh! Vamos á Inglaterra.

ESCENA VII.

Claudio. Ricardo. Guillermo,

CLAUDIO.

Seguidle inmediatamente: instad con viveza su

embarco, no se dilate un punto. Quiero verle fuera de aqui esta noche. Partid. Cuanto es necesario á esta comision, está sellado y pronto. Id, no os detengais. (*Vánse Ricardo y Guillermo.*) Y tú, Inglaterra, si en algo estimas mi amistad (de cuya importancia mi gran poder te avisa), pues aun miras sangrientas las heridas que recibiste del acero dinamarqués y en dócil temor me pagas tributos, no dilates tibia la ejecucion de mi suprema voluntad, que por cartas escritas á este fin, te pide con la mayor instancia la pronta muerte de Hamlet. Su vida es para mí, una fiebre ardiente, y tú sola puedes aliviarme. Hazlo asi, Inglaterra, y hasta que sepa que descargaste el golpe, por mas feliz que mi suerte sea, no se establecerán en mi corazon la tranquilidad ni la alegria.

ESCENA VIII.

Campo solitario en las fronteras de Dinamarca.

Fortimbrás. Un capitan. Soldados.

FORTIMBRAS.

Id, capitan (4), saludad en mi nombre al monarca danés: decidle que en virtud de su licencia, Fortimbrás pide el paso libre por su reino, segun se le ha prometido. Ya sabeis el sitio de nuestra reunion. Si algo quiere su magestad comunicarme, hacedle saber que estoy pronto á ir en persona á darle pruebas de mi respeto.

CAPITAN.

Asi lo haré, señor.

FORTIMBRAS.

Y vosotros, caminad con paso vagaroso.

ESCENA IX.

Un capitan. Hamlet. Ricardo. Guillermo. Soldados.

HAMLET.

Caballero (5), ¿de dónde son estas tropas?

CAPITAN.

De Noruega, señor.

HAMLET.

Y decidme, ¿adónde se encaminan?

CAPITAN.

Contra unaparte de Polonia.

HAMLET.

¿Quien las acaudilla?

CAPITAN.

Fortimbrás, sobrino del anciano rey de Noruega.

HAMLET.

¿Se dirigen contra toda Polonia, ó solo á alguna parte de sus fronteras?

CAPITAN.

Para deciros sin rodeos la verdad, vamos á

adquirir una porcion de tierra, de la cual (esceptuando el honor) ninguna otra utilidad puede esperarse. Si me la diesen arrendada en cinco ducados, no la tomaria, ni pienso que produzca mayor interés al de Noruega ni al polaco, aunque á pública subasta la vendan.

HAMLET.

¿Sin duda el polaco no tratará de resistir?

CAPITAN.

Antes bien ha puesto ya en ella tropas que la guarden.

HAMLET.

De ese modo el sacrificio de dos mil hombres y veinte mil ducados, no decidirá la posesion de un objeto tan frívolo. Esa es una apostema del cuerpo político, nacida de la paz y escesiva abundancia que revienta en lo interior, sin que esteriormente se vea la razon por qué el hombre perece. Os doy muchas gracias de vuestra cortesía.

CAPITAN.

Dios os guarde.

(Vánse el capitan y los soldados.)

RICARDO.

¿Quereis proseguir el camino?

HAMLET.

Presto os alcanzaré. Id adelante un poco.

ESCENA X.

Hamlet.

Cuantos (6) accidentes ocurren, todos me acusan, escitando á la venganza mi adormecido aliento. ¿Qué es el hombre que funda su mayor felicidad, y emplea todo su tiempo solo en dormir y alimentarse? Es un bruto y no mas. No, aquel que nos formó dotados de tan estenso conocimiento que con él podemos ver lo pasado y futuro, no nos dió ciertamente esta facultad, esta razon divina, para que estuviera en nosotros sin uso y torpe. Sea, pues, brutal negligencia, sea tímido escrúpulo que no se atreve á penetrar los casos venideros (proceder en que hay mas parte de cobardía que de prudencia), yo no sé para qué existo, diciendo siempre: tal cosa debo hacer; puesto que hay en mí suficiente razon, voluntad, fuerza y medios para ejecutarla. Por todas partes hallo ejemplos grandes que me estimulan. Prueba es bastante ese fuerte y numeroso ejército, conducido por un príncipe jóven y delicado, cuyo espíritu impelido de ambicion generosa desprecia la incertidumbre de los sucesos, y espone su existencia frágil y mortal á los golpes de la fortuna, á la muerte, á los peligros mas terribles, y todo por un objeto de tan leve interés. El ser grande no consiste, por cierto, en obrar solo cuando ocurre un gran motivo, sino en saber hallar una razon plausible de contienda, aunque sea pequeña la causa, cuando se trata de adquirir honor. ¿Cómo, pues, permanezco yo en ócio indigno, muerto mi padre alevosa-

mente, mi madre envilecida.... estímulos capaces de escitar mi razon y mi ardimiento, que yacen dormidos? Mientras para vergüenza mia veo la destruccion inmediata de veinte mil hombres, que por un capricho, por una estéril gloria van al sepulcro como á sus lechos, combatiendo por una causa que la multitud es incapaz de comprender, por un terreno que aun no es suficiente sepultura a tantos cadáveres.... ¡Oh! de hoy mas, ó no existirá en mi fantasía idea ninguna, ó cuantas forme serán sangrientas.

ESCENA XI.

Galeria de Palacio.

Gertrudis. Horacio.

GERTRUDIS.

No, no quiero hablarla.

HORACIO.

Ella insta por veros. Está loca, es verdad, pero eso mismo debe escitar vuestra compasion.

GERTRUDIS.

¿Y qué pretende? ¿Qué dice.

HORACIO.

Habla mucho de su padre, dice que continuamente oye que el mundo está lleno de maldad: solloza, se lastima el pecho, y airada trastorna con el pie cuanto al pasar encuentra. Profiere ra-

zones equívocas en que apenas se halla sentido; pero la misma estravagancia de ellas mueve á los que las oyen á retenerlas; examinando el fin con que las dice, y dando á sus palabras una combinacion arbitraria, segun la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticulacion espresiva, llegan á creer que puede haber en ella algun asomo de razon; pero nada hay de cierto, sino que se halla en el estado mas infeliz.

GERTRUDIS.

Será bien hablarla, antes que mi repulsa esparza conjeturas fatales en aquellos ánimos que todo lo interpretan siniestramente. Hazla venir. (*Váse Horacio.*) El mas frívolo acaso parece á mi dañada conciencia presagio de algun grave desastre. Propia es de la culpa esta desconfianza. Tan lleno está siempre de recelos el delincuente, que el temor de ser descubierto hace tal vez que él mismo se descubra.

ESCENA XII.

Gertrudis. Ofelia. Horacio.

OFELIA.

¿En dónde está la hermosa reina de Dinamarca?

GERTRUDIS.

¿Cómo va, Ofelia?

OFELIA.

(Estos versos y todos los que siguen en el presente acto, los canta Ofelia.)

¿Cómo al amante
Que fiel te sirva,
De otro cualquiera
Distinguiria?
Por las veneras
De su esclavina,
Bordon, sombrero
Con plumas rizas,
Y su calzado
Que adornan cintas.

GERTRUDIS.

¡Oh querida mia! ¿y á que propósito viene esa cancion?

OFELIA.

¿Eso decís...? Atended á esta.

Muerto es ya, señora,
Muerto, y no está aquí.
Una tosca piedra
A sus plantas ví,
Y al cesped del prado
Su frente cubrir.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! (*Dando risotadas.*)

GERTRUDIS.

Sí, pero Ofelia....

OFELIA.

Oid, oid.

Blancos paños le vestian....

ESCENA XIII.

Claudio. Gertrudis. Ofelia. Horacio.

GERTRUDIS.

¡Desgraciada! ?Veis esto, señor.

OFELIA.

Blancos paños le vestian
Como la nieve del monte,
Y al sepulcro le conducen
Cubierto de bellas flores,
Que en tierno llanto de amor
Se humedecieron entonces.

CLAUDIO.

¿Como estás, graciosa niña?

OFELIA.

Buena: Dios os lo pague.... Dicen que la lechuza fué antes una doncella, hija de un panadero.... ¡Ah!... Sabemos lo que somos ahora, pero no lo que podemos ser..... Dios vendrá á visitaros.

CLAUDIO.

Alusion á su padre.

OFELIA.

Pero no, no hablemos mas en esto, y si os preguntan lo que significa, decid:

De San Valentino (7)
La fiesta es mañana:
Yo, niña amorosa,

Al toque del alba
Iré á que me veas
Desde tu ventana,
Para que la suerte
Dichosa me caiga.
Despierta el mancebo,
Se viste de gala,
Y abriendo las puertas
Entró la muchacha:
Que viniendo vírgen,
Volvió desflorada.

CLAUDIO.

¡Graciosa Ofelia!

OFELIA.

Si, voy á acabar; sin jurarlo, os prometo que la voy á concluir.

¡Ay mísera! ¡Cielos!
¡Torpeza villana!
¿Qué galan desprecia
Ventura tan alta?
Pues todos son falsos:
Le dice indignada,
Antes que en tus brazos
Me mirase incauta,
De hacerme tu esposa
Me diste palabra.

Y él responde entonces:

Por el sol te juro
Que no lo olvidára,
Si tú no te hubieras
Venido á mi cama.

CLAUDIO.

¿Cuánto há que está así?

OFELIA.

Yo espero que todo irá bien... Debemos tener paciencia... (*Se entristece y llora.*) Pero yo no puedo menos de llorar considerando que le han dejado sobre la tierra fria.... Mi hermano lo sabrá.... preciso.... Y yo os doy las gracias por vuestros buenos consejos.... (*Con mucha viveza y alegria..*) Vamos, la carroza. Buenas noches, señoras, buenas (8) noches. Amiguitas, buenas noches, buenas noches.

CLAUDIO.

(*A Horacio.*) Acompáñala á su cuarto, y haz que la asista suficiente guardia. Yo te lo ruego.

ESCENA XIV.

Claudio. Gertrudis.

CLAUDIO.

¡Oh! todo es efecto de un profundo dolor : todo nace de la muerte de su padre, y ahora observo , Gertrudis , que cuando los males vienen , no vienen esparcidos como espías , sino reunidos en escuadrones. Su padre muerto , tu hijo ausente (habiendo dado él mismo justo motivo á su destierro), el pueblo alterado en tumulto con dañadas ideas y murmuraciones sobre la muerte del buen Polonio , cuyo entierro oculto ha sido no leve im-

prudencia de nuestra parte. La desdichada Ofelia fuera de sí, turbada su razon, sin la cual somos vanos simulacros, ó comparables solo á los brutos; y por último (y esto no es menos esencial que todo lo restante) su hermano, que ha venido secretamente de Francia, y en medio de tan estraños casos, se oculta entre sombras misteriosas; sin que falten lenguas maldicientes que envenenen sus oidos, hablándole de la muerte de su padre. Ni en tales discursos, á falta de noticias seguras, dejaremos de ser citados continuamente de boca en boca. Todos estos afanes juntos, mi querida Gertrudis, como una máquina destructora que se dispara, me dan muchas muertes á un tiempo.

(Suena á lo lejos un rumor confuso, que se irá aumentando durante la escena siguiente.)

GERTRUDIS.

¡Ay Dios! ¿Qué estruendo es este?

ESCENA XV.

Claudio. Gertrudis. Un caballero.

CLAUDIO.

¿En dónde está mi guardia...? Acudid.... defended las puertas.... ¿Qué es esto?

CABALLERO.

Huid, (9) señor. El océano, sobrepujando sus términos, no traga las llanuras con ímpetu mas espantoso que el que manifiesta el joven Laertes,

ciego de furor, venciendo la resistencia que le oponen vuestros soldados. El vulgo le apellida señor; y como si ahora comenzase á existir el mundo, la antigüedad y la costumbre (apoyo y seguridad de todo buen gobierno), se olvidan y se desconocen. Gritan por todas partes: Nosotros elegimos por rey á Laertes. Los sombreros arrojados al aire, las manos y las lenguas le aplauden, llegando á las nubes la voz general que repite: Laertes será nuestro rey, viva Laertes.

GERTRUDIS.

¡Con qué alegria sigue ladrando esa trahilla pérfida el rastro mal seguro en que va á perderse!

CLAUDIO.

Ya han roto las puertas.

ESCENA XVI.

Laertes. Claudio. Gertrudis. Soldados y pueblo.

LAERTES.

¿En dónde está el rey? (*Volviéndose hácia la puerta por donde ha salido, detiene á los conjurados que le acompañan, y hace que se retiren.*) Vosotros quedáos todos afuera.

VOCES.

No, entremos.

LAERTES.

Yo os pido que me dejeis.

VOCES.

Bien, bien está.

LAERTES.

Gracias, señores. Guardad las puertas.... y tú indigno príncipe, dame á mi padre.

GERTRUDIS.

Menos, menos ardor, querido Laertes.

LAERTES.

Si hubiese en mí una gota de sangre con menos ardor, me declararia por hijo espúreo: infamaria de cornudo á mi padre, é imprimiria sobre la frente limpia y casta de mi madre honestísima la nota infame de prostituta.

CLAUDIO.

Pero, Laertes, ¿cuál es el motivo de tan atrevida rebelion...? Déjale, Gertrudis, no le contengas.... no temas nada contra mí. Existe una fuerza divina que defiende á los reyes: la traicion no puede como quisiera penetrar hasta ellos, y vé malogrados en la ejecucion todos sus designios.... Dime, Laertes, ¿por qué estás tan airado? Déjale, Gertrudis.... Habla tú.

LAERTES.

En dónde está mi padre?

CLAUDIO.

Murió.

GERTRUDIS.

Pero no le ha muerto el rey.

CLAUDIO.

Déjale preguntar cuanto quiera.

LAERTES.

¿Y cómo ha sido su muerte....? ¡Eh...! no, á mí no se me engaña. Váyase al infierno la fidelidad, llévese el mas atezado demonio los juramentos de vasallage, sepúltense la conciencia, la esperanza de salvacion en el abismo mas profundo.... La condenacion eterna no me horroriza: suceda lo que quiera, ni este ni el otro mundo me importan nada.... Solo aspiro, y este es el punto en que insisto, solo aspiro á dar completa venganza á mi difunto padre.

CLAUDIO.

¿Y quién te lo puede estorbar?

LAERTES.

Mi voluntad sola, y no todo el universo; y en cuanto á los medios de que he de valerme, yo sabré economizarlos de suerte que un pequeño esfuerzo produzca efectos grandes.

CLAUDIO.

Buen Laertes, si deseas saber la verdad acerca de la muerte de tu amado padre, ¿está escrito acaso en tu venganza que hayas de atropellar sin distincion amigos y enemigos, culpados é inocentes?

LAERTES.

No, solo á mis enemigos.

CLAUDIO.

Querrás, sin duda, conocerlos.

LAERTES.

¡Oh! á mis buenos amigos yo los recibiré con

abiertos brazos, y semejante al pelícano amoroso los alimentaré, si necesario fuese, con mi sangre misma.

CLAUDIO.

Ahora hablaste como buen hijo, y como caballero. Laertes, ni tengo culpa en la muerte de tu padre, ni alguno ha sentido como yo su desgracia. Esta verdad deberá ser tan clara á tu razon como á tus ojos la luz del dia.

VOCES.

Dejadla entrar. (*Ruido y voces dentro.*)

LAERTES.

¿Qué novedad.... qué ruido es este?

ESCENA XVII.

Claudio. Gertrudis. Laertes. Ofelia y acompañamiento.

(Ofelia sale vestida de blanco, el cabello suelto, y una guirnalda en la cabeza hecha de paja y flores silvestres; trayendo en el faldellin muchas flores y yerbas.)

LAERTES.

¡Oh calor activo, abrasa mi cerebro! ¡Lágrimas, en estremo cáusticas, consumid la potencia y la sensibilidad de mis ojos! Por los cielos te juro que esa demencia tuya será pagada por mí con tal esceso, que el peso del castigo tuerza el fiel, y baje la balanza.,.. ¡Oh rosa de mayo! ¡amable niña! ¡mi querida Ofelia! ¡mi dulce hermana...! ¡Oh cielos! ¿y es posible que el entendimiento de

una tierna jóven sea tan frágil como la vida del hombre decrépito...? Pero la naturaleza (10) es muy fina en amor: y cuando este llega al esceso, el alma se desprende tal vez de alguna preciosa parte de sí misma, para ofrecérsela en don al objeto amado.

OFELIA.

Lleváronle en su atahud
Con el rostro descubierto.
Ay no ni, ay ay ay no ni.
Y sobre su sepultura
Muchas lágrimas llovieron.
Ay no ni, ay ay ay no ni.

Adios, querido mio. Adios.

LAERTES.

Si gozando de tu razon me incitáras á la venganza, no pudieras conmoverme tanto.

OFELIA.

Debeis cantar aquello de

Abajito está (11):
Llámele, señor, que abajito está.

Ay, que á propósito viene el estribillo....! El pícaro del mayordomo fué el que robó á la señorita.

LAERTES.

Esas palabras vanas producen mayor efecto en mí, que el mas concertado discurso.

OFELIA.

Aqui traigo romero, que es bueno para la me-

moria. (*A Laertes.*) Tomad, amigo, para que os acordeis.... Y aquí hay trinitarias, que son para los pensamientos.

LAERTES.

Aun en medio de su delirio quiere aludir á los pensamientos que la agitan, y á sus memorias tristes.

OFELIA.

(*A Gertrudis.*) Aqui hay hinojo para vos y palomillas y ruda.... (12) para vos tambien, y esto poquito es para mí.... Nosotros podemos llamarla yerba santa del domingo..... vos la usareis con la distincion que os parezca.... (*A Claudio.*) Esta es una margarita... Bien os quisiera dar algunas violetas; pero todas se marchitaron cuando murió mi padre. Dicen que tuvo un buen fin.

Un solitario (13)
De plumas vario
Me dá placer.

LAERTES.

Ideas funestas, afliccion, pasiones terribles, los horrores del infierno mismo, todo en su boca es gracioso y suave.

OFELIA.

Nos deja, se vá;
Y no ha de volver.
No, que ya murió,
No vendrá otra vez....
Su barba era nieve,
Su pelo tambien.
Se fué, ¡dolorosa

Partida! se fué.
En vano exhalamos
Suspiros por él.
Los cielos piadosos
Descanso le dén.

A él y á todas las almas cristianas. Dios lo quiera.... ¡Eh! señores, adios.

ESCENA XVIII.

Claudio. Gertrudis. Laertes.

LAERTES.

¡Veis esto, Dios mio!

CLAUDIO.

Yo debo tomar parte en tu afliccion, Laertes: no me niegues este derecho. Oyeme aparte. Elige entre los mas prudentes de tus amigos aquellos que te parezca. Oígannos á entrambos y juzguen. Si por mí propio ó por mano agena resulto culpado, mi reino, mi corona, mi vida, cuanto puedo llamar mio, todo te lo daré para satisfacerte. Si no hay culpa en mí, deberé contar otra vez con tu obediencia, y unidos ambos buscarémos los medios de aliviar tu dolor.

LAERTES.

Hágase lo que decis... Su arrebatada muerte, su obscuro funeral, sin trofeos, armas, ni escudos sobre el cadáver, ni debidos honores, ni decorosa pompa; todo, está clamando del cielo á la tierra por un exámen el mas riguroso.

CLAUDIO.

Tú le obtendrás, y la segur terrible de la justicia caerá sobre el que fuere delincuente. Ven conmigo.

ESCENA XIX.

Sala en casa de Horacio.

Horacio. Un criado.

HORACIO.

¿Quiénes son los que me quieren hablar?

CRIADO.

Unos marineros, que segun dicen, os traen cartas.

HORACIO.

Hazlos entrar. (*Vase el criado.*) Yo no sé de qué parte del mundo pueda nadie escribirme, si ya no es Hamlet mi señor.

ESCENA XX.

Horacio. Dos marineros.

MARINERO PRIMERO.

Dios os guarde.

HORACIO.

Y á vosotros tambien.

MARINERO PRIMERO.

Asi lo hará, si es su voluntad. Estas cartas del embajador que se embarcó para Inglaterra, vienen dirigidas á vos; si os llamais Horacio, como nos han dicho.

HORACIO.

(Lee Horacio la carta.)

«Horacio: luego que hayas leido esta, dirigi-
«rás esos hombres al rey, para el cual les he dado
«una carta. Apenas llevábamos dos dias de nave-
«gacion, cuando empezó á darnos caza un pirata
«muy bien armado. Viendo que nuestro navio era
«poco velero, nos vimos precisados á apelar al va-
«lor. Llegamos al abordage: yo salté el primero
«en la embarcacion enemiga, que al mismo tiem-
«po logró desaferrarse de la nuestra, y por con-
«siguiente me hallé solo y prisionero. Ellos se han
«portado conmigo como ladrones compasivos; pe-
«ro ya sabian lo que se hacian, y se lo he pagado
«muy bien. Haz que el rey reciba las cartas que
«le envio, y tu ven á verme con tanta diligencia
«como si huyeras de la muerte. Tengo unas cuan-
«tas palabras que decirte al oido que te dejarán
«atónito; bien que todas ellas no serán suficientes
«á espresar la importancia del caso. Esos buenos
«hombres te conducirán hasta aqui. Guillermo y
«Ricardo siguieron su camino á Inglaterra. Mucho
«tengo que decirte de ellos. Adios. Tuyo siem-
«pre.—HAMLET.

Vamos. Yo os introduciré para que presenteis esas cartas. Conviene hacerlo pronto, á fin de que me lleveis despues adonde queda el que os las entregó.

ESCENA XXI.

(*Gabinete del Rey.*)

Claudio. Laertes.

CLAUDIO.

Sin duda tu rectitud aprobará ya mi descargo y me darás lugar en el corazon como á tu amigo, despues que has oido con pruebas evidentes que el matador de tu noble padre conspiraba contra mi vida.

LAERTES.

Claramente se manifiesta... Pero decidme: por qué no procedeis contra escesos tan graves y culpables, cuando vuestra prudencia, vuestra grandeza, vuestra propia seguridad, todas las consideraciones juntas deberian escitaros tan particularmente á reprimirlos?

CLAUDIO.

Por dos razones, que aunque tal vez las juzgarás débiles, para mí han sido muy poderosas. Una es (14) que la reina su madre vive pendiente casi de sus miradas, y al mismo tiempo (sea desgracia ó felicidad mia) tan estrechamente unió el amor mi vida y mi alma á la de mi esposa, que asi como los astros no se mueven sino dentro de su propia esfera, asi en mí no hay movimiento alguno que no dependa de su voluntad. La otra razon porque no puedo proceder contra el agresor públicamente, es el grande cariño que le tiene el

pueblo: el cual, como la fuente cuyas aguas mudan los troncos en piedras, bañando en su afecto las faltas del príncipe, convierte en gracias todos sus yerros. Mis flechas no pueden con tal violencia dispararse, que resistan á huracan tan fuerte; y sin tocar el punto á que las dirija, se volverán otra vez al arco.

LAERTES.

Si, y en tanto yo he perdido á un ilustre padre, y hallo á una hermana en la mas deplorable situacion... Mi hermana, cuyo mérito (si alcanza el elogio á lo que ya no existe) se levantó sobre lo mas sublime de su siglo, por las raras prendas que en ella se admiraron juntas.... Pero llegará, llegará el tiempo de mi venganza.

CLAUDIO.

Ese cuidado no debe interrumpirte el sueño, ni has de presumir que yo esté formado de materia tan insensible y dura, que me deje remesar la barba y lo tome á fiesta.... Presto te informaré de la demas. Basta decirte que amé á tu padre, que nosotros nos amamos tambien, y que espero darte á conocer la... Pero... ¿Qué noticias traes?

ESCENA XXII.

Claudio. Laertes. Un guardia.

GUARDIA.

Señor, veis aqui cartas del príncipe: esta para vuestra magestad, y esta para la reina.

(Dá unas cartas á Claudio.)

CLAUDIO.

¡De Hamlet! ¿Quién las ha traido?

GUARDIA.

Dicen que unos marineros, yo no los he visto. Horacio que las recibió del que las trajo, es el que me las ha entregado á mí.

CLAUDIO.

Oirás lo que dicen, Laertes. Déjanos solos.

ESCENA XXIII.

Claudio. Laertes.

CLAUDIO.

(Lee Claudio una carta.)

«Alto y poderoso señor: os hago saber como «he llegado desnudo á vuestro reino. Mañana os «pediré permiso de ver vuestra presencia real, y «entonces, mediante vuestro perdon, os diré la «causa de mi estraña y repentina vuelta.-Hamlet.»

¿Qué quiere decir esto? ¿Se habrán vuelto los otros tambien, ó hay alguna equivocacion, ó acaso todo es falso?

LAERTES.

¿Conoceis la letra?

CLAUDIO.

Si, es de Hamlet.... (*Examinando con atencion la carta.*) *Desnudo*.... y en una enmienda que hay aqui, dice *solo*.... ¿Qué puede ser esto?

LAERTES.

Yo nada alcanzo... Pero dejadle venir, que ya siento encenderse en nuevas iras mi corazon..... Si, yo viviré, y le diré en su cara: tú lo hiciste, y fué de esta manera.

CLAUDIO.

Si el caso es cierto.... ¡Eh! ¿Cómo es posible?.... ¿Y qué otra cosa puede ser?.... ¿Quieres dirigirte por mí, Laertes?

LAERTES.

Si señor, como no procureis inclinarme á la paz.

CLAUDIO.

A tu propia paz, no á otra ninguna. Si él vuelve ahora disgustado de este viage y rehusa comenzarle de nuevo, yo le ocuparé en una empresa que medito, en la cual perecerá sin duda. Esta muerte no escitará el aura mas leve de acusacion, su madre misma absolverá el hecho juzgándolo casual.

LAERTES.

Seguiré en todo vuestras ideas, y mucho mas si disponeis que yo sea el instrumento que las ejecute.

CLAUDIO.

Todo sucede bien.... Desde que te fuiste se ha hablado mucho de tí delante de Hamlet, por una habilidad en que dicen que sobresales. Las demas que tienes no movieron tanto su envidia como esta sola, que en mi opinion ocupa el último lugar.

LAERTES.

¿Y qué habilidad es, señor?

CLAUDIO.

No es mas que un lazo en el sombrero de la juventud, pero que la es muy necesario; puesto que asi son propios de la juventud los adornos ligeros y alegres, como de la edad madura las ropas y pieles que se viste por abrigo y decencia... Dos meses ha que estuvo aqui un caballero de Normandía.... Yo conozco á los franceses muy bien, he militado contra ellos, y son por cierto buenos ginetes; pero el galan de quien hablo era un prodigio en esto. Parecia haber nacido sobre la silla, y hacia ejecutar al caballo tan admirables movimientos como si él y su valiente bruto animáran un cuerpo solo: y tanto escedió á mis ideas, que todas las formas y actitudes que yo pude imaginar no llegaron á lo que él hizo.

LAERTES.

¿Decís que era normando?

CLAUDIO.

Si, normando.

LAERTES.

Ese es Lamond, sin duda.

CLAUDIO.

El mismo.

LAERTES.

Le conozco bien, y es la joya mas preciosa de su nacion.

CLAUDIO.

Pues este, hablando de tí públicamente, te llenaba de elogios por tu inteligencia y ejercicio en la esgrima, y la bondad de tu espada en la defensa y el ataque: tanto que dijo alguna vez, que seria un espectáculo admirable el verte lidiar con otro de igual mérito, si pudiera hallarse, puesto que segun aseguraba él mismo, los mas diestros de su nacion carecian de agilidad para las estocadas y los quites cuando tú esgrimias con ellos. Este informe irritó la envidia de Hamlet, y en nada pensó desde entonces sino en solicitar con instancia tu pronto regreso para batallar contigo. Fuera de esto....

LAERTES.

¿Y qué hay ademas de eso, señor?

CLAUDIO.

Laertes, ¿amaste á tu padre, ó eres como las figuras de un lienzo, que tal vez aparentan tristeza en el semblante cuando las falta en el corazon?

LAERTES.

¿Por qué lo preguntais?

CLAUDIO.

No porque piense que no amabas á tu padre, sino porque sé que el amor (15) está sujeto al tiempo y que el tiempo estingue su ardor y sus centellas, segun me lo hace ver la esperiencia de los sucesos. Existe en medio de la llama de amor una mecha ó pábilo que la destruye al fin: nada permanece en un mismo grado de bondad constantemente, pues la

salud misma degenerando en plétora perece por su propio esceso. Cuanto nos proponemos hacer, deberia ejecutarse en el instante mismo en que lo deseamos, porque la voluntad se altera facilmente, se debilita y se entorpece segun las lenguas, las manos y los accidentes que se atraviesan; y entonces aquel estéril deseo es semejante á un suspiro que exhalando pródigo el aliento, causa daño en vez de dar alivio.... Pero toquemos en lo vivo de la herida. Hamlet vuelve.... ¿Qué accion emprenderias tú para manifestar mas con las obras que con las palabras que eres digno hijo de tu padre?

LAERTES.

¿Qué haré? Le cortaré la cabeza en este templo mismo.

CLAUDIO.

Cierto que no deberia un homicida hallar asilo en parte alguna, ni reconocer límites una justa venganza; pero buen Laertes, haz lo que te diré. Permanece oculto en tu cuarto: cuando llegue Hamlet, sabrá que tú has venido: yo le haré acompañar por algunos que alabando tu destreza den un nuevo lustre á los elogios que hizo de tí el francés. Por último (16), llegareis á veros: se harán apuestas en favor de uno y otro.... él, que es descuidado, generoso, incapaz de toda malicia, no reconocerá los floretes: de suerte que te será muy fácil con poca sutileza que uses, elegir una espada sin boton, y en cualquiera de las jugadas tomar satisfaccion de la muerte de tu padre.

LAERTES.

Asi lo haré, y á ese fin quiero envenenar la

espada con cierto ungüento que compré de un charlatan; de cualidad tan mortífera, que mojando un cuchillo en él, adonde quiera que haga sangre introduce la muerte, sin que haya emplasto eficaz que pueda evitarla, por mas que se componga de cuantos simples medicinales crecen debajo de la luna. Yo bañaré la punta de mi espada en este veneno, para que apenas le toque muera.

CLAUDIO.

Reflexionemos mas sobre esto.... Examinemos qué ocasion, qué medios serán mas oportunos á nuestro engaño: porque si tal vez se malogra, y equivocada la ejecucion se descubren los fines, valiera mas no haberlo emprendido. Conviene pues, que este proyecto vaya sostenido con otro segundo, capaz de asegurar el golpe, cuando por el primero no se consiga. Espera.... Déjame ver si.... Haremos una apuesta solemne sobre vuestra habilidad y.... Sí, ya hallé el medio. Cuando con la agitacion os sintais acalorados y sedientos (puesto que al fin deberá ser mayor la violencia del combate) él pedirá de beber, y yo le tendré prevenida espresamente una copa, que al gustarla solo, aunque haya podido librarse de tu espada ungida, veremos cumplido nuestro deseo. Pero... calla.... ¿Qué ruido se escucha?

(Suena ruido dentro.)

ESCENA XXIV.

Gertrudis. Claudio. Laertes.

CLAUDIO.

¿Qué ocurre de nuevo, amada reina?

GERTRUDIS.

Una desgracia va siempre pisando las ropas de otra; tan inmediatas caminan. Laertes, tu hermana acaba de ahogarse.

LAERTES.

¡Ahogada!... ¿En dónde?... ¡Cielos!

GERTRUDIS.

Donde (17) hallareis un sauce que crece á las orillas de ese arroyo, repitiendo en las ondas cristalinas la imágen de sus hojas pálidas. Allí se encaminó ridículamente coronada de ranúnculos, hortigas, margaritas y luengas flores purpúreas, que entre los sencillos labradores se reconocen bajo una denominacion grosera, y las modestas doncellas llaman dedos de muerto. Llegada que fué, se quitó la guirnalda, y queriendo subir á suspenderla de los pendientes ramos, se troncha un vástago envidioso, y caen al torrente fatal ella y todos sus adornos rústicos. Las ropas huecas y estendidas la llevaron un rato sobre las aguas, semejante á una sirena, y en tanto iba cantando pedazos de tonadas antiguas, como ignorante de su desgracia, ó como criada y nacida en aquel elemento. Pero no era posible que asi durase por

mucho espacio... Las vestiduras, pesadas ya con el agua que absorvian, la arrebataron á la infeliz, interrumpiendo su canto dulcísimo la muerte, llena de angustias.

LAERTES.

¿Qué en fin se ahogó? ¡Mísero!

GERTRUDIS.

Sí, se ahogó, se ahogó.

LAERTES.

¡Desdichada Ofelia! demasiada (18) agua tienes ya, por eso quisiera reprimir la de mis ojos.., Bien que á pesar de todos nuestros esfuerzos, imperiosa la naturaleza sigue su costumbre por mas que el valor se avergüence... Pero luego que este llanto se vierta, nada quedará en mí de femenil ni de cobarde... Adios, señores... Mis palabras de fuego arderian en llamas sino las apagasen estas lágrimas imprudentes. (*Vase Laertes.*)

CLAUDIO.

Sigámosle, Gertrudis, que despues de haberme costado tanto aplacar su cólera, temo ahora que ésta desgracia no la irrite otra vez. Conviene seguirle.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Cementerio contiguo á una iglesia.

Sepulturero primero, sepulturero segundo.

SEPULTURERO PRIMERO.

¿Y es la que ha de (1) sepultarse en tierra sagrada, la que deliberadamente ha conspirado contra su propia salvacion?

SEPULTURERO SEGUNDO.

Dígote que sí: con que haz presto el hoyo. El juez ha reconocido ya el cadáver y ha dispuesto que se la entierre en sagrado.

SEPULTURERO PRIMERO.

Yo no entiendo como va eso... Aun si se hubiera ahogado haciendo esfuerzos para librarse, anda con Dios.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Así han juzgado que fué.

SEPULTURERO PRIMERO.

No, no, eso fué *se offendendo;* ni puede haber sido de otra manera : porque.... vé aqui el punto de la dificultad. Si yo me ahogo voluntariamente, esto arguye por de contado una accion, y toda accion consta de tres partes, que son; hacer, obrar y ejecutar: de donde se infiere, amigo Rasura, que ella se ahogó voluntariamente.

SEPULTURERO SEGUNDO.

¡Qué!... Pero, óigame ahora el tio Socaba.

SEPULTURERO PRIMERO.

No, deja, yo te diré. Mira, aqui está el agua. Bien. Aqui está un hombre. Muy bien... Pues señor, si este hombre vá y se mete dentro del agua, se ahoga á sí mismo; porque, por fas ó por nefas, ello es que él vá... Pero atiende á lo que digo. Si el agua viene hácia él y le sorprende y le ahoga, entonces no se ahoga él á sí propio... Compadre Rasura, el que no desea su muerte, no se acorta la vida.

SEPULTURERO SEGUNDO.

¿Y qué, hay leyes para eso?

SEPULTURERO PRIMERO.

Ya se vé que las hay, y por ellas se guia el juez que examina estos casos.

SEPULTURERO SEGUNDO.

¿Quieres que te diga la verdad? pues mira, si

la muerta no fuese una señora, yo te aseguro que no la enterrarian en sagrado.

SEPULTURERO PRIMERO.

En efecto, dices bien, y es mucha lástima que los grandes personages hayan de tener en este mundo especial privilegio, entre todos los demas cristianos, para ahogarse y ahorcarse cuando quieren, sin que nadie les diga nada.... Vamos allá con el azadon.... (*Pónense los dos á abrir una sepultura en medio del teatro, sacando la tierra con espuertas, y entre ella calaveras y huesos.*) Ello es que no hay caballeros de nobleza mas antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores: que son los que ejercen la profesion de Adan.

SEPULTURERO SEGUNDO.

¿Pues qué, Adan fué caballero? (2)

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Toma! como que fué el primero que llevó armas... Pero, voy á hacerte una pregunta y sino me respondes á cuento, has de confesar que eres un....

SEPULTURERO SEGUNDO.

Adelante.

SEPULTURERO PRIMERO.

¿Cuál es el que construye edificios mas fuertes, que los que hacen los albañiles y los carpinteros de casas y navíos?

SEPULTURERO SEGUNDO.

El que hace la horca: porque aquella fábrica sobrevive á mil inquilinos.

SEPULTURERO PRIMERO.

Agudo eres, por vida mia. Buen edificio es la horca; pero ¿cómo es bueno? es bueno para los que hacen mal: ahora bien, tú haces mal en decir que la horca es fábrica mas fuerte que una iglesia, con que la horca podria ser buena para tí.... Volvamos á la pregunta.

SEPULTURERO SEGUNDO.

¿Cuál es el que hace habitaciones mas durables que las que hacen los albañiles, los carpinteros de casas y de navíos?

SEPULTURERO PRIMERO.

Sí, dímelo y sales del apuro.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Ya se vé que te lo diré.

SEPULTURERO PRIMERO.

Pues vamos.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Pues no puedo decirlo.

SEPULTURERO PRIMERO.

Vaya, no te rompas la cabeza sobre ello... Tú eres un burro lerdo, que no saldrá de su paso por mas que le apaleen. Cuando te hagan esta pregunta, has de responder: el sepulturero. ¿No ves que las casas que él hace, duran hasta el dia del juicio?... Anda, vé ahí á casa de Juanillo, y traeme una copa de aguardiente.

ESCENA II.

Hamlet. Horacio. Sepulturero primero.

SEPULTURERO PRIMERO. (*Canta*).

Yo amé en mis primeros años,
Dulce cosa lo juzgué:
Pero casarme, eso no,
Que no me estuviera bien.

HAMLET.

Qué poco (3) siente ese hombre lo que hace, que abre una sepultura y canta.

HORACIO.

La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupacion.

HAMLET.

Asi es la verdad. La mano que menos trabaja, tiene mas delicado el tacto.

SEPULTURERO PRIMERO. (*Canta.*)

La edad callada en la huesa
Me hundió con mano cruel,
Y toda se destruyó
La existencia que gocé.

HAMLET.

Aquella calavera tendria lengua en otro tiempo, y con ella podria tambien cantar... ¡Cómo la tira al suelo el pícaro! como si fuese la quijada con que hizo Cain el primer homicidio. Y la que

está maltratando ahora ese bruto, podria ser muy bien la cabeza de algun estadista, que acaso pretendió engañar al cielo mismo. ¿No te parece?

HORACIO.

Bien puede ser.

HAMLET.

Ó la de algun cortesano, que diria; felicísimos dias, señor escelentísimo, ¿cómo va de salud, mi venerado señor?.... Esta puede ser la del caballero Fulano, que hacia grandes elogios del potro del caballero Zutano, para pedírsele prestado despues. ¿No puede ser asi?

HORACIO.

Si señor.

HAMLET.

¡Oh! si por cierto, y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el azadon de un sepulturero... Grandes revoluciones se hacen aquí, si hubiera en nosotros medios para observarlas.... Pero, ¿costó acaso tan poco la formacion de estos huesos á la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente (4) se divierta en sus garitos con ellos?.. ¡Eh! Los mios se estremecen al considerarlo.

SEPULTURERO PRIMERO. (*Canta.*)

Una piqueta
Con una hazada,
Un lienzo donde
Revuelto vaya,
Y un hoyo en tierra
Que le preparan.
Para tal huésped
Eso le basta.

HAMLET.

Y esa otra, ¿por qué no podria ser la calavera de un letrado?... ¿Adónde se fueron sus equívocos y sutilezas, sus litigios, sus interpretaciones, sus embrollos? ¿Por qué sufre ahora que ese bribon, grosero, le golpee contra la pared, con el azadon lleno de barro?... ¡y no dirá palabra acerca de un hecho tan criminal!... Éste seria, quizás, mientras vivió, un gran comprador de tierras, con sus obligaciones y reconocimientos, transacciones, seguridades mútuas, pagos, recibos... Ve aqui el arriendo de sus arriendos, y el cobro de sus cobranzas; todo ha venido á parar en una calavera llena de lodo. Los títulos de los bienes que poseyó cabrian dificilmente en su atahud; y no obstante eso, todas las fianzas y seguridades recíprocas de sus adquisiciones, no le han podido asegurar otra posesion que la de un espacio pequeño, capaz de cubrirse con un par de sus escrituras... ¡Oh! y á su opulento sucesor tampoco le quedará mas!

HORACIO.

Verdad es, señor.

HAMLET.

¿No se hace el pergamino de piel de carnero?

HORACIO.

Si señor, y de piel de ternera tambien.

HAMLET.

Pues, dígote, que son mas irracionales que las terneras y carneros, los que fundan su felicidad en la posesion de tales pergaminos ... Voy á tra-

mar conversacion con este hombre (*Al sepulturero.*) ¿De quién es esa sepultura, buena pieza?

SEPULTURERO PRIMERO.

Mia, señor. (5) (*Canta.*)

Y un hoyo en tierra
Que le preparan:
Para tal huésped
Eso le basta.

HAMLET.

Si, yo creo que es tuya porque estás ahora dentro de ella.... Pero la sepultura es para los muertos, no para los vivos: con que has mentido.

SEPULTURERO PRIMERO.

Ve ahí un mentís demasiado vivo; pero yo os le volveré.

HAMLET.

¿Para qué muerto cabas esa sepultura?

SEPULTURERO PRIMERO.

No es hombre, señor.

HAMLET.

¿Pues bien, para qué muger?

SEPULTURERO PRIMERO.

Tampoco es eso.

HAMLET.

¿Pues qué es lo que ha de enterrarse ahí?

SEPULTURERO PRIMERO.

Un cadáver, que fué muger; pero ya murió.... Dios la perdone.

HAMLET.

¡Qué taimado es! hablémosle clara y sencillamente, porque sino, es capaz de confundirnos á equívocos. De tres años á esta parte he observado cuanto se va utilizando la edad en que vivimos..... Por vida mia, Horacio, que ya el villano sigue tan de cerca al caballero, que muy pronto le deshollará el talon.... ¿Cuánto tiempo ha que eres sepulturero?

SEPULTURERO PRIMERO.

Toda mi vida, se puede decir. Yo comenzé el oficio, el dia que nuestro último rey Hamlet venció á Fortimbrás.

HAMLET.

¿Y cuánto tiempo habrá?

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Toma! ¿no lo sabeis? pues hasta los chiquillos os lo dirán. Eso sucedió el mismo dia en que nació el jóven Hamlet, el que está loco, y se ha ido á Inglaterrra.

HAMLET.

¡Oiga! ¿por qué se ha ido á Inglaterra?

SEPULTURERO PRIMERO.

Porque.. . porque está loco, y allí cobrará su juicio; y sino le cobra á bien que poco importa.

HAMLET.

¿Por qué?

SEPULTURERO PRIMERO.

Porque allí todos son tan locos como él, y no será reparado.

HAMLET.

¿Y cómo ha sido volverse loco?

SEPULTURERO PRIMERO.

De un modo muy estraño, segun dicen.

HAMLET.

¿De qué modo?

SEPULTURERO PRIMERO.

Habiendo perdido el entendimiento.

HAMLET.

Pero, ¿qué motivo dió lugar á eso?

SEPULTURERO PRIMERO.

¿Qué lugar? Aquí en Dinamarca, donde soy enterrador, y lo he sido de chico y de grande, y por espacio de treinta años.

HAMLET.

¿Cuánto tiempo podrá estar enterrado un hombre sin corromperse?

SEPULTURERO PRIMERO.

De suerte que si él no corrompia ya en vida (como nos sucede todos los dias con muchos cuerpos galicados, que no hay por donde asirlos), podrá durar cosa de ocho ó nueve años. Un curtidor durará nueve años, seguramente.

HAMLET.

¿Pues qué tiene él mas que otro cualquiera?

SEPULTURERO PRIMERO.

Lo que tiene es, un pellejo tan curtido ya, por mor de su ejercicio, que puede resistir mucho tiempo al agua: y el agua, señor mio, es la cosa que mas pronto destruye á cualquier hideputa de muerto. Ve aquí una calavera que ha estado debajo de tierra veinte y tres años.

HAMLET.

¿De quien es?

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Mayor hideputa, loco!... ¿De quién os parece que será?

HAMLET.

¿Yo cómo he de saberlo?

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Mala peste en él y en sus travesuras!... Una vez me echó un frasco de vino del Rhin por los cabezones.... Pues, señor, esta calavera es la calavera de Yorich, el bufon del rey.

(El sepulturero le dá una calavera á Hamlet.)

HAMLET.

¿Esta?

SEPULTURERO PRIMERO.

La misma.

HAMLET

¡Ay! ¡pobre Yorich!... Yo le conocí, Horacio...

era un hombre sumamente gracioso, de la mas fecunda imaginacion. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros... y ahora su vista me llena de horror; y oprimido el pecho palpita.... Aqui estuvieron aquellos labios donde yo dí besos sin número.... ¿Qué se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, falto ya enteramente de músculos, ni aun puedes reirte de tu propia deformidad.... Ve al tocador de alguna de nuestras damas y dila, para escitar su risa, que por mas que se ponga una pulgada de afeite en el rostro; al fin habrá de esperimentar esta misma transformacion.... (*Tira la calavera al monton de tierra inmediato á la sepultura.*) Díme una cosa, Horacio.

HORACIO.

¿Cuál es, señor?

HAMLET.

¿Crees tú, que Alejandro, metido debajo de tierra, tendria esa forma horrible?

HORACIO.

Cierto que si.

HAMLET.

¿Y exhalaria ese mismo hedor?... ¡Uh!..

HORACIO.

Sin diferencia alguna.

(El sepulturero primero acabada la escabacion, sale de la sepultura y se pasea hácia el fondo del teatro. Viene despues el sepulturero segundo que trae el aguardiente, beben y hablan entre sí, permaneciendo retirados hasta la escena siguiente, como lo indica el diálogo.)

HAMLET.

¡En qué abatimiento hemos de parar, Horacio!... ¿Y por qué no podria la imaginacion seguir las ilustres cenizas de Alejandro, hasta encontrarlas tapando la boca de algun barril?

HORACIO.

A fé que seria escesiva curiosidad ir á examinarlo.

HAMLET.

No, no por cierto. No hay sino irle siguiendo hasta conducirle allí con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dijéramos: Alejandro murió, Alejandro fué sepultado, Alejandro se redujo á polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro.... ¿Y por qué con este barro en que él está ya convertido no habrán podido tapar un barril de cerbeza? El emperador César, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire .. ¡Oh! Y aquella tierra que tuvo atemorizado el orbe, servirá tal vez de reparar las hendiduras de un tabique contra las intemperies del invierno.... Pero callemos... hagámonos á un lado, que... si... Aqui viene el rey, la reina, los grandes... ¿A quién acompañan? ¡Qué ceremonial tan incompleto es este!... Todo ello me anuncia que el difunto que conducen dió fin á su vida con desesperada mano... Sin duda era persona de calidad.... Ocultémonos un poco, y observa.

ESCENA III.

Claudio. Gertrudis. Hamlet. Laertes. Horacio. Un cura. Dos sepultureros. Acompañamiento de damas, caballeros y criados.

(Conducen entre cuatro hombres el cadáver de Ofelia, vestida con túnica blanca y coronada de flores. Detras sigue el Preste y todos los que hacen el duelo, atravesando el teatro á paso lento, hasta llegar adonde está la sepultura. Suena el clamor de las campanas. Hamlet y Horacio se retiran á un estremo del teatro.)

LAERTES

¿Qué otra ceremonia falta? (6)

HAMLET.

Mira, aquel es Laertes, jóven muy ilustre.

LAERTES.

¿Qué ceremonia falta?

EL CURA.

Ya se han celebrado sus exéquias con toda la decencia posible. Su muerte dá lugar á muchas dudas, y á no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las leyes, hubiera sido colocada en lugar profano; allí estuviera hasta que sonase la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caido sobre su cadáver guijarros, piedras y cascote. No obstante esto, se la han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

LAERTES.

¿Con qué no se debe hacer mas?.

EL CURA.

No mas. Profanariamos los honores sagrados de los difuntos cantando un *requiem* para implorar el descanso de su alma. como se hace por aquellos que parten de esta vida con mas cristiana disposicion.

LAERTES.

Dadla tierra pues. (*Ponen el cadáver de Ofelia en la sepultura.*) Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y á tí, clérigo zafio, te anuncio que mi hermana será un ángel del Señor, mientras tú estarás bramando en los abismos.

HAMLET.

¡Qué...! ¡La hermosa Ofelia ..!

GERTRUDIS.

Dulces dones á mi dulce amiga. (*Esparce flores sobre el cadáver.*) Adios.... Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, graciosa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial.... pero no tu sepulcro.

LAERTES.

¡Oh, una y mil veces sea maldito aquel cuya accion inhumana te privó á tí del mas sublime entendimiento....! No.... esperad un instante, no echeis la tierra todavía.... No.... hasta que otra vez la estreche en mis brazos.... (*Métese en la sepultura.*) Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano hagais un monte que descuelle sobre el antiguo Pelion, ó sobre la azul estremidad del Olimpo que toca los cielos.

HAMLET.

¿Quién es el que dá á sus penas idioma tan enfático, el que asi invoca en su afliccion á las estrellas errantes, haciéndolas detenerse admiradas á oirle....? Yo soy Hamlet, príncipe de Dinamarca.

(Atravesando por en medio de todos, vá hácia la sepultura; entra en ella y luchan él y Laertes, y se dan puñadas. Algunos d los circunstantes van allá, los sacan del hoyo y los separan.)

LAERTES.

El demonio lleve tu alma.

HAMLET.

No es justo lo que pides.... Quita esos (7) dedos de mi cuello, porque aunque no soy precipitado ni colérico, algun riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente debes evitarle.... Quita de ahí esa mano.

CLAUDIO.

Separadlos.

GERTRUDIS.

¡Hamlet! ¡Hamlet!

TODOS.

¡Señores!

HORACIO.

Moderáos, señor.

HAMLET.

No, por causa tan justa lidiaré con él hasta que cierre mis párpados la muerte.

GERTRUDIS.

¿Qué causa puede haber, hijo mio...?

HAMLET.

Yo he querido á Ofelia, y cuatro mil hermanos juntos no podrán con todo su amor esceder al mio.... ¿Qué quieres hacer por ella? Dí.

CLAUDIO.

Laertes, mira que está loco.

GERTRUDIS.

Por Dios, Laertes, déjale.

HAMLET.

Dime lo que intentas hacer. (*Los sepultureros llenan la sepultura de tierra y la apisonan.*) ¿Quieres llorar, combatir, negarte al sustento, hacerte pedazos, beber todo el Esil (8), devorar un caiman? Yo lo haré tambien... ¿Vienes aqui á lamentar su muerte, á insultarme precipitándote en su sepulcro, á ser enterrado vivo con ella...? Pues bien, eso quiero yo; y si hablas de montes, descarguen sobre nosotros yugadas de tierra inumerables, hasta que estos campos tuesten su frente en la tórrida zona, y el alto Osa parezca en su comparacion un terron pequeño.... Si me hablas con soberbia yo usaré un lenguage tan altanero como el tuyo.

GERTRUDIS.

Todos son efectos de su frenesí, cuya violencia podrá agitarle por algun tiempo; pero despues, semejante á la mansa paloma cuando siente animadas las mellizas crias, le vereis sin movimiento y mudo.

HAMLET.

Oyeme: ¿cuál es la razon de obrar asi conmigo...? Siempre te he querido bien.... Pero... nada importa. Aunque el mismo Hércules con todo su poder quiera estorbarlo, el gato mayará, y el perro quedará vencedor.

(Vase Hamlet, y Horacio les sigue.)

CLAUDIO.

Horacio, ve, no le abandones... Laertes, nuestra plática de la noche anterior fortificará tu paciencia mientras dispongo lo que importa en la ocasion presente.... Amada Gertrudis, será bien que alguno se encargue de la guarda de tu hijo... Esta sepultura se adornará con un monumento durable.... Espero que gozaremos brevemente horas mas tranquilas, pero entretanto conviene sufrir.

ESCENA IV.

Salon de palacio, el mismo que sirvió para la representacion, con asientos que han de ocuparse en la escena IX.

Hamlet. Horacio.

HAMLET.

Baste ya lo dicho sobre esta materia. Ahora quisiera informarte de lo demas: pero te acuerdas bien de todas las circunstancias?

HORACIO.

¿No he de acordarme, señor?

HAMLET.

Pues sabrás (9) amigo, que agitado continuamente mi corazon en una especie de combate, no me permitia conciliar el sueño, y en tal situacion me juzgaba mas infeliz que el delincuente cargado de prisiones. Una temeridad.... Bien que debo dar gracias á esta temeridad, pues por ella existo.... Sí, confesemos que tal vez nuestra indiscrecion suele sernos útil, al paso que los planes concertados con la mayor sagacidad se malogran; prueba certísima de que la mano de Dios conduce á su fin todas nuestras acciones, por mas que el hombre las ordene sin inteligencia.

HORACIO.

Asi es la verdad.

HAMLET.

Salgo pues de mi camarote, mal rebujado con un vestido de marinero, y á tientas, favorecido de la obscuridad, llego hasta donde ellos estaban. Logro mi deseo, me apodero de sus papeles y me vuelvo á mi cuarto. Allí, olvidando mis recelos toda consideracion, tuve la osadía de abrir sus despachos, y en ellos encuentro, amigo, una alevosía del rey. Una órden precisa, apoyada en varias razones de ser importante á la tranquilidad de Dinamarca y aun á la de Inglaterra, y.... ¡oh! mil temores y anuncios de mal si me dejan vivo... En fin, decia que luego que fuese leida, sin dilacion ni aun para afinar á la segur el filo, me cortasen la cabeza.

HORACIO.

¿Es posible?

HAMLET.

Mira la órden aqui (*Le enseña un pliego y vuelve á guardársele.*): podrás leerla en mejor ocasion; pero ¿quieres saber lo que yo hice?

HORACIO.

Sí, yo os lo ruego.

HAMLET.

Ya ves como rodeado asi de traiciones, ya ellos habian empezado el drama aun antes de que yo hubiese comprendido el prólogo. No obstante, siéntome al bufete, imagino una órden distinta, y la escribo inmediatamente de buena letra... Yo creí algun tiempo (como todos los grandes señores) que el escribir bien fuese un desdoro, y aun no dejé de hacer muchos esfuerzos para olvidar esta habilidad; pero ahora conozco, Horacio, cuán útil me ha sido tenerla. ¿Quieres saber lo que el escrito contenia?

HORACIO.

Si señor.

HAMLET.

Una súplica del rey dirigida con grandes instancias al de Inglaterra, como á su obediente feudatario, diciéndole que su recíproca amistad floreceria como la palma robusta; que la paz coronada de espigas mantendria la quietud de ambos imperios, uniéndolos en amor durable, con otras espresiones no menos afectuosas; pidiéndole por último, que vista que fuese aquella carta sin otro exámen, hiciese perecer con pronta muerte á los dos mensageros, no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

HORACIO.

¿Y cómo la pudiste sellar?

HAMLET.

Aun eso tambien parece que lo dispuso el cielo, porque felizmente traia conmigo el sello de mi padre, por el cual se hizo el que hoy usa el rey. Cierro el pliego en la forma que el anterior, póngole la misma direccion, el mismo sello, le conduzco sin ser visto al mismo parage, y nadie nota el cambio.... Al dia siguiente ocurrió el combate naval: lo que despues sucedió, ya lo sabes.

HORACIO.

De ese modo Guillermo y Ricardo caminan derechos á la muerte.

HAMLET.

Ya ves que ellos han solicitado este encargo: mi conciencia no me acusa acerca de su castigo... Ellos mismos se han procurado su ruina... Es muy peligroso al inferior meterse entre las puntas de las espadas cuando dos enemigos poderosos lidian.

HORACIO.

¡Oh, qué rey este!

HAMLET.

¿Juzgas tú que no estoy en obligacion de proseguir lo que falta? El que asesinó á mi padre y mi rey, que ha deshonrado á mi madre, que se ha introducido furtivamente entre el sólio y mis derechos justos; que ha conspirado contra mi vida valiéndose de medios tan aleves.... ¿No será

justicia rectísima castigarle con esta mano? ¿No será culpa en mí tolerar que ese mónstruo exista para cometer como hasta aquí maldades atroces?

HORACIO.

Presto le avisarán de Inglaterra cuál ha sido el éxito de su solicitud.

HAMLET.

Sí, presto lo sabrá; pero entretanto el tiempo es mio, y para quitar á un hombre la vida un instante basta.... Solo me disgusta, amigo Horacio, el lance ocurrido con Laertes, en que olvidado de mí propio, no vi en mi sentimiento la imágen y semejanza del suyo. Procuraré su amistad, sí.... Pero, ciertamente, aquel tono amenazador que daba á sus quejas, irritó en esceso mi cólera.

HORACIO.

Callad.... ¿Quién viene aquí?

ESCENA V.

Hamlet. Horacio. Enrique.

ENRIQUE.

En hora (10) feliz haya regresado vuestra alteza á Dinamarca.

HAMLET.

Muchas gracias, caballero... ¿Conoces á este moscon?

HORACIO.

No señor.

HAMLET

Nada se te dé, que el conocerle es por cierto poco agradable. Este es señor de muchas tierras y muy fértiles, y por mas que él sea un bestia que manda en otros tan bestias como él, ya se sabe, tiene su pesebre fijo en la mesa del rey... Es la corneja mas charlera que en mi vida he visto; pero como te he dicho ya, posee una gran porcion de polvo.

ENRIQUE.

Amable príncipe, si vuestra grandeza no tiene ocupacion que se lo estorbe, yo le comunicaria una cosa de parte del rey.

HAMLET.

Estoy dispuesto á oirla con la mayor atencion... Pero emplead el sombrero en el uso á que fué destinado. El sombrero se hizo para la cabeza.

ENRIQUE.

Muchas gracias, señor.... ¡Eh! el tiempo está caluroso.

HAMLET.

No, al contrario, muy frio. El viento es norte.

ENRIQUE.

Cierto que hace bastante frio.

HAMLET.

Antes yo creo... á lo menos para mi complexion hace un calor que abrasa.

ENRIQUE.

¡Oh! en estremo... sumamente fuerte, como... yo no sé como diga... Pues señor, el rey me manda que os informe de que ha hecho una grande apuesta en vuestro favor. Este es el asunto.

HAMLET.

Tened presente que el sombrero se...

ENRIQUE.

¡Oh! señor.... lo hago por comodidad.... cierto... Pues ello es que Laertes acaba de llegar á la córte.... ¡Oh! es un perfecto caballero, no cabe duda. Escelentes cualidades, un trato muy dulce, muy bien quisto de todos.... Cierto, hablando sin pasion, es menester confesar que es la nata y flor de la nobleza, porque en él se hallan cuantas prendas pueden verse en un caballero.

HAMLET.

La pintura que de él haceis no desmerece nada en vuestra boca, aunque yo creí que al hacer el inventario de sus virtudes, se confundirian la aritmética y la memoria, y ambas serian insuficientes para suma tan larga. Pero sin exagerar su elogio, yo le tengo por un hombre de grande espíritu, y de tan particular y estraordinaria naturaleza, que (hablando con toda la exactitud posible) no se hallará su semejanza sino en su mismo espejo, pues el que presuma buscarla en otra parte, solo encontrará bosquejos informes.

ENRIQUE.

Vuestra alteza acaba de hacer justicia imparcial en cuanto ha dicho de él.

HAMLET.

Si, pero sépase á qué propósito nos enronquecemos ahora entremetiendo en nuestra conversacion las alabanzas de ese galan.

ENRIQUE.

¿Cómo decís, señor?

HORACIO.

¿No fuera mejor que le hablárais con mas claridad? Yo creo, señor, que no os seria difícil.

HAMLET.

¿Digo que á qué viene ahora hablar de ese caballero?

ENRIQUE.

¿De Laertes?

HORACIO.

¡Eh! ya vació cuanto tenia, y se le acabó la provision de frases brillantes.

HAMLET.

Si señor, de ese mismo.

ENRIQUE.

Yo creo que no estareis ignorante de...

HAMLET.

Quisiera que no me tuviérais por ignorante, bien que vuestra opinion no me añadiria un gran concepto... Y bien, ¿qué mas?

ENRIQUE.

Decia que no podeis ignorar el mérito de Laertes.

HAMLET.

Yo no me atreveré á confesarlo, por no igualarme con él, siendo averiguado que para conocer bien á otro es menester conocerse bien á sí mismo.

ENRIQUE.

Yo lo decia por su destreza en el arma, puesto que segun la voz general, no se le conoce compañero.

HAMLET.

¿Y qué arma es la suya?

ENRIQUE.

Espada y daga.

HAMLET.

Esas son dos armas... Vaya, adelante.

ENRIQUE.

Pues señor, el rey ha apostado contra él seis caballos bárbaros, y él ha impuesto por su parte (segun he sabido) seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturon, colgantes, y asi á este tenor... Tres de estas cureñas particularmente son la cosa mas bien hecha que puede darse. ¡Cureñas como ellas!... ¡Oh! es obra de mucho gusto y primor.

HAMLET.

¿Y á qué cosa llamais cureñas?

HORACIO.

Ya recelaba yo que sin el socorro de notas marginales no pudiérais acabar el diálogo.

ENRIQUE.

Señor, por cureñas entiendo yo, asi, los.... los cinturones....

HAMLET.

La espresion seria mucho mas propia si pudiéramos llevar al lado un cañon de artillería; pero en tanto que este uso no se introduce, los llamaremos cinturones.... En fin, vamos al asunto. Seis caballos bárbaros contra seis espadas francesas con sus cinturones y entre ellos tres cureñas primorosas... ¿Con que esto es lo que apuesta el francés contra el dinamarqués? ¿Y á qué fin se han impuesto (como vos decís) todas esas cosas?

ENRIQUE.

El rey ha apostado, que si batallais con Laertes, en doce jugadas no pasarán de tres botonazos los que él os dé, y él dice que en las mismas doce os dará nueve cuando menos, y desea que esto se juzgue inmediatamente, si os dignais de responder.

HAMLET.

¿Y si respondo que no?

ENRIQUE.

Quiero decir, si admitís el partido que os propone.

HAMLET.

Pues señor, yo tengo que pasearme todavía en esta sala, porque si su magestad no lo há por enojo, esta es la hora crítica en que yo acostumbro respirar el ambiente. Tráiganse aqui los floretes,

y si ese caballero lo quiere asi, y el rey se mantiene en lo dicho, le haré ganar la apuesta si puedo, y sino puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes.

ENRIQUE.

¿Con que lo diré en esos términos?

HAMLET.

Esta es la sustancia: despues lo podeis adornar con todas las flores de vuestro ingenio.

ENRIQUE.

Señor, recomiendo nuevamente mis respetos á vuestra grandeza.

HAMLET.

Siempre vuestro, siempre.

ESCENA VI.

Hamlet. Horacio.

HAMLET.

Él hace muy bien de recomendarse á sí mismo; porque sino, dudo mucho que nadie lo hiciese por él.

HORACIO.

Este me parece un vencejo que empezó á volar y chillar con el cascaron pegado á las plumas.

HAMLET.

Sí, y aun antes de mamar hacia ya cumplimientos á la teta... Este es uno de los muchos

que en nuestra corrompida edad son estimados, únicamente porque saben acomodarse al gusto del dia con esa esterioridad halagüeña y obsequiosa... y con ella tal vez suelen sorprender el aprecio de los hombres prudentes; pero se parecen demasiado á la espuma, que por mas que hierva y abulte, al dar un soplo se reconoce lo que es; todas las ampollas huecas se deshacen, y no queda nada en el vaso.

ESCENA VII.

Hamlet. Horacio. Un caballero.

CABALLERO.

Señor, parece que su magestad os envió un recado con el jóven Enrique, y éste ha vuelto diciendo que esperábais en esta sala. El rey me envia á saber si gustais de batallar con Laertes inmediatamente, ó si quereis que se dilate.

HAMLET.

Yo soy constante en mi resolucion y la sujeto á la voluntad del rey. Si esta hora fuese cómoda para él, tambien lo es para mí: con que hágase al instante ó cuando guste, con tal que me halle en la buena disposicion que ahora.

CABALLERO.

El rey y la reina bajan ya con toda la córte.

HAMLET.

Muy bien.

CABALLERO.

La reina quisiera que antes de comenzar la batalla, hablárais á Laertes con dulzura y espresiones de amistad.

HAMLET.

Es advertencia muy prudente.

ESCENA VIII.

Hamlet. Horacio.

HORACIO.

Temo que habeis de perder, señor.

HAMLET.

No, yo pienso que no. Desde que él partió para Francia, no he cesado de ejercitarme, y creo que le llevaré ventaja.... Pero.... no podrás imaginarte qué angustia siento aquí en el corazon.... ¿Y sobre qué...? No hay motivo.

HORACIO

Con todo eso, señor....

HAMLET.

¡Ilusiones vanas...! Especie de presentimiento, capaces solo de turbar un alma femenil.

HORACIO.

Si sentís interiormente alguna repugnancia, no hay para qué empeñaros. Yo me adelantaré á encontrarlos, y les diré que estais indispuesto.

HAMLET.

No, no ... Me burlo yo de tales presagios. Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible. Si mi hora es llegada, no hay que esperarla; si no ha de venir ya, señal que es ahora; y si ahora no fuese, habrá de ser despues: todo consiste en hallarse prevenido para cuando venga. Si el hombre, al terminar su vida, ignora siempre lo que podria ocurrir despues, ¿qué importa que la pierda tarde ó presto? Sepa morir. (11)

ESCENA IX.

Hamlet. Horacio. Claudio. Gertrudis. Laertes. Enrique. Caballeros. Damas. Acompañamiento.

CLAUDIO.

Ven, Hamlet, ven y recibe esta mano que te presento.

(Hace que Hamlet y Laertes se den la mano.)

HAMLET.

Laertes, si estais (12) ofendido de mí, os pido perdon. Perdonadme como caballero. Cuantos se hallan presentes saben, y aun vos mismo lo habreis oido, el desórden que mi razon padece. Cuanto haya hecho insultando la ternura de vuestro corazon, vuestra nobleza ó vuestro honor, cualquiera accion en fin capaz de irritaros, declaro solemnemente en este lugar, que ha sido efecto de mi locura. ¿Puede Hamlet haber ofendido á Laer-

tes? No. Hamlet no ha sido, porque estaba fuera de sí; y si en tal ocasion (en que él à sí propio se desconocia) ofendió á Laertes, no fué Hamlet el agresor. porque Hamlet lo desaprueba y lo desmiente. ¿Pues quién pudo ser? Su demencia sola... Siendo esto así, el desdichado Hamlet es partidario del ofendido, al paso que en su propia locura reconoce su mayor contrario. Permitid pues, que delante de esta asamblea me justifique de toda siniestra intencion, y espere de vuestro ánimo generoso el olvido de mis desaciertos. Disparaba el arpon sobre los muros de ese edificio, y por error herí á mi hermano.

LAERTES.

Mi corazon, cuyos impulsos naturales eran los primeros á pedirme en este caso venganza, queda satisfecho. Mi honra no me permite pasar adelante ni admitir reconciliacion alguna, hasta que examinado el hecho por ancianos y virtuosos árbitros, se declare que mi pundonor está sin mancilla. Mientras llega este caso, admito con afecto recíproco el que me anunciais, y os prometo de no ofenderle.

HAMLET.

Yo recibo con sincera gratitud ese ofrecimiento. y en cuanto á la batalla que va á comenzarse, lidiaré con vos como si mi competidor fuese mi hermano... Vamos. Dadnos floretes.

LAERTES.

Si, vamos.... Uno á mí.

HAMLET.

La victoria no os será dificil: vuestra habili-

dad lucirá sobre mi ignorancia, como una estrella resplandeciente entre las tinieblas de la noche.

LAERTES.

No os burleis, señor.

HAMLET.

No, no me burlo.

CLAUDIO.

Dales floretes, jóven Enrique. Hamlet, ya sabes cuáles son las condiciones.

HAMLET.

Si señor, y en verdad que habeis apostado por el mas débil.

(Traen los criados una mesa, y en ella, cuando lo manda Claudio, ponen jarros y copas de oro que llenan de vino. Claudio y Gertrudis se sientan junto á la mesa, y todos los demas segun su clase ocupan los asientos restantes. Quedan en pié los criados que sirven las copas, Hamlet y Laertes que se disponen para batallar, y Horacio y Enrique en calidad de jueces ó padrinos.)

CLAUDIO.

No temo perder. Yo os he visto ya esgrimir á entrambos, y aunque él haya adelantado despues, por eso mismo el premio es mayor á favor nuestro.

LAERTES.

Este es muy pesado. Dejadme ver otro.

(Enrique presenta varios floretes. Hamlet toma uno, y Laertes escoge otro.)

HAMLET.

Este me parece bueno.... ¿Son todos iguales?

ENRIQUE.

Si señor.

CLAUDIO.

Cubrid esta mesa de copas llenas de vino. Si Hamlet dá la primera ó segunda estocada, ó en la tercera suerte dá un quite al contrario, disparen toda la artilleria de las almenas. El rey beberá á la salud de Hamlet echando en la copa una perla mas preciosa que la que han usado en su corona los cuatro último soberanos daneses.... Traed las copas, y el timbal diga á las trompetas, las trompetas al artillero distante, los cañones al cielo, y el cielo á la tierra: ahora brinda el rey de Dinamarca á la salud de Hamlet... Comenzad, y vosotros que habeis de juzgarlos, observad atentos.

HAMLET.

Vamos. (13)

LAERTES.

Vamos, señor.

(Batallan Hamlet y Laertes.

HAMLET.

Una.

LAERTES.

No.

HAMLET.

Que juzguen.

ENRIQUE.

Una estocada, no hay duda.

LAERTES.

Bien: á otra.

CLAUDIO.

Esperad.... Dadme de beber. (*Claudio echa una perla en la copa y bebe, alarga despues la copa á*

Hamlet, y él rehusa tomarla. Suena á lo lejos ruido de trompetas y cañonazos.) Hamlet, esta perla es para tí, y brindo con ella á tu salud. Dadle la copa.

HAMLET.

Esperad un poco.... (*Vuelven á batallar.*) Quiero dar este bote primero. Vamos.... Otra estocada. ¿Qué decis?

LAERTES.

Si, me ha tocado: lo confieso.

CLAUDIO.

¡Oh! nuestro hijo vencerá.

GERTRUDIS.

Está grueso y se fatiga demasiado. Ven aquí, Hamlet, toma este lienzo y límpiate el rostro.... La reina brinda á tu buena fortuna, querido Hamlet.

(Toma la copa y bebe, Claudio lo quiere estorbar, y Gertrudis bebe segunda vez.)

HAMLET.

Muchas gracias, señora.

CLAUDIO.

No, no bebais.

GERTRUDIS.

¡Oh! señor, perdonadme, yo he de beber.

CLAUDIO.

¡La copa envenenada...! Pero.... no hay remedio.

HAMLET.

No, ahora no bebo, esperad un instante.

GERTRUDIS.

Ven, hijo mio, te limpiaré el sudor del rostro.

LAERTES.

Ahora vereis si le acierto.
(Laertes habla con Claudio en voz baja, mientras Gertrudis limpia con un lienzo el sudor á Hamlet.)

CLAUDIO

Yo pienso que no.

LAERTES.

No sé qué repugnancia siento al ir á ejecutarlo.

HAMLET.

Vamos á la tercera, Laertes.... Pero bien se vé que lo tomais á fiesta: batallad, os ruego, con mas ahinco. Mucho temo que os burleis de mí.

LAERTES.

Eso decis, señor. Vamos. (*Batallan.*)

ENRIQUE.

Nada, ni uno ni otro.

LAERTES.

Ahora.... esta....

(Vuelven á batallar, se enfurecen, truécanse las espadas, y quedan heridos los dos. Horacio y Enrique los separan con dificultad. Gertrudis cae moribunda en los brazos de Claudio. Todo es terror y confusion.)

CLAUDIO.

Parece que se acaloran demasiado.... Separadlos.

HAMLET.

No, no, vamos otra vez.

ENRIQUE.

Ved qué tiene la reina... ¡Cielos!

HORACIO.

¡Ambos heridos! ¿Qué es esto, señor?

ENRIQUE.

¿Cómo ha sido, Laertes?

LAERTES.

Esto es haber caido en el lazo que preparé . . justamente muero víctima de mi propia traicion.

HAMLET.

¿Qué tiene la reina?

CLAUDIO.

Se ha desmayado al veros heridos.

GERTRUDIS.

No, no.... ¡La bebida!... ¡Querido Hamlet!... ¡La bebida!... ¡Me han envenenado! (*Queda muerta en la silla.*)

HAMLET.

¡Oh qué alevosía!... ¡Oh!... Cerrad las puertas.... Traicion... Buscad por todas partes... (14)

LAERTES.

No, el traidor está aquí. (*Dirá esto sostenido por Enrique.*) Hamlet, tú eres muerto... No hay medicina que pueda salvarte: vivirás media hora apenas.... En tu mano está el instrumento aleve bañada con ponzoña su aguda punta. ¡Volvióse en mi daño la trama indigna!... Vesme aqui postrado para no levantarme jamás... Tu madre ha bebido un tósigo... No puedo proseguir... El rey, el rey es el delincuente.

(Claudio quiere huir. Hamlet corre á él furioso, y le atraviesa la espada por el cuerpo. Toma la copa envenenada, y se la hace apurar por fuerza. Le deja muerto en el suelo, y vuelve á oir las últimas palabras de Laertes,)

HAMLET.

¿Está envenenada esta punta? Pues, veneno, produce tus efectos.

TODOS.

Traicion, traicion.

CLAUDIO.

Amigos, estoy herido.... Defendedme.

HAMLET.

¡Malvado, incestuoso, asesino! Bebe esta ponzoña.... ¿Está la perla aquí? Sí, toma (15), acompaña á mi madre.

LAERTES.

¡Justo castigo!... Él mismo preparó la pocion mortal.... Olvidémonos de todo, generoso Hamlet, y.... ¡Oh, no caiga sobre tí la muerte de mi padre y la mia, y sobre mí la tuya.

(Cae muerto.)

HAMLET.

El cielo te perdone... Ya voy á seguirte... Yo muero, Horacio.... A Dios, reina infeliz... (*Abrazando el cadáver de Gertrudis.*) Vosotros que asistís pálidos y mudos con el temor á este suceso terrible.... Si yo tuviera tiempo.... (*Empieza á manifestar desfallecimiento y angustias de muerte. Parte de los circunstantes le acompaña y sostiene. Horacio hace estremos de dolor.*) La muerte es un ministro inexorable que no dilata la ejecucion... Yo pudiera deciros... pero no es posible. Horacio, yo muero. Tú, que vivirás, refiere la verdad y los motivos de mi conducta á quien los ignora.

HORACIO.

¿Vivir? No lo creais Yo tengo alma romana, y aun ha quedado aquí parte del tósigo

(Busca en la mesa el jarro del veneno, echa porcion de él en una copa, vá á beber. Hamlet quiere estorbárselo. Los criados quitan la copa á Horacio, la toma Hamlet y la tira al suelo.)

HAMLET.

Dame esa copa... presto.... por Dios te lo pido. ¡Oh, querido Horacio, si esto permanece oculto, qué manchada reputacion dejaré despues de mi muerte! Si alguna vez me diste lugar en tu corazon, retarda un poco esa felicidad que apeteces: alarga por algun tiempo la fatigosa vida en este mundo llena de miserias, y divulga por él mi historia.... ¿Qué estrépito militar es este?

(Suena música militar, que se vá aproximando lentamente.)

ESCENA X.

Hamlet. Horacio. Enrique. Un caballero, y acompañamiento.

CABALLERO.

El jóven Fortimbrás que vuelve vencedor de Polonia, saluda con la salva marcial que oís á los embajadores de Inglaterra.

HAMLET.

Yo espiro, Horacio: la activa ponzoña sufoca mi aliento.... No puedo vivir para saber nuevas de Inglaterra, pero me atrevo (16) á anunciar que Fortimbrás será elegido por aquella nacion. Yo, moribundo, le doy mi voto.... Díselo tú, é infórmale de cuanto acaba de ocurrir.... ¡Oh!... Para mí solo queda ya.... silencio eterno. (*Muere.*)

HORACIO.

¡En fin se rompe ese gran corazon!... adios, adios, amado príncipe. (*Le besa las manos, y hace ademanes de dolor.*) ¡Los coros angélicos te acompañen al celeste descanso!... ¿Pero cómo se acerca hasta aquí ese estruendo de atambores?

ESCENA XI.

Fortimbrás. Dos embajadores. Horacio. Enrique. Soldados. Acompañamiento.

FORTIMBRÁS.

¿En dónde está ese espectáculo? (17)

HORACIO.

¿Qué buscais aqui? Sino quereis ver desgracias espantosas, no paseis adelante.

FORTIMBRÁS.

¡Oh! Este destrozo pide sangrienta venganza.... Soberbia muerte, ¿qué festin dispones en tu morada infernal, que asi has herido con un golpe solo tantas ilustres víctimas?

EMBAJADOR PRIMERO.

¡Horroriza el verlo!... Tarde hemos llegado con los mensages de Inglaterra. Los oidos á quienes debíamos dirigirlos, son ya insensibles. Sus órdenes fueron puntualmente ejecutadas. Ricardo y Guillermo perdieron la vida.... ¿Pero quién nos dará las gracias de nuestra obediencia?

HORACIO.

No las recibiríais de su boca aunque viviese todavía, que él nunca dió órden para tales muertes. Pero puesto que vos viniendo victorioso de la guerra contra Polonia, y vosotros, enviados de Inglaterra, os hallais juntos en este lugar, y os veo deseosos de averiguar este suceso trágico, disponed que esos cadáveres se espongan sobre una tumba elevada á la vista pública, y entonces haré saber al mundo que lo ignora el motivo de estas desgracias. Me oireis hablar (pues todo os lo sabré referir fielmente) de acciones crueles, bárbaras, atroces; sentencias que dictó el acaso, estragos imprevistos, muertes ejecutadas con violencia y aleve astucia, y al fin proyectos ma-

logrados que han hecho perecer á sus autores mismos.

FORTIMBRÁS.

Deseo con impaciencia oiros, y convendrá que se reuna con este objeto la nobleza de la nacion. No puedo mirar sin horror los dones que me ofrece la fortuna; pero tengo derechos muy antiguos á esta corona, y en tal ocasion es justo reclamarlos.

HORACIO.

Tambien puedo hablar en ese propósito, declarando el voto que pronunció aquella boca que ya no formará sonido alguno.... Pero ahora que los ánimos están en peligroso movimiento, no se dilate la ejecucion un instante solo, para evitar los males que pudieran causar la malignidad ó el error.

FORTIMBRÁS.

Cuatro de mis capitanes lleven al túmulo el cuerpo de Hamlet con las insignias correspondientes á un guerrero. ¡Ah! si él hubiese ocupado el trono, sin duda hubiera sido un escelente monarca.... Resuene la música militar por donde pase la pompa fúnebre, y hágansele todos los honores de la guerra... Quitad, quitad de ahí esos cadáveres. Espectáculo tan sangriento mas es propio de un campo de batalla que de este sitio.... Y vosotros haced que salude con descargas todo el ejército.

FIN DE LA TRAGEDIA.

NOTAS

DE LAS POESIAS LIRICAS.

(1) *Apenas, Fabio, lo que dices creo.* Esta sátira que publicó la Academia española en el año de 1782, y reimprimió despues en la coleccion de obras premiadas, ha sido posteriormente corregida por el autor para darla de nuevo á la prensa.

Divídese en ella la poesía en sus tres géneros principales: lírico, épico y dramático, prescindiendo de los demas en que estos pueden subdividirse. Asi logró el autor hacer mas metódico y perceptible el plan de su obra, reduciéndole á lo que el poeta canta en la exaltacion de su fantasia y de sus afectos, á lo que refiere celebrando los héroes y los grandes sucesos que le dicta la historia, y á lo que enseña poniendo en el teatro una imágen de la vida, copiando los vicios ridículos ó terribles, para inspirar en el ánimo el amor á la verdad y á la virtud.

En la lírica, despues de hablar de los argumentos triviales y de ningun interés, censura los vicios de estilo, las metáforas violentas, la exageracion, la redundancia, los conceptos falsos, los juegos de palabra, los equívocos y retruécanos. Culpa la perjudicial manía de componer de repente, y la de solicitar el aplauso del vulgo con bufonadas y chistes groseros que desacreditan á su autor y á quien los celebra. Desaprueba en los poetas antiguos el uso destemplado de voces y frases latinas, de que re-

sulta un estilo afectado y pedantesco, aludiendo particularmente á las obras de Góngora, Villamediana y Silveira: y en los modernos, la mezcla absurda de los arcaismos con palabras, acepciones y locuciones francesas, que alterando la sintaxis de nuestro idioma, destruyen por consiguiente su pureza y su peculiar elegancia.

En la épica, se hace cargo de los defectos muy considerables: falta y exceso de ficcion. Del primero resultan epopeyas lánguidas, ó mas bien, historias en verso sin artificio alguno poético, y por consecuencia sin interés ni deleite. Por el segundo, la fábula épica se confunde en una multitud de incidentes episódicos que alteran la unidad, y turban el progreso del poema: y cuando en ellos se abusa de lo maravilloso, hacen su narracion increible. Por las indicaciones que da el autor en esta materia, se infiere que consideró como faltos de invencion los poemas de *la Araucana* de Ercilla, *la Mejicana* de Gabriel Laso, *la Nueva Méjico* de Villagran, y *la Austriada* de Juan Rufo: y de imperfectos por el estremo contrario: *el Bernardo* de Balbuena, y *las Lágrimas de Angélica* de Luis Barahona de Soto. Estiende su crítica á las menudencias pueriles que degradan la sublimidad de la epopeya, á las imágenes repugnantes en las descripciones de las batallas, á los estravíos de la fantasía y á la inoportuna erudicion. Reprueba los gigantes, vestiglos, dragones, estátuas que hablan (y en esto se censuró el autor á sí mismo), carros aéreos, globos y espejos encantados, y otras invenciones derivadas de los libros caballerescos que ya no sufre la filosofía de nuestra edad, y esceden los límites de toda licencia poética.

En la dramática, acusa el autor á nuestros antiguos poetas de haber confundido los dos géneros trágico y cómico, de la inobservancia de las unidades, de la ignorancia de usos y costumbres, de haber aplicado al teatro los argumentos épicos, de no haber dado á sus fábulas un objeto moral ó de instruccion, adulando los vicios groseros del vulgo, ó recomendando los de otra clase mas elevada como acciones positivamente laudables. No olvida tampoco las impertinentes chocarrerías de los llamados *graciosos*, el culteranismo de damas y galanes, los puñales fatídicos, apariciones de espectros, princesas desfloradas,

rondas, escondites, cuchilladas, falso pundonor, lances (mil y mil veces repetidos) de la cinta, de la flor, del retrato, que dan ocasion á tan alambicados conceptos; y el voluntario y trivial desenlace con que finalizan aquellas enmarañadas fábulas. Las comedias de mágia, de santos y diablos, y las de asuntos y personages mitológicos (último esceso del error), merecieron tambien la desaprobacion del poeta.

Al leer la presente composicion, debe considerarse que la Academia solo pidió á los aspirantes al premio una sátira, no un riguroso poema didáctico. Juan de la Cueva escribió en verso (con poco método, redundancia, desaliño, y no segura crítica) una compilacion de preceptos relativos al arte de componer en poesía. Los franceses tienen en su lengua la escelente Poética de Boileau: nos falta en España un poema semejante, y mientras no aparece, solo la *Leccion poética* puede suplirle.

(2) *Sí, la pura amistad que en dulce nudo.* Don Gaspar Melchor de Jovellanos, uno de los mas distinguidos españoles que ilustraron los reinados de Cárlos III y Cárlos IV, literato, anticuario, economista, jurisconsulto, magistrado, buen poeta, orador elocuente, unió á estas prendas la amabilidad de su trato, hija de su virtud tolerante y benéfica. A este hombre célebre debió Moratin una cordial estimacion, que ni la ausencia, ni el tiempo, ni las violentas alteraciones políticas pudieron estinguir ni debilitar. No se omita en el recuerdo de un varon tan ilustre el mayor elogio que puede dársele: sus ideas y su conducta no eran acomodadas á la edad de corrupcion en que vivia, ni al palacio que nunca hubiera debido conocer. No es mucho pues, que el autor de *El Delincuente honrado* padeciese destierros y cárceles, sin que ningun tribunal tuviese noticia de su delito.

Agitada despues la nacion en el conflicto de una invasion estrangera: su rey ausente: precisada á formar un gobierno para su conservacion y un ejército que la defendiese, volvió Jovellanos á ocupar el puesto que le pertenecia, y á poco tiempo la envidia, la ambicion, los privados intereses, el furor de los malvados le arrojaron de él: que en tales agitaciones y desórdenes nunca es el mando recompensa de la virtud, sino del atrevimiento. Insultado, proscripto, fugitivo de una á otra parte, anciano y

enfermo, evitando á un tiempo el encuentro de las armas enemigas y la injusticia de su patria, apenas halló el benemérito escritor de *La ley agraria* un asilo remoto en que poder espirar. Añádase este borron á los muchos que afean la historia de nuestra literatura.

(3) *A vos el apuesto cumplido garzon.* Los inteligentes dirán cual sea el mérito de esta composicion. Baste asegurar que una obra escrita en el lenguaje que hablaron en Castilla nuestros abuelos cuatro siglos hace, en la cual no solo las palabras, sino las frases, el giro poético, la versificacion y las ideas han de suponer la antigüedad que el autor quiso darla, es un esfuerzo muy difícil.

En ella celebró el poeta el casamiento del príncipe de la Paz con una nieta de Felipe V, y no será la única de las que escribió para el Príncipe, que ocupe un lugar en esta coleccion.

Mientras aquel personage mereció la predileccion del soberano, y dispuso á su voluntad de los destinos de la monarquía, los literatos y los artífices solicitaron su favor, como los prelados, los magistrados, los caudillos, los ministros, los embajadores, los grandes. Arbitro de la fortuna y aun de la existencia de muchos de ellos, ninguno desconoció la necesidad de complacerle: todos frecuentaron sus antesalas, su gabinete y su caballeriza. Distinguió á Moratin entre los humanistas que florecieron entonces, y continuamente le estimulaba á escribir. Si algo valen las comedias originales de este autor, á él se le deben, y á la preferencia que daba á sus composiciones entre las muchas que á porfía le presentaban los demas. Error sin duda; pero no el mas grande de los que pudo cometer durante su gobierno.

Ni fué su amigo Moratin ni su consejero ni su criado, pero fué su hechura: y aunque existe una filosofía cómoda que enseña á recibir y no agradecer, y que obrando segun las circunstancias, paga con injurias las mercedes recibidas y solicitadas, Moratin estimaba en mucho su opinion para incurrir en tan infames procedimientos. Entonces trató de complacer á su protector por medios honestos, y entonces y ahora le deseó felicidad y se la desea. Todo el esfuerzo de las pasiones poco generosas, que llegaron despues á trastornar el órden público, habrá sido bastante para despojar á este literato español de cuanto recibió del Prín-

cipe de la Paz; pero no habiéndole privado de su apellido y su honor, mientras los conserve, será agradecido. Esta virtud, que para los malvados es un peso insufrible que sacuden á la primera ocasion que se les presenta, en los hombres de bien es una obligacion de que nunca saben olvidarse.

(4) *¿Quieres casarte, Andrés? ¿O te propones.....* Para manifestar los defectos de lenguage y estilo en que han incurrido algunos poetas modernos, imaginó el autor que el medio mas breve era componer un centon de muchas de sus frases y versos, y presentárselo al lector imparcial, para que juzgue lo que su buena razon le dicte. Pudo recoger sus materiales con abundancia entre varios autores; pero le pareció que reduciéndose á cuatro de ellos no mas, facilitaria el cotejo de los pasages del centon con sus mismos originales. Esta precaucion y la de no haber añadido nada de su parte, le proporcionaron el desempeño de su objeto con toda la exactitud que en estos casos se requiere.

No intentó desacreditar en esta composicion el mérito de algunos coetáneos, cuyos aciertos reconoce y admira; quiso únicamente rectificar una equivocacion de las muchas que padeció D. José Luis Munarriz en sus adiciones á las *Lecciones de Hugo Blair*. Allí se dice que: «no se ha de aprender en Garcilaso, Jáuregui, Rioja, Arguijo, Lope de Vega, Quevedo, ni en ninguno de cuantos versificaron en su tiempo, ni en todos nuestros ingenios, hasta el tiempo de Melendez, porque no castigaron sus poesías,» en las cuales comunmente se observa incorreccion y desaliño. Por consecuencia, recomendó como exentas de estos defectos las obras de Melendez, y las de otros escritores que á ejemplo suyo pulan, corrijan y perfeccionen sus poesías.

En tanto pues, que llega el caso de que nuestra juventud descaminada por tan falsa crítica, desprecie y abandone la lectura de los antiguos poetas españoles, creyendo hallar solo en los modernos las perfecciones que debe imitar, no será enteramente inútil la epístola dirigida á Andrés. Tal vez en ella se echará de ver que Munarriz se equivocó lastimosamente en lo que dijo, y que si deben leerse con precaucion los poetas antiguos, lo mismo debe practicarse con los muy modernos, y que si aquellos fueron incorrectos y desaliñados, algo hay en estos todavía que se pudiera y debiera limar, pulir, corregir, castigar y perfeccionar.

(5) *Ya los felices campos que corona.* Esta oda se escribió á nombre de doña Sabina Conti, natural de Madrid, esposa de don Juan Bautista Conti. Se imprimió en Lendinara con otras poesias italianas y latinas, compuestas al mismo asunto en el año de 1795.

En el año de 1799 un autor vergonzante publicó en Barcelona la misma oda, callando prudentemente de donde le habia venido la inspiracion poética: aplicó á la festividad del Corpus el argumento, y añadió y quitó lo que le pareció suficiente para hacerla suya. Véase una prueba de su trabajo.

Ya las calles y plazas que corona
Marcial cordon, y la piedad ocupa,
Oigo sonar con voces de alegria,
Que repiten los ecos.

Llena de pueblo, Barcelona humilde,
Hoy los altares religiosa adorna
Al rey triunfados, á cuya planta
Yace el herege impío, etc.

Asi prosiguió con su obra, la cual efectivamente ni puede llamarse original, ni imitacion, ni copia. Con esta misma delicadeza y acierto le han imitado á Moratin varias veces en las composiciones dramáticas, á la manera del dibujante inepto que pasa al trasluz una figura, estropeando todos sus contornos. Entre los varios métodos que se han descubierto para saber sin estudiar, este es el mas breve.

(6) *Flumisbo, el celebrado.* Don Nicolás Fernandez de Moratin nació en Madrid en el año de 1737, y murió en el de 1780. Cultivó con acierto varios géneros de poesia. En sus romances hay pinturas felicísimas que anuncian la fecunda imaginacion del poeta, y el estudio que habia hecho de nuestra historia y antiguas costumbres. El canto épico de *las Naves de Cortés* se considera como lo mas perfecto que tenemos en este género. En sus composiciones amorosas imitó con maestria al Petrarca: en la lírica sublime rivalizó con nuestros buenos poetas antiguos. La pureza de lenguage y la armonía de la versificacion son comunes á todas sus obras. Menos apto su talento para la imitacion dramática, dió á luz una comedia y dos trage-

dias, que aunque muy superiores á todo lo que entonces se admiraba en nuestra escena, no llegan todavía á aquella difícil perfeccion que se exige en esta clase de composiciones. Durante su vida combatió con éxito feliz los estravíos del mal gusto: sostuvo los buenos principios, y facilitó con su ejemplo el camino á los que le siguieron despues. Las noticias críticas é históricas de su vida, publicadas pocos años hace al frente de sus *Obras póstumas*, dan á conocer cuán benemérito fué este poeta de la celebridad que adquirió en su tiempo, y aun conserva en el aprecio de los inteligentes.

(7) *Id en las alas del raudo céfiro.* Sin abandonar el uso de la rima tan autorizado ya en todas las naciones de Europa, puede la nuestra variar sus composiciones poéticas adoptando en parte la versificacion de griegos y latinos, en que no se necesita la consonancia. Es cierto que la prosodia de aquellos no es aplicable á las lenguas vivas; pero para juzgar el mérito de la aproximacion (ya que la identidad es cosa imposible) basta un oido acostumbrado á conocer y comparar las combinaciones de la armonía. No todas las clases de versos que fueron comunes á Grecia y Roma pudieran admitirse, puesto que en algunos ya no sabemos percibir el número y nos parecen prosa: defecto que no está en ellos seguramente, sino en nosotros; pero eligiendo para la imitacion aquellos en que no hay este inconveniente, se lograria dar á la versificacion castellana mucha riqueza y variedad.

Gerónimo Bermudez fué el primero que lo practicó en los coros de sus tragedias. Don Esteban de Villegas en su traduccion de Anacreonte y en sus hexámetros, sáficos y adónicos, repitió el mismo laudable atrevimiento, que debiera haber tenido mas imitadores. Aun quedan muchas cuerdas que añadir á la lira española.

(8) *Cupido no permite.* Bajo el nombre de Rosinda celebró el autor de esta oda á María del Rosario Fernandez, á quien llamaron *la Tirana.* Empezó á representar en Sevilla su patria: pasó despues á la compañía de los Sitios, y de allí en el año de 1781 á la que dirigia en Madrid Manuel Martinez. Fué primera dama en ella, y obtuvo los aplausos del público por las bellas prendas naturales que la adornaban, su constante

aplicacion al estudio, y el celo infatigable con que procuraba sostener la celebridad y los intereses de su compañia. Sobresalió particularmente en las comedias antiguas, en las cuales, sino imitó la verdad de la naturaleza (que no siempre es fácil á un actor descubrirla en aquellas composiciones) supo á lo menos substituir en su lugar un estilo fantástico, espresivo, rápido y armonioso, con el cual obligó al auditorio á que muchas veces aplaudiese lo que no es posible entender. Su juventud, su gentil disposicion, la nobleza de sus actitudes, su animado semblante, el incendio de sus ojos andaluces, su buen gusto y magnificencia en trages y adornos la hicieron grata á la multitud, y precisaron á los inteligentes á mirar con indulgencia sus defectos. Murió retirada ya del teatro, en el año de 1803, á los cuarenta y ocho de su edad.

(9) ***Ya la feliz ribera.*** Amenazada Valencia por el ejército francés en el año de 1811, el gobierno de ella mandó destruir los edificios esteriores mas inmediatos á sus murallas. La órden se cumplió con funesta prontitud, y en pocos dias se demolieron el convento de la Zaydia, una parte del arrabal de Murviedro, el palacio del Real y los parapetos del rio: se cortaron sus puentes, y se arrasó la hermosa alameda que coronaba sus orillas: todo á fin de facilitar la defensa de la ciudad, y la ciudad no se defendió. Pocos meses despues el mariscal Suchet, de acuerdo con el benemérito corregidor y ayuntamiento, hizo restablecer el plantío de la alameda, y formar junto á él una copiosa almáciga: la actividad de los celosos ciudadanos que intervinieron en ello aseguró el acierto de la ejecucion. Esto alaba el poeta (y no mas que esto), persuadido de que plantar una arboleda en España es accion qne merece elogio;y si como fue un francés el que estableció en Valencia un paseo magnífico, hubiera sido un negro bozal de Mandinga, igualmente lo celebrára.

Si en una especie de historia impresa pocos años há se aplaude que el populacho de Madrid arrancase los árboles que mandó plantar José Napoleon desde palacio hasta la puerta de Castilla, el autor habrá tenido sus razones para adular aquel desahogo frenético de la plebe, hijo solo de su ignorancia. Tal es la variedad de los juicios humanos: el poeta celebra al general francés porque hizo plantar unos árboles, y el historiador se

hace panegirista de los manolos porque los arrancan. Alguno de los dos se ha equivocado groseramente.

(10) ¡*Te vas, mi dulce amigo.* Es sensible que á la *Historia de la dominacion de los árabes en España*, escrita por don José Antonio Conde, no acompañen algunas noticias relativas á la vida del autor. Bien pudiera haberlo hecho uno de sus mejores amigos, encargado despues de su muerte de concluir la edicion de dicha historia; pero tal vez se le debe agradecer su silencio. ¿Cómo hubiera podido hablar de los últimos años de aquel literato virtuoso y modesto, sin llenarse de indignacion al considerarle fugitivo, espatriado, perdidos sus empleos, destituido por sus compañeros de la silla académica, y robado y vuelto á robar, por auto de juez y á nombre de la patria? Bien hizo el editor de aquella obra en no escribir su vida. Si el mérito de Conde pudo envanecernos, su suerte nos avergüenza. Bueno es callar las aflicciones que tuvo que sufrir: bueno es que se ignore que un sabio español, en el ilustrado siglo décimo nono, debió á la sensibilidad de sus amigos los últimos auxilios de la medicina, y los honores del sepulcro.

(11) *Deja tu Chipre amada.* El autor estudiaba á Horacio traduciéndole. No hay medio mas seguro de conocer hasta donde llega el mérito de aquel poeta, y la superioridad del idioma en que escribió, comparado con los modernos. En las traducciones que contiene esta coleccion, se verá el deseo laudable de acertar, y la dificultad de conseguirlo.

(12) *Febo desde la tierna infancia mia.* Don Juan Bautista Conti, literato italiano, vivió largas temporadas en Madrid durante los reinados de Cárlos III y Cárlos IV. Su carácter amabilísimo y su esquisito gusto en la poesía le facilitaron el trato y amistad de los sugetos mas instruidos de la córte, y entre ellos la de Moratin el padre. Muerto este, le debió su hijo un cariño constante, y con él, los mas acertados consejos acerca del estudio de las buenas letras y la eleccion é imitacion de los mejores modelos, de los cuales le enseñaba á percibir los aciertos y á notar los errores. Las traducciones que hizo Conti de nuestros mas acreditados poetas, y las notas con que las ilustró, manifiestan cuán útil pudo ser su trato á un jóven que empezaba entonces la carrera poética sin los auxilios que hubiera podido

hallar en su padre, cuya celebridad aumentaba su temor y su desconfianza.

Entre las muchas poesias de Conti que han quedado manuscritas, no será indiferente á los lectores españoles un elogio que hizo del conde de Floridablanca, reduciendole al siguiente soneto:

Fra i cari suoi vanta la gloria un figlio,
Che vivirai pria nel senato ibero
Sparse d' alta dottrina e di consiglio;
Poi dove han trono i successor di Piero.

Ei, fra l' ire di Marte e nel periglio,
Resse lo stato, e frenò l' anglo altero:
Tolse la patria all' africano artiglio,
E dell' Egéo le vie schiusse al nochiero.

Per lui Pallade ha tempio: e lá, di quante
Natura erbe creò chiostra verdeggia:
Per lui piano é il cammin su gli ardui scogli.

Uom, non di fregi e d' or ch' ofre la reggia,
Ma de suoi ré, ma di sua patria amante....
Deh! si gran dono, ó ciel, tardi ritogli.

(15) *Basta, Cupido, ya, que á la divina.* El soneto se ha considerado siempre como la mas difícil de las composiciones cortas. Boileau siguió esta opinion, asegurando que apenas entre mil sonetos franceses, se hallarian dos ó tres dignos de estimacion. Lo mismo puede decirse de los que se han escrito hasta ahora en Italia y España: pocos hay que puedan contarse por escelentes entre la multitud innumerable de ellos. Es evidente la dificultad del acierto; pero no debe sacarse la consecuencia que algunos críticos modernos han querido establecer como principio, afirmando que la perfeccion de un soneto cuando llega á lograrse, no vale el trabajo que cuesta, y que por consiguiente es un género que seria bueno abandonar. Nada de esto es cierto. Los buenos sonetos, vencida la dificultad que se ofrece al hacerlos, premian sobradamente la fatiga de su autor; y si no han de cultivarse en la poesía otros géneros que los muy fáciles, poca estimacion merecerán los que se dediquen á ella. Los Argensolas, Góngora, Luis de Leon, Francisco de

la Torre, Argüijo, Lope, Jáuregui, Herrera y otros escribieron algunos sonetos iguales en mérito á sus mas estimadas obras; y si las dificultades que presenta su composicion les hubiesen retraido de hacerlos, aunque es verdad que no se hubieran escrito algunos millares de sonetos conocidamente malos, tambien lo es que no tendríamos una porcion de ellos que pueden competir con los mejores de Italia. No se estravíe á la juventud con falsos raciocinios: no atajemos las sendas que dirigen á la inmortalidad; y si carecemos del talento y gusto necesarios para sobresalir en tales ó tales géneros, no nos empeñemos en desacreditarlos, esterilizando la fantasía de los demas con la propagacion de doctrinas absurdas.

Es dificil hacer un buen soneto; luego no se deben escribir sonetos. Tampoco es fácil componer un poema épico, una tragedia, una comedia, una oda; luego no debe cultivarse ninguno de estos ramos de la poesia. Si lo que es dificil no ha de intentarse, ¿qué podrá escribirse? Nada, sino alguna compilacion indigesta de preceptos impertinentes aplicados á la teoría de las artes, que no hayamos practicado jamás.

(14) *Hoy que cerrado el templo de Belona.* La esposicion de los productos de la industria francesa sorprendió en el año de 1819 á cuantos la vieron. No era de esperar que aquella nacion, habiendo sostenido por espacio de mas de cinco lustros una guerra sangrienta contra todas las demas de Europa, ya defendiéndose, ya usurpando, ya vencedora, ya vencida, hubiera podido seguir cultivando en sus talleres y sus fábricas las artes industriales, que se han considerado siempre como frutos esclusivos de la paz. Los estrangeros admiraron el progreso de todas ellas, desde los utensilios rurales, á las máquinas mas ingeniosas; desde el barro endurecido al fuego para usos domésticos ó para la construccion de edificios, hasta las porcelanas y los cristales. Curtidos, encajes, lienzos, paños, bordaduras, tapices, muebles, grabados, pinturas, estátuas, joyas, flores, plumas, productos químicos, ediciones, encuadernaciones, péndulos, globos, armas, instrumentos músicos; cuanto es necesario á la vida social, cuanto puede apetecer el gusto mas delicado del hombre opulento, otro tanto se vió reunido en el palacio del Louvre, nunca mas suntuoso que en aquella ocasion.

(15) ***Tú solo el arte adivinar supiste.*** Isidoro Maiquez, natural de Cartagena, tegedor de sedas, aficionándose al teatro desde su juventud, empezó á representar en las compañías cómicas de Valencia. Tal es el principio que han tenido casi siempre los actores de España. Hijos de padres humildes, aplicados tal vez á algun ejercicio mecánico, inclinados á ver comedias y representarlas, y resueltos por último á abandonar su oficio por un arte en que es tan dificil acercarse á la perfeccion, sastres, carpinteros, impresores, zapateros, bordadores, peluqueros, monaguillos, soldados, cocheros, tejedores, confiteros, albañiles; esto han sido en sus primeros años los que con mas ó menos habilidad han ocupado la escena española desde Lope de Rueda hasta nuestros dias. Lo que ciertamente debe asombrar, es que entre tales cómicos hayan sobresalido algunos no inferiores en su clase á los mas celebrados de los teatros estrangeros. ¡Qué fuerza de talento natural han necesitado para formarse, cuando les faltaban los auxilios de la educacion, de la instruccion, del trato culto de la sociedad; en suma, cuando era necesario que cada uno de ellos buscase y hallára los principios de un arte que nadie enseña entre nosotros! Pero como sea cierto que los primeros hábitos determinan para en adelante el carácter intelectual y moral de los hombres, toda la habilidad de nuestros mejores cómicos se ha reducido siempre á la imitacion de la ridiculez vulgar, y han sido muy pocos los que hayan sabido acercarse á la delicadeza, á la gracia decorosa, á la urbanidad y elegante espresion de la buena comedia. No llegando á esto, ¿quién deberia exigir de ellos la sublimidad que pide la tragedia en su declamacion robusta, heróica, patética y vehemente?

Maiquez, despues de haber representado algunos años en Madrid sin aplauso (actor estremadamente frio, que entendia y no espresaba sus papeles) pasó á Francia en el año de 1799: vió en París el teatro francés, y no necesitó mas. Estudió á Talma con una atencion reflexiva de que él solo era capaz. La accion, el gesto, la entonacion, las transiciones, los estremos de dolor, de alegría, de orgullo, de abatimiento, de rencor, de furia, cuantos afectos componen la imitacion trágica, otros tantos observó y retuvo; y como su defecto único era la frialdad, no halló en sí obstáculo ninguno que vencer, ni un solo resabio que des-

truir. Aun hizo mas. Conoció que no debia copiar, sino imitar los escelentes modelos que veia en el género trágico y cómico; y penetrada la razon del arte, variar, modificar su declamacion, y establecer la línea que debe separar la espresion francesa, de la que puede ser agradable á un auditorio compuesto de españoles.

Cuando volvió á Madrid, se dijo al ver sus primeras representaciones que copiaba á Talma en las mismas piezas que él repetia traducidas á nuestra lengua; pero cuando se le vió desempeñar otras que se habian escrito despues que él vino de Francia, se echó de ver que no era un copiante servil, sino un profesor eminente. Tambien se dijo (¿qué desaciertos no dice la envidia?) que en la tragedia era muy buen actor; pero que solo hacia tragedias; y que persuadido él mismo de su nulidad para los caracteres de nuestras comedias antiguas, siempre se abstendria de representarlas. Herido su orgullo (que era igual á su mérito) conoció la necesidad de sobresalir en todos los géneros para confundir á la ignorancia, y lo consiguió, representando personages y afectos de tan diferente naturaleza, que parecia imposible aspirar en todos ellos á la perfeccion; y él supo hallarla. *García del Castañar*, *Fenelon*, *el Vano humillado*, *Otelo*, *Orestes*, *el Pastelero de Madrigal*, *la Casa en venta*, *el mejor Alcalde el Rey*, *la Zaira*, *el Rico Hombre de Alcalá*, *el Distraido*, *Pelayo*, *el Convidado de Piedra*, *Numancia destruida*; en suma, las tragedias estrangeras, las españolas, las piezas ligeras del teatro francés, las antiguas y modernas del nuestro hallaron en él un actor que nunca ha tenido semejante.

Ensayaba á sus compañeros en los papeles que habian de hacer con él; pero nunca trató de darles una instruccion metódica del arte, ni les comunicó las máximas que él habia adoptado como principios seguros para acertar en él. Su habilidad fué un secreto: ni tuvo rivales, ni quiso discípulos: con él empezó la gloria de nuestro teatro en la representacion, y con él acabó.

Su vida fué una continua alternativa de satisfacciones y disgustos. Empeñado y pobre muchas veces, otras opulento; desterrado por el gobierno de José Napoleon, y restituido despues por él mismo á la patria. Cuando esta logró sacudir el yugo es-

trangero, Maiquez, digno intérprete de las ideas de libertad escitó el entusiasmo general con la imitacion de afectos y acciones heróicas, recibiendo en la escena coronas y aplausos, hasta que por último llegó á verse otra vez odioso á la córte, desterrado, falto de salud y medios, y en edad que no resiste como la juventud á los desaires de la fortuna. En vano la generosa amistad de sus compañeros procuró dilatar su vida, haciéndola menos infeliz. Murió en Granada en el año de 1820.

(16) *¿Qué será que habiendo sido*. Hombres hay de tan adusto humor, que no solo no se rien, sino que se enfadan de que se rian los demás. Si por ellos fuese, no existirian en la república de las letras ni el asno de Sancho, ni la fruncida Zapaquilda. Suponen que toda composicion festiva y alegre es cosa de menos valer: como si fuera fácil encubrir la instruccion con el deleite, pintar la deformidad del vicio entre chistes y donaires y escitar sin torpeza la risa de los hombres de ilustrado talento, la de las matronas y honestas vírgenes. Tal es nuestro orgullo, que no sufrimos la censura sino disimulada en formas halagüeñas: solo asi pierden su repugnante austeridad los preceptos filosóficos, y nunca se reciben mejor que cuando el poeta sabe hermosearlos con las pinturas agradables, los conceptos agudos, y las gracias de la ironia.

Los errores y defectos humanos escitaron la risa de Horacio y la cólera de Juvenal; uno y otro proponiéndose un objeto mismo, acertaron á desempeñarle por camino diverso. Cada uno de ellos siguió su natural inclinacion. Sígala tambien el que aspira á sobresalir en cualquiera de las artes imitadoras. No se obstine en ser gracioso el que no debió á la naturaleza las cualidades que se necesitan para serlo; pero el que las tenga, no dude que en la poesía graciosa y ligera cultiva un género de muy dificil ejecucion.

Esta (considerándola en toda la estension que admite) exige un plan poético; una conveniente distribucion de sus partes; proporcion y oportunidad en sus ornatos y episodios; un objeto de utilidad al cual vayan encaminados todos los medios; imitacion constante de lo verdadero y de lo bello; eleccion y sobriedad en las descripciones; variedad y graduacion en los caracteres; espresion en los afectos; solidez en el raciocinio; agudeza y de-

coro en las burlas; inteligencia en el uso del idioma; pureza en el estilo; facilidad y armonia en la versificacion. Cuando en una composicion burlesca lleguen á reunirse estos requisitos indispensables, el que la desprecie merece lástima.

(17) *Cosas pretenden de mí.* En esta obra no hizo el poeta otra cosa que trasladar los diálogos que diariamente se repetian acerca de su persona y sus escritos. Su médico y amigo don Rafael Costa, le aconsejaba lo que mas convenia al estado de su salud poco robusta. Algunos de los muchos amigos y apasionados que tenia, deseaban que cada mes compusiera una comedia. Llenábanle de elogios exagerados (que la amistad es á veces tan ciega como el amor), y á vueltas de esto, abundaban en la máxima de que convendria sujetarle á una contribucion poética; lisonjeándose de que precisado á escribir para medrar, enriqueceria la escena española con mas acierto que los Zabalas, Moncines y Valladares, cuya fecundidad infeliz abominaban todos los hombres de sana razon. Entretanto sus enemigos (que no eran pocos) decian las mismas ó mayores necedades que el autor les hace decir en este romance. Todo su mérito consiste en la fidelidad de la copia: nada hay de invencion. Hasta el personage de Geroncio es traslado puntual de uno de los pedantes de aquel tiempo, á quienes incomodaba como ofensa propia la celebridad de Moratin.

(18) *No existe ya: pero dejó en el orbe.* El célebre Muhamet Ben Abi Amer, llamado Almanzor, floreció en los últimos años del siglo décimo. Cultivó su talento con buenos estudios de filosofía y literatura, se instruyó en el difícil arte de gobernar á los hombres, y le practicó haciéndose amar y obedecer; pero en aquella edad era poco seguro el mando, si no acompañaban á las prendas políticas el valor, la astucia, la actividad, la constancia, la robustez que pide el ejercicio de la guerra; y todas estas cualidades se reunieron en aquel hombre estraordinario. Nombrado Alhagib, dignidad que lo hacia segundo gefe del imperio, juró (y lo cumplió) perpétuo aborrecimiento á los cristianos, como Anibal lo hizo en daño de Roma. Su existencia fué una continua calamidad para sus enemigos, á quienes venció en mas de cincuenta batallas. Barcelona, Atienza, Osma, Simancas, Astorga, Leon, Santiago y otras ciudades y fortalezas sitiadas, saqueadas y arrui-

nadas por él, le abrieron el paso á toda la tierra adonde quiso llevar sus pendones. Todos los años volvia á Córdoba lleno de despojos, y precedido de millares de cautivos; y mientras se prevenia para nuevas empresas, fomentaba todos los ramos de la felicidad pública, administraba justicia, favorecia la industria, la agricultura y las artes: asistia á las academias, oia los discursos de aquellos sabios, se complacia con los versos de sus poetas, y los premiaba generosamente. Solo una vez le fué contraria la fortuna; y no supo aquella alma terrible sobrevivir á su desgracia. La batalla de Calatañazor fué tan sangrienta, y quedó su ejército tan disminuido de soldados y tan escaso de capitanes, que solo trató de aprovechar la obscuridad de la noche para retirarse en buena ordenanza. No quiso entrar en Córdoba con la nota de vencido: negóse á la curacion de sus heridas: y llevado por los suyos en andas, su despecho le quitó la vida cerca de Medinaceli, á los sesenta y cinco años de edad: su hijo Abdelmelic le dió sepultura, cubriendo el cadáver con el polvo de sus batallas.

No acuerda la historia de muchos siglos otro alguno que pueda compararsele: la gloria de nuestro Cid, que floreció pocos años despues, se obscurece al nombre de Almanzor.

(19) *En esta venerada tumba, humilde.* D. Francisco Gregorio de Salas, capellan de las Recogidas de Madrid, vivió muchos años en la corte estimado de cuantos le conocieron por la amenidad de su ingénio, su facilidad en improvisar, su afable trato y conversacion, su providad y sus costumbres inocentes. Copió en sus obras á la naturaleza; pero no la imitó, no supo hermosearla. Entre muchos epigramas que compuso, se hallan algunos muy graciosos: el *Observatorio rústico*, la pintura de *La calle de S. Anton*, y alguna otra de sus obrillas burlescas merecen leerse. Su persona valia mas que sus escritos.

El Príncipe de la Paz quiso varias veces favorecerle, y darle alguna de las mejores prebendas de España. Salas se lo agradecia, y le suplicaba que no le sacase de su cuartito de la calle de Hortaleza, ni le apartase de la compañía de sus monjas. Tenia un hermano, exento de guardias, y una tarde subiendo Cárlos IV por la calle de Alcalá, el hermano de Salas que iba al estribo del rey, le dijo: *Señor, aquel clérigo que se quita el sombrero es mi hermano Paco.* Mandó el rey parar el co-

che, y que llamasen al capellan, el cual se acercó sin admiracion, sin timidez ni orgullo. Le habló el rey cariñosamente, diciéndole lo mucho que le agradaban sus versos, y el gusto que tenia de leérselos á la reina: le encargó que no dejase de enviarle por medio de su hermano cualquiera cosa que en adelante escribiese. Salas agradeciendo el favor de S. M., prometió cumplir el encargo: despidiéronse, y el concurso que rodeaba al buen sacerdote, ya le suponia maestrescuela de Sevilla, arcediano de Alcira, ó abad de Santa Leocadia; pero ignoraban todos hasta donde llegaba su moderacion filosófica. Las máximas de honesta pobreza con que otros versificadores de su tiempo (devorados de envidia y ambicion), rebutian fastidiosamente sus opúsculos éticos, él las practicaba sin hipocresia, sin afectacion ni soberbia. Los niños corrian á buscarle cuando le veian de lejos; le rodeaban y acariciaban como á un amigo de toda su confianza, y en efecto lo merecia. Honor á la sencilla virtud: que de esto hay poco.

(20) *¡Oh cuanto padece de afanes cercada.* Hay críticos que desaprueban sin distincion toda obra poética de asunto sagrado, suponiendo que nuestra religion no presta materia al canto, y que su austeridad no consiente las flores de Helicona. El que no trate de reducir á formas poéticas las cuestiones de la teologia, no dejará de hallar, si sabe buscarlos como otros lo han hecho, argumentos sagrados, propios de la lira, de la epopeya ó del coturno trágico. Los hebreos nos ofrecen abundante materia para la poesía. La creacion; el paraiso; el diluvio; los amores de Jacob; la interesante historia de José; la fuga de los hijos de Israel, retirándose el mar para facilitarla y hundiendo en sus abismos el ejército de Faraon; Josue, dilatando el dia para dar término á su victoria; David aplacando al son de las cuerdas al feroz Saul: Jezabel despedazada; la soberbia Athalia; la humilde Estér; el paciente Job. Los que no hallen modelos poéticos en tales historias, no los busquen mejores en todas las fábulas del paganismo.

No son tan abundantes los que ofrece la ley de gracia, cuyos misterios, donde son meramente dogmáticos, nada prestan á la composicion; pero en los que son históricos, no sucede lo mismo. La Anunciacion, el Nacimiento de Jesucristo, la Descension al Limbo, la Ascension, el Juicio final, bien pueden escitar la

imaginacion del poeta. Bien pueden mover su sensibilidad los incidentes de mayor interés, que elevan á un alto grado de heroismo la constancia maravillosa de muchos mártires. El infierno y el serafin rebelde, que amenaza en su desesperacion la ruina del hombre; los tormentos que allí padecen los que menosprecian en el mundo las leyes eternas de la justicia y la virtud, presentan objetos terribles, que han sido ya digna materia para el Dante, para el Tasso y Milton. El cielo, morada de los justos, descanso de tanto afan, premio del inocente, del oprimido, del humilde, la presencia del inefable Númen; los ángeles, ministros suyos que le adoran y le bendicen, muchas imágenes ofrecen al estro poético. Una muger la mas perfecta de las criaturas, la mas inmediata al trono de Dios, medianera entre él y la naturaleza humana; madre amorosa, amparo y esperanza nuestra, ¿qué objeto se hallará mas digno de la lira y el canto? La Grecia, demasiado sensual en sus ficciones halagüeñas, no supo inventar deidad tan poderosa, tan bella, tan pura, tan merecedora de la reverencia y el amor de los hombres.

Cierto es que prescindiendo de algunas pocas composiciones sagradas, obra de nuestros mejores poetas, son las demas tan defectuosas, tan pueriles, tan chavacanas y ridículas, que no parece sino que sus autores se propusieron escarnecer lo mas respetable de nuestra creencia. Pero no fué su intencion el origen de tanto yerro; fué su ignorancia: no eligieron bien su argumento, no acertaron á desempeñarle. O él no se prestaba á las formas poéticas, ó ellos eran poetas ineptísimos, de cuyo talento nada podia esperarse que no fuese absurdo.

Lo peor es que esta clase de obras, no solo ha entretenido la ociosidad del vulgo en las plazas y callejuelas, sino que auxiliado de la música, ha resonado en nuestros templos, introduciendo en ellos una culpable profanacion. Véanse las colecciones de motetes y villancicos cantados de muchos años á esta parte en las principales iglesias de España, y diga el que lo alcance, como ha podido sufrir el clero (tan rígido censor de las libertades del teatro) lo que se ha cantado y se canta delante de los altares, interrumpiendo con episodios tan indecentes y groseros la religiosa pompa de sus misterios y sacrificios.

NOTAS

DE LA TRAGEDIA HAMLET.

ACTO PRIMERO.

(1) Halló Shakespeare el argumento de esta tragedia en la antigua historia de Dinamarca, llena de acaecimientos increibles y fabulosos, como lo estan igualmente todas las que abrazan épocas tan remotas.

En ella se dice que Rorico reinó en Dinamarca desde los años de 3370 hasta el de 3390. Le sucedió Horvendilo su yerno, príncipe de gran valor, que se habia hecho famoso por las victorias que obtuvo de Coller, rey de Noruega, á quien mató en singular combate; pero Horvendilo reinó poco tiempo, porque movido su hermano Fengo de envidia y ambicion le quitó la vida alevosamente, casándose despues con su cuñada Geruta, hija de Rorico, valiéndose para rendirla á su voluntad de astucias y amenazas.

Hamlet, hijo de Horvendilo y Geruta, deseando vengar la muerte de su padre, se fingió loco para disimular mejor sus designios, bien que no pudo ocultarlos en tal manera que su tio no llegase á sospechar que la demencia que mostraba era ficcion. Para aclarar sus dudas hizo que una hermosa jóven fuese á un bosque donde Hamlet pasaba algunas horas del dia y hablase con

él, esperando que al verla depondria toda disimulacion, y daria lugar á que notasen sus palabras y acciones los que debian ocultarse en la espesura y presenciar el suceso; pero ya fuese que alguno le advirtió de antemano, ó que su prudencia solo se lo sugiriese, Hamlet no dió señal ninguna de juicio mientras se entretuvo con la doncella.

Malograda esta cautela, pensó el rey en otra que le salió mucho peor. Ausentóse de la corte por algunos dias, y dispuso que un confidente suyo se ocultase en el cuarto de la reina, para que cuando Hamlet fuese á visitarla le observára cuidadosamente. Vino en efecto el príncipe y empezó á hacer locuras como acostumbraba, meneando los brazos, cantando como un gallo, y examinando todos los escondites del aposento, hasta que tropezó con el que estaba escondido entre los colchones de la cama, hirióle con la espada, sacóle arrastrando de allí, le mató, dividió el cadáver en trozos, los hizo cocer, y se los dió á comer á los puercos. Volvió despues á verse con su madre, y asegurado ya de que no habia espías que le oyesen, la reprendió ásperamente por haberse casado con el matador de su padre, la declaró el motivo de su fingida locura y la firme resolucion en que estaba de vengarse, haciéndola prometer por último que á nadie revelaria aquel importante secreto.

Viendo el rey á su vuelta el mal éxito de sus auspicios, trató solo de acabar con el príncipe por cualquier medio que fuese. Envióle á Inglaterra acompañado de dos consejeros suyos, á quienes dió cartas para aquel rey, en que le rogaba que asi que llegase Hamlet le hiciese matar. Este, durante el viage, mientras sus compañeros dormian, logró apoderarse de los despachos que llevaban, y al ver lo que se trataba en ellos, borró lo que quiso, y escribió encima espresiones tan diferentes de las suprimidas, que asi que leyó las cartas el rey de Inglaterra, hizo ahorcar á los dos mensageros, acogió al príncipe con estraordinarias muestras de amor, y de alli á poco tiempo le casó con su hija.

Un año despues de este suceso volvió Hamlet á Dinamarca, y halló que habiéndose esparcido la voz de que era muerto, se celebraban sus funerales. Llegó á tiempo de asistir á un banquete que daba el rey á los señores de la corte: Hamlet en el desórden y alegria de la mesa, logró emborrachar á todos los grandes;

cuando los vió en estado de no poder moverse, dió fuego al palacio, fué al cuarto del rey, que estaba durmiendo, y le atravesó el cuerpo con su misma espada. Convocados despues los nobles del reino, justificó ante ellos su conducta: le aclamaron rey y ocupó el trono, hasta que habiendose rebelado Vicleto, gobernador de Seelandia, murió á sus manos en una batalla año de 3450 del mundo, 550 años antes de Jesucristo, segun el cómputo vulgar.

(2) *Ni un raton se ha movido.* Espresion muy natural en un soldado, y muy agena de la sublimidad trágica. M. Home, en su *Ensayo sobre la crítica*, se atreve á preferirla á la de Racine en el primer acto de *Ifigenia.*

Mais tout dort, et l'armée, et les vents, et Neptune.

Es menester mucha ignorancia, ó mucha pasion para dar tal fallo.

(3) *Mírale por donde viene.* La aparicion del muerto es ociosa é intempestiva en esta escena. Cuando la introduccion de tales visiones no fuese reprobada generalmente, se exigiria á lo menos que se colocáran donde pudiesen producir todo el efecto teatral de que son susceptibles. Si empieza la tragedia con la aparicion de un espectro, ¿cómo ha de acabar? ¿Qué objeto mas terrible podrá presentarnos el poeta en lo restante del drama? ¿Por qué no se aparece desde luego al príncipe Hamlet? ¿Sale del purgatorio á este fin, y malgasta las horas en pasearse á obscuras y espantar centinelas? Si desea que su hijo le vengue, ¿no es imprudencia dejarse ver de otro que no sea él mismo? Es increible que un alma venida del otro mundo la yerre tan de lleno.

(4) *Nuestro último rey.* En el teatro es muy precioso el tiempo, y estos soldados le pierden malamente con su conversacion. El desafio del rey de Dinamarca con el de Noruega, la invasion que premedita Fortimbrás, los preparativos que se hacen para resistirle, y todo cuanto Horacio dice á sus camaradas, no tiene que ver con la accion de la tragedia; de esto y no de otra cosa debia tratarse. Dirán que es natural que en un cuerpo de guardia hablen los soldados de lo que ha sucedido en su tiempo ó de las novedades del dia; no hay duda, y tambien es natural que jueguen á la perinola y duerman y ronquen.

(5) *Fortimbrás de Noruega.* No se halla ningun rey de este nombre en la série de los reyes de Noruega. Véase la nota primera.

(6) *En la época mas feliz y gloriosa de Roma.* Horacio usa aqui un estilo digno de la tragedia; pero es de temer que Marcelo y Bernardo no sepan quién fué César, puesto que no habia nacido todavia. En cuanto á lo del *húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno*, puede asegurarse prudentemente que no le entenderian una palabra. El discurso que Horacio dirige al muerto no padece esta escepcion.

(7) *El iba ya á hablar cuando el gallo cantó.* Horacio, que es hombre de estudios, no debia creer los disparates que dice ni los que añade Marcelo acerca de los espíritus, las brujas, los encantos y los planetas siniestros; pero todo esto vá dedicado al populacho de Londres, á quien Shakespeare quiso agradar contándole patrañas maravillosas. El poeta-dramático no ha de adular la ignorancia pública: su obligacion es censurar los vicios é ilustrar el entendimiento.

(8) *El jóven Fortimbrás estimándome en poco.* Ya se ha dicho que este Fortimbrás y esta guerra nada tienen que ver con la accion del drama. Fortimbrás, de quien tanto se habla, sale á decir siete versos en el cuarto acto, y á enterrar los muertos en el quinto. Los embajadores de Inglaterra, los de Dinamarca, Ricardo, Guillermo, Reinaldo, Henrique, el capitan, el cura del entierro, los marineros, los soldados del primer acto, los sepultureros y el ejército de Noruega, todo es inútil. Este cuadro está cargado de figuras que ofuscan el grupo principal. Hasta ahora entre todos los personages que han ido saliendo á la escena, no se ha dicho cosa que importe; todo es apurar la paciencia de quien escucha, con dilaciones y rodeos.

(9) *Algo mas que deudo, y menos que amigo.* En el original dice; *A little more than kin, than less than kind.* No puede conservarse en castellano el juguete de las palabras *kin* y *kind.* Hanmer en su edicion de las obras de Shakespeare publicada en 1744 dice, que acaso este verso será algun proverbio usado en tiempo del autor.

(10) *Bueno y laudable es.* Este discurso está lleno de

verdades importantes, dichas con noble simplicidad, sin metáforas, ni ambages, ni ornatos viciosos.

(11) *¡Fragilidad! tú tienes nombre de muger.* Literalmente dice: *¡Fragilidad! tu nombre es muger*, Letourneur traduce: *¡Oh fragilidad! la muger y tú teneis un mismo nombre.* De cualquier modo que se diga será una locucion impropia para espresar que las mugeres son frágiles. ¿A qué fin usar de circunloquios falsos y pueriles para esprimir una idea tan sencilla?

(12) *Aun antes de romper los zapatos.* Despues de esta imágen ridícula y humilde, véase estotra. *En un mes.... enrojecidos aun sus ojos con el pérfido llanto, se casó.* ¿Por qué no omitió la primera si en la segunda se incluye el mismo pensamiento con mas energía y mas decoro? Porque Shakespeare ignoraba el arte y no sabia borrar. No puede ser otra la razon.

(13) *¿Qué asuntos tienes en Elsingór?* Hasta ahora no se sabia cuál fuese el lugar de la escena.

(14) *Señor, yo creo que le vi anoche.* Conservando diez ó doce versos de las escenas anteriores, podria suprimirse todo lo restante, y empezar la tragedia por aqui.

(15) *¿Y en dónde fué eso?* En todo este diálogo animado y rápido se espresa perfectamente la curiosidad, la inquietud, el terror del príncipe.

(16) *¿Nada mas?* ¿Quién duda ya que Ofelia está enamorada de Hamlet? ¡Con qué amable sencillez manifiesta en dos palabras el estado de su corazon! Es os rasgos caracterizan los grandes talentos.

(17) *Porque no solo en nuestra juventud.* Este pasage está obscuro en el original como en la traduccion. Es una repeticion de lo que se ha dicho antes, esto es, que los obsequios de Hamlet no nacen de cariño verdadero y constante, ni son mas que ímpetus fogosos de un hombre á quien le bulle la sangre en el cuerpo con la lozanía de la juventud.

(18) *El no puede como una persona vulgar.* Voltaire en sus *Misceláneas literarias* traduce mal este pasage, diciendo: *Un príncipe, un heredero del reino no debe trinchar la vianda por sí mismo, es menester que le*

escojan los pedazos de ella. Shakespeare no dice nada de esto, y no es justo atribuirle lo que no pensó.

(19) *La juventud, aun cuando nadie la combate.* Esta y otras muchas máximas que se hallarán en lo restante de la obra, encierran tan sólida é importante doctrina; que se hace inútil recomendarlas á la consideracion del lector.

(20) *Algunos rígidos pastores.* Sarcasmo del autor contra los eclesiásticos de su tiempo, de quienes los poetas y cómicos se hallaban ofendidos.

(21) *No publiques con facilidad.* Estos consejos serán muy buenos, pero no son del caso. Ni el viage de Laertes, ni el modo con que debe conducirse en Francia interesan poco ni mucho porque nada de esto tiene relacion con la fábula : son partes episódicas, desunidas, ociosas, que la dilatan sin utilidad.

(22) *Por seguir la comenzada alusion.* ¿Y qué necesidad tiene de seguirla, ni aun de haberla empezado? ¿No es error, cuando se trata de dar consejos á una niña, obscurecérselos entre metáforas y alusiones que acaso no entenderá? Dirán que Polonio es un personages ridículo, ¿y no es error tambien introducir en una tragedia figuras ridículas?

(23) *Son relámpagos, hija mia.* El amor de Hamlet es: «Un hervor de la sangre, es una violeta que se adelanta á vivir y no permanece, es perfume de un momento, es como los relámpagos, que dan mas luz que calor, que se apagan pronto y no son fuego verdadero. Sus palabras son fementidas. No es verdadero el color que aparentan. Si parecen sagrados votos, es para engañar mejor.» De toda esta inútil pompa de palabras é imágenes resulta un solo pensamiento. Que no es verdadero ni puede ser durable el amor de Hamlet.

(24) *Angeles y ministros de piedad.* Este discurso está lleno de vehemencia, de terror y sublimidad trágica, y prepara oportunamente la situacion que sigue despues.

(25) *Si os arrebata al mar.* El temor de Horacio es justo, las ideas que le sugiere espantosas: pero Hamlet ha visto ya á su padre, y ninguna consideracion le detiene, va á seguirle. ¡Qué pavorosa agitacion se apodera del auditorio! ¡Con que muda inquietud se espera el éxito! Ya se olvidan cuantos desaciertos han precedido : aqui triunfa el talento del poeta : ya ha conmo-

vido con poderoso encanto los ánimos de la multitud que le sigue atónita.

(26) *Refiéremelo presto.* Hamlet dice bien: el muerto no debería distraerse en lo que no es del caso. Esta situacion, mas que otra ninguna, pide concision y rapidez: no adornos, que son impropios del personage que habla; no reflexiones, que el auditorio las hará.

(27) *Conviene que yo apunte en este libro.* ¿No es risible ver á Hamlet en un despoblado, á media noche, á obscuras, tiritando de frio y de horror, sacar el lapicero y el libro de memoria y apuntar á toda prisa la recóndita verdad de que un hombre, aunque sepa sonreirse, puede ser un malvado? ¡Qué parage y qué ocasion para ocuparse en escribir apuntaciones insulsas!

(28) *No existe en toda Dinamarca.* Iba á decirles que no hay en Dinamarca hombre mas infame que su tio; pero se detiene, considerando que será mejor ocultarles lo que acaba de saber.

(29) *Por san Patricio.* Hamlet no podia jurar por san Patricio: este santo, apóstol de Irlanda, floreció mil años despues. En esta obra se habla de los ángeles y los diablos, de Adan, Jesucristo, la Vírgen, san Valentin, el Purgatorio, el juicio final, la Sagrada escritura, la santa Cruz, la cuaresma, el Domingo y la Eucaristía. Siendo lo peor que entre estas espresiones propias del cristianismo, y que suponen personages mas modernos, se mezclan á las veces ideas gentílicas; de donde resulta un embrollo inconexo y absurdo. Lo mismo sucede en lo perteneciente á la historia profana, usos y costumbres. Alejandro, César, Bruto, Roscio, Herodes y Neron son posteriores á Hamlet, en cuya edad no habia pólvora ni cañones, minas ni hornillos, ni títulos de duque, magestad, ni alteza, ni relojes de campana, ni estudios de Witemberga, ni morbo gálico, ni peregrinos, ni conventos.

(30) *Si, si, sobre mi espada.* Era costumbre religiosa de los dinamarqueses jurar sobre la espada, y acaso sobre la cruz de la guarnicion. Se dice que el juramento comun de los escitas era por la espada y el fuego. Los irlandeses juraban por sus espadas tambien. (Hanmer en sus *notas á Shakespeare.*)

En España se observó antiguamente la misma costumbre, que aun dura en la milicia. Los caballeros juraban sacando la espada ó empuñándola, espresando en la fórmula; ***por esta espada, por la cruz de esta espada.*** A esta usanza aludió Don Nicolás Fernandez de Moratin, en una de sus obras, donde dice:

> **Y es fama que á la bajada**
> **Juró por la cruz el Cid**
> **De su vencedora espada,**
> **De no quitar la celada**
> **Hasta que gane á Madrid.**

(31) ***¡Ah! ¿eso dices?*** Letourneur empeñado en hermosear su ídolo, tuvo gran cuidado de omitir las espresiones familiares del original en todo este pasage, como lo hace en otros muchos. Aquello de ***hombre de bien***, lo traduce por ***sombra real***; lo de ***hic et ubique***, lo pone en francés, conociendo cuan ridículo es en latin; y el ***topo viejo*** le transforma en ***fantasma invisible.*** Esto no se llama traducir.

(32) ***Por eso como á un estraño debeis hospedarle.*** Alusion á las leyes de la hospitalidad. (Warburton ***notas á Shakespeare.***) Nótese que Hamlet juega del vocablo, dando á la palabra ***estraño*** la significacion de ***estrangero.***

(33) ***Por mas singular y estraordinaria.*** Aqui anuncia Hamlet la idea de fingirse loco, segun lo verifica despues.

ACTO SEGUNDO.

(1) ***Escena I.*** Esta escena se omite en la representacion: es del todo inútil, pertenece al género cómico, y abunda en espresiones poco decentes.

(2) ***Seria un admirable golpe de prudencia.*** El carácter de Polonio (lord chambelan del rey de Dinamarca: que equivale á Sumiller de Corps), jamás se desmiente. Viejo ridículo, presumido, entremetido, hablador infatigable: destinado á ser el gracioso de la tragedia. Los que se obstinan en defender

cuanto deliró Shakespeare, dicen que el carácter de este personage está bien seguido, y tienen razon: dicen tambien que en las córtes y en los palacios hay abundancia de estos vichos ridículos, y tambien es cierto; pero tales figuras son buenas para un entremés, no para una tragedia. Los afectos terribles que deben animarla, las grandes ideas de que ha de estar llena, la noble y robusta espresion que corresponde á tales pasiones, la unidad de interés que nunca debe debilitarse; todo esto se aviene mal con las tonterías de un viejo chocarrero y parlanchin. No basta que la naturaleza nos presente esta union confusa de objetos. Un buen poeta no debe imitarla como es en sí: desecha lo inútil é inoportuno: elige lo que es conveniente á sus fines, y en esta eleccion consiste el gran secreto del arte. Es muy natural, que cuando Antonio presentó en el foro romano á vista del pueblo, la túnica ensangrentada de Cesar, hubiese alguna vieja mugrienta y astrotosa, que en un rincon vendiese higos ó asára castañas; pero si un pintor se atreviese á introducir esta figura grotesca en un cuadro de aquel asunto, se burlarian de él los inteligentes, y en vano gritaria para disculparse: que era natural. Sí, es natural (le dirian) pero destruye el efecto que tu pintura debia producir: es natural, pero inoportuno y ridículo, y tú eres un artífice ignorante: puesto que debiendo imitar la naturaleza, te ceñiste solo á copiarla.

(3) *Pues entonces él dice.... dice.* Este olvido de Polonio es un rasgo cómico, digno de Moliere. La debilidad de su cabeza no le permite seguir sin interrupcion la série de ideas que convienen á su propósito: su locuacidad llena estos vacíos con palabras insignificantes: habla sin tino y pierde de vista el objeto principal de su discurso, hasta que se halla tan distante de él, que necesita preguntar al otro lo que le pensaba decir.

(4) *Yo estaba haciendo labor.* Por la relacion de Ofelia se ve que el príncipe ha empezado ya la ficcion de su locura. El lector espera sin duda grandes cosas de este artificio; pero en el progreso del drama se verá que no resulta nada de interesante, y que Hamlet procede en todo con suma imprudencia. Johnson dice: que no se vé que esta fingida locura sea bien fundada, pues nada hace Hamlet con ella, que no pudiese hacer igualmente estando en juicio.

(6) *Tan propio parece de la edad anciana.* Acostumbrados los viejos á juzgar siempre de lo que sucederá por lo que ha sucedido, y adquiriendo en la práctica la presuncion de acertarlo todo, no hay hecho ni circunstancia de la cual no piensen adivinar el éxito. Esto les hace pasar mas allá de los límites de la prudencia, y yerran muchas veces por esceso de prevision. En los jóvenes sucede al contrario; carecen de esperiencia, no saben adivinar en el momento presente lo que será despues: la vehemencia de sus pasiones les pinta los objetos diferentes de lo que son en sí: proceden con temeridad, y solo aprenden á fuerza de escarmientos. La debilidad de los viejos y el ejemplo de lo pasado, les hace en estremo tímidos y cavilosos; el vigor de los mancebos y la poca práctica del mundo, les hace atrevidos. Aquella timidez y este atrevimiento, son sin duda el origen de todas sus equivocaciones.

(6) *Bien venido Guillermo.* Vé aqui dos nuevos personages de quienes no se tenia noticia: condenados entrambos á sufrir pullas de Hamlet y morir ahorcados en Inglaterra. En el original se llaman Guildenstern y Rosencrantz.

(7) *Los embajadores enviados á Noruega.* Estos embajadores salieron en el primer acto de Elsingór: han ido á Noruega, han dado su mensage, y ya están de vuelta. Nadie dirá que se han detenido mucho.

(8) *Mi soberano, y vos señora.* Ya se vé que todo cuanto dice Polonio en esta escena, vá dirigido á escitar la risa del público, y asi se verifica. Los que atribuyen esta mezcla de cómico y trágico, de bajeza y sublimidad, al carácter de la nacion y no á ignorancia de los escritores; se equivocan mucho. Los ingleses y los españoles no son ciertamente mas risueños que los franceses; pero entre estos últimos se ha cultivado con mas acierto la poesía dramática: han aplicado á cada uno de sus géneros, los personages, los afectos y el lenguaje que les es propio, y aquella nacion ligera y alegre mas que otra ninguna de Europa, rie con *Turcaret* y llora con *Phedra.*

(9) *Como quiera que la brevedad.* Los exordios y rodeos de Polonio, las protestas de que será breve, (cosa que en él es imposible) las antítesis y equivocos que vierte á cada paso, para afectar cultura y elegancia, las distracciones que padece, las

interrupciones con que rompe el discurso continuamente: su vanidad ridícula de vasallo fiel, sagaz político, prudente padre; y el prurito de meterse en todo y hacerse hombre de importancia, llenan de sales cómicas este carácter, y manifiestan lo que el gran talento de Shakespeare hubiera sabido hacer en otra edad, y con otros principios.

(10) *Pero, veis? qué lástima!* Hasta ahora todos los personages de la tragedia original han hablado cuasi siempre en verso; pero de aqui en adelante usa el autor con mas frecuencia la mezcla de verso y prosa: en lo que tambien han querido hallar un primor sus panegiristas.

(11) *Si el sol engendra gusanos.* De aqui en adelante se hallarán muchas espresiones en boca de Hamlet que carecen de sentido; pero debe considerarse que hace el papel de loco.

(12) *Aqui dice el malvado satírico.* Algunos quieren que este pasage aluda á unos versos de Juvenal, Sat. X.

(13) *En tal caso, estareis colocados.* Este pasage se omite en la representacion, y debe advertirse que Shakespeare goza el concepto de haber sido el autor mas honesto y decente de cuantos en su tiempo escribian para el teatro.

(14) *Creo que los últimos reglamentos.* En el año de 1597 se publicó en Inglaterra un edicto contra los vagos, incluyendo entre ellos á los cómicos, (Hánmer.) Véase tambien la nota 22 del acto primero.

(15) *Pero hay aqui una cria de chiquillos.* Ya echará de ver el lector que en todo este pasage duerme profundamente el padre del teatro inglés. Aqui se trata de las compañías de cómicos que representaban en Lóndres á fines del siglo XVI, entre las cuales tenian mucho aplauso la de los músicos de la capilla real y otra que llamaron *Children of the revels* (niños de la diversion), las cuales por el concurso que atraian escitaron la envidia de los demas cómicos como se vé en esta escena claramente. Cuan grande sea el desacierto de poner en boca de Hamlet tales discursos, no hay para que ponderarlo. Letourneur confiesa de buena fé, que en este pasage Shakespeare *se aparta un poco de su asunto*. En efecto, se aparta un poco,

(16) *Asi en la tragedia como en la comedia.* A esta especie de catálogo que hace Polonio de los varios géneros de

piezas dramáticas que se representaban en tiempo del autor, pudieran añadirse otros muchos que se hallan en la *Biografia dramática* Erskine Baker. Nuestros poetas aunque no han pecado menos que los ingleses en confundir los géneros y estilos; han sido moderados en dar á sus piezas denominaciones arbitrarias y ridículas. En nuestro teatro no se conocen mas clases que estas: ***Auto***, ***Comedia***, ***Tragi-comedia***, ***Sainete*** (que no es mas que comedia en un acto); ***entremés*** (que equivale á farsa) y ***Zarzuela*** (que es lo mismo que ópera cómica) y ningun autor español ha dado á sus dramas otros nombres que estos. No obstante, el abate Betinelli en su obra de ***il Risorgimento d'Italia***, cap. 3, dice hablando del teatro español: «Nuevos nombres in«ventaron para tan nuevas representaciones. Una se llamaba co«media de capa y espada; otra de dos partes ó jornadas; otra de «tres ingenios, autos sacramentales, alegóricos historiales, y «otras estravagancias semejantes á estas.» Es lástima, por cierto, hallar en un literato de tan conocido mérito, equivocaciones que desacreditarian á un pedante foliculario y superficial. Ningun autor español ha dado el nombre de ***capa y espada*** á sus comedias; aunque vulgarmente se llamen asi aquellas en que no entran personages heróicos, para distinguirlas de las demas. Los ***autos***, sean de composicion alegórica ó historial, nunca han tenido otro nombre que el de ***autos***, y el ser una pieza de dos ó tres jornadas, de uno ó mas ingenios, no es circunstancia que la quite el ser rigurosa tragedia ó comedia, ni el formar dos ó tres ó mas fábulas de un solo personage, quiere decir que los géneros se alteren y confundan, ***Ifigenia en Tauris***, no es mas que una segunda parte de ***Ifigenia en Aulide***, y una y otra son tragedias. ***Ircana en Julfa***, é ***Ircana en Ispahan*** son la segunda y tercera parte de la ***Esposa Persiana***; y todas tres comedias arregladas, de las mejores del teatro italiano. En este deberia haber buscado el docto Betinelli ejemplos de estravagancia, que no hallará tan abundantes, ni en el español, ni en el inglés, y en otro alguno de Europa, y es ciertamente demasiada generosidad atribuirnos la invencion de tales ridiculeces, cuando Italia puede reclamar este elogio que se la debe de justicia. Véanse aqui unos cuantos nombres de los que sus autores han dado á las piezas dramáticas, y juzgue el que sea imparcial, á quién

pertenece por escelencia el título de inventor. *Archicomedia caprichosa moral. Anatopismo músico. Archidrama musical. Accion Regi-cómica moral. Comedia infernal. Comedia tropológica. Comedia tragi-comedia en comedia. Comi-drama. Capricho satiri-cómico. Drama heroy-cómico-histórico. Drama civil y rústico. Drama melo-trágico. Dramática grotesca. Etopeya trágica. Fábula eteróclita. Fabula trágico-regia-pastoral. Invectiva pastoral-escénica-representable. Opera heroy-tragi-satiri-cómica. Opera anagramáticómica. Parábola sacro-dramática. Representacion heremítica espiritual. Tragicomedia ideal. Tragicomedia pastoral piscatoria. Trágico-sátira. Tragicomedia pastro-cómica-tricumena.* Si no bastan los títulos citados véase la *Dramaturgia de Leon Alacci* y se hallarán algunas docenas mas; pero estos solos prueban suficientemente que el erudito italiano procedió con suma ligereza y absoluta ignorancia de la literatura estrangera: que faltó á la imparcialidad de buen crítico; y que, fingiendo lo que no existe, se olvidó de que en su tierra se habian escrito *archidramas, anatopismos y etopeyas, y fábulas eteróclitas y anagramaticómicas infernales heremíticas y tricúmenas.*

(17) *Escena indivisible.* Hay quien ha creido que por *escena indivisible* deba entenderse *escena fija*; sacando de aquí la consecuencia de que en tiempo de Shakespeare habia ya quien escribiese dramas con unidad de lugar; pero como no hay autoridad ni documento que apoye esta opinion, ni se dice quien fué el poeta que tales obras compuso, ni quien las imprimió, ni quien las vió; no será temeridad presumir que jamás habrán existido. Estas piezas y las seis comedias de Lope, escritas con arte, y las mil tragedias atribuidas á Malara, por quien no sabe el trabajo que cuesta hacer una: pueden ponerse en la lista de los bienes deseados.

(18) *La primera linea de aquella devota cancion.* En este pasage y el anterior en que habla de Jephté, se alude á las coplas devotas ó villancicos que se cantaban por las calles, en tiempo del autor.

(19) *Dios quiera que tu voz.* Hamlet habla con un muchacho, que hace papel de muger.

(20) ***Pirro feroz con pavonadas armas.*** Algunos eruditos han creido que Shakespeare quiso en estos versos (sean suyos ó agenos) burlarse del estilo declamatorio, hinchado y retumbante: otros, que no los han hallado defectuosos, son de contrario parecer. Esta variedad de opiniones nace sin duda de que todos ellos han dado por supuesto, que Shakespeare no podia hacer ni aprobar cosa que no fuese perfecta. Los que no le juzguen impecable, hallarán estos versos muy dignos de su pluma: fantasía robusta, imágenes atrevidas, espresion gigantesca, pompa de estilo, mucha descripcion, adornos inoportunos, viciosa abundancia; tales son las prendas que caracterizan este y el siguiente pasage, y ellas delatan el verdadero autor. Las armas negras como la intencion de Pirro; la sangre cuajada, que le cubre de la frente al pie, el aire de su espada, que postra al débil Príamo; el Ilion, que como si fuera sensible á tanto golpe, desploma sus techos; la rueda de la fortuna, precipitándose hecha pedazos desde el cielo hasta los abismos; Hécuba, que intenta estinguir con su llanto el incendio de Troya; Pirro, que deshace en trozos menudos el cadáver de Príamo; las estrellas, ojos del cielo humedecidos en lágrimas; son espresiones ó ideas tan propias del autor de ***Hamlet***, que equivalen á cualquiera demostracion. Y si lo gigantesco, lo recargado, lo inoportuno y redundante de ellas, impide á sus apasionados reconocerlas por suyas; sirvan de compensacion á estos defectos las dos escelentes comparaciones, de la calma que precede el rayo; y el golpe de los cíclopes sobre las armas de Marte.

(21) *¿Quién se atreve á llamarme villano?* El pensamiento es: ¿Será posible que yo (no acostumbrado jamás á que nadie me insulte), tolere ahora tan graves ofensas? sí, que ha faltado en mí sin duda el antiguo valor, pues no he tomado ya venganza de un enemigo que detesto. Esta reflexion de Hamlet es justa y oportuna; pero las imágenes ridículas con que la amplifica y adorna, lo echan todo á perder.

(22) ***Prostituta vil.*** Letourneur omitió en la version de este monólogo, lo de arrancar las barbas y soplarlas, el asir las narices, la legía, la paloma sin hiel, la prostituta y el pillo de cocina: no obstante haber prometido solemnemente en el prólogo, que su traduccion «será exacta y fiel, formando una copia pare-

«cida donde se verán la composicion, las actitudes, el colorído, «las bellezas y los defectos del cuadro original.»

(23) *Si muda de color, si se estremece.* ¿Y está seguro Hamlet de que el rey se estremecerá y mudará de color? ¿No es de creer que un malvado, cauto, artificioso, halagüeño, que no siente remordimientos de su culpa y que ha sabido con tanta destreza disimularla, sabrá tambien conservar en aquella ocasion una tranquilidad aparente que desbarate todas las ideas del príncipe? Cuando vea por la escena que le han de representar, que Hamlet sabe ya las circunstancias de la muerte de su padre y el agresor de ella, tardará un momento en quitarle la vida, ó podrá omitir un nuevo delito (que le es necesario), estando tan hecho á cometer otros mayores? Hamlet que ha fingido hasta ahora estar loco, ya parece que lo es de veras; pues no conoce que puede ser víctima de su propio artificio.

ACTO TERCERO.

(1) *Su padre y yo testigos los mas aptos.* Véase la nota primera del primer acto,

(2) *Existir ó no existir.* Johnson esplica la situacion de Hamlet y la série de sus ideas, en esta forma: «Hamlet que se «vé ofendido del modo mas atroz, no hallando camino de ven-«garse sin esponerse al mayor peligro, raciocina de esta manera. «Antes que yo pueda formar plan ninguno conviene decidir, si «despues de esta vida hemos de existir ó no. Vé aquí la cuestion, «cuya resolucion determinará, si es mas conveniente al decoro y «á la razon sufrir en paciencia los ultrages de la fortuna, ó ar-«marme contra ella y acabar con la vida todos mis males. Si «morir es lo mismo que dormir, este seria un término apetecible, «pero, si morir es soñar, esto es: conservar toda la sensibilidad; «en tal caso bien es detenerse un poco á reflexionar, ¿qué espe-«cie de sueños pueden ocurrir despues de la muerte? Esta consi-«deracion, este temor de lo futuro, nos hace sufrir por tanto

«tiempo la calamidad; esto dá fuerzas á la conciencia y entor-«pece la resolucion. Hamlet iba á contraer á sí mismo y á las «circunstancias en que se halla, estas observaciones generales; «pero la vista inopinada de Ofelia interrumpe sus reflexiones.»

No obstante la opinion que se acaba de esponer podria notarse que el discurso de Hamlet es impropio de la situacion en que se halla. Porque, ¿cuáles pueden ser sus ideas? ¿Quiere matarse? no es ocasion: su padre le pide venganza, el cielo le avisa á fuerza de prodigios que el tirano debe morir, y él ha de ser el instrumento. ¿Teme perecer en la empresa? Este temor es indigno de un alma grande, indigno de quien está seguro de la justicia de su causa, y debe contar con el favor de la Omnipotencia, que pues le ordena aquella accion sabrá darle los medios de ejecutarla, y disipará todos los peligros. Un hombre animado de tal impulso, ¿es bien que tema la muerte ni le asuste la consideracion de la eternidad? ¿Ha creido acaso que es ficcion del demonio la aparicion que vió? pues si todo es falso, nada hay que emprender: su tio no es ni usurpador ni fratricida. Tales son las dificultades que ocurren acerca del soliloquio de Hamlet, el cual no parece convenir á las circunstancias presentes. Colóquese, por ejemplo, en el primer acto antes de la escena en que los soldados hablan al príncipe, y entonces será oportuno cuanto se dice en él.

Prescindiendo de estos reparos, de cuya solidez juzgarán los inteligentes, el monólogo de Hamlet es uno de los pasages mas aplaudidos de esta tragedia, y merece serlo.

(3) *No, yo nunca te dí nada.* No se halla razon que disculpe la dureza bárbara con que Hamlet trata en esta escena á la inocente y sensible Ofelia. Pudiera muy bien hacer con ella el papel de loco, sin despreciarla ni abatirla.

(4) ***Dirás este pasage.*** Vé aquí un príncipe á quien se le acaba de aparecer el alma de su padre, entretenido en dar lecciones de representar. ¡Qué tranquilidad de ánimo! Asi se gastan cinco actos en una fábula que pudiera holgadamente reducirse á tres.

(5) ***Los que hacen de payos.*** En tiempo del autor solian los cómicos ingleses introducir discursos y aun escenas enteras, inventadas de repente en el teatro: para dar novedad á los dra-

mas, y lucir la prontitud de su ingenio: de lo cual resultaban defectos muy considerables, y á este abuso alude Shakespeare.

(6) *Muy bruto fué el que cometió.* Estas puerilidades y equívocos necios, no son propios de la tragedia, ni de la comedia, ni de obra ninguna escrita con gusto y juicio. En tiempo de Shakespeare se hizo tan comun esta corrupcion, que los mas graves predicadores llenaban sus oraciones de tales frialdades, y no es de admirar que se usára en el teatro lo que se aplaudia en el púlpito. Véase la *vida de Shakespeare*, escrita por Hanmer.

(7) El pasage que se ha dejado en blanco, es uno de aquellos cuya traduccion podria ofender la modestia de los lectores. El original dice:

That' s a fair thought to lie between maids' legs!

(8) *Suenan trompetas.* En esta escena muda se representa la muerte del rey Hamlet, con todas sus circunstancias, delante de Claudio, que sufre en paciencia tal espectáculo, sin darse por entendido. ¿Pues por qué no hace lo mismo en adelante? no se adivína la razon. O debió interrumpir esta escena, luego que vió el argumento de ella, ó debia sufrir con igual serenidad la declamacion que sigue despues, en la cual nada hay que pudiera ofenderle de nuevo, habiendo visto ya puestas en accion sus maldades. Asi es, que este personage se contradice en su modo de proceder: cuando vé la representacion muda tolera mucho, y cuando oye los versos demasiado poco. En cuanto á la temeridad del príncipe, de presentar al tirano tal espectáculo, ya se hicieron algunas observaciones en la nota 23 del acto segundo.

(9) *Ya treinta vueltas dió.* No deja de estar un poco embrollada esta cuenta; no obstante, parece que todo ello suma treinta años y un mes.

(10) *Asi pende del ramo.* Esto no es mas que una ociosa amplificacion de lo que ha dicho ya.

(11) *¿Te has enterado bien del asunto?* A buen tiempo lo pregunta el rey! Pues ¿no ha visto ya que se representa la muerte que dió á su hermano, su casamiento con la reina y la

usurpacion del trono? Claudio parece en toda esta escena un hombre estúpido.

(12) *Al rocin que esté lleno de mataduras.* Sublimes imágenes para una tragedia! Letourneur se guardó muy bien de traducirlas.

(13) *Que tanto el mundo vá desordenado.* Ya logró Hamlet cuanto pretendia: el rey se ha conmovido, se ha llenado de terror, se ha visto precisado á huir por no manifestar mas claramente los remordimientos de su conciencia. Ya está averiguado el grande secreto. Cierto es que mató á su hermano, que es un usurpador, asesino, seductor, incestuoso: cierto es que la providencia quiere su muerte: la vision terrible que habló al príncipe no es ficcion diabólica, como temió; es el alma indignada de un rey, de un esposo, de un padre infeliz. ¡Qué ideas, qué afectos no debe escitar en el jóven Hamlet, este momento, en que se le disipan todas sus dudas, y descubre verdades tan funestas! Horror, piedad filial, ira, venganzas; esto ha de sentir, de esto ha de hablar.... ¿Quién hubiera creido que se pondria á cantar coplas, y tocar la flauta, y decir bufonadas, y llamar jumento á su tio?

(14) *Si diez veces fuera mi madre.* Querrá decir: Aunque fuera diez veces mas delincuente de lo que es, la obedeceré, porque al fin es mi madre.

(15) *Este es el espacio de la noche.* Segun las antiguas supersticiones vulgares la noche era execrable y profana, y el dia puro y santo. (Warburton *notas á Shakespeare.*)

(16) *Déjame ser cruel; pero no parricida.* La ternura filial de Hamlet es uno de los rasgos mas felices de que pudo usar el autor, para hacer interesante este personage. Hamlet vá á ver á la reina: la hablará á solas, la hará conocer la atrocidad de su delito, la reprenderá ásperamente, llenará su corazon de angustias; pero, á pesar de la justa indignacion que le agita, nada intentará contra la vida de su madre. Estos grandes afectos producen el patético tan esencial á la tragedia; y si en medio de su violento choque, se ven triunfar aquellas pasiones virtuosas que la naturaleza inspira, no hay entonces alma sensible que pueda resistirse á la comiseracion y al llanto.

Hanmer en la *vida de Shakespeare*, cotejando la fábula

de *Hamlet* con la *Electra* de Sófocles, dice así. «En ambas «tragedias se vé precisado un jóven príncipe á vengar la muerte «de su padre: sus madres son igualmente culpadas, entrambas «han sido parte en el asesinato de sus esposos y se han casado «despues con los agresores de aquel delito. Orestes baña sus ma«nos en la sangre de su misma madre, y aunque no se vé esta «bárbara accion en el teatro, se ejecuta tan cerca de él, que el «espectador oye los gritos de Clitemnestra pidiendo favor á Egis«to é implorando perdon de su hijo, que la mata: mientras Elec«tra desde la escena le anima al parricidio. Hamlet movido co«mo Orestes del amor á su padre y de la misma resolucion de «vengar su muerte, no detesta menos el delito de su madre (que «se hace mayor que el de Clitemnestra, por el incesto); pero el «poeta inglés, con admirable prudencia y artificio, le hace abs«tenerse de usar con su madre violencia alguna. Esto es saber «distinguir acertadamente el horror y el terror: la última de es«tas pasiones es propia de la tragedia; pero la primera debe «siempre evitarse con el mayor conato.»

Si Hanmer hubiera comparado el *Hamlet* de Shakespeare con la *Electra* de Eurípides, seria mayor todavía la preferencia del poeta inglés. La fábula de aquella tragedia griega, los caractéres de Electra y Orestes, las circunstancias de la muerte de Clitemnestra, engañada y asesinada por sus hijos: todo está manchado de tan negros colores, y resulta un hecho tan abominable y atroz, que en ningun teatro moderno podria tolerarse.

(17) *¡Oh! mi culpa es atroz.* Ya se ha dicho que el carácter del rey está lleno de contradicciones, y la que se advierte en esta escena no es menor que las antecedentes. Claudio acaba de disponer el viage de Hamlet á Inglaterra, para que le maten allí así que llegue, y apenas ha resuelto esta nueva maldad, se presenta en la escena lleno de compuncion y arrepentimiento, haciendo cuantos esfuerzos son posibles en un pecador para obtener la divina misericordia.

Si se perdona lo inconexo y mal preparado de esta situacion, se hallarán en ella escelentes pensamientos de filosofía cristiana. ¿Qué mas puede decirse acerca de la bondad infinita de Dios, sobre la necesidad de la oracion y sus saludables efectos ó sobre la diferencia inmensa que existe entre la justicia humana y la divi-

na, inalterable, incorruptible? Estas máximas de eterna verdad hacen grande efecto en el teatro, cuando se introducen oportunamente, y cuando (como en esta ocasion) no degeneran en declamacion moral ó discurso académico; sino que tocadas ligeramente y unidas á los afectos del personage que las dice, ilustran la razon é indican al hombre el camino de la virtud.

(18) *Cuando esté ocupado en el juego.* Hamlet quisiera matar al rey; pero le detiene la consideracion de que si le quita la vida mientras está pidiendo perdon á Dios de sus pecados, podrá salvarse, y suspende el golpe para cuando, cogiéndole menos dispuesto, le procure á un tiempo la muerte y la condenacion. Este proyecto horrible es propio de un mónstruo implacable y feroz, no de un príncipe virtuoso y magnánimo. Todos los delitos de Claudio no son comparables al que premedita Hamlet.

(19) *Yo entre tanto retirado aquí.* Véase la nota primera del primer acto.

(20) *Qué me mandais, señora.* En esta escena se compensan los defectos de plan y estilo, con el grande interés de la situacion, lo animado y rápido del diálogo, la viveza de las pinturas, y la agitacion de los afectos.

(21) *Murió.* La muerte de Polonio no produce efecto trágico: semejante en esto á la de Arlequin. Aquel personage ha sido poco necesario á la fábula: no ha escitado mas afectos que el de la risa, no ha sido un malvado que deba morir, ni un hombre grande y virtuoso por quien el auditorio pueda interesarse. Disgusta, no conmueve su muerte; y la accion de Hamlet, á pesar de los motivos que le determinan, parece atropellada y brutal.

(22) *Los cabellos del Sol.* Es lástima que Hamlet se distraiga en estos floreos impertinentes: la situacion en que se halla pide vehemencia de afectos, y sobriedad de estilo.

(23) *¡Oh espíritus celestes, defendedme.* Esta aparicion del muerto es inútil. Dice que viene á inflamar el ardor casi estinguido de Hamlet, y á fé que no tiene razon: nunca el príncipe se ha manifestado mas ardiente que en esta escena. Si hubiese venido cuando se entretenia en dar lecciones de representar á los cómicos, ya era otra cosa.

(24) *La costumbre, aquel mónstruo.* Estas reflexiones son justas, propias de la situacion, y dichas con la brevedad conveniente, dán espresion y movimiento al diálogo; no le ofuscan ni debilitan.

(25) *Porque soy piadoso debo ser cruel.* Quiere decir, que el amor que tuvo á su padre, le obliga á ser sanguinario y vengativo.

(26) *Aquel gato viejo.* A Letourneur se le olvidó traducir todo este pasage.

ACTO CUARTO.

(1) *Asi el oro* Como el rey acaba su discurso con una comparacion, la reina, que no quiere ser menos, le responde con otra. En nuestro teatro hay mucho de eso tambien. Si don Felix se compara con el eliotropio que sigue al sol, doña Isabel le asegura que ella es como el iman enamorado del norte: si dice don Cárlos que su amor es único y solo, como el fenix de Arabia, doña Leonor le replica que su constancia es el escollo combatido en vano de las tempestades y las ondas. Este prurito de discretear, volviéndose los interlocutores décima por décima, concepto por concepto, no está ya en uso. La buena crítica ha desterrado del teatro estos ornatos inoportunos y agenos de toda verisimilitud.

(2) *El cuerpo está con el rey.* Steevens lo interpreta así: *El cuerpo está en la casa del actual rey; pero el verdadero* (esto es, el precedente rey) *no está con su cuerpo.* A. M. Eschenberg le parece mas natural de esta manera: *El atahud está cerca del rey, pero el rey no está todavía en el atahud*: que es decir: no está muerto aun como debia estarlo. Letourneur cree que se pudiera esplicar en estos términos: *El rey no está con el cuerpo*, esto es: *Claudio no es mas que un cuerpo sin alma, no tenemos rey, no hay un verdadero rey dentro de su cuerpo.* Si todos los

comentadores de Góngora viniesen á interpretar este pasage, no podrian disipar la obscuridad en que está envuelto.

(3) *Nosotros engordamos.* No hay dificnltad en decir con Hamlet que engordamos á los demas animales para alimentarnos con ellos, y que los gusanos engordan despues comiéndonos á nosotros: tampoco es de admirar que un hombre se coma un pez que tragó á un gusano que se habia alimentado del cadáver de un rey. Todo esto es verdadero y posible; el mal está en que no viene á cuento, en que es ocioso y ridículo, y en que un príncipe de Dinamarca se esplica en este pasage como un arriero de Sacedon.

(4) *Id, capitan.* Este es el príncipe de Noruega, tan prometido en los dos primeros actos: no hay que esperar que este nuevo personage tome parte alguna en el enredo de la fábula; luego que haya dicho media docena de versos, se irá á Polonia, la conquistará, y volverá sin falta antes que se acabe la tragedia.

(5) *Caballero, ¿de dónde son estas tropas?* El lector notará que Hamlet habiéndose embarcado en Elsingór para ir á Inglaterra, se encuentra en el camino con un ejército de Noruega que marcha á Polonia. Conviene confesar que la geografía de Shakespeare no es de las mas exactas.

(6) *Cuantos accidentes ocurren.* Aquí repite Hamlet lo que ha dicho otras veces: culpa su inaccion y hace nuevos propósitos de venganza. Las reflexiones de su discurso ó son inoportunas, ó encierran malísima doctrina. Fortimbrás, que emprende la conquista de un pais que no vale cinco ducados, y vá á sacrificar veinte mil hombres por un capricho, es un frenético, y su ejemplo no debe ser imitado de ningun príncipe justo, ni aplaudido de quien tenga sana razon. Los locos y los héroes desprecian igualmente la vida: la diferencia está en que aquellos la esponen por pequeños motivos, y estos (apreciándola en todo lo que vale), hacen de ella voluntario sacrificio cuando la necesidad de las circunstancias, su obligacion, la privada ó la comun utilidad lo exigen.

(7) *De San Valentino.* En estos versos se alude á una costumbre popular muy antigua en Inglaterra. Las muchachas solteras tenian gran cuidado de ponerse á la ventana ó salir á la calle en el primer dia de mayo al rayar el alba, y el jóven que

las veia primero, aquel creian que fuese el que la fortuna las destinaba para marido ó galan.

En una comedia de Cervantes intitulada *Pedro de Urdemalas* se hace mencion de otra práctica vulgar en España, muy semejante á la que se acaba de referir. Las mozas casaderas se ponian á la ventana en la noche de San Juan, con el cabello suelto y un pié desnudo dentro de un barreño lleno de agua, y estaban atentas á escuchar el primer nombre que dijesen en la calle, suponiendo que asi debia llamarse el que habia de ser su marido. A esto aluden los siguientes versos de *Benita* en la citada comedia.

> Yo por conseguir mi intento
> Los cabellos doy al viento,
> Y el pie izquierdo á una bacia
> Llena de agua clara y fria,
> Y el oido al aire atento.
> Eres; noche, tan sagrada,
> Que hasta la voz que en ti suena,
> Dicen que viene preñada
> De alguna ventura buena
> A quien la escucha guardada.
> Haz que mis oidos toque
> Alguna que me provoque
> A esperar suerte dichosa, etc.

(8) *Buenas noches.* La locura de Ofelia aunque de nada sirve á la accion principal, es un episodio que produce en la representacion admirable efecto. No se caracteriza, como la del príncipe, con bufonadas ni chocarrerías, ni indirectas amargas: la demencia de Ofelia es verdadera; la de Hamlet mal fingida. La muerte de Polonio inopinada y cruel llena su alma sensible de afliccion, turba su entendimiento, y en cuanto hace y dice lo manifiesta. Se va al campo, y teje guirnaldas y festones de flores y yerbas que amontona sin eleccion; con ellos se corona y adorna: vaga inquieta de una parte en otra, sin hallar en nada placer: solloza y rie, se enfada tal vez, pero á nadie ofende: pisa y trastorna cuanto halla al paso, enmudece melancólica y prorrumpe despues cantando versos que aprendió en tiempo mas feliz, unos alusivos al estado de su corazon, y otros en que no se vé conexion ni objeto: á todos saluda cariñosa, con todos reparte

los rústicos dones que lleva en la falda: á cada momento se distrae, habla de su padre y suspira, se acuerda de su hermano, desea verle, y cuando le vé no le conoce. Su risa, sus cantares, su furor, su alegria, sus lágrimas, su silencio, son toques felices de un gran pincel que dió á esta figura toda la espresion imaginable.

(9) ***Huid, señor.*** Todo lo restante de este acto está lleno de accidentes atropellados é inverosímiles. Laertes, que partió para Francia al empezarse la tragedia, está ya de vuelta en Elsingór, furioso por vengar la muerte de su padre sucedida la noche antecedente. Hecho cabeza del vulgo amotinado que le aclama rey, combate y dispersa las guardias de palacio y entra en él seguido de sus parciales, sin que hasta ahora se haya tenido noticia alguna de que la nacion esté disgustada con el soberano, sin que se alcance por qué el pueblo pone los ojos en un caballero particular como Laertes, que pasa su vida en hacer viages, olvidándose del príncipe, legítimo heredero del trono, á quien ama tan ciegamente que hasta sus defectos los aplaude como virtudes. Estas inconsecuencias manifiestan que el autor se cansó poco en estudiar el plan de su tragedia; pero en aquel tiempo (esceptuando en Italia, donde ya se conocia el arte) todos los poetas dramáticos hacian lo mismo. Lope de Vega, Hardy y Shakespeare siempre escribieron de prisa.

(10) ***La naturaleza.*** Este concepto alambicado que se rompe de puro sutil, pudiera tener lugar en una oda amorosa de Solís, ó en un soneto de Villamediana; en boca de Laertes son muy inverosímiles tales espresiones:

Et ce n'est point ainsi que parle la nature.

(11) ***Abajito está.*** Por no dejar este pasage en blanco ha sido necesario substituir una traduccion casi arbitraria. El original dice: ***Down a-down an you call him a-down-a.*** Estas palabras, en que no hay sentido alguno, como tambien las anteriores de: ***Ay no ni, ay ay no ni,*** son estrivillos usados en tiempo del autor. En nuestras comedias se hallan á cada paso intercalares semejantes: por ejemplo, en la de ***Guardarse á sí mismo***, cantan:

Luneta
Atalá allá de la sonsoneta.

En la de *El garrote mas bien dado.*

Yo soy tiritiritayna,
Flor de la jacarandayna.
Yo soy tiritiritina,
Flor de la jacarandina.

Esto y los estrivillos modernos de la tirana, la jota, el caballo, cúcú, holehole, chandé, trompilipitrompili, zerengue, cachirulo y otros de esta especie, ni pueden traducirse á otra lengua, ni en la nuestra significan nada.

(12) *Y ruda para vos tambien.* La ruda se llamaba en Inglaterra yerba santa del domingo, porque los curas católicos usaban de ella, mezclándola con la bebida que daban á los energúmenos cuando los exorcizaban, y esto se practicaba en los domingos. (Warburton en sus notas á Shakespeare.)

(13) *Un solitario.* El pájaro solitario, segun la opinion vulgar de Inglaterra, recordaba la memoria de los difuntos á quienes se habia tenido en vida mayor cariño: y cuando una de estas aves entraba en alguna casa, creian que anunciase la muerte próxima de alguno de aquella familia. (Letourneur, notas á Shakespeare.)

(14) *Una es que la reina su madre.* Los astros que no se mueven sino dentro de su propia esfera, el pueblo que baña en su afecto las faltas del príncipe, la fuente que muda los troncos en piedras, y las flechas que no pueden resistir al huracan y se vuelven al arco, son floreos calderonianos que producen el mismo delicioso aturdimiento en el vulgo de Londres que en el de Madrid.

(15) *El amor está sujeto al tiempo.* En este pasage se repiten las mismas ideas que puso el autor en boca del cómico en el acto tercero.

(16) *Por último llegareis á veros.* El medio que discurre Claudio para quitar la vida al príncipe, es el mas arriesgado que pudo escoger: quiere hacerle morir en su palacio á vista de su madre, de sus amigos, de toda la corte, ó herido por un

florete sin boton, ó emponzoñado con el ungüento del charlatan ó con la bebida que ha de prepararle. ¿Pues cómo no teme que la muerte de Hamlet producida por tales medios, descubrirá la traicion á los ojos de todos, y que no habrá nadie que no le juzgue autor ó cómplice? ¿Cómo no teme que resulten alborotos en el pueblo, ú ofendido de la alevosa muerte de su príncipe, ó haciéndose de la parte del matador, á quien poco antes ha proclamado rey? ¿No es de creer que en esta general conmocion Claudio será la víctima sacrificada á la venganza pública? ¿Hay circunstancia en este proyecto que no lo manifieste peligroso y absurdo? ¿Es posible que un rey malvado no halla medios mas seguros de consumar un delito de esta especie sin dilacion, sin publicidad, sin esponerse á perder en la empresa el cetro y la vida? La ausencia del príncipe le facilita la ejecucion, ¿por qué no estorba su venida á Elsingór? ¿Por que no le hace morir en el camino, donde nadie lo vea ni lo sepa, y salva entonces todas las dificultades, su maldad queda oculta, y se libra de un enemigo que aborrece? Hasta ahora se ignoraba cual fuese el carácter de Laertes; pero al ver que adopta el plan propuesto por el rey, nadie dudará que es un mal caballero sin ideas de honor ni de virtud.

(17) *Donde hallareis un sauce.* La narracion de la muerte de Ofelia es bastante breve, y aunque se omitiera el segundo periodo, en que se hace enumeracion de las flores que la adornaban, nada se perderia. En situaciones semejantes á esta no se toleran largos discursos; porque si el suceso debe escitar violentos afectos en el personage que escucha, no es natural que los reprima por dar lugar á que el nuncio lo luzca con una vana verbosidad.

(18) *Demasiada agua tienes ya.* El agua que llora Laertes nada tiene que ver con el agua en que su hermana acaba de ahogarse: por mucho que llore, no crecerá el arroyo, ni la difunta recibirá daño alguno. Tampoco tiene razon en creer que sus palabras puedan encenderse, porque las palabras no se encienden jamás, y la precaucion de apagarlas con lágrimas parece inútil. Todo cuanto dice Laertes en este pasage es afectado, falso, pueril, de pésimo gusto.

ACTO QUINTO.

(1) *Y es la que ha de sepultarse.* Las ridiculeces y chocarrerias de que esta obra está llena, las han dicho hasta ahora las personas mas principales: Hamlet, el sumiller de corps del rey de Dinamarca, los grandes y caballeros han hecho á ratos papel de bufones. En las primeras escenas del acto quinto se presentan nuevos personages, y tales, que por lo que dicen y lo que son, apenas podrian tolerarse en la farsa mas grosera y soez. Se ve una iglesia, un cementerio, dos sepultureros cavando una sepultura, esparciendo por el teatro la tierra, las calaveras y huesos destrozados, diciéndose el uno al otro bufonadas y equívocos frios, para escitar la risa del vulgo, en medio de tanto horror. El célebre Garrik tentó una vez representar esta tragedia suprimiendo lo mas repugnante y absurdo: quitó por consiguiente los sepultureros y los huesos; pero aunque tuvo en su favor la aprobacion de los hombres de juicio, el concurso abandonaba su teatro y acudia á deleitarse con *Hamlet*, tal cual salió de las manos de Shakespeare, que se representaba al mismo tiempo en el de Convent-Garden. El pueblo inglés gusta de horrores y bufonadas, discursos filosóficos, lenguage altísono, batallas y entierros, brujas, aparecidos, cachetes, triunfos, música, suplicios y cadáveres. Esto podrá tal vez consolar en parte la envidia de las naciones que no han producido un Bacon ni un Newton.

(2) *¿Pues qué, Adan fué caballero?* Aqui hay un juego de palabras que no puede conservarse en la traduccion. La voz inglesa *arms* significa igualmente armas y brazos. Dice el tio Socaba que Adan fué el primero que tuvo brazos, el tio Rasura lo entiende mal y replica que Adan no tuvo armas. Socaba, citándole la Escritura, insiste en que Adan no podia cavar si no hubiese tenido brazos. Los apasionados de Shakespeare hallarán poco que admirar en este pasage, el cual traducido á la letra es como se sigue:

SEPULTURERO PRIMERO.

«Ello es que no hay caballeros de nobleza mas antigua que

»los jardineros, sepultureros, y cavadores, que son los que ejer-
«cen la profesion de Adan.

SEPULTURERO SEGUNDO.

«¿Pues qué, Adan fué caballero?

SEPULTURERO PRIMERO.

«¡Toma! como que fué el primero que llevó armas (*brazos*).

SEPULTURERO SEGUNDO.

»¡Qué! si nunca las tuvo.

SEPULTURERO PRIMERO.

«Vaya, tú debes de ser algun gentil... ¿pues cómo entiendes «aquello de la Escritura? La Escritura dice: Adan cavó; ¿y có- «mo podia cabar sin brazos? (*armas.*) No hay remedio. Pero «voy á hacerte una pregunta, etc.»

(3) *Qué poco siente ese hombre.* Si parece estraño que los sepultureros hagan papel en una tragedia, mas lo parecerá que un príncipe trame conversacion con ellos, sufra sus necedades y se divierta en revolver los huesos y moralizar sobre las calaveras. ¡Y qué imágenes amontona el autor! Horrendas, asquerosas, repugnantes, ridículas: ¡y qué estilo tan ageno del decoro trágico! La calavera del que pedia prestado el caballo, de la cual el señor gusano se apoderó; la del letrado que se enriqueció á fuerza de equívocos y embrollos, y no se querella aunque se ve estropeada con el azadon y llena de barro; la altercacion con el sepulturero sobre si es la sepultura suya ó no; la esplicacion de lo que puede durar sin corromperse un hideputa de un curtidor; las profundas reflexiones de Hamlet sobre los dados y chitas que se hacen con los huesos de muerto; sobre que los compradores de tierras son mas brutos que las terneras y carneros; sobre si seria posible tapar un tabique hendido ó un barril de cerveza con las cenizas de César y Alejandro.... ¿puede darse cosa mas impertinente, mas necia y soez? ¡Qué desengaño para los que piensan que un poeta solo necesita ingenio!

(4) *Para que esa gente se divierta.* En el original se hace mencion de un juego antiguo que llamaban *Loggats*; las

piezas con que la gente ordinaria le jugaba, solian hacerse de huesos de muertos.

(5) *Mia, señor.* La obscuridad que se nota en este pasage nace de la varia significacion del verbo *to lie*; que unas veces es *mentir* y otras *estar*. De aqui resulta en el original un equívoco ridículo que se ha podido conservar en la traduccion.

HAMLET.

«Si, yo creo que es tuya porque estás (*mientes*) ahora den«tro de ella.

SEPULTURERO.

«Vos estais (*mentis*) fuera de ella, y por eso no es vuestra: «por lo que hace á mí, yo no estoy (*no miento*) dentro de ella; «pero no obstante es mia.

HAMLET.

«Tu estas (*mientes*) en ella, y estando en ella, dices que es «tuya; pero la sepultura es para los muertos, etc.»

(6) *¿Qué otra ceremonia falta?* A una escena de cementerio y sepultura no podia seguir otra cosa que un entierro, y veisle que viene á paso grave y tardo, con sus bayetas, su atahud, sus clérigos y su acompañamiento detrás: en tanto que suena la campana fúnebre, á cuyo sonido el gran concurso que llena los teatros de Convent-Garden y Hay-Market enmudece atónito. Esto agrada al vulgo, y en todas las naciones le hay, y quienes adulen su ignorancia, y le aturdan sin enseñarle.

(7) *Quita esos dedos de mi cuello.* Ve aqui un príncipe y un gran señor de Dinamarca dentro de una sepultura, pateando un cadáver, agarrándose del pescuezo y de los pelos, y dándose de puñadas el uno al otro. A la estravagancia de la presente situacion se junta la desigualdad del diálogo; humilde y grosero en boca de Laertes, cuando insulta al clérigo zafio, y en la de Hamlet, cuando habla de los cuatro mil hermanos y del gato y el perro; inflado y campanudo, cuando uno y otro empiezan á echar bravatas y hablan de las estrellas errantes, y de levantar un monte con espuertas de tierra que tueste su frente en la zona tórrida, y otras baladronadas dignas de Pyrhopolinices. Habla la reina, y todo es diferente. ¡En qué hermosa actitud se presenta

esparciendo flores sobre el cuerpo de su dulce amiga! ¡Qué triste reflexion la de que esperó adornar con ellas su tálamo nupcial, no ya su sepulcro! ¡Qué inquietud materna al ver la furia de Hamlet y su peligro! ¡Qué bellísima comparacion la de la paloma cubriendo inmóvil sus nuevas crias!

(8) *Esil.* Lago inmediato á Elsingór,

(9) *Pues sabrás, amigo.* Horacio acompañado de los marineros fué á buscar á Hamlet, y ha vuelto con él á Elsingór; pero ni en todo el camino, ni desde que llegaron, se han acordado de hablar de una cosa tan interesante como es el saber lo que le sucedió en su viage al príncipe, y por qué estraños accidentes se halla de nuevo en Dinamarca. El que los ve salir al principio del quinto acto, espera oir de su boca todo el suceso; pero esta esperanza le burla. Horacio no es demasiado curioso, el príncipe se divierte con los sepultureros y los huesos, y luego sigue el entierro y los arañazos. Pudiera, no obstante, disimularse la tardanza de Hamlet, si su relacion no estuviese llena de circunstancias inverosímiles. ¿Tan poco recelosos estaban del príncipe los dos mensageros, tan dormilones eran, tan mal guardados tenian los despachos del rey, que asi se los dejan quitar? ¿Es verosímil que Hamlet llevára en la faltriquera el sello de su padre? ¿Es creible que Claudio no use ya de otro diferente, ó que permita que el príncipe conserve en su poder un mueble tan peligroso? Es mucha casualidad que en el combate referido en la carta dirigida á Horacio, fuese Hamlet el único que saltára al bagel enemigo; ni lo es menor la de separarse inmediatamente las dos naves y cesar el ataque; como si el corsario no hubiese tenido otro fin que el salvar al príncipe. Preso Hamlet, se ignora por qué medios pudo librarse, ni cómo halló piratas tan desinteresados y compasivos. Dícese en la carta, y en esta escena se confirma, que los dos mensageros siguieron su viage á Inglaterra: ¿para qué? ¿no saben ya que el rey quiere deshacerse de Hamlet, y que á este fin le ha enviado en su compañia? ¡Pues á qué prosiguen el viage que es inútil ya? ¿No era mas natural volverse atrás, seguir al corsario ó informarse á lo menos de su derrota, presentarse al rey, y hacerle saber lo ocurrido para que determinase lo que en tal caso conviniera? El autor quiso que Hamlet volviese á ver el entierro, quiso que los otros muriesen ahorcados, y no se paró

en delicadezas; asi salió este episodio tan mal combinado que no hay en él la menor apariencia de verdad.

Quodcumque ostendis mihi sic, incredulos odi.

Véase la nota primera del primer acto,

(10) *En hora feliz.* Este nuevo personage es un cortesano zalamero que afecta cultura y elegancia en el hablar, con poquísimo caudal de talento: asi que vierte los dos ó tres periodos que llevaba estudiados, se atasca y no sabe qué decir. La presente escena no es mas trágica que las anteriores: las voces y frases afectadas de que usa Enrique (en el original se llama Osrick), las réplicas y correcciones de Hamlet, la altercacion sobre si el tiempo es caloroso ó frio, las instancias cariñosas para que se ponga el sombrero, la burla que de él hace imitando su estilo ponderativo y crespo, son chistes cómicos que solo tienen el defecto de no ser oportunos. Si el autor no hubiese hecho morir de mala muerte á Polonio, Ricardo y Guillermo, cualquiera de ellos hubiera desempeñado este papel sin necesidad de aumentar personages; cuyo número, si es escesivo, aun cuando sea necesario, embaraza mucho la fábula. En esta hay treinta y dos interlocutores: no es fácil hacer nada bueno con tanta gente.

(11) *Sepa morir,* La voz comun de que el corazon no es traidor, carece de fundamento: despues de ocurrido un mal se dice que lo anunciaba el corazon; pero antes de suceder no lo adivina. Los presentimientos que anuncian desgracia ó felicidad, son casi siempre vanos, y si tal vez aciertan, es casualidad no mas. La prudencia es la única luz que en tal obscuridad nos guia, y esta nos abandona á lo mejor, y nos engaña. Nuestro destino es ignorar lo que sucederá despues; y cuando nos obstinamos en penetrarlo, pasamos de la ignorancia al error. Dispóngase el ánimo á cualquier fortuna, hágase fuerte para sufrir los golpes de la adversidad, aparte de sí al temor que anuncia desdichas que no vendrán, ó si vienen, nos hace incapaces de tolerarlas; y pues vivimos bajo la mano de una Providencia irresistible, solo nuestra fortaleza hará menor el número de los males. Tal es la opinion de Hamlet.

(12) *Si estais ofendido.* Al acercarse la catástrofe, hace

el autor mas amable al protagonista. Hamlet, reconociendo el esceso que cometió, pide perdon á Laertes de haberle ofendido. Su candor y su generoso proceder hacen saltar mas la perfidia de sus enemigos que le preparan una muerte tan alevosa.

(13) *Vamos.* Habiendo visto ya la escena de la sepultura y los mogicones, no parecerá tan estravagante como lo es en efecto, el haber introducido un desafio de espada para desenlazar una tragedia. La reina muere por una equivocacion, tomando la copa del veneno que estaba prevenido para Hamlet; y es de admirar en esto la falta de precaucion de Claudio, y el poco esfuerzo que hace para impedir que beba la reina, á quien ciertamente no queria matar, Laertes muere tambien por otra casualidad : ni se alcanza cómo pudo verificarse naturalmente el trueque de las espadas, lo cual (como observa Johnson) mas parece un recurso de la necesidad, que un rasgo del arte,

(14) *Buscad por todas partes.* De aqui en adelante hasta la conclusion de la tragedia es natural el estilo sin ser humilde, elegante sin vicioso ornato de metáforas, comparaciones líricas, ni frases huecas y gigantescas: digno de la situacion y los personages.

(15) *Toma, acompaña á mi madre.* Vé aqui lograda por un accidente la venganza que pidió el muerto al principio del drama, la cual no se verifica sin que en ella perezca tambien el mismo á quien el cielo encargó la ejecucion. Todos los principales personages de esta tragedia mueren, culpados é inocentes; sin que esta matanza general sirva de aumentar el efecto trágico, pues al contrario le disminuye, dividiendo el interés que deberia concertarse en uno solo. Los cuatro cadáveres que ensangrientan la escena forman un objeto horrendo, no terrible. Parece que el autor hizo la crítica de su obra, cuando dijo por boca de Fortimbrás : que tal espectáculo solo es propio de un campo de batalla.

(16) *Me atrevo á anunciar.* Este pasage está un poco obscuro. Parece que el autor quiere decir que Inglaterra como dependiente de Dinamarca, daba sus votos en la eleccion de los soberanos daneses. Hamlet insinua su deseo de que Fortimbrás le suceda en el trono, y espera que Inglaterra aprobará y confirmará tal eleccion.

(17) *¿En dónde está ese espectáculo?* Como el personage de Fortimbrás es del todo inútil, no es maravilla que esta segunda salida suya sea tan intempestiva y ociosa como la primera. La brevedad con que ha conquistado á Polonia y vuelve vencedor, es prodigiosa por cierto; pero no es menos singular que en dos ó tres dias hayan llegado á Inglaterra Ricardo y Guillermo, y ya estén los embajadores ingleses en Elsingór con la noticia del mal despacho que hallaron en Londres aquellos infelices.




LIBRARY

